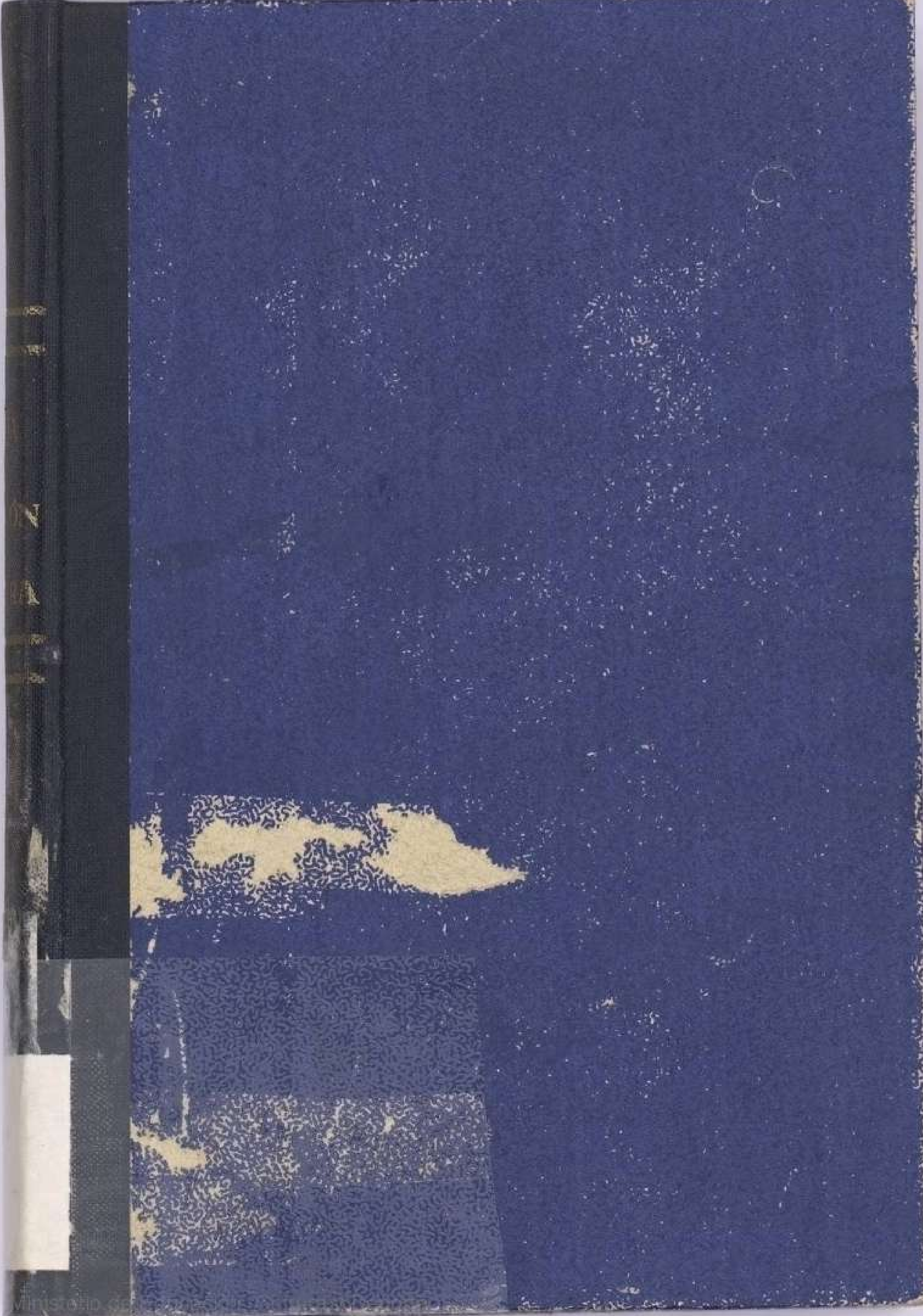




FERNANDEZ
10186
ESTUCHES
CAJAS DE CARTON
ADUANA VIEJA 29
SORIA

# HISTORIA

DE LA

# REVOLUCIÓN DE INGLATERRA.

# BIBLIOTECA CLASICA.

**Doce reales cada tomo en toda España.**

OBRAS PUBLICADAS. Tomos.

HOMERO.—*La Iliada*, traducción directa del griego en verso y con notas de D. José Gómez Hermosilla....... 3
CERVANTES.—*Novelas ejemplares y viaje del Parnaso*....... 2
HERODOTO.—*Los nueve libros de la historia*, traducción directa del griego, del padre Bartolomé Pou.......... 2
ALCALA GALIANO.—*Recuerdos de un anciano*....... ..... 1
VIRGILIO.—*La Eneida*, traducción directa del latín, en verso y con notas de D. Miguel Antonio Caro............ 2
— *Las églogas*, traducción en verso, de Hidalgo.—*Las geórgicas*, traducción en verso, de Caro; ambas traducciones directas del latín, con un estudio del Sr. Menéndez Pelayo..................................... 1
MACAULAY.—*Estudios literarios*............................ 1
— *Estudios históricos*............................ 1
— *Estudios políticos*......................... .... 1
— *Estudios biográficos*............................ 1
— *Estudios críticos*................................. 1
— *Historia de la Revolución de Inglaterra*...... 1
Traducción directa del inglés de M. Juderías Bénder.
QUINTANA.—*Vidas de españoles célebres*.................. 2
CICERON.—*Tratados didácticos de la elocuencia*, traducción directa del latín de D. Marcelino Menéndez Pelayo... 2
SALUSTIO.—*Conjuración de Catilina.—Guerra de Jugurta*, traducción del Infante D. Gabriel.—*Fragmentos de la grande historia*, traducción del Sr. Menéndez Pelayo, ambas directas del latín.................................... 1
TÁCITO.—*Los anales*, traducción directa del latín de don Carlos Coloma........................................ 2
— *Las historias*, traducción del mismo................... 1
PLUTARCO.—*Las vidas paralelas*, traducción directa del griego por D. Antonio Ranz Romanillos............... 5
ARISTÓFANES.—*Teatro completo*, traducción directa del griego por D. Federico Baráibar.......................... 3
POETAS BUCOLICOS GRIEGOS.—*(Teócrito, Bión y Mosco)*. Traducción directa del griego, en verso, por el Ilmo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de Linares (Méjico)...................................... 1
MANZONI.—*Los Novios*, traducción de D. Juan Nicasio Gallego........................................... 1
— *La Moral Católica*......................................... 1
ESQUILO.—*Teatro completo*, traducción directa del griego, con notas, por D. Fernando Brieva Salvatierra....... 1
QUEVEDO.—*Obras satíricas y festivas*........ ............ 1
DUQUE DE RIVAS.—*Sublevación de Napoles*............... 1
CALDERON DE LA BARCA.—*Teatro selecto*............... 4
HURTADO DE MENDOZA.—*Obras en prosa*................ 1
SCHILLER.—*Teatro completo*, traducción directa del alemán por Eduardo de Mier.. ............................ 2
JULIO CESAR.—*Los Comentarios*............................ 2
XENOFONTE.—*Historia de la entrada de Cyro el Menor en Asia*............................................ 1
— *La Cyropedia ó Historia de Cyro el Mayor*............ 1
MILTON.—*Paraíso perdido*................................... 2

MADRID.—IMPRENTA CENTRAL Á CARGO DE V. SAIZ, COLEGIATA, 6.

BIBLIOTECA CLÁSICA
TOMO LVI

# HISTORIA
## DE LA
# REVOLUCIÓN DE INGLATERRA

POR

LORD MACAULAY

TRADUCIDA DIRECTAMENTE DEL INGLÉS

POR

**M. JUDERÍAS BÉNDER Y DANIEL LÓPEZ**




TOMO II

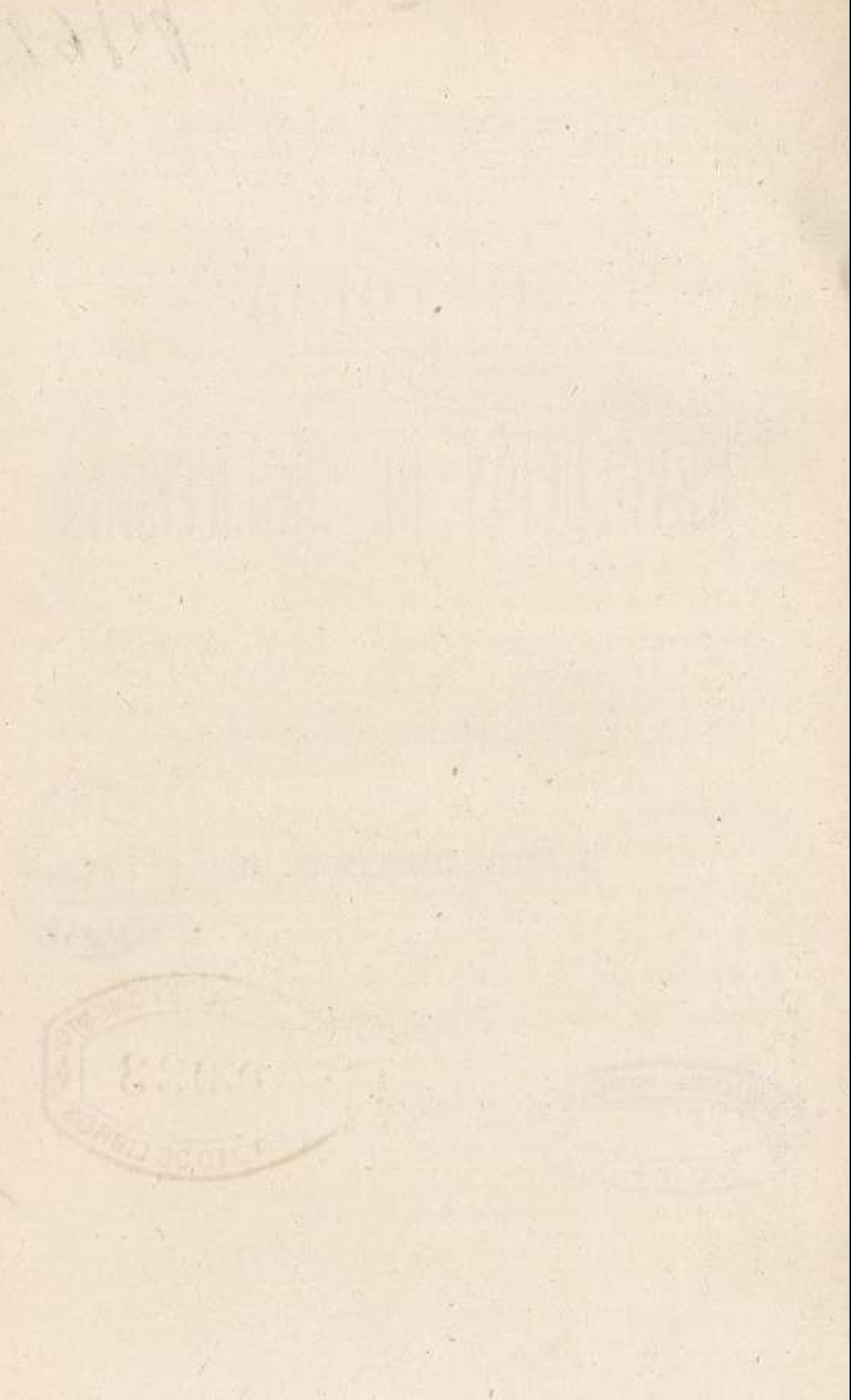






MADRID
LUIS NAVARRO, EDITOR
CALLE DE LA COLEGIATA, 6

1883



# ADVERTENCIA.

Ocupaciones apremiantes han impedido al señor D. Mariano Juderías Bénder terminar la traducción del presente tomo de la *Historia de la Revolución de Inglaterra*.

Para atender el editor de la BIBLIOTECA CLÁSICA las reclamaciones justísimas de muchos suscritores, que deseaban la pronta publicación de esta obra, encargó la continuación del excelente trabajo del Sr. Juderías Bénder al Sr. D. Daniel López, cuya competencia le era notoria.

La versión del Sr. Juderías Bénder comprende desde el principio del tomo hasta la página 88, y desde la 140 hasta la 177. Las demás del tomo han sido traducidas por el Sr. López.



# HISTORIA

DE LA

# REVOLUCIÓN DE INGLATERRA.

## CAPÍTULO III.

### Estado de Inglaterra en 1685.

I. Grandes cambios ocurridos en Inglaterra desde 1685.—II. Población de Inglaterra en 1685.—III. El aumento de población es mayor en el Norte que en el Sur.—IV. Rentas públicas en 1685.—V. Sistema militar.—VI. La marina.—VII. La artillería.—VIII. Pensiones y retiros militares.—IX. Gastos del gobierno civil.—X. Ingresos enormes de los cortesanos y de los ministros.—XI. Estado de la agricultura.—XII. Riqueza minera del país.—XIII. Aumento de la renta territorial.—XIV. *The Country Gentlemen*.—XV. El clero.—XVI. La *Yeomanry*—XVII. Desarrollo de las poblaciones.—XVIII. Brístol.—XIX. Norvich.—XX. Otras ciudades y condados.—XXI. Mánchester.—XXII. Leeds.—XXIII. Sheffield.—XXIV. Birmingham.—XXV. Liverpool.—XXVI. Ciudades de baños: Cheltenham, Brighton, Buxton, Tunbridge Wels y Bath.—XXVII. Londres.—XXVIII. La *City*.—XXIX. La parte elegante de la capital.—XXX. Policía de Londres.—XXXI. Alumbrado de Londres.—XXXII. *White-friars*.—XXXIII. La corte.—XXXIV. Los cafés.—XXXV. Dificultades de los viajes.—XXXVI. Mal estado de los caminos.—XXXVII. Carruajes públicos.—XXXVIII. Ladrones de camino real.—XXXIX. Las posadas.—XL. El correo. XLI. Los periódicos.—XLII. Cartas noticieras.—XLIII. *The Observator*.—XLIV. Rareza de los libros en provincias.—XLV. Educación de las mujeres.—XLVI. Conocimientos literarios de los hom-

## I.

### GRANDES CAMBIOS OCURRIDOS EN INGLATERRA DESDE 1685.

Me propongo describir en este capítulo el estado de Inglaterra cuando pasó la corona de las sienes de Carlos II á las de su hermano. Y aunque esta descripción, por estar formada con materiales muy escasos y esparcidos en diversos archivos, bibliotecas y colecciones, habrá de ser naturalmente incompleta, servirá para corregir algunos conceptos equivocados que, de prevalecer, harían dificilísima ú oscura y poco útil la inteligencia de las páginas siguientes.

Porque si hemos de hacer con provecho el estudio de la historia de los tiempos pasados deberemos estar prevenidos siempre contra las ilusiones que producen generalmente los nombres tan conocidos de ciertas familias, lugares y cargos públicos, y tener en memoria en toda ocasión que la Inglaterra cuya historia leemos era muy diversa de esta en la cual vivimos; que así como en las ciencias experimentales hay tendencias á la perfección, así en los seres humanos hay el deseo de progresar, y que estos dos principios han sido eficaces muchas veces, aun contrariados de grandes calamidades públicas y de malas institucio-

nes, al rápido desarrollo de la civilización. Tanto es así, que nunca podrán grandes, graves y continuadas calamidades públicas y malos gobiernos inveterados hacer más en daño de un pueblo, que harán para su bien y prosperidad el progreso constante de las ciencias físicas y los esfuerzos no interrumpidos de cada hombre al fin de mejorar su condición; que no pocas veces se ha visto ser las prodigalidades, los impuestos onerosos, las restricciones comerciales absurdas, los tribunales corrompidos, las guerras desastrosas, las persecuciones, las revueltas, los incendios y las catástrofes, menos eficaces á destruir la riqueza de los pueblos que á crearla el esfuerzo privado de los ciudadanos. En lo que á Inglaterra respecta, fácil es demostrar que la riqueza nacional se ha desarrollado sin cesar en el trascurso de seis siglos por lo menos; que bajo los Tudórs fué más grande que bajo los Plantagenets, y más grande bajo los Estuardos que bajo los Tudórs; que á pesar de las batallas, de los asedios y de las confiscaciones, fué más grande cuando se verificó la Restauración que cuando se reunió el Parlamento Largo; y que á pesar de la mala administración, de las disipaciones de la Corte, de la bancarrota pública, de dos guerras costosas y desgraciadas, de la peste y del incendio de Londres, se halló más grande el día que pasó Carlos II de esta vida, que no el día de su advenimiento. Y este progreso, después de haber continuado desarrollándose de una manera gradual por espacio de algunos siglos, llegó á ser, al mediar el XVIII, rápido por extremo, prosiguiendo en el XIX con irresistible impetuosidad. Y como, debido en parte á la posición geográfica de Inglaterra, y en parte también á la condición moral de sus pobladores, se hallaron éstos exentos y libres, durante algunas generaciones, de los males y daños que fueron

rémora en otros pueblos al común esfuerzo y eficaces á destruir el fruto de la industria, y que en tanto que las naciones del continente, desde Moscou hasta Lisboa, eran teatro de guerras sangrientas y asoladoras, no vieron en su patria los hijos de la Gran Bretaña otros pendones enemigos que los conquistados por ellos, y que mientras estallaban revoluciones violentísimas en todas partes, nunca fué derribado por la violencia el Gobierno inglés; como que desde hace un siglo no han ocurrido en Inglaterra trastornos tan considerables que merezcan el nombre de insurrecciones, ni ha sido nunca hollada la ley por la saña popular ni por la tiranía de los reyes, y se ha respetado el crédito público, y permanecido pura y exenta de vicios la administración de la justicia, y que aun en aquellos días que pueden llamar con verdad aciagos los Ingleses, gozaron de los beneficios de la libertad civil y religiosa en tal medida, que habría parecido por extremo generosa ciertamente á cualquiera otro pueblo; estando, además, ciertos y seguros todos de que los amparaba el Estado en la posesión tranquila de las riquezas adquiridas por su diligencia y acumuladas en fuerza de sus privaciones; bienhechor influjo de la paz y de la libertad que ha hecho florecer la ciencia y aplicarla á las cosas prácticas en proporciones verdaderamente prodigiosas; la consecuencia de todo esto ha sido haberse realizado en Inglaterra una transformación sin ejemplo en la historia del mundo antiguo. Pues si por arte mágica fuese posible ahora evocar á nuestros ojos la Gran Bretaña de 1685, no reconoceríamos ni un paisaje, ni un edificio por cada diez mil, ni el caballero del campo sus propias tierras, ni el morador de la ciudad su propia calle; que todo se ha transformado, excepto los grandes rasgos de la naturaleza y algunas obras duraderas

y sólidas del arte humano. En efecto; hallaríamos Snowdon y Windermere, las dunas de Cheddar y la punta de Beachy, algún que otro monasterio normando, y acaso algún castillo testigo de la guerra de las Dos Rosas; pero, salvo estas rarísimas excepciones, lo demás sería nuevo y extraño. Centenares de leguas cuadradas que son al presente feracísimas campiñas surcadas de sendas y caminos bien cuidados, salpicadas de pueblecillos pintorescos y de risueñas quintas de recreo, nos aparecerían bajo la forma de matorrales incultos, cubiertos de lentiscos, zarzas y juncos, ó de marismas y pantanos poblados solamente de patos silvestres. Allí donde vemos hoy ciudades manufactureras y puertos de mar cuya fama se extiende hasta los últimos confines de la tierra, veríamos sólo chozas diseminadas, construídas de madera y cubiertas de bálago. ¡Qué más, si hasta la misma capital aparecería reducida y como encerrada en límites no más anchos que los del arrabal que hoy se levanta á la parte Sur del Támesis! Las costumbres y los trajes, el mobiliario y los trenes, las tiendas y las casas, serían parte á causarnos sorpresa no menos grande; cambios todos en el estado y modo de ser de un pueblo que nos parecen hechos para llamar y atraer la atención de los historiadores tanto, por lo menos, como los cambios de dinastías ó de gobierno.

## II.

### POBLACIÓN DE INGLATERRA EN 1685.

Uno de los primeros objetos que se propone quien desea formarse idea exacta del estado de una sociedad en una época determinada, es sin duda el averiguar la cifra de las personas que la componían. Desgraciadamente no es posible precisar con perfecta exactitud la cifra de la población de Inglaterra en 1685; porque ninguna de las grandes naciones había entonces adoptado el sistema de los censos periódicos, y cada cual podía conjeturar á su antojo; y como, por regla general, estas conjeturas no se apoyaban en el examen de los hechos, y se hacían bajo la influencia de preocupaciones mezquinas y de pasiones irritantes, eran las más de las veces ridículamente absurdas. Tanto fué así, que personas muy discretas, y cuya residencia estaba en la capital, sostenían á la sazón que Londres contaba millones de almas; que no pocos vecinos de la metrópoli habían asegurado de una manera confidencial que durante los treinta y cinco años transcurridos entre el advenimiento de Carlos I y la Restauración el número de sus habitantes aumentó en dos millones (1), y que aun en la época del estrago que causaron la peste y el famoso incendio era

(1) *Observations on the Bills of Mortality*, by captain John Graunt (sir Wiliam Petty) chap. XI.

costumbre decir que contenía millón y medio; (1) exageraciones que dieron lugar á que disgustados otros con ellas incurrieran en el defecto contrario, como Isaac Vossio, hombre de talento y ciencia reconocidos, el cual sostenía resueltamente que no había en Inglaterra, Escocia é Irlanda reunidas más de dos millones de habitantes (2).

Sin embargo, no carecemos de medios para rectificar los errores en que incurrían ciertos hombres por exceso de vanidad nacional, ó por inclinación á la paradoja, pues existen tres cómputos que merecen á nuestro parecer tenerse muy en cuenta, por ser de todo en todo independientes entre sí, por apoyarse los tres en principios diversos, y diferir poco en cuanto á los resultados.

Hízose uno de estos tres cálculos en 1696 por Gregorio King, heraldo de Lancastre, estadista político de gran penetración y recto juicio, á quien sirvió de base para sus cómputos el número de casas que constaba en los registros de los cobradores que percibieron en 1690, por última vez, el impuesto de fogaje; llegando por ende al resultado de que la población de Inglaterra se elevaba próximamente á cinco millones y medio de almas (3).

---

(1) «She doth comprehend
Full fifteen hundred thousand which do spend
Their days within»

(«Comprende un millón y quinientos mil habitantes, que pasan sus días en ella.») *Great Britain's Beauty*, 1671.

(2) Isaac Vossius. *De Magnitudine urbium Sinarum*, 1685. Vossio, según dice Saint Evremont, hablaba más de este asunto y más frecuentemente de lo que convenía en los círculos de la buena sociedad, que tampoco se curaban mucho de oirlo.

(3) *King's Natural and Political observations*, 1696.—Este precioso tratado, que debe leerse en el texto primitivo de su autor y no en el texto mutilado por Davenant, se halla en algunas ediciones del *Chalmers's Estimate*.

Y como casi al mismo tiempo deseara el Rey Guillermo III conocer la fuerza comparativa de las sectas en que se hallaba dividida la sociedad inglesa, se formó una comisión encargada de reunir y ordenar los datos que le remitieran de todas las diócesis del reino. El resultado de sus trabajos fué un cómputo según el cual el número de súbditos ingleses debía ser próximamente de cinco millones doscientos mil (1).

Finalmente, en nuestros días Mr. Finlaison, renombrado archivero, sometió los antiguos registros parroquiales á todas las pruebas que los progresos modernos de la ciencia estadística le permitían emplear, y sus investigaciones lo persuadieron de que á fines del siglo XVII la población de Inglaterra era un poco menor de cinco millones doscientas mil almas (2).

Y como de estos tres cómputos, hechos por diferentes personas que se valieron para ellos de materiales diferentes, el más elevado, que es el de King, no excede una dozava parte del de Finlaison, que es el más bajo, puédese afirmar con plena confianza que en la época del reinado de Jacobo II contenía la Inglaterra una masa de población de cinco millones quinientas mil almas; y adoptando la hipótesis más elevada, resultaría que tuvo menos de la tercera parte de su población presente, y un número de habitantes apenas triple al que hoy contiene su gigantesca metrópoli.

---

(1) *Darlymple's Appendix to part* II, *book* I. El método de calcular el censo de población por medio de las sectas religiosas estuvo de moda durante mucho tiempo. Gulliver dice del Rey de Brobdignag: «Se rió mucho de mi extravagante aritmética, como él decía, porque calculaba el censo de población de nuestra tierra por el número de individuos que sumaban nuestras sectas religiosas y políticas.»

(2) *Preface to the Population Returns of* 1831.

## III.

### EL AUMENTO DE POBLACIÓN ES MAYOR EN EL NORTE QUE EN EL SUR.

Grande ha sido el aumento de población en todo el reino desde aquella época; pero generalmente mucho mayor en los condados del Norte que no en los del Sur. Mucha parte del territorio que se extiende al otro lado del Trent permaneció, á decir verdad, hasta principios del siglo XVIII, en estado de barbarie, debido esto á causas físicas y morales que contribuyeron de consuno á impedir que se difundiera en ella la civilización; como que á los rigores del clima y al trabajo inteligente y asiduo que reclamaba la naturaleza del suelo para producir, se unía la circunstancia de no ser en modo alguno posible habilidad ni constancia en un país que, cuando no era teatro de guerras frecuentes y gozaba de paz nominal, se veía sin cesar asolado por numerosas partidas de bandoleros escoceses; lo cual dió por resultado que antes de la unión de las dos coronas británicas, y mucho después, hubiera tanta diferencia entre el Middlesex y el Northumberland, como hay en nuestros días entre el Massachusetts y los establecimientos de los aventureros que, al Oeste del Mississipí, administran su brutal justicia con hacha y puñal. Tanto era así, que bajo el reinado de Carlos II aun se advertían las huellas que dejaron siglos de matanza y saqueo á muchas millas al Norte del Troced, en el aspecto general del país y en las costumbres anárquicas del pueblo; y como aun

existiese una clase numerosísima de bandidos cuya única profesión consistía en saquear las casas y robar rebaños enteros de ganado, se creyó necesario, á seguida de la Restauración, dictar leyes muy severas para ocurrir al remedio de tales crímenes, autorizándose al propio tiempo á los magistrados del Northumberland y del Cumberland para levantar compañías de hombres armados que amparasen el orden y la propiedad, proveyéndose á los gastos que ocasionaran por medio de impuestos locales (1), y obligándose á las parroquias á mantener traíllas de sabuesos con destino á la caza de malhechores; circunstancia esta última que recordaban muchos ancianos al mediar el siglo XVIII, así como el servicio tan frecuente que hacían estos terribles auxiliares de la justicia (2). Con todo y así, no era posible á veces descubrir las guaridas de los bandoleros en las montañas y los pantanos, por no estar á la sazón bien conocida la topografía de la comarca, ni aun muchos años después; como que hallándose Jorge III en el trono, la senda que conducía por las montañas de Borrowdale á Ravenglas era un secreto cuidadosamente guardado por los moradores del valle, algunos de los cuales acaso en su juventud, guiándose por ella, lograron escapar de las persecuciones de la justicia (3). Y tan temibles se habían hecho estos bandoleros, que las quintas y granjas de los labradores acaudalados estaban fortificadas como castillos: por las noches acercaban el ganado á las viviendas designadas con el nombre de *Peels*, para ponerlo bajo el amparo de sus baluar-

---

(1) *Statutes* 14, Car. II, c. 22; 18 y 19 Car. II, c. 3; 29 y 30, Car. II, c. 2.

(2) Nicholson y Bourne: *Discourse on the Ancien State of the Border*, 1777.

(3) *Gray's Journal of a Tour in the Lakes*, Oct. 3, 1769.

tes; los pastores, mozos y gañanes dormían vestidos junto á las armas, y siempre había preparados grandes calderos de agua hirviendo y montones de piedras para defenderse. Ningún viajero se ponía en camino sin hacer antes testamento; los jueces que recorrían la comarca, llevando en pos de sí la curia para improvisar tribunales allí donde la justicia los había menester, iban á caballo de Newcastle á Carlisle, seguidos de numeroso acompañamiento de servidores y alguaciles, armados todos y escoltados de tropa, siendo necesario que llevasen consigo las provisiones, pues el país se hallaba desierto y carecía por completo de recursos; y aun recuerdan los moradores de aquella parte dónde hacían alto las caravanas para comer á la sombra de formidable y secular encina. Y el rigor con que castigaban á los salteadores chocaba por lo extraordinario á los habitantes de distritos más tranquilos; como que los Juzgados, movidos del odio y del temor, parecían preocuparse y atender no más que al exterminio de cuanto criminal habían á los manos, pues con rapidez comparable á la de los consejos de guerra cuando juzgan á insurrectos, enviaban al patíbulo por docenas á los ladrones (1). Bien es cierto que sólo por tal modo consiguieron acaso los magistrados infundir algún saludable temor entre aquellos criminales cuya barbarie y crueldad debió de ser mucha, cuando en nuestros días se ha dicho por ancianos, recordando episodios de su juventud, que los cazadores que á la sazón se aventuraban en seguimiento de reses hasta las fuentes de la Tyne, hallaban poblados los matorrales vecinos del castillo de Keeldar de una raza de hombres

---

(1) North's: *Life of Guildford.*—Hutchison's: *History of Cumberland, parish of Brampton.*

casi tan salvajes como los indios de California, y oían con sorpresa bárbaras canturias á mujeres medio desnudas, mientras que los mozos bailaban danzas de guerra, blandiendo puñales (1).

Sólo de una manera lenta, y en fuerza de luchar con grandes dificultades, logró establecerse la paz en la frontera, llegando entonces en pos de ella la industria y todas las artes de la vida; como que al propio tiempo se descubrió que la región situada al Norte del Trent atesoraba en sus minas de carbón una fuente de riquezas más preciosa que las minas de oro del Perú. Diéronse cuenta con esto de que allí mismo, en la vecindad de las minas, podrían establecerse ventajosamente manufacturas de todas clases, y á seguida comenzó una corriente de emigración hacia el Norte, que dió por resultado, como lo demostró el censo de 1841, hallarse aglomeradas en la antigua provincia arzobispal de York las dos séptimas partes de la población de Inglaterra, cuando en tiempo de Carlos I y de Crómwell se creía generalmente que no pasaba de la séptima (2), llegando en el Lancashire á ser nueve veces más considerable, mientras que apenas alcanzó al duplo en los condados de Suffolk, de Norfolk y de Northampton (3).

---

(1) Vease el diario de sir Walter Scott, octubre 7 de 1827, en su Vida por Mr. Lockhart.

(2) Dalrymple, *Apéndice á la parte Segunda*, lib. I. Los asientos del impuesto de fogaje conducen á la misma conclusión. Los fuegos de la provincia de York no llegaban á la sexta parte de los de toda Inglaterra.

(3) No pretendo naturalmente, al decir esto, ser exacto en absoluto; pero creo que quien se tome la pena de comparar los últimos datos del impuesto de fogaje, bajo el reinado de Guillermo III, con el censo de 1844, diferirá muy poco de mi conclusión.

## IV.

### RENTAS PÚBLICAS EN 1685.

Puédese tratar de los impuestos con más certidumbre y exactitud que de la población, y decir, por tanto, que las rentas públicas de Inglaterra eran cortas á la muerte de Carlos II, comparadas con los recursos que ya tenía entonces ó con los tributos que pagaban los Estados vecinos, y que, aun cuando fueron creciendo constantemente desde la Restauración, apenas llegaban á las tres cuartas partes de los ingresos de las Provincias Unidas y á la quinta de los de Francia.

El capítulo más importante de los ingresos era el de las contribuciones indirectas, que produjeron el último año del reinado de Carlos 585.000 libras netas. La renta líquida de aduanas llegó el mismo año á 530.000 libras. Pero si el peso de estos impuestos no parecía gravoso á la nación, antojábasele onerosísimo el de fogaje, con ser menos importante; que si el descontento que causan las contribuciones directas no se halla casi nunca en relación con las cantidades que producen al Tesoro, de todas ellas era la del fogaje la más odiosa, en razón á que no podía percibirse sino por medio de visitas domiciliarias, y á que siempre ha sido el pueblo inglés tan resueltamente opuesto á tales investigaciones, que no es fácil comprenderlo á quien haya nacido y vivido en otros pueblos. Y como, además de esto, acontecía que los pobres, aun siendo propietarios de alguna finca urbana, solían verse con harta frecuencia en la imposibilidad

de satisfacer el impuesto el día que se les reclamaba, y que, cuando llegaba el caso, les embargaban sin piedad los muebles y se los vendían, por estar arrendado el tributo y ser de todos los acreedores el arrendatario de contribuciones el que goza más fama de mezquino y rapaz, aumentábase la odiosidad al tributo con el odio que infundían sus arrendatarios, debido á la manera insolente y dura con que desempeñaban sus harto impopulares deberes. Decíase con este motivo que cuando se presentaba un cobrador del impuesto á la puerta del pobre, lloraban de miedo los niños, y las mujeres ocultaban aquellas prendas y objetos que valían más; como que, á veces, llegaron los del fogaje á embargar y vender la cama del moroso. El producto neto de tantas vejaciones no excedía de 200.000 libras anuales (1).

---

(1) En la *Biblioteca* de Pepys hay algunas baladas de esta época, relativas al impuesto del fogaje. Transcribo dos como muestra. Dice así una:

«The good old dames, whenever they the chimney man espied,
Unto their nooks they haste away, their pots and pipkins hide.
There is not one ald dame in ten, and search the nation through,
But, if yon talk of chimney men, will spare a curse or two.»

(Cuando ven llegar las viejas al recaudador del impuesto del fogaje se dan prisa á esconder los pucheros donde no los encuentre. Y no hay una por cada diez, aunque se recorra la nación entera, que, si se le habla del cobrador del impuesto del fogaje, no alivie su pecho con una ó dos maldiciones á su intención.)

Dice así otra:

«Like plundering soldiers they'd enter the door,
And make a distress on the goods of the poor,
While frighted poor children distractedly cried:
This nothing abated their insolent pride.»

(Entran como soldados al saqueo, y se apoderan del mobiliario del pobre: gritan los niños amedrentados: pero ellos no deponen por eso su insolente orgullo.)

Si á las tres grandes fuentes de riqueza que se han mencionado se agrega el producto de los bienes de la Corona, entonces más considerables que no ahora, y los diezmos y primicias que aun no se habían dejado á la Iglesia, los ducados de Cornualles y de Lancáster, y las confiscaciones y las multas, hallaremos que las rentas anuales de la Corona llegaban al total de un millón cuatrocientas mil libras próximamente, parte de las cuales eran hereditarias, y lo demás concedido al Rey Carlos de por vida; pudiendo disponer de ellas á voluntad, y acrecentar su hacienda personal con las economías que hiciera en los gastos públicos. Más adelante trataré de la administración de correos, cuyos rendimientos se dejaron al Duque de York por acuerdo de las Cámaras.

Hallábanse las rentas del Rey, ó, mejor dicho, hubieran debido estar obligadas al pago anual de ochenta mil libras próximamente, por razón de intereses de la cantidad retenida de una manera fraudulenta en las arcas del Tesoro por la *Cábala*; pero, si mientras estuvo Danby á la cabeza de la administración percibieron sus dividendos los acreedores, aunque no en verdad con la estricta puntualidad de los tiempos modernos, los que le sucedieron en el poder fueron menos hábiles, ó se curaron menos de mantener la fe pública que no él. De aquí que después del triunfo al-

---

En el Museo Británico hay algunas canciones sobre el mismo asunto, penetradas del mismo espíritu. Una dice así:

«Or, if through poverty it be not paid,
For cruelty to tear away the single bed,
On which the poor man rests his weary head,
At once deprives him of his rest and bread.»

(O si no puede pagar por ser pobre, tienen la crueldad de llevarse el único lecho en que descansa el desgraciado su fatigada cabeza, y le quitan el reposo juntamente con el pan.)

canzado por la Corte sobre los *whigs*, no se pagase nada, ni se hiciese la más leve concesión á los reclamantes, que hubieron de quedar en tal estado hasta el planteamiento de nuevo sistema por obra de la nueva dinastía; nuevo sistema que no consistió, como pretenden algunos, en ocurrir por medio de los empréstitos á las exigencias del Gobierno, procedimiento que no fué implantado ciertamente por Guillermo III; que contraer deudas fué de tiempo inmemorial la práctica de los Gobiernos ingleses, y la novedad introducida por la revolución, la práctica de pagarlas (1).

Merced al despojo de los acreedores del Estado, y de algunos subsidios obtenidos de Francia de vez en cuando, era posible hacer frente con los ingresos de un millón cuatrocientas mil libras á los gastos indispensables del Gobierno y á los absurdos é inútiles de la Corte; porque la carga que pesaba de una manera más insoportable sobre la Hacienda de los grandes Estados del continente apenas si era sensible para el Tesoro inglés.

## V.

### SISTEMA MILITAR.

Mientras la Francia, los Países Bajos y Alemania sostenían en tiempo de paz ejércitos más numerosos que los de Felipe II y Enrique IV en tiempo de gue-

(1) Las principales autoridades en que me apoyo para esta exposición del estado económico de Inglaterra se hallan en las actas de la Cámara de los Comunes del 1.º y 20 de marzo de 1688-89.

rra; y por todas partes se levantaban bastiones y rebellines construídos con arreglo á principios desconocidos al Duque de Parma y á Spínola; y se acumulaban cantidades de armas y municiones que Richelieu mismo, con ser el hombre á quien la generación anterior reputó por artesano de prodigios, habría llamado fabulosas; y no podía transitarse por los caminos de esos países sin ver regimientos en marcha, y fortalezas, y fosos, y puentes levadizos; en Inglaterra, por el contrario, era posible vivir y viajar mucho sin darse cuenta por ningún aparato ni rumor bélico de que la defensa de las naciones hubiese llegado á ser ciencia y profesión; como que la mayor parte de los Ingleses que no tenían veinticinco años no había visto acaso nunca una compañía de soldados regulares; que apenas si una sola de aquellas ciudades que rechazaron vigorosamente al enemigo durante la guerra civil se hallaba en condiciones de sostener un asedio; que las puertas quedaban tan francas de noche como de día; que los fosos no tenían agua; que las murallas caían arruinadas ó se restauraban sólo con el objeto de proveer á los habitantes de la localidad de paseos agradables las noches del estío; que no pocos castillos feudales habían sido desmantelados por los cañones de Fairfax y de Crómwell, siendo sólo montones de piedras cubiertas de yedra; que los que aun quedaban carecían de su carácter primitivo y eran únicamente palacios rústicos de la grandeza, con los fosos transformados en criaderos de carpas y de sollos, y los baluartes en jardines, cuyas calles de arbustos y flores conducían á las viviendas de verano, adornadas de pinturas y espejos (1). Aun

(1) Véase, por ejemplo, el cuadro del baluarte, en Marlborough, en el *Itinerarium curiosum* de Stukeley.

se descubrían entonces en los cabos, así como tierra adentro en las montañas, algunos postes sustentando barricas en lo alto; pero si en otro tiempo sirvieron para encender hogueras de pez que avisaran de los peligros, dejando ver sus llamas á cincuenta millas á la redonda, y dando lugar á que corriesen á empuñar las armas condados enteros, hacía ya muchos años que no se encendían estos faros para señalar buques españoles en el estrecho, ni cuadrillas de bandidos escoceses al cruzar el Tweed, y todos los consideraban á la sazón, antes como despojo curiosísimo de las antiguas costumbres, que como parte integrante de una serie de medidas necesarias á la seguridad del Estado (1).

El único ejército que reconocía la ley en Inglaterra era la milicia; y como en virtud de la reorganización que sufrió sobre nuevas bases por dos acuerdos del Parlamento, á poco de verificarse la Restauración, cuantos poseían quinientas libras de renta procedentes de bienes raíces, ó seis mil libras de bienes muebles, tenían que aportar, vestir y mantener un jinete; y los que poseían cincuenta libras de renta ó seiscientas de capital por los mismos conceptos respectivamente que los anteriores debían de hacer lo propio con un infante; y los propietarios menos ricos, agrupados en sociedades para las cuales no tiene nombre especial nuestra lengua, pero que los atenienses habían denominado *Synteleía*, contribuían, según sus recursos, con un infante ó jinete por corporación, la cifra total de caballería y de infantería que se alcanzaba por tal modo era generalmente de ciento treinta mil hombres (2).

---

(1) Chamberlayne: *State of England*, 1684.

(2) 13 y 14 Car. II, c. 3; 15 Car. II, c. 4.—Chamberlayne, *State of England*, 1684.

De conformidad con la antigua Constitución del reino y por recientes y solemnes acuerdos de las dos Cámaras del Parlamento, era el Rey jefe único de fuerzas tan considerables. Los lores lugartenientes y sus diputados ejercían entonces sus mandos bajo las órdenes del Monarca y señalaban las épocas en que debían reunirse las milicias para su inspección y ejercicios, cosas ambas en las cuales no debían de invertir más de catorce días al año. Las infracciones de la disciplina se castigaban por los jueces de paz, autorizados al efecto, con penas leves. Pero si los gastos ordinarios de este ejército no corrían á cargo de la Corona, cuando las milicias se movilizaban para la guerra, ocurría el Estado á su mantenimiento, y las sometía entonces á todo el rigor de la ordenanza militar.

Tenían estas milicias sus enemigos y sus detractores. Los que habían viajado por el continente y maravilládose de la mecánica exactitud con que se movían y daban el *«quién vive»* los centinelas de las plazas fuertes construídas por Vaubán; que habían visto los ejércitos poderosos que cubrían todos los caminos de Alemania para desalojar á los turcos de las puertas de Viena, y que se deslumbraron con la magnificencia y el brillo de las tropas de Luis XIV, se burlaban de la torpeza con que se movían los labriegos del Devonshire y del Yorkshire al hacer evoluciones y de la rusticidad de su porte, no nada marcial, cuando se presentaban armados de picas y mosquetes; y por tal modo, mientras los enemigos de las libertades y de la religión de Inglaterra miraban con repugnancia y hasta con odio una fuerza que no podía emplearse sin gran peligro contra la libertad y la religión, y no dejaban pasar ninguna oportunidad de poner en ridículo la campestre sol-

dadesca (1), al comparar los patriotas ilustrados los groseros reclutas de Inglaterra con los batallones que podían en momentos de peligro trasportarse á las costas del Kent ó del Sussex en algunas horas, se veían obligados á reconocer que si era peligroso el sostener un ejército permanente, acaso lo era más todavía el exponer la honra y la independencia de la nación al éxito de una batalla entre labriegos dirigidos por jueces de paz, y veteranos acaudillados por mariscales de Francia. Empero en el Parlamento era necesario expresarse con cierta reserva, por ser la milicia una institución esencialmente popular, y que las observaciones que se hicieran respecto de ella sólo fueran eficaces á excitar la indignación de los dos grandes partidos políticos al propio tiempo, sobre todo del que más se distinguía por su celo en favor del Monarca y de la Iglesia anglicana. Y como por otra parte los jefes de la milicia de los condados eran casi en su totalidad nobles y *gentleman* toríes y estaban orgullosos de sus empleos militares, reputaban por insulto personal cualquier insulto que fuese dirigido al cuerpo en el cual servían. Bien es cierto que no se les ocultaba que cuanto se decía contra la milicia era en alabanza encubierta del ejército permanente, institución aborrecida de todos ellos por haber sido bajo su imperio cuando murió el Rey de-

---

(1) Dryden expresa con su acerada vivacidad y habitual energía en el poema de *Cymon and Iphigenia* el espíritu que dominaba entre los cortesanos de Jacobo II, diciendo:

«En el campo resuenan los bélicos gritos de la grotesca é ignorante milicia, bocas sin brazos mantenidas á mucha costa, carga en tiempo de paz, triste defensa en tiempo de guerra; valerosa una vez al mes, marcha con aire fanfarrón, resuelta siempre, menos cuando es necesario, y se dirige ordenadamente al sitio donde hace breve simulacro de guerra para ir á emborracharse luego, negocio principalísimo de la jornada.»

capitado, y fueron abatidos los nobles, y saqueados los propietarios, y perseguida la Iglesia; como que apenas había gran propietario que no tuviera en la memoria un largo capítulo de agravios contra los soldados del Parlamento: este porque volaron su castillo; aquel porque talaron los árboles seculares de su parque; esotro porque no podía ir nunca á la iglesia de su parroquia sin que los abatidos blasones y las estatuas decapitadas de sus antepasados le recordasen que los rojos de Crómwell hicieron de ella cuadra para sus caballos. De aquí que los mismos realistas que más dispuestos parecían siempre á combatir en persona por el Rey, fueran los últimos á quienes pudiera el Rey atreverse á pedir recursos con que pagar tropas regulares.

Sin embargo, algunos meses después de la Restauración comenzó á formar Carlos un pequeño ejército permanente, persuadido de que si no tenía más defensa que la del pueblo armado y de sus guardias, los *beef eaters*, ó tragacarnes, ni su persona ni su casa estarían seguras en medio de una gran ciudad llena de guerreros de la quinta monarquía, recientemente licenciados. Por tanto, y á pesar de su natural descuido y de su prodigalidad, hizo un esfuerzo para introducir ciertas economías en el presupuesto de sus disipaciones, las cuales produjeron la cantidad bastante á sostener una guardia personal; y como aumentaron sus rentas con el desarrollo del comercio y de la riqueza nacional, pudo luego, á despecho de la Cámara de los Comunes, aumentar de una manera progresiva estas fuerzas regulares, llegando á ser considerable su medro algunos meses antes de acabar su reinado, en razón á que por haberse abandonado el costoso, inútil y mortífero establecimiento de Tánger á los bárbaros pobladores del país, su presidio, que

contaba con un regimiento de infantería y de otro de caballería, regresó á Inglaterra.

Estas tropas formadas, como queda dicho, por Carlos II fueron el germen del glorioso ejército que, andando el tiempo, había de hacer entradas triunfales en Madrid (1), en París, en Cantón y en Candahar. Los Guardias de Corps *(Life Guards)*, que forman al presente dos regimientos, se hallaban á la sazón divididos en tres compañías de á doscientos hombres, sin los oficiales, armados de carabinas, y tenían el cargo de custodiar al Monarca y la familia real. Merced á esto, gozaban del privilegio, aun los soldados, de llamarse Caballeros de la guardia; y como, además, muchos de ellos pertenecían á buenas familias y habían ejercido mandos durante la guerra civil, y sus pagas eran superiores á las de los cuerpos preferentes de nuestros días, y podían considerarse á la sazón muy bastantes al decoro de los segundones de caballeros del campo, y sus caballos lucían ricos arreos, y sus corazas, y sus vestidos de piel de búfalo, y sus adornos de cintas de terciopelo y galones de oro eran magníficos, ofrecían brillantísimo aspecto en el parque de Saint James. A cada compañía de guardias se agregaba cierto número de granaderos dragones, procedentes de clase inferior y con menos sueldo. Otro cuerpo de caballería perteneciente á la casa militar del Rey, cuyo distintivo era uniforme y capa de color azul, y llamado aún de los *Azules*, acuartelaba lo más del tiempo en las cercanías de la capital, del propio modo que el cuerpo designado al presente bajo la denominación de primer regimiento de dra-

(1) El autor alude acaso á la época en que, aliados los Ingleses á los Españoles, combatieron á los ejércitos de Napoleón, bien que causando mayor estrago en la Península, cuya industria destruyeron, que los invasores.—N. del T.

gones, á la sazón el único que hubiera en el ejército inglés. Aparte de éstos, organizados recientemente con jinetes que regresaron de Tánger, acampaba cerca de Berwick una compañía suelta de dragones, con el cargo de vigilar á los salteadores de la frontera; que á esta clase de tropa se la consideraba en aquel tiempo como la mejor para tales servicios, pues como decía Montecuculli, en el siglo XVII los jinetes no eran otra cosa que soldados de infantería, los cuales, merced á sus caballos, llegaban con más rapidez al punto de su destino.

La infantería de la casa militar del Rey constaba de dos regimientos, denominados entonces, como ahora, primero de guardias de á pie y *Coldstream Guards*, prestando generalmente servicio en Whitehall y el palacio de Saint James; y como no había entonces cuarteles en aquel barrio, ni podían los soldados, á virtud de la petición de derechos, habitar en las casas particulares, todas las tabernas de Westminster y del Strand estaban llenas siempre de casacas rojas.

Contábanse otros cinco regimientos de infantería, llamado uno de ellos del Almirante, cuyo destino era servir á bordo de la escuadra; los demás son aún los cuatro primeros regimientos de línea del ejército inglés. Dos de estos hicieron honor durante largo tiempo en el continente al esfuerzo británico, tomando el primero, llamado Real, á las órdenes del gran Gustavo, parte importantísima en la liberación de Alemania; y el tercero, que se distinguía por las vueltas color de carne del uniforme, de donde provino su nombre de *Buffs* (1), combatió no menos bizarramente á las de Mauricio de Nassau por la liberación

(1) *Buff* vale *ante* en castellano.—N. del T.

de los Países Bajos. Al cabo de grandes vicisitudes fueron llamados del servicio extranjero por Carlos II ambos cuerpos, ingresando en el ejército inglés.

Los regimientos que forman al presente el segundo y cuarto de línea llegaron de Tánger el 1685, trayendo consigo hábitos de crueldad y de licencia, contraídos en las prolongadas luchas que sostuvieron con los Moros. Algunas compañías sueltas de infantería se hallaban de guarnición en Tilbury Fort, en Plymouth, Portsmouth y en otras posiciones importantes de la costa.

Un gran cambio había ido verificándose en el arma de infantería desde los principios del siglo XVII al reemplazar poco á poco las picas con los mosquetes; pero, aun cuando al fin del reinado de Carlos II eran mosqueteros la mayor parte de los infantes, quedaban muchos piqueros en el ejército. Adiestrábanse también á la sazón los diversos institutos en el manejo de aquellas armas que constituían la especialidad de otros cuerpos, y así, los infantes traían espada, y los dragones, además del mosquete, un arma cuyo uso se ha generalizado después, llamada entonces puñal y que desde la época de Crómwell se designa en Inglaterra con el nombre francés de bayoneta. No parece, sin embargo, que fuese la bayoneta en aquel tiempo el terrible instrumento de muerte que ha llegado á ser después, porque la ponían fija en la boca del fusil, y durante la batalla empleaba la tropa largo espacio en quitarla para hacer fuego y en calarla para cargar.

Al comenzar el año 1685 se componía el ejército regular de Inglaterra de siete mil infantes y mil setecientos jinetes ó dragones, costando entre unos y otros doscientas noventa mil libras al año, esto es, menos de la décima parte de lo que costaba el de

Francia en tiempo de paz. El haber diario de cada soldado de la Guardia de Corps era de cuatro chelines; de dos con seis peniques el de los *Azules;* de diez y ocho peniques el de los dragones; de diez el de los guardias de infantería, y de ocho el de los de línea. La disciplina estaba muy relajada, en razón á que, como la ley común no reconocía los consejos de guerra, ni hacía diferencias en tiempo de paz entre soldados y ciudadanos, ni se hubiera tampoco atrevido el Gobierno á solicitar del Parlamento más adicto un *bill* contra la insubordinación, el soldado que cometía un atropello contra su coronel, sólo incurría en la pena prevista por la ley común para esta clase de faltas, sin que fuese posible castigarlo por negarse á la obediencia, desertar ó dormirse haciendo centinela. Cierto es que se impusieron penas militares durante el reinado de Carlos II; pero también lo es que los encargados de aplicarlas lo hicieron con mucha templanza y de modo que no llamase la atención pública ni diese lugar á que llegaran á entender los tribunales de justicia de Westminster-Hall en ninguna querella.




Como se ve, no era posible que un ejército semejante fuese ocasionado á reducir á esclavitud cinco millones de Ingleses; que apenas si habría sido eficaz á reprimir una insurrección en Londres, de hacer causa común con los rebeldes la Guardia ciudadana de la *city*, y como tampoco debía el Monarca esperar socorro de sus demás reinos si estallaba una lucha en el de Inglaterra, pues si bien existían otros establecimientos militares en Irlanda y Escocia, eran acaso insuficientes á contener á los puritanos descontentos del uno y á los católicos descontentos del otro, no le quedaba sino un recurso, llegado que fuera el conflicto, á saber: llamar en su auxilio los seis magníficos regi-

mientos que tenía en las Provincias Unidas á sueldo de ellas y que mandó primero el bizarro Ossory. De éstos, tres procedían de Inglaterra y tres de Escocia; y pues se había reservado el derecho de llamarlos, si los necesitaba, para defenderse de los enemigos domésticos ó extranjeros, toda la esperanza de remedio debía cifrarla en ellos: entretanto, nada le costaban y los tenía sujetos á saludable y eficaz disciplina, cosa que no habría osado imponerles por sí (1).

## VI.

### LA MARINA.

Pero si la suspicaz vigilancia del Parlamento y de la Nación hacía imposible al Rey crear y sostener un ejército permanente formidable, ningún obstáculo impedía elevar su poder marítimo al más alto punto, porque así los *whigs* como los *tories* se hallaban siempre dispuestos á votar con aplauso cuantas medidas tendiesen al progreso y desarrollo de una fuerza que con ser la protectora más eficaz de la isla contra los enemigos extranjeros, era impotente contra las libertades civiles. Y como las victorias más señaladas que alcanzaron los soldados ingleses y que tuvieron por

(1) La mayor parte de los materiales que me han servido para esta relación del ejército regular se hallan en los *Historical Records of Regiments*, publicados de orden de Guillermo IV, bajo la dirección del Ayudante general. Véase también á Chamberlayne, *State of England*, 1684; *Abridgment of the English Military Discipline*, impreso de orden superior, 1685; *Exercise of Foot*, impreso de orden de Sus Majestades, 1690.

testigos á los contemporáneos de Carlos II, las obtuvieron sobre sus Príncipes, y las de los marinos, por el contrario, fueron sobre los enemigos extranjeros y apartaron del suelo patrio la destrucción y el pillaje; mientras que la mitad, á lo menos, de Inglatera, recordaba con horror la batalla de Naseby, ó con orgullo mezclado de tristeza la de Dumbar, todos los partidos pensaban con el mismo entusiasmo en la destrucción de la *Invencible* y en los combates de Blake contra Holandeses y Españoles. De aquí que, aun cuando la Cámara de los Comunes hubo de mostrarse á las veces descontenta y no nada generosa, siempre que se trató de los intereses de la marina llegó hasta la prodigalidad. Buena muestra dió de ello cuando, bajo el ministerio de Danby, se le manifestó que gran número de buques de la armada estaban viejos y en malas condiciones, pues, aunque no se hallaba entonces propicia en modo alguno á ser generosa, concedió un crédito de seiscientas mil libras próximamente, para emplearlas en construir treinta navíos de guerra.

Pero los defectos del Gobierno hicieron estériles tan nobles liberalidades, pues si bien la lista de los buques de S. M. enumeraba nueve navíos de primer orden, catorce de segundo, treinta y nueve de tercero, y muchos barcos pequeños, eran los navíos de primer orden inferiores á los de tercero en nuestros días, y los de tercero apenas si podrían compararse con las grandes fragatas de ahora (1). No obstante, si estas fuerzas se hubieran hallado en buenas condiciones, aun habrían podido reputarse por formidables para el Monarca más poderoso de la época; pero es lo cierto que sólo existían en el papel; que á fines del reinado de Carlos II había caído la marina inglesa de tal modo, que pare-

(1) Conviene advertir que esto se escribió en 1848.—N. del T.

ceria increíble á no dar testimonio de su estado pruebas imparciales y unánimes de personas de indubitable autoridad en la materia. Dos memorias, redactada una en 1684 por Pepys, el hombre más capaz del almirantazgo inglés, para informar al Rey, y otra por Bonrepaux, el hombre más capaz del almirantazgo francés, que visitó á Inglaterra pocos meses después con el fin especial de conocer exactamente su fuerza marítima y de comunicar á Luis el resultado de sus investigaciones, concluyen del mismo modo, esto es: Bonrepaux, diciendo que todo estaba en el mayor desorden y en la situación más miserable; que hasta en Whitehall se reconocía y confesaba, si bien con celos y vergüenza, la superioridad de la marina francesa, y que el estado de los buques y de los arsenales ingleses era prenda segura de la impotencia de la Gran Bretaña para intervenir en los asuntos de Europa (1); y Pepys, que la administración de la marina era un prodigio de prodigalidad, de corrupción, de ignorancia y de abandono; que no era posible confiar en ningún cálculo; que ni se cumplía ningún contrato, ni se ejercía ninguna vigilancia; que los navíos cuyo presupuesto votó la Cámara de los Comunes, y que no llegaron á salir de los arsenales, habían sido construídos con maderas tan malas que aun se hallaban en peor estado que los antiguos, destrozados á cañonazos treinta años antes por Holandeses y Espa-

(1) Me refiero á un despacho de Bonrepaux á Seignelay, fecha 8-18 de febrero de 1686, que copió en los Archivos franceses Mr. Fox, durante la paz de Amiens, y que se me confió con los demás materiales reunidos por este grande hombre, por lady Holland, antecesora del lord actual, y por este mismo. En París he obtenido copia de otros documentos interesantes que pueden servir ó llenar los vacíos que aun quedaban en la colección de Mr. Fox. (Nota de 1848.)

ñoles; que algunos de los nuevos estaban de tal modo podridos que, á menos de carenarlos inmediatamente, corrían peligro de zozobrar sobre las amarras; que los marineros percibían sus haberes con tan poca puntualidad, que se daban por muy satisfechos vendiendo sus pagas á los usureros con 40 por 100 de pérdida, y que los jefes que no tenían amigos poderosos en la corte lo pasaban peor aún, habiéndose dado varios casos de oficiales á quienes se debían cantidades enormes por atrasos, y que después de haber solicitado en vano su cobro durante años enteros, murieron en la mayor indigencia y hasta de hambre.

Cierto es que la mayor parte de los buques de guerra estaban mandados por hombres que no pertenecían á la marina; pero bien será decir que no se implantó este abuso por el Gobierno de Carlos, pues anteriormente ningún Estado, antiguo ni moderno, había establecido separación completa entre los servicios de mar y tierra; como que si nos remontamos á las grandes naciones civilizadas del antiguo mundo, vemos combatir, así en la tierra como en la mar, á Cimón y Lisandro, á Pompeyo y Agripa, y que, á pesar del impulso que recibieron las ciencias náuticas á fines del siglo XV, no hubo ningún progreso material en la división del servicio. En Floden, por ejemplo, el ala derecha del ejército victorioso la mandaba el Almirante de Inglaterra; en Jarnac y en Montcontour el ejército de los Hugonotes lo dirigía el Almirante de Francia; D. Juan de Austria, vencedor en Lepanto, y lord Howard d'Effingham, á quien se confió el mando de la escuadra inglesa cuando los Españoles se acercaron á las costas de Inglaterra, eran uno y otro extraños á la marina; Raleigh, tan justamente renombrado por su pericia en el mar, sirvió muchos años en los ejércitos de tierra en Francia, en los

Países Bajos y en Irlanda; y Blake, antes de medirse en el Océano con Españoles y Holandeses, se distinguió por su bizarría defendiendo hábil y resueltamente una plaza del interior en su patria. El mismo sistema continuó después de la Restauración, viéndose por esto confiar la conducta de grandes flotas á Rupert y á Monk, esforzado y audaz oficial de caballería el primero, general de tierra el segundo, que mandaba virar diciendo: *Media vuelta á la derecha ó á la izquierda!* con no poca risa de los tripulantes de su nave.

Por aquel tiempo, sin embargo, comenzaron algunos hombres ilustrados á comprender que los rápidos progresos obtenidos, así en el arte de la guerra como en el de la navegación, reclamaban de consuno separar lo que hasta entonces había estado unido, y, por tanto, los mandos terrestres y marítimos, que constituyeron una cosa misma, comenzaron en Francia desde 1672 á estar divididos, dedicando su Gobierno á cierto número de jóvenes de buena familia á la educación especial y propia del servicio de mar. Pero en vez de seguir el Gobierno inglés tan buen consejo, continuó repartiendo los mejores mandos de la armada entre los oficiales del ejército, y hasta confiándolos á veces á personas que ni aun en tierra hubieran debido ejercer cargo ninguno, pues cualquier adolescente de ilustre alcurnia ó cualquier palaciego disoluto, recomendado de cualquiera de las favoritas del Rey, estaba seguro de obtener el mando de un navío de guerra, quedando con él á merced de su impericia la honra de la patria y la vida de centenares de hombres dignos de mejor suerte. Poco importaba que no hubiese navegado nunca sino en el Támesis, que no pudiera guardar el equilibrio á bordo y que fuesen iguales para él la longitud y la latitud, pues como

no se reputaba indispensable la instrucción preparatoria, lo más que se hacía era encargarles que navegaran algunas semanas en un buque de la armada, donde, libres y exentos de toda disciplina, y recibiendo señaladas muestras de respeto, y pasando el tiempo en festines y diversiones más ó menos lícitas, si aprendían el sentido de algunas palabras técnicas y los nombres de los puntos de la brújula, se les declaraba capaces para mandar un navío de tres puentes. Tanto es así, que en 1666 John Sheffield, Conde de Mulgrave, se alistó como voluntario, á la edad de diez y siete años, para servir á bordo contra los Holandeses; que después de pasar seis semanas embarcado, divirtiéndose á su antojo en compañía de algunos libertinos de su clase, regresó á Inglaterra para tomar el mando de un escuadrón de caballería, y que, aun cuando desde aquel momento no volvió á navegar hasta 1672, fué nombrado inmediatamente capitán de un navío de ochenta y cuatro cañones, que se consideraba como el mejor de la armada. Tenía entonces el Conde veintitres años, y tres meses muy escasos de navegar. Cuando regresó de aquella excursión naval recibió el despacho de coronel de infantería. Por tal modo se daban los mandos de la mayor importancia en aquel tiempo; y bien será decir que, con ser escandaloso el ejemplo citado, aun puede hallársele cierta disculpa en razón á que, si faltaban la experiencia y los conocimientos necesarios á Mulgrave, tenía talento y valor de sobra. Otros, en cambio, alcanzaron medros parecidos, no sólo sin ser buenos oficiales sino que intelectual y moralmente se hallaban incapacitados de serlo, y cuyos títulos á tan señaladas mercedes consistían en estar arruinados por el vicio y la disipación. El estímulo que tenían estos hombres para entrar en la marina consistía

principalmente en las utilidades que reportaban trasportando de puerto en puerto los lingotes de plata y oro y otras mercaderías preciosas, porque el Atlántico y el Mediterráneo estaban de tal modo infestados en aquella sazón de piratas berberiscos, que los comerciantes se negaban á cargar objetos de gran valor en barcos que no fuesen de guerra. Merced á lo cual ganaban las más de las veces los capitanes, en viajes cortos, miles de libras, y no pocos, á causa de tan cuantiosos beneficios, desatendieron los intereses de la patria y el honor del pabellón, haciendo humillantes transacciones con las potencias extranjeras, desobedeciendo las órdenes de sus superiores, y permaneciendo en puerto cuando se les mandaba perseguir corsarios de Salé, á trueque de salir la vuelta de Liorna con cargamentos de plata cuando sus instrucciones les prescribían darse á la vela para Lisboa. Y esto lo hacían con perfecta impunidad, porque la misma protección que los había elevado á ejercer cargos inmerecidos los amparaba y protegía en ellos de tal modo, que ningún Almirante, por más graves motivos que tuviera para someter á consejo de guerra por sus faltas á estos lindos palatinos, corrompidos y disolutos, apenas si era osado á enunciar la especie por lo bajo. En cambio, aquellos oficiales que se mostraban intransigentes en materia de honor, presto advertían que su conducta no era eficaz á su honra ni á su provecho; habiéndose dado el caso de que, por cumplir un capitán las órdenes del almirantazgo y permanecer fiel en su puesto, se negó cierta ocasión á recibir un cargamento que le hubiera producido 4.000 libras de beneficio, y de que, al saberlo Carlos, le dijese con indigna ligereza que lo felicitaba por ello, aun cuando no había dado muestra de muy sano juicio procediendo como lo hizo.

La disciplina era lo que podía ser con tales jefes, pues del propio modo que no respetaba el capitán cortesano al Almirantazgo, los marineros se mofaban del capitán, en razón á que más entendía cualquier grumete de la ciencia de navegar que no él, y á que hubiera sido absurdo suponer que hombres familiarizados con las tempestades de los trópicos y los bancos de hielo del polo ártico se sometieran á obedecer, pronta y respetuosamente, á quien no sabía más de los vientos y de las olas que lo aprendido bogando en una barquilla dorada entre Whitehall Stairs y Hampton Court. Y como que confiar á estos capitanes la maniobra de los buques era imposible, así este cargo como el de la derrota lo ejercían los pilotos; división de autoridad que tenía muchos y grandes inconvenientes en la práctica, por no ser fácil empresa el deslindar con exactitud las atribuciones de cada uno. De aquí las querellas que surgían, y que los capitanes, tanto más satisfechos de sí mismos cuanto eran más ignorantes, tratasen á los pilotos y contramaestres con soberano desprecio, mientras contramaestres y pilotos, que conocían el peligro de indisponerse con hombres poderosos, cedían las más de las veces contra sus convicciones tras floja y tímida resistencia, siendo maravilla que la consecuencia del conflicto no fuese la pérdida del buque y de sus tripulantes. Por tanto, los menos temibles de los capitanes aristocráticos eran aquellos que abandonaban de todo en todo sus naves á los pilotos, y se ocupaban sólo en ganar dinero y gastarlo, en vivir de la manera más fastuosa y muelle, en vestirse como para los besamanos de Versalles, en comer en vajilla de plata, en beber los vinos más exquisitos y tener odaliscas á bordo, mientras que el hambre y el escorbuto hacían estrago en la tripulación y cada día se arrojaban cadáveres al mar.

Así eran generalmente aquellos hombres á quienes llamaban capitanes caballeros. En cambio, y para bien de Inglaterra, hubo asimismo, entonces, mezclados con ellos, otros comandantes de género muy diverso, cuya vida pasaba en el Océano, que lucharon é hicieron su camino por sí, con su propio esfuerzo, y que desde los empleos más ínfimos del servicio marítimo se habían elevado á los primeros cargos de la armada. Uno de los oficiales más notables entre los indicados fué sir Cristóbal Mings, que comenzó la carrera de grumete y sucumbió combatiendo bizarramente con los Holandeses, siendo llevado al sepulcro en hombros de sus marineros, que lloraban y proferían exclamaciones de venganza. De él salió, por una manera singular de generación, una raza de marineros peritísimos y bizarros, pues sirvió bajo su mando en calidad de grumete sir John Narborough, y bajo las de éste, y también como grumete, sir Cloudesley Shovel; hombres todos á cuyo natural buen sentido y esfuerzo indomable debe la nación inglesa eterna gratitud; como que, gracias á la entereza de que dieron siempre altísimo ejemplo, y á pesar de la mala administración y de los defectos de los almirantes palatinos, estuvieron amparadas las costas de la patria y tremoló erguida la bandera nacional durante largos, tristes y peligrosos años. Bien será decir que aquellos lobos marinos, embreados *(tarpawlins)*, como los llamaba el vulgo, parecían á los demás hombres pertenecer á una raza extraña y semisalvaje; que su ciencia consistía única y exclusivamente en el ejercicio de su profesión, y esta ciencia profesional antes era práctica que no científica. Fuera de su elemento parecían sencillos como niños; pero sus modales eran tan toscos y su rudeza tan extremada y su lenguaje tan brutal, que los hacían impro-

pios para el trato de gentes. Así fueron los jefes en cuya dura escuela se formaron los intrépidos guerreros á quienes describió Smollett de una manera tan gráfica en los personajes del capitán Bowling y del comodoro Trunnion; pudiendo asegurarse también que nunca tuvieron los Estuardos á su servicio ni un oficial de marina con arreglo á las ideas modernas, es decir, un hombre versado al mismo tiempo en la teoria y en la práctica de su profesión, endurecido en el peligro de los combates y de las tempestades, y con esto culto y de buenos modales; que había en la armada de Carlos II marinos y caballeros; pero los marinos no eran caballeros, ni los caballeros marinos.

Hubiera podido entonces la marina inglesa, según cálculos muy exactos que tenemos á la vista, sostenerse en buen estado con el auxilio de trescientas ochenta mil libras al año; pero es lo cierto que se invertían cuatrocientas mil, como se ha visto, sin provecho ninguno. A su vez casi gastaba lo mismo la Francia, y mucho más la Holanda (1).

---

(1) He tomado principalmente de Pepys los datos relativos á la marina de la época de Carlos II. Su Memoria fué presentada al Rey en mayo de 1684, y no se ha impreso que yo sepa. El manuscrito se halla en el colegio de la Magdalena, en Cambridge. Allí existe también un manuscrito precioso que contiene una relación detallada de los establecimientos marítimos del reino en diciembre de 1684. El escrito de Pepys, titulado: *Memoirs relating to the state of the royal navy for ten years, determined december* 1688: su Diario y su correspondencia durante su comisión en Tánger están impresos y los he consultado mucho. Véanse también las *Shef field's Memoirs*, *Teonge's Diary*, *Aubrey's Life of Monk*, *The life of sir Cloudesley Shovel*, 1708, y las actas de la Cámara de los Comunes de 1.° y 20 de marzo de 1688 y 89.

## VII.

### LA ARTILLERÍA.

El presupuesto de artillería en Inglaterra durante el siglo XVII fué, comparativamente á los del ejército y armada, mucho menor que en nuestros tiempos, pues aun cuando había en la mayor parte de las guarniciones artilleros, y en los puntos de importancia uno que otro ingeniero, ni había regimientos de artillería, ni brigadas de zapadores y mineros, ni colegio donde pudieran aprender los soldados la parte científica de la guerra. La dificultad de mover las piezas de campaña era extraordinaria entonces por efecto de su pesadez y de la grosería de su rodaje; pero, no obstante, cuando algunos años después se trasladó Guillermo del Devonshire á Londres, los trenes y maquinas de artillería que llevó consigo, aun cuando ya eran usuales en el continente, y de una forma tal que ahora los tendrían por molestos y poco menos que inútiles en Wolwich, produjeron en los insulares admiración semejante á la que causaron á los indios de América los arcabuces castellanos. Y con ser el repuesto de pólvora de catorce á quince mil barriles, próximamente la duodécima parte de la cantidad que hoy se considera indispensable tener en almacén, se divulgaba con orgulloso alarde por ciertos escritores, más patriotas que discretos, porque lo reputaban ocasionado á imponer respeto á las naciones vecinas. El

total de gastos del arma de artillería era en aquel tiempo próximamente de setenta mil libras anuales (1).

## VIII.

### PENSIONES Y RETIROS MILITARES.

El total de los gastos efectivos de la marina, de la artillería y del ejército ascendía entonces á setecientas cincuenta mil libras. Las pensiones, que actualmente pesan tanto en los presupuestos generales, apenas si existían á la sazón, siendo muy escaso el número de oficiales de la armada retirados del servicio que recibieran pensión, pues en la nómina no figuraban tenientes ni capitanes que no hubieran mandado navíos de primera ó de segunda clase; y como Inglaterra no poseía sino diez y siete de primera y de segunda en condiciones de darse á la mar, y la mayor parte de sus comandantes desempeñaban en tierra cargos lucrativos, los gastos de este capítulo debían ser muy reducidos (2). Por lo que al ejército respecta, no se concedía el retiro sino temporalmente á muy escaso número de oficiales de dos regimientos,

(1) Chamberlayne, *State of England*, 1684. Actas de la Cámara de los Comunes, 1.º y 20 de Marzo de 1688-89. En 1833 se acordó, después de un luminoso informe, que hubiera siempre ciento setenta mil barriles de pólvora en almacén; práctica que se observa escrupulosamente desde aquella fecha.

(2) Según rezan los archivos del Almirantazgo, parece que se reconoció derecho al retiro á los oficiales generales de Marina en 1668, y á los capitanes de navío de primera y segunda clase en 1674.

que se hallaban en situación especial (1). El hospital de Greenwich no se había fundado aún, ni estaba concluído el de Chelsea; pero los gastos de la institución los costeaba, en parte, un descuento que pesaba sobre el haber de los soldados, y en parte, también suscriciones particulares; pues el Rey ofreció solamente contribuir con la cantidad de veinte mil libras á los gastos de la edificación, y con cinco mil anuales al sostenimiento de los inválidos (2) internos; que no los admitía externos el plan proyectado. Por tal modo, las pensiones y retiros de los departamentos de Guerra y Marina sólo ascendían á diez mil libras al año, cantidad inferior á la que al presente se necesita cada día para este capítulo del presupuesto (3).

## IX.

### GASTOS DEL GOBIERNO CIVIL.

Solamente ocurría la Corona entonces á los gastos civiles con una pequeña cantidad, pues la mayoría de los funcionarios encargados de administrar la justicia ó de conservar el orden prestaban gratuitamente sus servicios al público, ó estaban retribuídos de una manera que no imponía ninguna obligación

---

(1) Despacho fechado el 26 de marzo de 1678 en el archivo del Ministerio de la Guerra.

(2) Evelyn's *Diary*, 27 de enero de 1682. He visto una carta del sello privado, fechada el 17 de mayo de 1683, que confirma el testimonio de Evelyn.

(3) Conviene recordar que esto se escribía en 1848, pues con motivo de guerras posteriores á esa fecha, el capitulo de pensiones y retiros ha crecido de una manera considerable.—N. del T.

al presupuesto: los *Seriffs* (1), corregidores y concejales de las ciudades; los caballeros del campo, que desempeñaban los cargos de jueces de paz; los alcaldes de los lugares, los alguaciles y comisarios subalternos, nada costaban al Rey; y en cuanto á los tribunales ordinarios de justicia, cubrían con sus derechos y honorarios principalmente todas sus atenciones.

Por lo que hace á la representación diplomática en las potencias extranjeras, se hallaba establecida del modo más económico, pues el único agente diplomático que tuviera el título de embajador era el ministro que residía en Constantinopla, y aun así, la mayor parte de su haber lo pagaba la Compañía turca. No más que enviado era el agente de la Gran Bretaña en Versalles, careciendo de ministros en Suecia, Dinamarca y España. El total de gastos por el concepto expresado no pudo exceder mucho el último año que reinó Carlos II de veinte mil libras (2).

## X.

### INGRESOS ENORMES DE LOS CORTESANOS Y MINISTROS.

Antes merece ser censurada que no alabada esta economía de Carlos, el cual, así en el caso concreto que nos ocupa, como en todo lo demás, fué avaro en

---

(1) Véase en el Apéndice del tomo IV la palabra *Sheriff*.—N. del T.

(2) Jacobo II envió encargados de Negocics á España, Dinamarca y Suecia, y, sin embargo, bajo su reinado el total de los gastos diplomáticos apenas excedió de treinta mil libras al año. Véanse las actas de la Cámara de los Comunes del 20 de marzo 1688-89. Chamberlayne: *State of England*, 1684-1686.

ocasiones ó pródigo, según le pareció, pero siempre de una manera desacordada; como que los servicios públicos se retribuían mal para que resultaran economías con que saciar á los favoritos; resultando de aquí que mientras se reducían las cifras de gastos en los presupuestos de Marina y de Artillería, y se cercenaban las pensiones concedidas á los veteranos menesterosos, y se rebajaba la categoría de los representantes de Inglaterra en el exterior hasta un punto que parecerá extraordinario en nuestros días; los privados del Rey, sus ministros y sus adictos vivían en la mayor abundancia de lo superfluo, enriquecidos de las rentas públicas, disfrutando pensiones y sueldos cuya importancia sólo puede apreciarse debidamente comparándola con las rentas de la nobleza, de la clase media, de los comerciantes y de aquellos que ejercían profesiones liberales. En efecto, la más considerable á la sazón apenas excedía de veinte mil libras anuales: el Duque de Ormond, por ejemplo, tenía veintidos mil (1); el de Buckingham, antes de que sus extravagancias hubieran desmembrado las grandes propiedades que poseía, no contaba más de diez y nueve mil seiscientas al año (2); Jorge Monk, Duque de Albermarle, á quien recompensó la monarquía sus eminentes servicios con inmensas concesiones de tierras que formaban parte del patrimonio de la Corona, y cuya tacañería era notoria, dejó al morir quince mil libras de renta y un capital de sesenta mil, que producía probablemente siete por ciento (3): éstos eran á la sazón los súbditos más ricos del Rey, con el Arzo-

(1) Carte: *Life of Ormond*.

(2) Pepy's *Diary*, 14 de febrero de 1668-69.

(3) Véase el apuntamiento del pleito entre Bath y Montague, que fué fallado en diciembre de 1693 por el lord guarda-sellos, Somers.

bispo de Canterbury, cuyos ingresos no excedían mucho de cinco mil libras (1). Por lo demás, la renta de los Pares era, por término medio, según las personas bien informadas, de tres mil libras próximamente, la de los Baronets de novecientas, y la de un diputado á la Cámara de los Comunes de menos de ochocientas (2). El abogado que ganaba en su bufete mil libras, se creía el más venturoso de la clase, y en cuanto á los del tribunal del Banco del Rey, excepto los de la Corona, era muy difícil que llegasen á dos mil (3). Es por tanto evidente que un funcionario público habría debido considerarse bien remunerado entonces percibiendo la cuarta ó quinta parte de la cantidad que hoy se creería necesaria para retribuirlo de la manera debida, y sin embargo, los haberes de los altos empleados eran tan considerables á la sazón como en nuestra época, y á las veces más: el lord Tesorero, por ejemplo, recibía ocho mil libras al año, y los demás lores del departamento mil seiscientas cada uno; el Ordenador general de pagos del ejército percibía un derecho de tanto por libra en el movimiento de la caja, lo cual le producía cinco mil próximamente; el encargado del guardarropa tenía cinco mil; los comisarios de Aduanas mil doscientas, y los

---

(1) Durante tres trimestres, que comenzaron en la Navidad de 1639, percibió las rentas de la Silla de Canterbury un funcionario nombrado por la Corona. De los apuntes de este funcionario, que se conservan en el Museo Británico (Lansdowne, Mss. 885), se desprende que la renta total de los tres referidos trimestres no llegó á cuatro mil libras, y la diferencia entre la renta total y la renta líquida debia ser evidentemente muy considerable.

(2) King: *Natural and Political Conclusions.*—Davenant: *Balance of trade.*—Sir William Temple dice: «Las rentas de todos los individuos juntos de la Cámara de los Comunes han excedido muy pocas veces de cuatrocientas mil libras.» (*Memoirs*, Third part.)

(3) Langton's *Conversations with Chief Justice Hale*, 1672.

gentiles-hombres de cámara mil (1). Pero con ser considerables los sueldos reglamentarios, no constituían la parte principal de los beneficios que reportaban los funcionarios de aquel tiempo; porquê, desde los magnates en cuyas manos estaba la vara blanca y el gran sello, hasta el más humilde aduanero y el más insignificante criado de la Casa real, todos se entregaban sin reparo alguno á prácticas viciosas, que calificaríamos en nuestros días de infame corrupción, pues así los títulos como los empleos, comisiones y gracias se vendían diariamente por los dispensadores de ello de igual modo que las mercancías por los comerciantes; ejemplo pernicioso que imitaban cuanto podían los empleados subalternos.

Pero si durante el siglo pasado no aumentó sus bienes de fortuna ningún primer Ministro, por más grande que fuera su importancia, y algunos hasta disiparon parte de su patrimonio para representar de una manera digna el cargo elevado que desempeñaban, el siglo anterior, por el contrario, podían los hombres de Estado fácilmente, cuando se hallaban á la cabeza de los negocios públicos, sin dar escándalo y en poco tiempo, reunir el caudal indispensable para llevar con decoro el título de duque, pudiendo asegurarse que los ingresos de un primer Ministro excedían con mucho á los de cualquiera otro súbdito. El oficio de lord Lugarteniente de Irlanda producía, según cálculos, cuarenta mil libras anuales (2), y las utilidades que reportaron el canciller Clarendon, Arlington, Lauderdale y Danby fueron enormes; lo cual se demuestra sólo con ver el palacio tan suntuoso, deno-

(1) Actas de la Cámara de los Comunes, 27 de abril de 1689.—Chamberlayne: *State of England*, 1684.

(2) Véase los *Viages* del Gran Duque Cosme.

minado por el populacho de Londres *Dunkirk House* (palacio de Dunquerque), los magníficos pabellones, los viveros, el parque de ciervos y el naranjal de Euston, el lujo más que italiano de Ham, sus estatuas, sus fuentes y sus pajareras, cosas todas que decían muy alto á los contemporáneos cúyo era el camino más corto que debía seguirse para conseguir en breve inmensas riquezas. Por ser ésta la recompensa de la rapacidad, se comprenden la violencia y la pasión y la falta completa de miramiento con que se disputaban el poder los hombres de Estado de la época, y la tenacidad con que se asían á él á pesar de las vejaciones, de las humillaciones, de los peligros y de las complacencias escandalosas que tenían para no dejarlo. Aun en nuestros días, y siendo tan formidable como lo es el influjo de la opinión pública, y por más alto que se halle el nivel de la moralidad, podría temerse un cambio deplorable y trascendental en el carácter de los hombres políticos, si los cargos de primer lord de la Tesorería ó de secretario de Estado estuviesen retribuídos con cien mil libras de haber. Mas, felizmente para Inglaterra, los emolumentos de los funcionarios de mayor categoría, no sólo no han aumentado en proporción del progreso general de las riquezas del país, sino que positivamente han disminuido.

## XI.

### ESTADO DE LA AGRICULTURA.

Podrá parecer extraño, y á primera vista enorme, que la cifra de los impuestos se haya elevado treinta veces por sobre la de aquel tiempo en un período que

no equivale al de dos largas existencias humanas; pero quien se alarme de este acrecentamiento de las cargas públicas podrá tranquilizarse teniendo en cuenta del propio modo el acrecentamiento de los recursos. En 1685 el valor de los productos del suelo era muy superior al de todos los demás de la industria humana, y no obstante se hallaba entonces la agricultura en un estado que consideraríamos al presente como imperfecto y grosero, llegando apenas la superficie laborable y de pastos, según cálculos de los peritos en estadística, á más de la mitad de la superficie del suelo (1), y constando el resto de matorrales, bosques y pantanos; cálculos que confirman de todo en todo los itinerarios y los mapas del siglo XVII. Y es evidente, de conformidad con estos itinerarios y cartas, que muchos caminos que ahora cruzan por entre verjeles, prados y campos de pan llevar, pasaban á la sazón por entre lagunas, zarzas y sotos (2), lo cual se advierte asimismo hasta en los paisajes ingleses que se dibujaron aquel tiempo de orden del gran Duque de Toscana, Cosme de Médicis, pues en todos ellos cuantas tierras se ven hoy día cultivadas aparecen tan desnudas de vegetación y tan estériles como el

---

(1) King: *Natural and Political conclusions.*—Davenant: *The balance of trade.*

(2) Véase el *Itinerarium Angliæ*, 1675, por John Ogilby, cosmógrafo de S. M., el cual describe gran parte de las tierras situadas á los dos lados de los caminos como si fueran bosques, lagunas, matorrales y pantanos. En algunas de estas cartas los caminos que cruzan tierras cercadas se indican con líneas, y los que cruzan tierras sin cercar con puntos. La proporción de las tierras sin cercar, que si estaban en cultivo debía de ser pobremente, parece haber sido muy considerable, pues de Abingdon á Gloucester, por ejemplo, esto es, en una distancia de cuarenta ó cincuenta millas, no había una sola cerca, y apenas una entre Biggleswade y Lincoln.

llano de Salisbury (1). En Enfield, casi á las puertas de la capital, había un espacio de veinticinco millas de circunferencia con solo tres casas y alguna que otra heredad, y vagaban errantes los gamos á millares de igual modo que si estuvieran en los bosques americanos (2). Bien será decir que los animales feroces abundaban más entonces que no ahora; pero los últimos jabalíes que se conservaban para divertir al Monarca, dejando que destruyeran con sus defensas los sembrados, murieron á manos de la gente campestre durante los disturbios de la guerra civil, y el último lobo que se haya visto vagar por la isla sucumbió en Escocia poco antes de acabar el reinado de Carlos II. En cambio, los zorros, cuya vida se consideró en algunos condados de Inglaterra por tan sagrada como la del hombre, se reputaban en aquel tiempo azote del cielo. Recuérdase á este propósito que Oliver Saint John dijo cierto día en el Parlamento Largo que á Strafford debía tratársele no como á ciervo ó liebre, animales que merecían algún miramiento, sino como á zorro de quien debían apoderarse por todos los medios imaginables para matarlo después sin piedad; imagen que hubiera sido de ningún efecto empleándola delante de los caballeros del campo de nuestra época, pero sí de mucho en la de Saint John, cuando se verificaban aquellas matanzas de zorros, á las cuales acudían en tropel los campesinos con cuantos perros habían á las manos, ganosos de acabarlos á todos y más principalmente á las hembras con cría. También abundaban los ciervos en el Gloucestershire y en el Hampshire, como ahora en los



(1) Existen numerosas copias de tan interesantes dibujos en la hermosa colección que legó al Museo Británico Mr. Grenville.

(2) Evelin's *Diary*, 2 de junio de 1675.

montes Grampianos, y es fama que en un viaje que hizo á Portsmouth la reina Ana, se vió un rebaño de más de quinientos. Asimismo solían tropezar los caminantes en algunos bosques del Sur con toros salvajes de melena blanca; y los tejones minaban los flancos de las colinas más abundantes en malezas; y se oían mayar los gatos monteses alrededor de las chozas de los guardas de Whittlebury y de Needwood; y aun se cazaba en Cranbourne-Chase la marta de vientre amarillo para utilizar su piel, que se consideraba casi tan superior como la negra; y se cebaban con peces de la costas de Norfolk bandos de águilas de marjal, cuyas alas medían, de punta á punta, nueve pies; y en todas las playas, desde la Mancha al Yorkshire vagaban enormes avutardas que cogían á las veces los cazadores con lebreles; y nubes de grullas poblaban el aire durante largos meses, hacia las lagunas del Lincolnshire y del Cambridgeshire; especies que los progresos de la agricultura han combatido de tal suerte, que mientras algunas ya no existen, otras se hallan tan mermadas y son tan raros los ejemplares de ellas que las gentes acuden á contemplar los que descubren cual si se tratara de tigres de Bengala ó de osos del polo (1).

En ninguna parte pueden descubrirse mejor y más claramente las huellas de este cambio extraordinario que en el libro de los Estatutos, donde se ve que el número de registros de acotamientos asciende á más de cuatro mil desde que Jorge II subió al Trono,

---

(1) Vease White: *Selborne*.—Bell: *History of the british quadrupeds; Gentleman's recreation*, 1686.—Aubrey: *Natural history of Wiltshire*, 1685.—Morton *History of Northamptonshire*, 1712.—*Willoughby's Ornithology*, por Ray, 1678.—Latham: *General Synopsis of birds*.—Sir Tomas Browne: *Account of birds found in Norfolk*.

y siendo la superficie de las tierras cercadas á virtud de estas licencias de más de diez mil millas en cuadro, y pudiendo conjeturarse el número de millas cuadradas que primero quedaron sin cultivo ó se cultivaron mal, y que durante el mismo período de tiempo estuvieron cercadas y perfectamente laboreadas por sus propietarios sin pedir autorización, no parece aventurado decir que la cuarta parte del suelo de Inglaterra pasó, en el trascurso de menos de un siglo, del estado inculto al de producción, por obra de la industria humana.

Aun en aquellas partes del reino que se hallaban en mejores condiciones de cultivo á fines del reinado de Carlos II, y á pesar de haberse mejorado mucho la explotación de la tierra después de la guerra civil, no debe decirse que indicara su estado lo que se llama progreso inteligente. Pero como hasta el día no han tenido á bien los Gobiernos de Inglaterra disponer las medidas necesarias á conseguir el evalúo exacto de los productos del terreno, se halla el historiador, cuando trata de estas materias, obligado á conformarse, contra su voluntad, con las noticias y antecedentes que suministran los autores que hacen autoridad en la materia. Partiendo, pues, de lo cual, podrá suponerse que, hoy por hoy, el término medio de las cosechas de trigo, centeno, cebada, avena y habas pasa de treinta millones de *quarters* (1), y, según los cálculos hechos en 1696 por Gregorio King, la cantidad total de las mismas semillas que se cosechaba en todo el Reino Unido no llegaba á diez millones de *quarters*, representando el trigo, que á la sazón sólo se cultivaba en las mejores tierras y del

---

(1) El *quarter* equivale á ocho fanegas de medida castellana.—N. del T.

cual no hacían uso sino las personas ricas, dos millones de esta medida. Carlos Davenant, político sagaz y bien informado, aunque rencoroso y falto de principios, si bien difiere de King en algunos puntos, conviene con él en las conclusiones generales (1).

Escasos é imperfectos eran los conocimientos agrícolas á la sazón, pues si bien sabían los labradores ingleses que algunas legumbres recientemente importadas del extranjero, tales como el nabo, proveían de buen alimento en invierno á los carneros y las vacas, aun no se habían acostumbrado á darles ese pasto, resultando de aquí que, por no ser fácil hacerlos vivir en invierno cuando está escasa la hierba, no bien comenzaba la estación de los fríos los mataban y salaban en cantidad considerable, y por tal modo, durante muchos meses, las mismas clases favorecidas de la fortuna carecían por completo de carne fresca, excepción hecha de caza y pesca, que constituían de consiguiente artículos de mayor importancia que no ahora. Vemos en el libro de gastos domésticos de la casa de Northurmberland que bajo el reinado de Enrique VII las personas de calidad adscritas á la casa de un Grande no comían carne fresca sino durante el corto intervalo que media entre San Juan y San Miguel. Empero se verificó una mejora importante en doscientos años, cual fué la de que bajo Carlos II no hicieron ya las familias sus provisiones de carne salada, que se llamaba entonces carne de San Martín, sino á principios de diciembre (2).

Los carneros y vacas de aquel tiempo eran peque-

---

(1) King: *Natural and Political conclusions*, y Davenant: *The balance of trade*.

(2) Véanse los Almanaques de 1684 y 1685.

ños comparados con los de hoy (1). Los caballos indígenas, con ser buenos, estaban á bajo precio; como que se vendían á cincuenta chelines uno con otro, á causa de preferir el público los extranjeros, siendo los de raza española los más estimados, é importándose de la Península gran número de ellos por esta causa para las necesidades del lujo y de la guerra. Empero no los aplicaban al tiro de carruajes, pues para el arrastre de los pesados coches de la aristocracia era moda usar yeguas tordas flamencas, las cuales, al decir de las personas peritas, trotaban con cierta gracia propia de ellas y resistían mejor que cualesquiera otros animales de la misma raza y del país su penoso trabajo por las mal empedradas calles de Londres. Caballos de tiro, ni de carreras, no los había como los de ahora; pues no se trajeron hasta mucho después de los pantanos Walcheren los antepasados de los gigantescos cuadrúpedos que clasifican al presente los extranjeros entre las principales maravillas de Londres, ni tampoco habían llegado de Arabia los progenitores de *Childers* y de *Eclipse*. Sin embargo, ya mostraba la nobleza de Inglaterra y la *gentry* alguna pasión por el hipódromo; y comprendiendo la importancia que tendría mejorar las yeguadas, infundiéndoles sangre nueva, trajeron gran número de caballos berberiscos; como que dos hombres de indiscutible autoridad en la materia, sir John Fenwik y el Duque de Newcastle, habían dicho que el peor rocín que se importase de Tánger produciría una generación muy superior á la que pudiera esperarse del mejor caballo de raza inglesa. ¡Cuán lejos estaban uno y otro de creer que llegarían tiempos en los cua-

(1) Véase á Mac Culloch: *Statistical Account of the British Empire*, parte III, cap. I, sec. 9.

les los Príncipes y los Grandes de las naciones vecinas mostrarían tanto afán por adquirir caballos ingleses, como los ingleses mostraban entonces por adquirirlos de Berbería! (1)

## XII.

### RIQUEZA MINERA DEL PAÍS.

Con ser muy considerable el acrecentamiento de los productos del suelo inglés en los reinos vegetal y animal, es corto comparado con el de la riqueza mineral. En 1685, el estaño de Cornuallia, que más de dos mil años antes fué parte á que los marinos de Tiro franquearan el paso de las columnas de Hércules en su busca, seguía siendo uno de los productos subterráneos más preciosos del país: algún tiempo después llegó á ser la cantidad extraída de las minas de mil seiscientas toneladas; hoy día (1848) es del triple (2). En cambio, los veneros de cobre que se hallan en la misma región estaban de tal modo abandonados bajo

---

(1) Véanse, como antes, King y Davenant.—El Duque de Newcastle: *On horsemanship.*—*Gentleman's Recreation*, 1686. Las yeguas tordas de Flandes se consideraban en tiempo de Pope, y mucho después todavía, como muestra de la riqueza de quien las poseía; pudiendo acaso suponerse que el adagio vulgar que dice: «La yegua torda es el mejor caballo» (The grey mare is the better horse), haya tenido su origen en la preferencia que se daba generalmente á las yeguas tordas de Flandes sobre los mejores caballos ingleses de tiro.

(2) Véase una interesante nota de Tonkin, en la edición publicada por lord De Dunstanville de la *Survey of Cornwall*, de Carew.

Carlos II que ningún propietario los tenía en cuenta para calcular el valor de sus propiedades; al presente (1) la parte de Cornuallia y de Gales dan cerca de un millón y quinientas mil toneladas al año, que valen millón y medio de libras, es decir, el duplo próximamente de lo que producían en igual período de tiempo todas las minas inglesas en el siglo XVII. La primera capa de sal gema se descubrió en el Chelshire poco después de la restauración; mas no parece que hubo de explotarse á la sazón de una manera conveniente, pues la que se sacaba de las salinas por medios groseros era poco estimada de los naturales del país; como que las calderas en las cuales se preparaba despedían un olor sulfuroso insoportable, y cuando concluía la evaporación apenas si la sustancia que se obtenía era susceptible de combinarse provechosamente con los alimentos; atribuyéndose por los médicos las enfermedades pulmonares y escorbúticas, tan frecuentes entonces en Inglaterra, al uso de la insalubre fabricación de la sal. De aquí que las clases bien acomodadas hicieran poco empleo de ella, y que se importase generalmente de Francia una cantidad considerable para el consumo. Ahora, las fuentes y las minas de sal de Inglaterra, no sólo bastan al enorme gasto que se hace de esta sustancia en la Gran Bretaña, sino que proveen al extranjero con más de setecientos millones de libras al año, de inmejorable calidad (2).

(1) Borlase: *Natural history of Cornwall*, 1758. He tomado estas noticias respecto del rendimiento actual del cobre en los informes de las Cámaras. En 1700 estimaba Davenant que los productos anuales de la riqueza minera de Inglaterra oscilaban entre 700 y 800.000 libras esterlinas.

(2) *Philosophical Transactions*, num. 53, noviembre de 1669: núm. 66, diciembre 1670; núm. 103, mayo 1674; núm. 156, febrero 1683-84.

Progreso de más cuenta ciertamente que todos éstos ha sido el de las fundiciones de hierro. Porque si bien existieron de antiguo fraguas en Inglaterra, no llegaron á prosperar, ni el Gobierno, ni el país á mirar bien esta industria, debido á que, como aun no había comenzado á fundirse con carbón el mineral, el rápido consumo de la leña ponía en cuidado á los hombres políticos. Ya en tiempo de Isabel se formularon quejas, porque se talaban bosques enteros para el consumo de las fraguas, y el Parlamento intervino para prohibir á los herreros quemar madera de construcción; lo cual dió por resultado la decadencia de la industria, de tal modo, que cuando pasó de esta vida Carlos II mucha parte del hierro que se empleaba en Inglaterra iba del extranjero, y la cantidad que se fundía en el país anualmente no parece haber excedido de diez mil toneladas. En nuestros días se considera en decadencia el comercio del hierro, si la producción anual baja de un millón de toneladas (1).

Pero, aun nos queda por mencionar un mineral, acaso de mayor importancia que el hierro mismo, es á saber: el carbón de piedra, que si bien no estaba muy en uso á la sazón en las diversas manufacturas establecidas, era ya el combustible ordinario en ciertas comarcas que tenían la suerte de poseerlo en abundancia, y en la capital, que podía procurárselo fácilmente trayéndolo por el río. No es exagerado decir que la mitad del carbón que se extraía de las minas se gastaba en Londres, cuyo consumo parecía enorme á los escritores de la época, y se citaba por

---

(1) Yarranton: *England's Improvement by sea and land*, 1677.—Porter: *Progress of the nation*. Véase asimismo una relación histórica notablemente clara y sucinta de las fundiciones inglesas en la *Statistical Account of the British Empire*, por Mr. M'Culloh.

ellos como prueba de la grandeza y de la importancia de la ciudad imperial, antojándoseles que parecería increible á todos el número de *chaldrons* que importaba, y que no bajaría de doscientos ochenta mil anuales, ó sea trescientas cincuenta mil toneladas, que fué la cantidad que llegó por el Támesis á los muelles de la capital el año del fallecimiento de Carlos II. Hoy día quema la metrópoli cerca de tres millones y medio de toneladas, siendo el total del producto, conforme á los cálculos más exactos, no menor de treinta millones (1).

## XIII.

### AUMENTO DE LA RENTA TERRITORIAL.

A medida que iban realizándose todos estos cambios, iba también subiendo la renta de la tierra, como puede suponerse. En algunas partes decuplicó; en otras apenas llegó al duplo; pero es probable que por término medio haya cuadruplicado.

Y como la mayor parte de la renta que producía el terreno era para los llamados caballeros del campo (*the country gentlemen*), clase de individuos cuya posición y carácter es muy conveniente conocer, porque no pocas veces, en circunstancias muy graves, por obra de sus pasiones y de su influencia decidieron de la suerte de la patria, voy á intentar hacerlo.

---

(1) Véase Chamberlayne, *State of England* 1684-1687. *Angliæ Metropolis*, 1691.—M'Culloch: *Statistical Account of the British Empire* Parte III, cap. II, (ed. de 1847). La cantidad de carbón importada en Londres el año de 1845 fué, según los informes parlamentarios, de tres millones cuatrocientas sesenta mil toneladas.

## XIV.

### THE COUNTRY GENTLEMEN.

Mucho nos engañaríamos si creyésemos que tuvieron los *squires* del siglo XVII gran semejanza con sus descendientes á quienes vemos en nuestros días representar sus condados en la Cámara de los Comunes, ó presidir las audiencias trimestrales (1), porque los modernos caballeros del campo *(the country gentlemen)* reciben educación liberal, pasan de una escuela célebre á un colegio famoso, y tienen cuantos medios son imaginables de ser *scholars* (2) excelentes; visitan generalmente las nacionas extranjeras; pasan mucha parte de su vida en la capital, y cuando se trasladan al campo, llevan consigo los refinamientos y el buen gusto propio de ella; como que no es fácil hallar residencias más apacibles y risueñas que las casas de campo de la *gentry* inglesa, en cuyos parques y jardines se presenta la naturaleza embellecida del arte, no abrumada de él, revistiendo sus galas más pintorescas, en cuyas habitaciones los cuadros de mérito que los adornan, los instrumentos de música y las bibliotecas bastan para denotar la discreción y cultura de sus dueños, ofreciendo en todas las partes, así de la comodidad interior como de la elegancia, muestra de su sentido práctico y de su refinamiento;

(1) Los *quarter-sessions* son unos tribunales formados de tres jueces de paz, que se reunen cada tres meses en los condados de Inglaterra para entender en ciertos delitos leves.—N. del T.

(2) *Scholar* tanto puede ser en este caso *estudiante*, como hombre ilustrado.—N. del T.

resultado feliz de la unión en que viven por ellos y en ellas lo bello y lo confortante. Mas los caballeros que fueron testigos de la revolución comenzaban por no tener probablemente sino la cuarta parte de la renta que disfrutan sus sucesores, siendo, por tanto, pobres, si se les compara con los de hoy, y hubieron por necesidad de residir en sus propiedades casi siempre. Viajar por el continente, y residir en Londres ó frecuentarlo, eran satisfacciones y goces que sólo podían permitirse los grandes propietarios, pudiendo asegurarse que entre la muchedumbre de *squires* que desempeñaban los cargos de jueces de paz ó de tenientes reales, no había uno por cada veinte que fuese á Londres más de una vez cada cinco años ó que hubiera estado en París en su vida. En cuanto á la educación, no pocos propietarios de castillos tenían tanta como sus propios criados, y esto era por tal modo á causa de que, á las veces, los herederos de grandes estados pasaban la infancia y la juventud en la residencia señorial de la familia en compañía de preceptores y maestros no más ilustrados que los palafreneros y los guardas, y adquirían de esta manera la instrucción suficiente á escribir su nombre al pie de una providencia. Si los enviaban á la escuela del lugar ó al colegio, volvían por regla general antes de cumplir veinte años para encastillarse de nuevo entre las cuatro paredes de la vetusta sala feudal, y olvidar muy luego, á menos de tener aptitud felicísima, sus estudios académicos en medio de los trabajos y distracciones campestres. Constituía lo principal de sus ocupaciones el cuidado de su propiedad, la siembra, laboreo y cosecha de los granos, y el escogido y la crianza de los cerdos, y los días de feria, vaso en mano, hacer los tratos con los chalanes. Lo mejor de sus goces consistía en la caza y en la más grosera sensualidad; su lenguaje y su

pronunciación eran los que usan los patanes más montaraces de nuestros días; sus blasfemias, sus chanzas groseras, sus invectivas brutales, su lenguaje, en una palabra, sobre ser tosco, inculto y desapacible, tenía tan marcado el acento de la provincia que desde sus primeras palabras se advertía si era quien hablaba del Somersetshire ó del Yorkshire; curábanse muy poco del ornato y comodidad de sus casas, y si acaso lo intentaban, lo cual pocas veces ocurría, luego ponían de manifiesto su mal gusto; la pajaza barrida del establo y de la caballeriza no era extraño que la pusieran en montón al pie de las ventanas de la alcoba, y las coles crecían hasta delante de la puerta principal; sus mesas se cubrían de manjares groseros en abundancia, y quien se convidaba á sí propio á ellas podía estar cierto de buen acogimiento; pero como la costumbre de beber con exceso estaba muy generalizada en la clase á que pertenecían, y sus bienes de fortuna eran escasos para consentirles diariamente la generosidad de embriagarse con sus amigos á fuerza de vino de Burdeos ó de las Canarias, la cerveza fuerte constituía el brebaje usual y corriente; siendo enorme por esta causa la cantidad de ella que se consumía entonces en Inglaterra, y además, porque constituía para las clases media y baja no solamente la bebida ordinaria, como acontece hoy, sino que hacía las veces del vino, del té y de los espirituosos, tan generalizados en la actualidad. En estas comidas, las señoras de la casa, cuyas labores habituales consistían en preparar salazones y guisados, se levantaban con el último plato y dejaban á los caballeros beber y fumar á sus anchas; grosera distracción de sobremesa que no concluía sino cuando los huéspedes caían y rodaban en el suelo.

Sólo raras veces podía entrever la sociedad culta el

*country gentlemen*, y acaso por eso lo que descubría entonces era más ocasionado á turbar que á ilustrar su inteligencia. Por lo que hace á sus opiniones tocante á la religión, el gobierno, los pueblos extranjeros y los tiempos pasados, no eran producto del estudio, de la observación ó del cambio de ideas con amigos ilustrados, sino el recuerdo de tradiciones seculares puesto en práctica por ellos; y no obstante de ser estas opiniones de los caballeros del campo más propias de niños que de hombres, las sustentaban con la obstinación característica y propia de los que viven henchidos de lisonjas, y odiaban de igual modo, indistintamente, así á los Franceses, Italianos, Escoceses é Irlandeses, como á los católicos, presbiterianos, independientes, bautistas, cuácaros y judíos, sin excluir en sus antipatías á la metrópoli juntamente con sus habitantes; aversión esta última que, más de una vez, produjo resultados políticos de importancia. En lo que á sus mujeres é hijas respecta, eran inferiores en instrucción y aficiones á las criadas de nuestros días, y pasaban el tiempo hilando, cosiendo, haciendo vino de grosellas, salazones y pasteles de venado y jabalí.

Según este retrato, podrá suponerse que el *squire* del siglo XVII no difería materialmente del molinero de nuestros tiempos; mas aun faltan ciertos rasgos importantes, que se añaden ahora para completar el bosquejo de su carácter y que modificarán mucho el primer juicio; pues, á pesar de su ignorancia y de su tosquedad, era en muchos puntos esenciales un cumplido *gentleman*. El caballero del campo formaba en las filas de poderosa y altiva nobleza, y se distinguía por las cualidades y defectos propios de la nobleza. En punto á orgullo nobiliario aventajaba siempre á los Howard y Talbot; conocía los árboles genealógicos y los blasones de todos sus vecinos á muchas leguas

á la redonda, y podía decir con exactitud quiénes se permitían, sin derecho para ello, la licencia de usar tenantes, y quiénes no pasaban de ser nietos de concejales. En calidad de magistrado administraba gratis á los que habían menester de ella una manera de justicia, patriarcal y grosera, que, á pesar de innumerables errores y de fallos á las veces tiránicos, era preferible á la total ausencia de justicia. En calidad de oficial de la milicia, y aunque su jerarquía militar fuese ocasionada por una muchedumbre de circunstancias á mover la risa de los soldados que habían hecho siquiera una campaña en Flandes, creía valer más aún de lo que valía, no sólo á sus propios ojos sino á los de cuantos lo rodeaban. Empero bien será decir que su oficio militar era motivo de burlas injustas, porque no escaseaban tanto aún en los condados de Inglaterra caballeros ancianos que asistieron á reñidos y sangrientos combates: éste, que fué recompensado de su bizarría en la batalla de Edgehill por el Rey Carlos I; aquél, con el cuerpo cubierto de las heridas ganadas en Naseby; esotro, que defendió su castillo hasta que Fairfax le derribó la puerta con petardos. La presencia de estos veteranos con sus espadones viejos, sus pistolas antiguas y sus vetustas historias de Goring y de Lundsford, imprimía carácter grave y guerrero á las reuniones de la milicia, que sin ellos no lo habrían tenido. Por lo que hace á los jóvenes, que no pudieron medirse con los coraceros del Parlamento Largo, como estaban desde la infancia rodeados de los recuerdos de la guerra civil y oyendo constantemente la relación de cuantas proezas realizaron sus padres, participaban de sus mismas aptitudes y se inspiraban en el mismo espíritu; pudiendo decirse por tanto que el carácter del *squire* del siglo XVII se componía de dos elementos que raras

veces se hallan juntos, es á saber, del plebeyo y del patricio: de aquél, por su ignorancia, su grosería, sus gustos vulgares y su lenguaje inculto y soez; de éste, por las virtudes y los vicios que son generalmente propios y que adquieren gran desarrollo en las personas nacidas y criadas en elevado rango social, y que tienen hábitos de autoridad, de circunspección y de respeto á sí mismos. Podrá parecer difícil á nuestros contemporáneos, que han contraído la costumbre de hallar siempre asociado el espíritu caballeresco á los estudios liberales y á las buenas maneras, el darse cuenta de aquellos hombres que con la traza, el vocabulario y el acento propios de los mozos de cuadra, eran puntillosos en materia de genealogía y de precedencia, y estaban siempre dispuestos á perder la vida por la honra de su casa y de su apellido; pero es lo cierto que sólo asociando por tal modo cosas que nuestra manera de ser presente rara vez ó nunca nos muestra unidas, podremos formarnos una idea exacta de aquella nobleza rústica que constituyó la fuerza principal de los ejércitos de Carlos I y que defendió largo espacio de tiempo con singular fidelidad la causa de sus descendientes.

Estos caballeros del campo, rústicos, sin educación, forzosamente sedentarios, eran por lo general *tories*; pero, aunque unidos con estrecho vínculo á la monarquía hereditaria, no se mostraban benévolos hacia los cortesanos y los Ministros: pensaban, no sin razón, que Whitehall estaba lleno de las gentes más corrompidas del género humano; que de las cantidades votadas por el Parlamento para la Corona desde la Restauración habían aprovechado no poco los especuladores políticos, los bufones y las cortesanas venidas del extranjero, y se indignaban sus altivos corazones ingleses con la idea de que los gobernantes de su

patria recibieran órdenes del francés. Y como con ser antiguos caballeros ó hijos suyos censuraban de un modo acerbo la ingratitud que mostraron los Estuardos con sus mejores amigos y sus parciales más adictos, los que oían sus quejas y les entendían murmurar sin rebozo del mal pago que recibían de aquellos por quienes hicieron tantos sacrificios, y de las prodigalidades que merecían los bastardos de la Nell Gwynn y de la Carwell, hubieran podido suponerlos dispuestos á volver sus armas contra el Rey; pero es lo cierto que todo su enojo desaparecía como por arte mágica, no bien peligraba el trono; que precisamente cuando aquellos á quienes el Soberano había colmado de riquezas y de honores se alejaban de él, era cuando los caballeros del campo, que tan enojados se mostraban durante su prosperidad, acallaban sus resentimientos y acudían resueltos y animosos á defenderlo. Así fué cómo, después de haber murmurado durante veinte años contra el mal gobierno de Carlos II, fueron en su auxilio aquel día de supremo peligro en que sus secretarios de Estado y sus lores de la Tesorería lo abandonaron, poniéndolo en el caso de alcanzar sobre la oposición una victoria completa. Y es indudable que habrían mostrado por su hermano Jacobo la misma fidelidad, si éste hubiera querido abstenerse, siquiera en los últimos momentos, de ultrajar sus creencias más profundamente arraigadas; porque había para los caballeros del campo una institución, solo una, que reverenciasen y acatasen más aún que la monarquía hereditaria, y era la iglesia de Inglaterra; reverencia y acatamiento que no provenía del estudio y de la meditación, pues muy pocos hubiesen acertado á explicar el respeto que tenían á sus doctrinas, á su ritual y á su constitución con razones sacadas de las Escrituras ó de la Historia ecle-

siástica. No deberá, sin embargo, entenderse por esto que fuesen los caballeros del campo, considerados en conjunto, puntuales y estrictos guardadores del código moral, que es común á todas las iglesias cristianas; pero la experiencia de mucho siglos nos demuestra que los hombres pueden hallarse dispuestos á combatir hasta la muerte y á perseguir sin piedad á sus semejantes por religiones cuyos dogmas no comprenden y cuyos preceptos no cumplen (1).

## XV.

### EL CLERO.

Más tenaz y violento era en su torismo el clero del campo que no los caballeros, y formaba una clase casi tan importante como la de ellos, si bien considerados sus individuos aisladamente y comparados á los de la otra en igualdad de circunstancias, luego se advierte que disponía de recursos inferiores á los de hoy, pues el principal recurso de la Iglesia consistía en el diezmo y éste se hallaba entonces en proporción mucho más ínfima que hoy con la renta. King calculaba la renta total del clero de las parroquias y de los colegios en cuatrocientas ochenta mil libras al año, y Davenant en quinientas cuarenta mil: hoy día es siete veces mayor que la más elevada de estas cifras, sin que

(1) Los antecedentes que me han servido para trazar el retrato del caballero del campo en el siglo XVII, los he recogido en fuentes harto numerosas para poder citarlas. Debo, pues, limitarme á someter mi trabajo al juicio de quienes hayan estudiado la historia y la amena literatura de aquel tiempo.

la renta del suelo haya crecido en las mismas proporciones. De aquí se sigue que los rectores y vicarios debían ser, relativamente á los caballeros y á los *squires* de la vecindad, mucho más pobres el siglo XVII que no el XIX.

La Reforma cambió por completo el modo de ser de los eclesiásticos. Antes formaban la mayoría de la Cámara de los Lores, rivalizaban por su esplendor y su riqueza, y aun eclipsaban á las veces á los más opulentos Barones temporales, y ejercían los empleos civiles de mayor importancia: el lord Tesorero era generalmente Obispo, aconteciendo lo propio con el lord Canciller; y eclesiásticos también el lord del Sello privado y el Archivero mayor *(Master of the Rolls)* (1), y los que trataban de los asuntos diplomáticos más importantes; como que se reputaba en realidad cosa correspondiente á los teólogos toda esa parte tan considerable de la administración pública que los nobles incultos y guerreros no tenían condiciones de dirigir. De consiguiente, como los más de aquellos para quienes carecía de atractivo la vida militar, y que deseaban al propio tiempo elevarse á los principales cargos del Estado, se ordenaban, abundaba el clero en individuos pertenecientes á las primeras familias de Inglaterra, no escaseando tampoco en él parientes cercanos de sus Reyes, y buena prueba dan de ello los nombres ilustres de los Scroops, de los Nevilles, Bourchiers, Staffords y Poles, que pertenecieron á la jerarquía eclesiástica. Y como, además, le correspondía en aquella sazón, con las rentas de inmensos bienes, la mayor parte de los diezmos que se hallan ahora en manos de laicos, no hubo hasta el me-

(1) Así se denomina la segunda dignidad judicial en Inglaterra.—N. del T.

diar del reinado de Enrique VIII ninguna carrera de más atractivo para los ambiciosos que la eclesiástica. Pero en aquel punto, por obra de una revolución por todo extremo violenta y trascendental, y con la supresión de los monasterios quedó privada la Iglesia de la mayor y mejor parte de su patrimonio, y por ende también de su predominio en la alta Cámara, no volviendo á verse más entre los pares del reino, ni en posesión de rentas iguales á las del magnate opulento, á ciertos abades como los de Glastonbury ó de Reading; quedando desvanecido el esplendor casi regio de un Guillermo de Wykehans y de un Guillermo de Waynflete, y desapareciendo de la escena el capelo y la cruz de plata de los legados. Antes, por el solo hecho de que supiera un hombre leer, entendían todos que había de ser necesariamente de la Iglesia; pero en una época que producía seglares tales como Guillermo Cécil, Nicolás Bacon, Rogelio Ascham, Tomás Smith, Gualterio Mildmay y Francisco Walsingham, no se hacía necesario privar las diócesis de sus prelados para que negociasen con el extranjero, dirigiesen los negocios de Hacienda y administrasen la justicia; por cuya causa perdió el clero el predominio y la influencia que es recompensa natural del saber, cesando de ser el carácter episcopal condición indispensable para obtener cargos civiles de importancia, y comenzando á parecer desde aquel punto impropio á merecerlos y á conseguirlos. Y como por otra parte cesaron los móviles mundanos que antes habían impulsado á tantos jóvenes de reconocido mérito, ambiciosos y de familia ilustre á tomar el hábito eclesiástico, ni había ya una parroquia por cada doscientas que pudiese ocurrir á las necesidades del rango de un noble, siendo acaso los oficios más elevados los más mezquinamente retribuídos, sobre todo comparándolos con la manera

de aureola de gloria, de pompa y de magnificencia que rodeó en lo antiguo á los príncipes de la jerarquía, ya no ingresaban en ella; como que parecía mezquino el esplendor de Grindall y de Parker á los que recordaban el esplendor imperial de Wolsey, sus palacios de Whitehall y de Hampton-Court, que habían venido á ser residencias favoritas de los Reyes, las tres mesas suntuosamente servidas cada día en su refectorio, las cuarenta y cuatro espléndidas capas de su capilla, sus pajes y correos vestidos de ricas libreas, y sus guardias con doradas alabardas. Perdido el atractivo que tenía la carrera sacerdotal para las clases elevadas, apenas hubo, durante el siglo que siguió al advenimiento de Isabel, una sola persona de familia noble que recibiese las órdenes. A fines del reinado de Carlos II eran Obispos dos hijos de Pares del reino, y cuatro ó cinco disfrutaban de pingües beneficios; pero tan contadas excepciones no tenían eficacia para neutralizar el disfavor en que había caído la clase, pues, considerada en conjunto, se la calificaba de plebeya. Y, en realidad, para cada sacerdote que hacía papel de caballero, diez no pasaban de ser sirvientes á sueldo, en razón á que mucha parte de los ministros que carecían de beneficio, ó cuyos beneficios eran tan escasos que no bastaban á subvenir á sus necesidades de una manera decorosa, se refugiaban en las casas particulares; costumbre que, desde hacía tiempo, daba por resultado el rebajamiento del carácter sacerdotal. Ya intentó Laud reformar estas prácticas viciosas, y también Carlos I dispuso, para remediarlas ó restringirlas en lo posible, que solamente las personas de rango muy elevado tuvieran capellanes particulares (1); pero no es menos cierto que se olvidaron luego tan

(1) Véase á Heylin, *Cyprianus anglicus.*

laudables acuerdos, influyendo tal vez mucho para ello el que, durante la dominación de los Puritanos, la mayoría de los ministros desposeídos de la Iglesia de Inglaterra sólo pudo hallar abrigo y pan entrando en las casas de los caballeros realistas, y que la costumbre que contrajo la clase en aquella época de turbulencias durase hasta después del restablecimiento de la Monarquía y del episcopado. Y, en efecto, la práctica era perjudicial en grado sumo al decoro de los eclesiásticos; porque si en las casas de aquellos á quienes animaba espíritu liberal y que tenían cierta cultura se veía tratado el capellán con urbanidad y afecto, estimándose su conversación, sus conocimientos literarios y sus consejos por cumplida y generosa correspondencia del hospedaje y del salario que le daban, en las de los *squires* groseros é ignorantes del campo no sucedía otro tanto, pues siempre hallaban el modo de conciliar la dignidad con la tacañería. Un joven levita (esta era la frase con que los designaban) podía estar adscrito á su casa por la comida, una mala vivienda en el desván y diez libras al año, y mediante tan mezquina retribución debía, no sólo cumplir las obligaciones de su ministerio, sino es ser el más silencioso de los oyentes, aparejado siempre y dispuesto en toda ocasión, haciendo bueno, á jugar á los bolos con la familia, ó al tejo, si llovía, esto sin perjuicio de ahorrar el gasto del jardinero y á las veces hasta del mozo de cuadra; que así caía bajo su jurisdicción la poda de los albaricoques y la limpieza de los caballos, como el ajustar cuentas con el herrador y llevar recados y encargos á diez millas de distancia. Se le toleraba que comiese á la misma mesa de la familia; pero á condición de que se contentara con lo menos y lo peor, pues si se le hacía plato de carne salada y zanahorias, cuando servían

los criados las tartas y pasteles de queso, abandonaba el puesto y se alejaba de la mesa, donde no parecía más que para dar gracias á Dios por la totalidad de una comida cuya mejor parte no podía tocar (1).

A veces, y al cabo de algunos años del trabajo que acaba de verse, lo proveían de un beneficio con que viviera; pero aun eso había de comprarlo por una manera de simonía que ha suministrado inagotable capítulo de chanzas á tres ó cuatro generaciones de satíricos. Porque, como al posesionarse de su curato y al propio tiempo, tomaba esposa, lo hacía eligiendo la compañera de sus días futuros en la domesticidad del señor, aconteciendo no pocas veces que la preferida de su corazón había estado antes en mucho favor con el amo de todos. Pero sea de esto lo que quiera, es lo cierto que la índole misma de los enlaces que tenían costumbre de contraer los eclesiásticos de aquel tiempo, es la prueba más cierta de la posición que ocupaba el clero en el sistema social de entonces. Y si lo expuesto no fuese bastante á demostrarlo, contribuiría mucho á ello el testimonio de un individuo de la Universidad de Oxford, el cual escribía pocos meses después del fallecimiento de Carlos II, quejándose no solamente del desprecio que mostraban por el ministro de su parroquia los procuradores y curadores del lugar, sino de lo que aun se le antojaba peor, esto es, del consejo que más inculcaban las madres en las doncellas de buena y honrada familia, el cual consistía en no alentar por modo ninguno á los pretendientes ordenados; preocupación eficaz á que la olvidadiza del precepto fuese considerada de igual

(1) Eachard: *Causes of the contempt of the clergy.*—Oldham: *Satire addressed to a friend about to leave the University.*—Tatler, números 255-258.—El gran Duque Cosme observa en sus viajes que el clero inglés era de baja extracción. Apéndice A.

modo que si hubiese manchado la limpieza de su fama con amores ilícitos (1). Clarendon, que no era por cierto enemigo de la Iglesia, menciona como indicio de la perturbación de los ánimos y de la confusión de las clases, cosas ambas producidas por la gran revolución, algún que otro casamiento de hijas de familia noble con eclesiásticos (2); porque se consideraba la moza de cámara por la esposa más ocasionada para el cura; preocupación que pareció sancionar de una manera solemne la reina Isabel, prohibiendo expresamente que los eclesiásticos contrajeran matrimonio con las criadas sin permiso de los amos (3). Así fué que durante algunas generaciones los amoríos entre sacerdotes y doncellas de servicio dieron pie á chanzas y burlas tan interminables, que sería difícil hallar en las comedias del siglo XVII un solo ejemplo de capellán que contrajese matrimonio con mujer de clase superior á la de cocinera (4); y todavía en tiempo de Jorge II, el más cáustico observador de las costumbres y de la vida humana, sacerdote á mayor abundamiento, decía que para la doncella de tan dudosos antecedentes ó equívoca reputación que perdía por

(1) A causidico, medicastro, ipsaque artificium farragine, ecclesiæ rector aut vicarius contemnitur et fit ludibrio. Gentis et familiæ nitor sacris ordinibus pollutus censetur; feminisque natalitio insignibus unicum inculcatur sæpius præceptum, ne modestiæ naufragium faciant, aut (quod idem auribus tam delicatulis sonat), ne clerico se nuptas dari patiantur.—*Angliæ Notitia*, por T. Wood, de New College, Oxford, 1686.

(2) *Clarendon's life*, II, 21.

(3) Véanse las órdenes de 1559 en la colección del Obispo Sparrow.—Jeremías Collier, en su *Ensayo sobre el orgullo* (*Essay on Pride*), se queja de estas órdenes con tanta amargura, que descubre la poca eficacia con que quiso vencer y reprimir su orgullo.

(4) Roger and Abigail, en la *Scornful Lady*, de Fletcher; Bull y la nodriza, en la *Relapse*, de Vanbrugh; Smirk y Susana, en las *Lancashire Witches*, de Shadwell, pueden citarse como ejemplos.

ende hasta la esperanza de hacer buena presa en el mayordomo ó en el mozo de comedor, era siempre un recurso el capellán en las casas de los Grandes (1).

Por regla general, el sacerdote que dejaba de ser capellán de casa particular para tomar un beneficio y esposa con él, presto comprendía que no mejoraba de suerte, sino que trocaba una clase de tormentos por otros, pues no había en Inglaterra un curato por cada cincuenta que permitiese á su titular mantener sus obligaciones de una manera decorosa y conveniente; como que á medida que se multiplicaban los hijos y crecían, se tornaba más mísero el hogar del ministro y se hacían más grandes los agujeros de la techumbre de cáñamo de su cabaña y los de su sotana; y las más de las veces, sólo á fuerza de cultivar la tierra, de engordar cerdos ó de acarrear estiércol, conseguía ganar el pan de cada día; trabajo que no era eficaz, empero, á impedir que acaso invadieran su pobre vivienda el escribano y el alguacil para embargarle hasta la *Biblia* y los arreos de escribir. Y era tan mísera y triste su existencia, que cuando lograba entrar en la cocina de un magnate y que sus criados lo regalasen con cerveza y fiambres, aquel día era dé mucha ventura para él, memorable para sus hijos y digno de ser inscrito en las efemérides de la familia por uno de los más felices. Su prole se criaba como la del último labriego: los hijos araban y las hijas servían de criadas: estudiar no podía, porque apenas si le hubiera producido la venta de su beneficio con qué comprar una colección de libros apropiados á su carrera, debiendo estimarse por muy dichoso cuando en la cornisa de la campana del hogar, entre las ollas y los peroles, guardaba una docena de volúmenes mal-

(1) Sivift's *Directions to servants.*

tratados y casi deshechos. En tan desventajosas condiciones, el hombre adocenado, pero ganoso de adquirir conocimientos, nada era posible que hiciese, y el que se apartaba de lo vulgar, luego se tornaba rústico y esterilizaba lo aprendido por no tener ocasión de cultivarlo.

No diré con esto que careciese la Iglesia de Inglaterra entonces de ministros de mucha ciencia y saber; sino que no se hallaban en las poblaciones rurales, y sí sólo en aquellos puntos importantes en que había grandes medios de adquirir conocimientos y muchas ocasiones de lucirlos (1). En esos puntos no era extraño encontrar ministros capaces por sus cualidades, su elocuencia, su profundo conocimiento de la literatura, de la ciencia y de la vida de luchar victoriosamente por su Iglesia contra herejes y escépticos, de atraerse la voluntad de auditorios frívolos, de guiar las deliberaciones parlamentarias, y de hacer respetar la religión hasta en la corte más disoluta. Porque, mientras se hallaban estos profundamente versados en las controversias bíblicas, sondaban aquellos los abismos de la metafísica sagrada, y esotros inundaban de luz los lugares más oscuros de la historia eclesiástica; y si los unos eran peritísimos en la esgrima de la lógica, los otros cultivaban la elocuencia con tanto empeño y éxito tan feliz que sus discursos podían brillar entre los modelos del bien decir. Estos hombres eminentes abundaban y tenían su asiento natural en las Universidades, en las grandes catedrales ó en la metrópoli. Barrow murió por entonces en Cambridge; Pearson salió de allí para ir á sentarse en el banco de

(1) Llama mucho la atención de Eachard esta diferencia entre el clero del campo y el de las ciudades, y acontecerá lo propio á cuantos estudien la historia eclesiástica de la época.

los Obispos, y allí residían Cudworth y Enrique More: South y Pococke, Jane y Aldrich residían en Oxford, Prideaux en el claustro de Norwich, y Whitby en el de Salisbury. Pero la reputación de elocuencia y de saber del clero anglicano la sostenía el de Londres principalmente, mereciendo por ello que se hablara de él como de una clase aparte. Ni podía tampoco ser de otro modo, pues los principales púlpitos de la capital los ocupaban á la sazón hombres por extremo notables, entre quienes y en gran parte se designaban las altos dignatarios de la Iglesia: Sherlock predicaba en el Temple; Tillotson en Lincoln's Inn; Wake y Jeremías Collier en Gray's Inn; Burnet en los Rolls; Stillingfleet en la catedral de San Pablo; Patrick en San Pablo, barrio de Convent-Garden; Fowler en San Gil de Cripplegate; Sharp en San Gil *in the Fields;* Teinson en San Martín; Sprat en Santa Margarita, y Beveridge en San Pedro, de Cornhill. De estos doce oradores, todos ellos personajes de fama en la historia eclesiástica, diez llegaron á obispos y cuatro á arzobispos. Al propio tiempo las únicas obras teológicas de cuenta que produjo el clero del campo fueron las de Jorge Bull, que fué más adelante obispo de Saint David, y sin embargo no hubiese podido Bull producir nunca sus obras á no haber heredado una finca, que vendió para ir adquiriendo con su producto una biblioteca verdaderamente considerable (1).

Como se ve, hallábase dividido el clero anglicano en dos clases, que diferían grandemente una de otra en conocimientos, costumbres y posición social: la de

(1) Nelson. *Life of Bull*. En orden á la dificultad extrema que tenía el clero del campo para procurarse libros, véase la *Vida de Tomás Bray*, fundador de la Sociedad para la propaganda del Evangelio.

las ciudades y de la corte, que comprendía hombres familiarizados con las ciencias antiguas y modernas, capaces de discutir con Bossuet y con Hobbes; hombres que acertaban á exponer la majestad y belleza del Cristianismo con tanta elocuencia, precisión y energía que, por oirlos, hasta el mismo Carlos se arrancaba muchas veces á la molicie, y Buckingham daba treguas al sarcasmo; hombres, finalmente, cuyo tacto, cortesía y discreción eran ocasionados á dirigir la conciencia de los ricos y de los grandes; con quienes Halifax gustaba de discutir los más intricados problemas de la política internacional, y de quienes aprendió Dryden el arte difícil de escribir, como él mismo reconocía y declaraba (1); y la del campo, consagrada enteramente á trabajos más humildes y rudos. Pero con estar dispersa por las aldeas y formada principalmente de individuos que no eran ni más ricos ni de mejor educación que los colonos y labriegos algún tanto acomodados, esta clase que vivía del mísero producto del diezmo sobre las hierbas y los cerdos, que ninguno de cuantos la formaban tenía ni la más remota probabilidad de ocupar puestos de cierta importancia, era la que mantenía el espíritu de corporación á mayor altura. Porque, mientras entre aquellos teólogos que hacían las delicias de la capital y eran ornamento y orgullo de los claustros universitarios, que habían obtenido ó que podían obtener honores y riquezas, existía un partido, considerable por el número y respetable por el carácter, que se inclinaba con marcada predilección hacia los prin-

(1) «He oído decir muchas veces á Dryden, y con muestras de gran satisfacción, que si sabía escribir la prosa inglesa lo debía en realidad á lo mucho que había leido al gran arzobispo Tillotson.»—Congreve: *Dedication of Dryden's Plays.*

cipios del gobierno constitucional, que vivía en buena inteligencia con Presbiterianos, Independientes y Bautistas, que había visto con placer implantada la tolerancia completa para todas las sectas protestantes, y que hasta hubiese consentido en hacer algunos cambios en la liturgia para conciliar á todos los disidentes sinceros y honrados, este *latitudinarismo* era odioso al cura del campo, el cual, como estaba más orgulloso de su sotana raída y remendada que sus superiores de sus hábitos episcopales ó de sus insignias cardenalicias; y como tenía conciencia de su tosquedad y de la escasa importancia de su posición social, y estaba en cierto modo identificado con los labriegos á quienes predicaba, se poseía exageradamente de la dignidad de sus funciones sacerdotales, que constituían su título único y exclusivo al respeto de sus feligreses; y como vivía siempre solitario, falto de ocasiones favorables á reformar sus ideas por medio de la lectura ó de la conversación, creía en las doctrinas del derecho hereditario imprescriptible y de la obediencia pasiva, y las enseñaba en su completa desnudez; y como, además, se halló empeñado largo tiempo en guerra miserable con los disidentes de la vecindad, y los aborrecía tal vez más por el daño que les hizo que no por el que le hicieron, nada le ocurría decir en contra de la *Five Mile Act*, ni de la *Conventicle Act* (1), sino era que acaso fuesen poco sangrientas estas leyes. Ocioso parece decir que toda la importancia que le daban las funciones de su ministerio la empleaba con celo extraordinario en provecho del partido *tory*. Error grande sería suponer que, pues el rector rural no estaba considerado como *gentleman*, ni podía pretender la mano de las jóvenes de noble al-

---

(1) Véase el Apéndice en el tomo IV.—N. del T.

curnia, ni presentarse en los salones de los grandes, y que hubiera de resignarse á beber y fumar con los lacayos y ayudas de cámara, fuese menor su influencia que ahora, pues la que suelen ejercer clases enteras no debe aquilatarse por la consideración de que gozan separadamente los individuos que la componen. Un Cardenal es personaje de más categoría que un fraile mendicante; pero incurriría en gravísima aquivocación quien supusiera que ha ejercido alguna vez más influencia en la opinión pública europea el Colegio de Cardenales que la orden de San Francisco: en Irlanda ocupan hoy día los Pares más elevada posición que los sacerdotes católicos romanos, y, sin embargo, hay pocos Condados en Connaught y Munster en los cuales no venciera en las elecciones una coalición de clérigos de una coalición de Pares. Y como en el siglo XVII constituía el púlpito para gran parte del pueblo lo que al presente la prensa periódica, y ninguno de los labriegos que acudían á la parroquia los domingos había visto nunca gacetas ni folletos políticos, y por mal informado que se hallara el cura lo estaba mejor que no ellos, y cada ocho días tenía ocasión de hacerles una plática, siempre que las circunstancias lo requerían, en mil púlpitos á la vez resonaban invectivas contra los *whigs* y exhortaciones á la obediencia del ungido del Señor, en medio del más profundo silencio, lo cual producía un efecto formidable; como que de todas las causas que después de la disolución del Parlamento de Oxford produjeron la reacción violenta contra los Exclusionistas, la más poderosa é incontrastable parece haber sido las predicaciones de los curas del campo.

## XVI.

### LA YEOMANRY.

No obstante la influencia que los caballeros del campo y los curas de aldea ejercían sobre sus vecinos y feligreses, quedaba en cierto modo y hasta cierto punto equilibrada con la de la *Yeomanry*, esto es, los grandes arrendatarios y los pequeños hacendados, gente por todo extremo viril y noblemente sincera. Los pequeños hacendados que cultivaban por sí tierras de su propiedad, y gozaban de modesto bienestar sin hacer vanos alardes de timbres nobiliarios ni pretender asiento en el sitial del juez, constituían entonces una clase más importante que no ahora. Si hemos de dar crédito á las mejores estadísticas de la época, no había menos de ciento sesenta mil propietarios, los cuales debían constituir con sus familias más de la séptima parte de la población del reino, que vivían del producto de pequeñas propiedades libres. La renta que gozaba cada uno, compuesta del producto de la tierra, de beneficios y salarios, se graduaba por término medio entre sesenta y setenta libras anuales, y se suponía que la cifra de los que labraban su pegujal era más elevada que la de los arrendatarios (1). En cuanto á las opiniones políticas y religiosas de la *Yeomanry*, bastará decir que gran parte de ella se inclinó desde la Reforma en favor del puritanismo, que se afilió al partido del Parlamento durante la guerra

(1) Me sirvo del cálculo de Davenant que es algo más bajo que el de King.

civil, que persistió, después de la Restauración, en asistir á los sermones de los presbiterianos y de los independientes, que sostuvo vigorosamente á los exclusivistas en las elecciones, y que continuó, á pesar de haberse descubierto la conjura de Rye House y de la proscripción de los jefes *whigs*, confundiendo en el mismo aborrecimiento, así al catolicismo romano, como al poder arbitrario de los reyes.

## XVII.

### DESARROLLO DE LAS POBLACIONES.

Con ser grandes los cambios realizados en la vida rural de Inglaterra después de la revolución, aun son más extraordinarios los que se han verificado en las ciudades, porque mientras en la actualidad se aglomera en las principales de provincia que pasan de treinta mil habitantes la sexta parte de la nación, en tiempo de Carlos II no sólo no tenía ninguna capital, excepto Londres, tanta densidad de pobladores, sino que no había cuatro que contasen siquiera diez mil.

## XVIII.

### BRÍSTOL.

Después de la capital, pero á inmensa distancia, estaban Brístol, á la sazón el primer puerto de mar de Inglaterra, y Norwich, entonces también la primera

ciudad industrial del reino; pero una y otra, con haber realizado progresos positivos, cuadruplicándose la población de la primera y duplicándose con exceso la de Norwich, se hallan hoy sobrepujadas por sus rivales. Pepys, que visitó Brístol ocho años después de la Restauración, quedó sorprendido de su magnificencia. Bien es cierto que su admiración no debía de ser muy difícil de producir, porque nota como maravillosa la circunstancia de que no era posible volver la vista de ningún lado sin ponerla en largas filas de casas, lo cual parece indicar que las demás ciudades que conocía, excepto Londres, todas ofrecían por todas partes anchas brechas por donde salir al campo. Pero, por grande que pareciese Brístol, en aquel tiempo apenas si ocupaba una parte muy pequeña de su actual superficie, quedando toda ella reducida á ser un laberinto de callejas, formadas de casas no nada sólidamente construídas, que se agrupaban alrededor de algunas iglesias magníficas; siendo las calles tan estrechas, que si entraba por ellas una carreta, bien podía temerse que á poco trecho quedase cogida entre dos casas, ó con las ruedas metidas en algún sótano, por lo cual se trasportaban las mercancías en carretillas, arrastradas por perros, y carecían de carrozas los poderosos, cuya magnificencia se demostraba, en público, presentándose rodeados de lacayos, vestidos de lujosa librea, y, en su casa, regalándose de manjares abundantes y bien servidos. La pompa que desplegaban en bautismos y entierros excedía con mucho á cuanto se hacía en casos tales en las demás partes de Inglaterra; la hospitalidad con que acogían los de Brístol al forastero era famosa, y aun más las colaciones con que brindaban los refinadores de azúcar á quien visitaba sus establecimientos, y que hacían preparar en los hor-

nos de la fábrica, sirviéndolas con un excelente brebaje, compuesto de los mejores vinos de España, al que se daba en todo el reino el nombre de leche de Brístol. Sostenía este lujo lucrativo comercio con los plantadores de América del Norte y las Indias Occidentales; y era tan grande la pasión por el comercio colonial, que no había tendero en la ciudad sin pacotilla embarcada en algún buque á la vela para Virginia ó las Antillas. No eran, á decir verdad, algunas de estas pacotillas de la mejor especie. Porque, como hubiera mucha demanda de obreros en las posesiones trasalánticas de la Corona, y se ocurriese á esta necesidad por un sistema de reclutamiento y de leva especial en los principales puertos de Inglaterra, en ninguna parte se practicaba como en Brístol, no avergonzándose los primeros magistrados de la ciudad de adquirir riquezas por medios tan odiosos.

En cuanto al número de casas de Brístol, según las estadísticas del impuesto de fogaje, parece haber sido de cinco mil trescientas en 1685; y como no puede suponerse que el número de habitantes fuera mayor en una casa de Brístol que en una casa de la *city* de Londres, y en ésta se sabe de buen origen que había cincuenta y cinco personas en cada grupo de diez casas, la población de Brístol constaba, pues, próximamente de veintinueve mil almas (1).

---

(1) Véase el *Evelyn's Diary*, 27 de junio de 1654. *Pepys's Diary* 13 de junio de 1668. Roger North, *Lives of lord Keeper Gildford, an of sir Dudley North*. Petty, *Political Arithmetic*. Me he servido de los datos de Petty; mas, antes de sacar consecuencias de ellos, he tomado por guias á King y á Davenant, que, sin ser más hábiles que él, tienen la ventaja de haber vivido después que él. En cuanto á los secuestros que constituían la infamia de Bristol, véase á North, *Life of Gildford*, 121 y 126, y el discurso de Jeffreys á este propósito en su *Impartial history of his life and death*, im-

## XIX.

### NORWICH.

Esta era la capital de una grande y fértil provincia, residencia de prelado con cabildo, y asiento principal de las mejores fábricas del reino. En ella habían vivido recientemente algunos hombres de mucha cuenta en ciencia é ingenio, y, excepto la capital y las universidades, no contaba Inglaterra con ninguna ciudad más notable para los curiosos; como que la biblioteca, el museo, la pajarera y el jardín botánico de sir Tomás Browne bastaban por sí solos para mover á peregrinaciones científicas á los individuos de la Sociedad Real. Tenía Norwich también una manera de corte en miniatura, pues en el centro de la población se levantaba un añoso palacio de los Duques de Norfolk, mansión espléndida que gozaba fama de ser la más grande entre las de provincia que hubiera en el reino. En este palacio, en cuyo recinto había trinquete de pelota, juego de bolos y extenso paseo que recorría las orillas del Wansum, habitaba largas temporadas la noble familia de los Howard con aparato y pompa dignos de la realeza; como que sus convidados bebían en copas de oro puro, y comían en vajilla de plata, y que las pinturas que adornaban las paredes eran de los mejores maestros italianos, viéndose acumuladas

---

presa con los *Bloody Assizes*. Su estilo es grosero, como de costumbre; pero no puede ciertamente contarse en el número de sus crímenes su reprimenda á los magistrados de Bristol.

en la sala de la espléndida morada las piedras preciosas adquiridas por aquel Conde de Arundel, cuyos mármoles forman al presente uno de los principales ornamentos de Oxford. Allí recibieron magnífica hospitalidad el año 1671 Carlos y su corte, y allí también se abrían de par en par las puertas periódicamente, desde la Navidad hasta la Epifanía, para cuantos querían beber á jarros la cerveza. Tres carrozas, de las cuales una podía contener catorce personas, y había costado quinientas libras, recorrían la ciudad por las tardes, llevando las damas á saraos y fiestas que terminaban siempre con suntuosos banquetes. Y tanta era la grandeza de los Duques de Norfolk, que cuando iban á Norwich se les recibía como á reyes que regresan á su capital, á campana tañida, con salvas de artillería disparadas desde la fortaleza, y saliendo á su encuentro el alcalde y regidores de la ciudad para darles la bienvenida con palabras por todo extremo lisonjeras. La población de Norwich, según el censo hecho en 1694, oscilaba entre veintiocho y veintinueve mil almas (1).

Después de Norwich había otras antiguas capitales de condado, importantes sin duda, pero inferiores á ella; y como á la sazón era muy raro que los caballeros del campo fuesen á Londres con sus familias, la capital del condado constituía la metrópoli para él, siendo al propio tiempo, á veces su asiento durante una parte del año, y por regla general el punto á donde acudian con frecuencia, llevados de los negocios y de los placeres, de los asuntos judiciales, de las elec-

(1) Fuller's *Worthies*; Evelin's *Diary*, octubre 17 de 1671; *Journal* of E. Browne, hijo de sir Tomás Browne, enero 1663-64; *History of Norfolk*, por Blomefield. *History of the City and County of Norwich*, 2 vol., 1768.

ciones, de las asambleas de la milicia, de las fiestas y de las carreras de caballos; como que allí se congregaban las audiencias, en las cuales los jueces, vestidos de togas de color escarlata, rodeados de tropas y precedidos de cornetas, abrían dos veces al año la *Commission* (1) del Rey; y allí se celebraban los mercados, en los cuales se vendían el trigo, los ganados, las lanas y el lúpulo de toda la comarca; y allí también las ferias tan renombradas á donde acudían los mercaderes de Londres á vender y los del campo á comprar la provisión anual de azúcar, papel, cuchillería y telas; y allí abundaban las tiendas, que no había en otras partes, de mercería y especería. Los recuerdos históricos, las catedrales decoradas con el arte y la magnificencia propios de la Edad media, los palacios en que habitó larga sucesión de prelados, las venerables residencias de los deanes y canónigos, los castillos que resistieron en lo antiguo á los Neville ó á los de Vere, y que ostentaban el estrago más reciente de las venganzas de Rupert ó de Crómwell, contribuían asimismo á imprimir á varias de estas ciudades un sello especial y singularísimo.

## XX.

### OTRAS CIUDADES Y CONDADOS.

York, capital del Norte, y Exeter, capital del Oeste, brillaban entre las más notables de estas ciudades notabilísimas, sin que por eso contuvieran una ú otra más de diez mil habitantes. Worcester, emporio de la

(1) Véase el apéndice al tomo IV.

cidra, tenía próximamente ocho mil habitantes; Nottinghan, el mismo número con muy corta diferencia; Gloucester, tan renombrada por la resuelta defensa que hizo y que tan funesta fué á Cárlos I, no contaba más de cuatro á cinco mil habitantes; y Shrewsbury, con ser la ciudad más principal de un distrito importante y feraz, asiento del tribunal de las marcas del llamado país de Gales, considerada á muchas millas alrededor del Wrekin como metrópoli de la comarca, cuya *gentry* copiaba lo mejor que podía los modales y trajes de los concurrentes á Saint James Park en sus paseos á lo largo del Severn, no excedía de siete mil (1).

El número de habitantes de todas las ciudades de Inglaterra es mayor del duplo de lo que era después de la revolución, habiendo algunas septuplicado. Las calles se han reedificado casi en su totalidad, y la pizarra y el ladrillo sustituído á la paja y la madera; siendo el piso y el alumbrado públicos de nuestros días, y el lujo de las tiendas, y la limpieza y pulcri-

(1) La población de York, según reza un estado de nacimientos y defunciones inserto en la *Historia* de Drake, parece haber sido próximamente de 13.000 en 1730. Exeter no tenía más de 17.000 en 1801. La población de Worcester fué recontada poco antes del sitio de 1646. Veáse Nahs, *Hist. del Worcestershire*. He tenido en cuenta el aumento que debe suponerse que tuvo en el trascurso de cuarenta años. En 1740 dió el censo de Nottingham la cifra exacta de 10.000 almas. Véase la *Historia* de Dering. Puédese inferir fácilmente la cifra de los pobladores de Gloucester de la de las casas que halló inscritas King en los registros del impuesto del fogaje, y de la de las casas y de las defunciones que da la *Historia* de Atkyn. Los habitantes de Derbyeran 4.000 en 1712: véase Wolley, historia manuscrita citada parcialmente en Lyson, *Magna Britannia*. En 1695 se hizo el recuento de los moradores de Shrewsbury, cuyos placeres se enumeran en el *Oficial reclutador* de Farquhar, descripción que confirma una balada inserta en la *Biblioteca de Pepys*, cuyo estribillo dice así: *A mi Shrewsbury*.

tud de las habitaciones ocupadas por la *gentry* cosas que habrían parecido imposibles ó milagrosas cuando menos á los ingleses del siglo XVII. No obstante, la importancia relativa de estas antiguas capitales de condado no es ya ni sombra de lo que fué; que otras ciudades más nuevas, apenas mencionadas en la historia de los tiempos pasados de Inglaterra, que carecían del derecho de diputar representantes á los antiguos Parlamentos, se han elevado en nuestros días á tan grande altura que nuestra generación las contempla con asombro y orgullo, y con inquietud también y hasta con miedo.

## XXI.

### MANCHESTER.

Bien es cierto que las más importantes de estas ciudades eran conocidas el siglo XVII como centros importantes de industria, y cuyos rápidos progresos y opulencia extraordinaria se describían á las veces en un lenguaje que parecería ridículo á los que admiran su actual grandeza. Pero entre todas, una de las más prósperas era Manchester. Habíala concedido el Protector el derecho de nombrar un diputado que la representara en el Parlamento, y algunos escritores de la época de Carlos II la citaron como ciudad laboriosa y opulenta. Medio siglo hacía entonces que importaba Manchester el algodón de Chipre y de Smirna; pero aun no había salido de la infancia su industria manufacturera, ni enseñado Whitney los medios de obtener la primera materia en cantidades casi fabulosas, ni Arkwright tampoco á trabajar esa

materia primera con rapidez y exactitud tales que causan maravilla; como que la cantidad total de las importaciones anuales no llegaba el último tercio del siglo XVII á dos millones de libras esterlinas, cantidad que no bastaría en estos tiempos á la demanda de cuarenta y ocho horas. Este opulento y grandioso centro de fabricación, cuyo número de habitantes y riqueza excede con mucho los de capitales famosas tales como Berlín, Lisboa y Madrid, era entonces una pequeña ciudad de mercado, mal construída y con menos de seis mil habitantes; que no tenía una sola máquina de imprimir, y cuenta hoy con cien imprentas; ni un sólo carruaje, y tiene hoy veinte carrocerías (1).

## XXII.

### LEEDS.

Asiento y metrópoli había llegado á ser Leeds de las manufacturas de lana del Yorkshire, y aun recordaban los ancianos la época en que se construyó su primera casa de ladrillo, llamada entonces y largos años después *la casa roja*. Sus habitantes se gloriaban del desarrollo y acrecentamiento de la riqueza local y de las inmensas ventas de paño que hacían al aire libre, en el puente, porque circulaban en un solo mer-

(1) Blome, *Britannia*, 1673. Aikin, *Country round Manchester*; *Manchester Directory*, 1845. Baines, *History of the Cotton Manufacture*. Las mejores noticias que me ha sido posible hallar acerca de la población de Manchester en el siglo XVII se contienen en un artículo del Rdo. P. R. Parkinson, é inserto en el *Journal of the Statistical Society*, octubre, 1842.

cado cientos y miles de libras esterlinas, y llegó á ser tanta la importancia de Leeds que atrajo la atención de varios Gobiernos, concediéndole Carlos I privilegios municipales, y Crómwell que pudiese procurar un diputado al Parlamento. No obstante, según rezan las listas del impuesto de fogaje, parece ser que la población entera del distrito, comprensivo de varios lugares, no excedía de siete mil almas bajo el reinado de Carlos II. En 1841 contaba más de ciento cincuenta mil (1).

## XXIII.

### SHEFFIELD.

Al Sur de Leeds y á una jornada próximamente de distancia, orillas de una dilatada extensión de matorrales, había un antiguo estado feudal antiquísimo, estéril entonces y sin cultivo, feraz y cultivado ahora, conocido bajo el nombre de Hallamshire. Abundaba el hierro en él, y desde mucho tiempo hacía, los toscos cuchillos que allí se fabricaban se vendían en todo el reino, siendo tanta su fama, que Geoffroy Chaucer los mencionó en uno de sus cuentos de Canterbury, si bien no parece haber hecho este género de industria grandes progresos durante los tres siglos siguientes á la época de Chaucer; lentitud que puede sin duda explicarse con el hecho de haber estado sujeto el comercio todo ese tiempo á los reglamentos que el señor y su tribunal tenían por conveniente

(1) Thoresby, *Ducatus Leodensis*. Whitaker, *Loidis and Elmete*. Wardel, *Municipal history of the borough of Leeds*.

imponer; siendo la capital la productora de los artículos más perfectos en el ramo de cuchillería, ó el extranjero, porque hasta el reinado de Jorge I no cesaron los cirujanos ingleses de importar de Francia los instrumentos tan delicados y sutiles que son necesarios á las operaciones quirúrgicas. La mayor parte de las fraguas del Hallamshire se hallaban reunidas en una villa de mercado que se extendía por las inmediaciones del castillo del señor de la tierra, y que, siendo en la época de Jacobo I por todo extremo miserable, sin más de dos mil habitantes, la tercera parte de los cuales eran mendigos hambrientos y casi desnudos, y en la de Carlos II, de cuatro mil, debido tan escaso desarrollo á un género de trabajo por extremo nocivo á la salud y al vigor del hombre, cosa que ya echaban de ver todos los viajeros, en razón á que había una muchedumbre de personas con los brazos y las piernas torcidos, llegó á ser el Sheffield de nuestros días, que, con sus arrabales, cuenta ciento veinte mil almas, y envía sin cesar hasta las más apartadas regiones del globo sus renombrados cuchillos, navajas y lancetas (1).




## XXIV.

### BIRMINGHAN.

Aun cuando no se tuvo á Birmingham por lugar de tanta importancia como para concederle el derecho de diputar un representante al Parlamento de Crómwell, ya eran entonces sus manufactureros por todo

(1) Hunter, *Hist. del Hallamshire.*

extremo activos, y se hallaban en gran prosperidad; como que se preciaban de fabricar la quincalla más renombrada, no cual acontece al presente hasta en Pekín, Lima, Bokkara y Tombuctu, sino hasta en Londres y aun hasta en Irlanda. También adquirieron los de Birmingham la fama menos honrosa de monederos falsos, y aludiendo los *tories* á sus *groats* (1) dieron á los demagogos que aparentaban hipócrita celo contra el catolicismo romano el apodo de *Birminghams*. El número de habitantes que contaba la población en 1685, y que ahora está muy cerca de doscientos mil, apenas si era de cuatro mil. La industria de los botones comenzó por aquel tiempo; aun no se hablaba de los fusiles de Birmingham; y la ciudad de la cual debían salir dos generaciones después, para causar asombro á todos los libreros de Europa, las magníficas ediciones de Baskerville, no tenía un solo establecimiento en el cual pudiera elegirse una Biblia ó un almanaque, habiendo no más de un librero, llamado Miguel Johnson, padre del gran Samuel, que iba de Lichfield los días de mercado á poner un puesto, donde vendía durante algunas horas; mezquina oferta de literatura que se reputaba en relación directa con la demanda de la localidad (2).

---

(1) Moneda equivalente á 40 céntimos.—N. del T.

(2) Blome, *Britannia*, 1673. Dougdale, *Warwickshire*. North-*Examen*, 321, *Prefacio de Absalón y Architofel*. Hatton, *Hist. de Birmingham*. Boswell, *Vida de Johnson*. En 1690 fueron 150 los entierros en Birminghan y los bautizos 125. Creo que la mortalidad anual fuese de 1 por 25. En Londres era mucho mayor. Un historiador de Nottingham, medio siglo después, elogiaba mucho la salubridad extraordinaria de su pueblo natal, en el que la mortalidad no excedía de 1 por 30. Véase á Dering, *Hist. de Nottingham*.

## XXV.

### LIVERPOOL.

Estas cuatro capitales de nuestras grandes manufacturas merecen especial mención. Sería enojoso enumerar todos los populosos y opulentos centros industriales, que hace ciento cincuenta años eran lugarejos en que ni había iglesia parroquial, ó tristes pantanos habitados sólo de gallinas silvestres y venados. Ni ha sido menos notable el cambio en aquellos desembocaderos por donde los productos de los telares y de los talleres ingleses, salen á extenderse por todo el mundo. Cuenta actualmente Liverpool con unos 300.000 habitantes. La carga de los buques, según los registros del puerto, es de 400 á 500.000 toneladas, y en su aduana se ha pagado, por varias veces en un año, más del triplo de lo que importaban todas las rentas de la Corona en 1685. El impuesto de Correos, aun después de la gran reducción del timbre, excede á la suma que producía el correo en todo el reino al Duque de York. Sus interminables docks, muelles y almacenes figuran entre las maravillas del mundo. Y, sin embargo, aquellos docks, muelles y almacenes apenas dan abasto al gigantesco comercio de la *Mersey*, y ya una ciudad rival nace y se engrandece rápidamente en la opuesta orilla. En tiempo de Carlos II describíase Liverpool como una ciudad naciente, que últimamente había hecho grandes progresos y que mantenía útiles relaciones con Irlanda y con las colonias azucareras. Las aduanas, en diez y seis años habían octuplicado sus ingresos, que ascen-

dían á la, para entonces, inmensa suma de 15.000 libras esterlinas al año. Pero la población apenas excedía de 4.000 almas, y sus naves representaban 1.400 toneladas, menos aún de lo que en nuestros días carga un buque de primera clase de la compañía de las Indias; y el número total de marineros matriculados en el puerto no podía calcularse en más de 200 (1).

## XXVI.

### AGUAS MINERALES: CHELTENHAM, BRIGHTON, BURTON, TUNBRIDGE WELLS Y BATH.

Tal ha sido el progreso de aquellas ciudades donde crece y se acumula la riqueza. No menos rápido ha sido el progreso de ciudades de muy distinta clase, ciudades donde la riqueza creada y acumulada en otra parte se gasta para atender á la salud ó al recreo. Algunas, entre las más notables, existen desde los tiempos de los Estuardos. Cheltenham es actualmente una ciudad mayor que cualquier otra de las que contaba el reino en el siglo XVII, á excepción sólo de Londres. Pero en el siglo XVII, y á principios del XVIII, Cheltenham era mencionada por los historiadores locales solamente como una parroquia rural, situada al pie de las colinas de Cotswold, dotada de buen suelo, así para el cultivo como para pastos, y crecía el

(1) Blome, *Britannia*. Gregson, *Antigüedades del Condado Palatino y del Ducado de Lancaster*, parte 2.ª *Petición de Liverpool* en el *Libro del Consejo Privado*, 10 de mayo de 1686. En 1690 el número de defunciones ascendía en Liverpool á 151, y el de bautizados á 120. En 1844 el producto neto de la aduana de Liverpool era de 4.365.526 libras, un chelín y 8 dineros.

trigo y pacía tranquilamente el ganado en el mismo sitio que hoy ocupan una risueña serie de calles y multitud de casas de recreo *(villas)* (1).

Presentábannos á Brighton los historiadores de la época, como un pueblo próspero en otro tiempo, que poseyó muchas barcas de pescadores, y que en el colmo de la prosperidad llegó á tener más de dos mil habitantes, pero que recientemente había empezado á decaer con gran rapidez. El mar que iba acercándose gradualmente á las casas, las hizo desaparecer, al fin, por completo. Hace noventa años aun podían verse las ruínas de un antiguo fuerte entre las algas y los guijarros de la orilla; y los ancianos aun enseñaban restos de edificios en un sitio donde una calle de más de cien chozas había sido sepultada por las olas. Tan miserable quedó el pueblo después de esta calamidad, que casi no se juzgaba necesario el sostenimiento del Vicario. Algunos pobres pescadores continuaron, sin embargo, tendiendo sus redes sobre aquellas rocas, donde al presente una ciudad más de dos veces mayor en tamaño y número de habitantes que la Bristol de los Estuardos, presenta en una extension muy considerable su alegre y fantástica perspectiva al mar (2).

No se desconocía, sin embargo, en Inglaterra, en el siglo XVII, el uso de las aguas minerales. La *gentry* del Derbyshire y de los condados vecinos acudía á Buxton, donde vivía hacinada en bajos cobertizos de madera, regalándose con tortas de harina de avena y carne, que los hosteleros llamaban de carnero, pero que los huespedes sospechaban que era de perro (3).

(1) Atkyn, *Gloucestershire*.

(2) *Magna Britannia*; Grose, *Antigüedades*; *New Brighthelmstone Directory*, 1770.

(3) *Viaje al Derbyshire*, por Tomás Browne, hijo de Sir Tomás.

Muchos más atractivos tenía Tunbridge Wells, distante una jornada de la capital y uno de los sitios más ricos y civilizados del reino. Vemos allí, al presente, una ciudad que hace ciento sesenta años hubiera figurado, en población, como la cuarta ó quinta de Inglaterra. El lujo desplegado en sus tiendas y en las casas particulares, supera mucho á cuanto la Inglaterra de entonces podía ostentar. Cuando la Corte, poco después de la Restauración, visitó Tunbridge Wells, aun no existía la ciudad; pero á una milla del manantial, rústicas cabañas, algo más limpias y cómodas que la mayoría de las de la época, se veían esparcidas acá y allá por el llano. Algunas de estas habitaciones eran movibles y podían trasportarse con rodillos de un punto á otro. A estas chozas acudían en verano algunas veces los elegantes, cansados del ruido y del humo de Londres, deseosos de respirar aire puro y de disfrutar de la vida campestre. Mientras duraba la temporada había diariamente una especie de feria cerca del manantial. Las mujeres y los hijos de los arrendatarios de Kent acudían de las aldeas vecinas con leche, cerezas, trigueros y codornices. Regatear el precio de sus mercancías, burlarse de ellas, elogiar sus sombreros de paja y sus rectos tacones, era pasatiempo agradable para gente licenciosa, hastiada de los afectados modales de actrices y damas de honor. Tenderos de modas y de bisutería, y joyeros venían de Londres y abrían bazares bajo los árboles. En una barraca hallaba el aficionado á política, además del café, la *Gaceta de Londres;* en otra los viciosos jugaban á los naipes, y en las noches hermosas los violines convidaban á la danza en el muelle césped que cubría el sitio destinado al juego de bolos. En 1685 hízose una suscrición entre los que frecuentaban el establecimiento para edificar una

iglesia, que los *toríes*, que dominaban entonces en todas partes, se propusieron dedicar á *San Carlos Mártir* (1).

Pero á la cabeza de los establecimientos de baños de Inglaterra figuraba sin rival la ciudad de Bath. Sus aguas habían tenido fama desde el tiempo de los Romanos, y durante muchos siglos había sido residencia de un Obispo. De todas partes del reino acudían allí los enfermos, y algunas veces el Rey había tenido allí su corte. Sin embargo, Bath sólo contaba entonces unas cuatrocientas ó quinientas casas, aglomeradas en el recinto de una antigua muralla, cerca del río Avon. Aun se conservan cuadros que representan las casas que á la sazón eran tenidas por más hermosas, las cuales se parecen mucho á los más miserables tenduchos y figones de la carretera de Radcliffe. Cierto que aun entonces se quejaban los viajeros de la estrechez y malas condiciones de las calles. Aquella hermosa ciudad que contemplan hoy con encanto, hasta los acostumbrados á ver las obras maestras de Bramante y Palladio, y que el genio de Anistey y Smollet, de Francisco Burney y Juana Austen ha hecho clásica, aún no existía. La misma calle de Milsom era un campo abierto, fuera de los muros de la ciudad, y los cercados dividían el espacio que hoy cubre la *Media Luna* y el *Circo*. Los pobres enfermos á quienes habían recetado las aguas, yacían tendidos sobre montones de paja en un sitio que, según el lenguaje de un médico de la época, más tenía de cobertizo que de posada. En cuanto á las comodidades y al lujo que podían encontrar en las casas de

---

(1) *Mémoires de Grammont*. Hasted, *Historia de Kent*. *Tunbridge Wells*, comedia, 1678. Caustón, *Tumbridgialia*, 1688. *Metelo*, poema acerca de Tunbridge Wells 1693.

Bath los elegantes que lo visitaban, y que acudían allí en busca de salud ó de diversiones, poseemos una relación más completa y minuciosa que las que generalmente puedan hallarse acerca de tales asuntos. Un escritor que publicó una descripción de aquella ciudad, como unos ciento sesenta añcs después de la revolución, ha referido, con toda exactitud, los cambios que en su tiempo había experimentado. Asegura que cuando él era joven, los caballeros que visitaban el establecimiento tenían que dormir en habitaciones apenas comparables á desvanes, y que andando el tiempo pudo él mismo ver destinadas á los lacayos. El pavimento de los comedores, que se hallaba en todos sin alfombrar, estaba dado de oscuro con una pintura que hacían de hollín y cerveza floja, para ocultar la inmundicia. Las maderas, todas sin pintar, y ni una sola chimenea había de mármol. Una sencilla losa de piedra franca y badilas para el fuego, todo lo cual apenas costaba tres ó cuatro chelines, era más que suficiente para la calefacción de las habitaciones. En los mejores aposentos había sillas de paja, y las paredes estaban cubiertas de tela ordinaria de lana. Los lectores á quienes interese el progreso de la civilización y de las artes útiles, quedarán agradecidos al humilde topógrafo que ha conservado memoria de estos hechos, y tal vez deseen que historiadores de mucho más altas pretensiones supriman, á las veces, páginas enteras consagradas á la descripción de operaciones militares ó intrigas políticas, dando en su lugar la relación de cómo estaban arregladas las salas y los dormitorios de nuestros antepasados (1).

---

(1) Véase: Wood, *Historia de Bath*, 1749. Evelyn, *Diario*, junio 27, 1654. Pepys, *Diary*, junio 12, 1668. Stukeley, *Itinerarium curiosum*. Collinson, *Somersetshire*. Dr. Peirce, *Historia y memo-*

## XXVII.

### LONDRES.

Era la población de Londres en tiempo de Carlos II, comparada con las demás ciudades del Reino, mucho mayor que al presente. Porque hoy la población de Londres es poco más de seis veces la de Manchester ó la de Liverpool, y en tiempo de Carlos II era más de diez y siete veces mayor que la de Bristol ó Norwich. Puede ponerse en duda que haya otro ejemplo de un gran imperio cuya primera ciudad sea diez y siete veces mayor que la segunda. Hay motivo para creer que en 1685 Londres había sido, por espacio casi de medio siglo, la ciudad más populosa del mundo. El número de sus habitantes, que actualmente asciende lo menos á novecientos mil (1), era entonces probablemente poco mayor de medio millon (2). El comercio de Londres sólo tenía entonces una rival, vencida desde ha mucho tiempo: la poderosa y opulenta Amsterdam. Los escritores ingleses hablan con orgullo del bosque de mástiles y vergas que cubría el río desde el Puente hasta la Torre, y de las inmensas sumas recaudadas en la aduana de la calle del Támesis.

---

*rias de Bath*, 1713, lib. I cap. VIII, observación 2.ª, 1684. He consultado algunos mapas antiguos y pinturas de Bath, especialmente un curioso mapa, rodeado de vistas de los principales edificios, que lleva la fecha de 1717.

(1) Esto se escribia en 1849. Actualmente pasa de cuatro millones de habitantes la población de Londres.—N. del T.

(2) Según King, 530.000 habitantes.

Cierto que no cabe la menor duda de que el comercio de la Metrópoli era entonces mucho mayor que ahora, comparado con el de todo el país, y sin embargo parécenos hoy el honrado orgullo de nuestros antepasados casi ridículo. El cargamento que ellos juzgaban increíble, no parece haber excedido de setenta mil toneladas, y si entonces era esto más de la tercera parte de lo que exportaba todo el Reino, ahora es menos aún de la cuarta parte de lo que da Newcastle, y, con poca diferencia, lo que cargan los vapores del Támesis. Ascendía lo que se recaudaba en las aduanas de Londres, en 1685, á más de trescientas mil libras anuales, mientras que en nuestro tiempo, el producto neto de los derechos que se pagan anualmente en la misma ciudad, pasa de diez millones (1).

Quien examine los mapas de Londres publicados á fines del reinado de Carlos II, podrá ver que de la moderna capital sólo el núcleo existía entonces. La ciudad no había ido extendiéndose imperceptiblemente, como ahora, por las afueras. No había largas avenidas de *villas* á que dan sombra las entrelazadas ramas de las lilas y las acacias, prolongándose desde el gran centro de riqueza y civilización hasta tocar casi los límites del Middlesex y muy en el interior de Kent y Surrey. Ni siquiera se había proyectado la inmensa línea de almacenes y lagos artificiales que ahora se extiende desde la Torre hasta Blackwall. Al Oeste apenas si había alguno de los inmensos y vastos edificios habitados actualmente por los nobles

---

(1) Macpherson, *History of Commerce*. Chalmers, *Estimate*. Chamberlayne, *State of England*, 1684. El tonelaje de los vapores pertenecientes al puerto de Londres ascendía á fines de 1847 á unas 60.000 toneladas. Las aduanas del puerto produjeron, de 1842 á 1845, muy cerca de 11.000.000 de libras esterlinas cada año.

y los ricos; y Chelsea, cuya población pasa hoy de cuarenta mil almas, era un tranquilo villorrio poblado por unos mil habitantes (1). Al Norte pacía tranquilamente el ganado, y donde hoy se extiende el distrito de Marylebone, y en la mayor parte del sitio que actualmente ocupan los distritos de Finsbury y de Tower Hamlets, los cazadores, seguidos de sus perros, se entregaban á su diversión favorita. Inslington era casi una soledad, y los poetas de la época gustaban de hacer contrastar su silencio y reposo con el ruido y el estrépito de la monstruosa Londres (2). Al Mediodía se une hoy la capital con los arrabales por varios puentes, no inferiores en magnificencia y solidez á los más bellos monumentos de los Césares; pero en 1685 una sola línea de arcos irregulares, por encima de los cuales sobresalían miserables y sucios casucos, adornados, siguiendo una costumbre digna de los bárbaros de Dahomey, de una veintena de cabezas de malhechores, impedían la navegación del río.

## XXVIII.

### LA CITY.

El barrio más importante de la metrópoli era la *City* propiamente dicha. En tiempo de la Restauración había sido edificada en su mayor parte de madera y yeso, pues los pocos ladrillos que entonces se

(1) Lyson *Environs of London*. El número de bautizados en Chelsea, de 1680 á 1690, no pasaba de cuarenta y dos al año.

(2) Cowley, *Discourse of solitude*.

usaban estaban todos mal cocidos; las barracas donde se exponían las mercancías á la venta se adelantaban hacia el centro de la calle, sobresaliendo mucho de los pisos superiores. Aun pueden verse algunos ejemplares de esta arquitectura en los distritos respetados por el gran incendio, que convirtió en ruinas en pocos días en una extensión casi de una milla cuadrada, ochenta y nueve iglesias y trece mil casas; pero la *City* se levantó nuevamente con tal celeridad, que excitó la admiración de los países vecinos. Por desgracia se conservó en mucha parte la antigua alineación de las calles, y aquellas vías trazadas originariamente en una época en que aun las princesas viajaban á caballo, resultaron las más demasiado estrechas para permitir con comodidad el libre tránsito de los carruajes, siendo por tanto poco á propósito para residencia de gente rica cuando los coches de seis caballos eran lujo que permitía la moda. Los nuevos edificios fueron, empero, muy superiores á los de la antigua *City*. El material usado ordinariamente en las construcciones fué el ladrillo, de muy superior calidad al antiguo. En el sitio ocupado antes por las iglesias se levantó una multitud de nuevas cúpulas, torres y campanarios que llevaban el sello del fecundo ingenio de Wren. En todas partes, excepción hecha de una sola, se borraron por completo las huellas de la gran devastación. Pero la multitud de obreros y de andamios, y las inmensas masas de piedra labrada continuaron viéndose por mucho tiempo en el sitio donde el más grandioso de los templos protestantes surgía lentamente de las ruinas de la antigua catedral de San Pablo (1).

(1) Acerca del estado de los edificios de Londres en esta época, se hallarán muchas y muy fidedignas noticias en los mapas y di

Desde entonces ha sufrido la *City* completa transformación. Los banqueros, los comerciantes y los dueños de las principales tiendas acuden allí los seis días de trabajo de cada semana á ocuparse en los negocios; pero viven en otros barrios de la capital ó en los arrabales, en casas rodeadas de árboles y jardines. Esta revolución en los hábitos privados, ha producido una revolución política de no poca importancia. Ya no miran hoy la *City* los más ricos comerciantes con aquel cariño que naturalmente inspira el hogar, ni la asocian en su mente al recuerdo de las domésticas afecciones y cuidados. El hogar, la familia, la mesa á cuyo alrededor se sientan los amigos, el tranquilo lecho no están allí. Las calles de Lombard y de Threadneedle son únicamente los sitios donde se trabaja y se allegan riquezas, que se disfrutan y se gastan en otra parte. Un domingo ó cualquier día de trabajo, después de las horas de negocios, en los patios y calles que antes hervían con el ir y venir de la gente, donde por todas partes se veían los rostros ansiosos de los negociantes, reina el profundo silencio de las apartadas selvas. Los principales comerciantes ya no son ciudadanos. Evitan y casi desprecian los honores y los deberes municipales, y los abandonan á personas que, aun cuando muy dignas y respetables, rara vez pertenecen á las grandes casas de comercio cuyos nombres son conocidos en todo el mundo.

---

bujos que se conservan en el Museo Británico y en la biblioteca de Pepys. Hácese particular mención de la mala calidad de los ladrillos empleados en las antiguas construcciones de Londres, en los *Viajes del Gran Duque Cosme*. De las reformas hechas en San Pablo hay una reseña en el *Espía de Londres* (London Spy) de Ward. Casi me avergüenzo de tener que citar tan nauseabunda diatriba; pero aun más, si es posible, he tenido que descender en busca de materiales.

En el siglo XVII la *City* era residencia de los comerciantes. Las mansiones de los grandes burgueses antiguos, que aun existen, han sido convertidas en escritorios y almacenes; pero aun se echa de ver que no eran inferiores en magnificencia á las casas habitadas entonces por la nobleza. Algunas veces están situadas en el fondo de patios oscuros y retirados, y tienen la entrada por pasadizos nada lujosos; pero las habitaciones son grandes y de aspecto regio. Decoran la entrada esbeltas columnas ricamente talladas y lujosos pórticos. El vestíbulo y las escaleras no carecen de grandeza. En algunos salones el pavimento es entarimado de madera, como se usa en Francia. El palacio de Sir Roberto Clayton, en Old Jewry, tenía un soberbio comedor, cuyos artesonados eran de cedro, y le adornaban frescos representando los combates de los dioses y los gigantes (1). Sir Dudley North gastó cuatro mil libras esterlinas, suma que entonces hubiera sido cuantiosa aun para un Duque, en amueblar y adornar los ricos salones de su casa de la calle de Basínghall (2). Tales eran las casas en que vivían espléndidamente, bajo el último Estuardo, los jefes de las grandes casas de comercio. Estaban unidos á la casa que habitaban con los más fuertes lazos de interés y cariño. Allí habían pasado su juventud; allí habían visto nacer sus primeras amistades; allí habían cortejado á sus esposas y habían visto crecer á sus hijos; allí habían dado tierra á los restos de sus padres, y allí esperaban también dormir el último sueño. El intenso patriotismo, peculiar á los individuos de sociedades congregadas en estrecho recinto, se desarrollaba en tales circunstancias de una

---

(1) Evelyn's *Diary*. Set. 20, 1672.
(2) Roger North, *Life of Sir Dudley North*.

manera extraordinaria. Era Londres para el londinense lo que Atenas para el ateniense del siglo de Pericles, lo que Florencia para el florentino del siglo XV. El ciudadano estaba orgulloso de la grandeza de su ciudad; no permitía que se hablase de ella con poco respeto; ambicionaba sus empleos, y era celoso defensor de sus franquicias.

A fines del reinado de Carlos II tuvieron que sufrir los londineses una cruel mortificación en su orgullo. Habíase abolido la antigua Carta, y fueron elegidos nuevamente los magistrados de la ciudad. Todos los funcionarios civiles eran *tories*, y los *whigs*, aunque superiores en número y riqueza á sus rivales, quedaron excluídos de todos los cargos municipales. No disminuyó, sin embargo, el externo esplendor del gobierno municipal con este cambio', antes pareció aumentar. Porque bajo la administración de algunos Puritanos que últimamente habían estado al frente del Municipio, la fama que de antiguo gozaba por sus frecuentes banquetes había decaído; pero con los nuevos magistrados, que pertenecían á un partido más amante de los goces de la vida, y á cuyas mesas tomaban asiento personas de alto rango, venidas del otro lado de Temple Bar, se veían con frecuencia el Ayuntamiento y los salones de los gremios animados de suntuosos banquetes. En estas fiestas se cantaban, acompañadas de música, odas compuestas por los poetas laureados de la corporación, en loor del Rey, del Duque y del Corregidor. Se bebía mucho y se gritaba más, y un *tory* observador que asistía con frecuencia á estos banquetes consiga que la costumbre de prorrumpir en aclamaciones después de los brindis data de tan alegre período (1). La magnificencia desple-

(1) North, *Examen*. Este a egre escritor nos ha conservado un

gada por el primer magistrado civil casi era digna de un monarca. Cierto que aun no existía la dorada carroza que anualmente admira la multitud. En las grandes ocasiones el lord Mayor se presentaba á caballo seguido de una larga cabalgata, inferior sólo en magnificencia á la que antes de la coronación escoltaba al Soberano desde la Torre hasta Westminster. Nunca se le veía en público sin la espléndida túnica, el birrete de terciopelo negro, la cadena de oro, las joyas y numeroso séquito de batidores y guardias (1). Nadie encontraba ridícula la pompa de que constantemente se rodeaba, por ser tan solo proporcionada al puesto que, como representante de la fuerza y de la dignidad de la ciudad de Londres, tenía derecho á ocupar en el Estado; de aquella ciudad, que no sólo no tenía rival en el país, sino que era sin segundo, y que por espacio de cuarenta y cinco años había ejercido casi tan grande influencia en la política de Inglaterra como París actualmente en la de Francia. En inteligencia, era Londres muy superior al resto de la nación, y un Gobierno que tuviese la confianza y el apoyo de Londres podía obtener en solo un día, una ayuda pecuniaria que sólo después de algunos meses se hubiera podido reunir en todo el resto de la isla. Ni eran tampoco despreciables los recursos militares de la capital. El poder que en otras partes del

---

ejemplo de los sublimes arranques de los Pindaros de la *City*.

¡The worshipful Sir John Moor!
¡After age that name adore!

(Al muy honorable Sir Juan Moore, cuyo nombre adore la posteridad!)

(1) Chamberlayne.—State of England, 1694; *Angliæ Metropolis*, 1690. Seymour, *London*, 1734.

reino ejercían los *Lord Lieutenants*, estaba confiado en Londres á una comisión de ciudadanos, elegidos entre los más notables. A las órdenes de esta comisión había doce regimientos de infantería y dos de caballería. Un ejército de aprendices y horteras, con concejales por capitanes y *aldermens* por coroneles, no hubiera podido sin duda hacer frente en el campo de batalla á tropas regulares; pero entonces escaseaban éstas mucho en todo el reino; y una ciudad, por tanto, que en una hora podía poner en pie de guerra veinte mil hombres, dotados de natural valor, regularmente armados y no del todo extraños á la disciplina militar, podía ser aliada poderosa y enemiga formidable. Aun no se había olvidado que las milicias de Londres protegieron á Hampden y á Pym contra la tiranía ilegal; que en la gran crisis de la guerra civil, las milicias de Londres marcharon á levantar el sitio de Gloucester, y que en el movimiento contra los tiranos militares que siguió á la caída de Ricardo Crómwell, las milicias de Londres tomaron parte muy señalada. En realidad no sería exageración decir que Carlos I no hubiera sido nunca vencido á no ser por la hostilidad de la *City*, y que, sin su ayuda, apenas hubiera conseguido hacer Carlos II la Restauración.

Estas consideraciones pueden servir á explicar por qué, á pesar de la predilección que por espacio de muchos años había manifestado la aristocracia por la parte occidental de la ciudad, algunos hombres de alto rango continuaron viviendo, hasta un período muy reciente, cerca de la Bolsa y de las Casas Consistoriales (Guildhall). Shaftesbury y Buckíngham, mientras duró la ruda y poco escrupulosa oposición que hicieron al Gobierno, creyeron que en ningún sitio podrían llevar adelante sus intrigas, de una manera tan conveniente y segura, como bajo la pro-

tección de los magistrados y de la milicia de la *City*. Shaftesbury se fué á vivir por lo tanto á la calle de Aldersgate, á una casa que aun puede reconocerse fácilmente por sus pilastras y graciosos adornos, obra de Iñigo. Buckíngham hizo derribar su casa, cerca de Charing Cross, residencia un tiempo de los Arzobispos de York; y mientras en aquel sitio se construían calles y alamedas que aun llevan su nombre, él se iba á vivir á Dowgate (1).

## XXIX.

### LA PARTE ELEGANTE DE LA CAPITAL.

Estas eran, sin embargo, contadas excepciones. La mayoría de las familias nobles de Inglaterra se habían ido á vivir desde hacía mucho tiempo á las afueras. La parte de la ciudad donde tenían sus casas casi todas, estaba situada entre la *City* y los barrios considerados hoy como elegantes. Algunos grandes señores conservaban todavía sus hoteles hereditarios entre el Strand (la Ribera) y el río. Las magníficas casas al Sur y al Oeste de *Lincoln's Inn Fields*, la Piazza de Covent Garden, la de Southampton, que hoy se llama de Bloomsbury, y la del Rey, en Soho Fields, llamada ahora de Soho, eran los sitios favoritos.

Se enseñaba á los Principes extranjeros la plaza de Bloomsbury como una de las maravillas de Inglaterra (2). La plaza de Soho, recién construída, era motivo

(1) North, *Exámen*, 116. Wood, *Ath. Ox. Shaftesbury. The Duke of B.'s Litany.*

(2) *Travels of the Grand Duke Cosmo.*

de orgullo para nuestros antepasados con que la posteridad apenas había de simpatizar. Llamósele plaza de Monmouth mientras la fortuna sonrió al Duque de aquel nombre y que en el lado Meridional se edificaba su palacio. La fachada de este edificio, aunque no de muy buen gusto, era de aspecto grandioso y estaba ricamente adornada. En lo interior ostentaban los muros de los pincipales departamentos hermosos trabajos de talla, representando frutas, follaje y trofeos; las colgaduras eran de satín bordado (1). Desde hace mucho tiempo ha desaparecido hasta la más leve huella de tanta magnificencia, y ni una sola mansión aristocrática se levanta hoy en aquel sitio, un tiempo residencia favorita de los aristócratas. A poca distancia al Norte de Holborn, y tocando ya con los campos sembrados de trigo ó destinados al pasto, se levantaban dos famosos palacios, provisto cada uno de magnífico jardín. Uno de ellos, llamado entonces Southampton-House, y más adelante Bedford-House, desapareció hace unos cincuenta años para dejar sitio á una nueva ciudad, que con sus calles, plazas é iglesias ocupa ahora vasta extensión, famosa en el siglo XVII por sus melocotones y las agachadizas que allí se criaban. El otro, célebre por sus frescos y sus muebles, era el palacio de Montague, que ardió hasta los cimientos pocos meses después de la muerte de Carlos II, sucediéndole, en muy poco tiempo y en el mismo sitio, nuevo palacio Montague aun más magnífico que el anterior, y que habiendo reunido por espacio de muchos años en su recinto tan variados y preciosos tesoros de arte, de ciencia y de cultura como tal vez nunca

---

(1) Chamberlayne, *State of England*, 1684. Pennant's *London*. Smith's *Life of Nollekens*.

se hayan visto bajo el mismo techo, recientemente ha sido reemplazado por nuevo edificio más espléndido todavía (1).

Más cerca de la corte, en el sitio llamado Campo de Santiago (Saint James's Fields), acababan de construirse la plaza de Santiago (Saint James's Square) y la calle de Jermyn. La iglesia de Santiago fué derribada recientemente para dejar sitio á las casas del nuevo barrio (2), y Golden Square, que en la época siguiente habitaron los Lores y Ministros, aun no se había empezado. Al Norte de Picadilly no había más que tres ó cuatro casas aisladas y casi rústicas, de las cuales la más celebrada era la costosa mole erigida por Clarendon y designada con el sobrenombre de Palacio de Dunkerke *(Dunkirk-House)*. Después de la caída de su fundador fué comprado por el Duque de Albemarle. El Hotel Clarendon y la calle de Albermale conservan aún memoria de aquel sitio.

Quien pasara entonces por lo que hoy forma la parte más alegre y concurrida de la calle del Regente, se encontraría en una soledad, y aun á veces podría ofrecérsele ocasión de cazar algún gallo silvestre (3). Por el Norte se extendía entre cercados el camino de Oxford. A trescientas ó cuatrocientas yardas al Sur estaban las tapias de los jardines de algunas casas grandes que se consideraban entonces como situadas extramuros. Al Oeste, había una pradera, famosa por un manantial, que mucho después dió nombre á la calle de Conduit. Por el Oriente se extendía

---

(1) Evelyn's *Diary*, octubre 10,1683, enero 19, 1686.

(2) Stat. 1. Jac. I, c. 22. Evelyn's *Diary*. Dic. 7, 1684.

(3) El anciano general Oglethorpe, que murió en 1785, hablaba con frecuencia de haber cazado en este sitio en tiempo de la reina Ana. Véase Pennant's, *London*, y el *Gentleman's Magazine* de julio, 1785.

un campo que ningún londinense de aquel tiempo acertaba á pasar sin estremecerse. Allí, como en sitio apartado y solitario, se abrió veinte años antes, cuando la gran epidemia azotaba la capital, una fosa en la que los carros fúnebres descargaban durante la noche los cadáveres á veintenas. Era creencia popular que de tal manera se había empapado la tierra de infección, que no se podía remover sin inminente riesgo de la vida. Hasta que pasaron dos generaciones sin que volviese la pestilencia y que el triste sitio estuvo rodeado de edificios, no se echaron allí los cimientos de una sola casa (1).

Sería error grande suponer que cualquiera de las plazas ó calles, en aquella época, tenía el mismo aspecto que al presente. La mayor parte de las casas han sido, si no completamente, en gran parte reedificadas. Si los barrios más elegantes de la capital pudieran aparecérsenos como eran entonces, apartaríamos la vista con disgusto de su miserable apariencia, y huiríamos de aquella venenosa atmósfera impregnada de inmundos miasmas. En Covent Garden, junto á las casas de los grandes, se había establecido un sucio y bullicioso mercado. Gritaban las vendedoras de fruta, disputaban los carreteros, y se veían á la puerta de los palacios de la Condesa de Berkshire y del Obispo de Durham tronchos de verduras y manzanas podridas en montón (2).

El centro de Lincoln's Inn Fields era un campo abierto donde por las tardes se reunía el populacho,

(1) Todos los mapas de Londres, hasta fines del reinado de Jorge I, traen señalado el Campo de la Peste.

(2) Véase un curioso plano de Covent Garden, hecho hacia 1690 y grabado para la *Historia de Westminster* de Smith. Véase también el *Morning* de Hogarth ilustrado, cuando aun ocupaba la aristocracia algunas casas de la Piazza.

á poca distancia de los palacios de Cardigan y Winchester, á oir las arengas de los charlatanes, y á ver la danza de los osos, y la lucha de perros y bueyes. Era en aquel sitio donde generalmente se arrojaban todos los desperdicios; allí también se amaestraban los caballos, y los mendigos eran tan importunos y chillones como en las ciudades peor administradas del Continente, de tal modo, que los mendigos de Lincol's Inn habían adquirido fama. Toda la hermandad conocía las armas y libreas de los nobles caritativos de las cercanías, y no bien aparecía el coche tirado por seis caballos de su señoría, cuando una multitud de mendigos acudía cojeando y gritando á perseguirlo. Estos desórdenes duraron, á pesar de muchos accidentes y de algunas tentativas por parte de la justicia, hasta que, reinando Jorge II, Sir José Jekyll, *Master of the Rolls*, fué atropellado en mitad de la plaza, y en poco estuvo que perdiese allí la vida. Entonces, por fin, se construyeron las empalizadas y se plantó un hermoso jardín (1).

Saint James's Square era el receptáculo de todas las inmundicias y desechos, y de todos los gatos y perros muertos de Westminster. En una ocasión un jugador de palo había llamado allí la atención de la multitud. Otra vez un desvergonzado advenedizo se esta-

(1) *London Spy*; Tom Brown's, *Comical view of London and Westminster*; Turner's, *Propositions for the employing of the poor*, 1678; *Daily Courant* y *Daily Journal*, junio 7, 1733; Michael *versus* Allestree, en 1676, 2 Levinz, p. 132. Michael habia sido atropellado por dos caballos que Allestre estaba amaestrando en Lincon's Inn Fields. La declaración dice que el acusado «porta deux chivals ungovernable en un coach, et improvide, incaute, et absque debita consideratione ineptitudine loci la eux drive pour eux faire tractable et apt pur un coach, quels chivals, pur ceo que, per leur ferocite, ne poient estre rule, curre sur le plaintiff et le noie.»

bleció de propia autoridad y fundó un puesto para la venta de desechos bajo las ventanas de los dorados salones donde los primeros magnates del Reino, los Norfolk, los Ormond, los Kent y los Pembroke, daban bailes y banquetes. [Fué preciso el trascurso de toda una generación y escribir mucho contra tales abusos, para que los habitantes solicitasen, al fin, del Parlamento, permiso para construir caminos y plantar árboles (1).

Cuando tal era el estado de la región habitada por la clase más elevada de la sociedad, fácilmente podemos suponer que la gran masa del pueblo tendría que sufrir lo que hoy consideraríamos insoportable. El piso era detestable; todos los extranjeros nos avergonzaban con tal motivo. Las cloacas eran de tales condiciones que, apenas llovía, las canales se convertían en torrentes. Algunos poetas festivos hablan de la furia con que aquellos negros arroyuelos descendían de Snow Hill y Ludgate Hill, llevando á Fleet Ditch abundante tributo de restos animales y vegetales de los puestos de los carniceros y verduleros. Ensanchaban este arroyo á derecha é izquierda los vehículos y los carros, y era el afán de todos los transeuntes alejarse lo más posible del camino de los coches. Los flojos y tímidos cedían la acera; los atrevidos y corpulentos la tomaban. Cuando dos valentones se encontraban, seguían andando hasta dar cada uno con su sombrero en el rostro del otro, viniendo en seguida á las manos y luchando hasta que el más débil iba de bruces al arroyo. Si el vencido no

(1) Stat. 12. Geo I, cap. XXV; *Commons' Journals*, febrero 25; marzo 2, 1726; *London Gardener*, 1712; *Evening Post*, marzo 23, 1731. No he podido encontrar este número del *Evening Post*; lo cito bajo la autoridad de Mr. Malcolm, que lo menciona en su *History of London*.

era más que un fanfarrón, se resignaba murmurando que ya encontraría ocasión de venganza; pero si era valiente, el encuentro terminaba casi siempre con un duelo á espaldas del palacio de Montague (1).

Las casas no estaban numeradas. Cierto que de poca utilidad hubiera sido el numerarlas, pues que de los cocheros, lacayos, porteros y mandaderos de Londres, sólo muy pequeña parte sabía leer. Era necesario emplear señales que hasta los más ignorantes pudieran comprender, y las tiendas, por lo tanto, se distinguían por las pintadas muestras que daban aspecto alegre y grotesco á las calles. Desde Charing Cross á Whitechapel había una interminable serie de *cabezas de sarracenos, encinas reales, osos azules y corderos dorados*, que desaparecieron cuando ya no hacían falta para servir de norte á la gente del pueblo.

Cuando cerraba la noche, la dificultad y el peligro de andar por la ciudad subían de punto ciertamente. Abríanse las ventanas de los desvanes, y se vaciaban las aguas sucias, con muy poco reparo de los que pudieran pasar por debajo. Las caídas, las magulladuras y el romperse los huesos ocurrían con la mayor frecuencia, porque hasta el último año del reinado de Carlos II, la mayor parte de las calles quedaron en la más profunda oscuridad. Los ladrones ejercían su oficio impunemente, y sin embargo aun no eran tan temibles para los ciudadanos pacíficos como otra especie de rufianes. Era diversión favorita de la juventud disoluta el recorrer la ciudad durante la noche, rompiendo los vidrios, atropellando las sillas

(1) *Lettres sur les Anglois*, escritas á principios del reinado de Jorge III; Swift's *City Shower*; Gay's, *Trivia*. Johnson contaba con frecuencia una curiosa conversación que había tenido con su madre acerca de dar ó tomar la acera.

de manos, apaleando la gente pacífica, y brindando rudas caricias á las mujeres. Desde la Restauración, se sucedieron varias dinastías de estos tiranuelos en el dominio de las calles. Los *Nuns* y los *Tityre Tus* habían sido reemplazados por los *Hectors*, y á éstos sustituyeron los *Scourers*. Posteriormente vinieron los *Hawcubite* y el más temible nombre de *Mohawk* (1).

## XXX.

### POLICÍA DE LONDRES.

El medio de que se valían entonces para mantener tranquilas las calles durante la noche, era por extremo singular. Había una ley municipal en cuya virtud debían rondar constantemente la ciudad desde la puesta hasta la salida del sol, más de mil serenos, y

---

(1) Oldham, *Imitación de la tercera sátira de Juvenal*, 1682. Shadwell's, *Scourers*, 1690. Con facilidad hallará otras muchas autoridades todo el que conozca la literatura popular de esta y de las generaciones siguientes. Es lícito sospechar que alguno de los Tityre Tus, como buen *caballero*, rompiese las ventanas de Milton poco después de la Restauración. Casi tengo la seguridad de que pensaba en aquel azote de Londres cuando dictaba estos hermosos versos:

> And in luxurious cities, when the noise
> Of riot ascends above their loftiest towers,
> And injury and outrage, and when night
> Darkens the streets, then wander forth the sons
> Of Belial, flown with insolence and wine.

(Cuando la noche tiende su negro manto sobre las calles de las ricas ciudades, los hijos de Belial, á quienes la insolencia y el vino dan nuevos bríos, llevan por todas partes la injuria y el ultraje, y el ruido del tumulto llega más allá de las más altas torres).

que obligaba á todos los habitantes á turnar en este servicio. Pero la ley se cumplía con mucha negligencia. Pocos de los citados abandonaban sus casas, y esos pocos generalmente encontraban más agradable pasar la noche bebiendo en las cervecerías que recorriendo las calles (1).

## XXXI.

### ALUMBRADO DE LONDRES.

Debemos hacer particular mención del gran cambio introducido en la policía de Londres el último año del reinado de Carlos II; cambio que tal vez ha contribuído tanto á la felicidad de la gran mayoría del pueblo, como las revoluciones de más cuenta. Un ingenioso proyectista llamado Eduardo Heming obtuvo, por determinado número de años, privilegio exclusivo de alumbrar la ciudad de Londres. Empezó, obedeciendo á una consideración moderada, por colocar una luz de diez en diez casas, cuando no había luna, de seis á doce de la noche, empezando el día de San Miguel hasta el día de la Virgen. Los que ahora ven la capital durante todo el año, desde que anochece hasta que amanece, brillando con un resplandor en cuya comparación serían pálidas las iluminaciones de La Hogue y Blenheim, tal vez sonreirán desdeñosamente al pensar en los faroles de Heming, que ardían débilmente de diez en diez casas y durante una pequeña parte de cada tres no-

(1) Seymour's, *London.*

ches. Pero no lo entendían así los contemporáneos. Su plan fué aplaudido con entusiasmo y atacado con furor. Los amigos del progreso lo elevaron al nivel de los más grandes bienhechores de la ciudad. «*¿Que eran*—decían ellos—*las alabadas invenciones de Arquímedes, en comparación de lo que había hecho el que trocó las sombras de la noche en la esplendente luz del medio día?*» Á pesar de tan elocuentes elogios no faltaron defensores á la causa de la oscuridad. Y es que en aquella edad había necios que se oponían á la introducción de lo que se llamaba la nueva luz, con la misma obstinación que en nuestro tiempo ha habido algunos que se opusieron á la introducción de la vacuna y de los caminos de hierro; del mismo modo que en una época anterior á los albores de la historia hubo indudablemente quien se opuso á la introducción del arado y de la escritura alfabética.

Muchos años después de haberse concedido á Heming el privilegio exclusivo del alumbrado de Londres, aun había extensos barrios de la capital, donde lo mismo que antes, no existía un solo farol (1).

---

(1) *Angliæ Metropolis*, 1690. Sect. 17. titulada «De las nuevas luces.» Seymour's, *London*.

## XXXII.

### WHITEFRIARS.

Fácil nos será imaginar cuál debe haber sido en tales tiempos el estado de los barrios de Londres habitados por la escoria de la sociedad. Entre estos barrios uno alcanzó fama escandalosa. En los confines de la City y el Temple habíase fundado, el siglo XIII, un convento de frailes carmelitas, que se distinguían por sus blancas capuchas. El recinto de este convento había servido, desde antes de la Reforma, de asilo á los criminales, y aun conservaba el privilegio de proteger á los deudores contra el arresto. De consiguiente, todas las casas del barrio estaban habitadas, desde el sótano á la buhardilla, por tramposos. Una gran parte de éstos eran taimados y libertinos, á quienes seguían á aquel asilo mujeres de peor condición aún que ellos. El poder civil no podía mantener el orden en un distrito habitado de tales gentes, y por tal modo Whitefriars llegó á ser centro favorito de todos los que deseaban emanciparse de la sujeción de las leyes.

Aunque la inmunidad que por ley pertenecía al barrio sólo se extendía á los insolventes, asesinos, testigos falsos, conspiradores y bandidos hallaban allí refugio, y entre una multitud tan desalmada no se hallaba segura la vida de ningún representante de la justicia. Al grito de *¡Favor!* matones armados de espadas y garrotes, y viejas belicosas con asadores y mangos de escoba, acudían á centenares,

y el intruso podía considerarse venturoso si lograba refugiarse en la calle de Fleet, zurrado, despojado y remojado. Las órdenes del mismo Chief Justice de Inglaterra no podían cumplirse, á no contar en su ayuda con una compañía de mosqueteros. Tales restos de la antigua barbarie se encontraban á muy poca distancia del sitio donde Somer estudiaba la historia y las leyes, de la capilla donde Tillotson predicaba, del café donde Dryden hacía la crítica de los poemas y comedias, y del salón donde la Sociedad Real examinaba el sistema astronómico de Isaac Newton (1).

## XXXIII.

### LA CORTE.

Cada una de las dos ciudades que formaban la capital de Inglaterra tenía su peculiar centro de reunión. En la metrópoli del comercio, el punto de convergencia era la Bolsa; en la metrópoli de la moda el Palacio; pero el Palacio no mantuvo su influencia tanto tiempo como la Bolsa. La Revolución alteró completamente las relaciones entre la Corte y todas las clases de la sociedad. Fuese notando gradualmente que el Rey podía dar muy poco; que los títulos de nobleza y las Jarretieras, los obispados y embajadas, la presidencia del Tesoro y las contadurías de Hacienda y aun los cargos referentes á la Real persona y al regio dormitorio, se concedían, en reali-

(1) Stowe's, *Survey of London;* Shadwell's, *Squire of Alsatia;* Ward's, *London Spy,* Stat. 8 y 9, Gul. III, cap. 27.

dad, no por él sino por sus consejeros. Los ambiciosos y codiciosos muy pronto notaron que si habían de prosperar, mejor lo conseguirían adquiriendo un distrito y prestando buenos servicios al Ministerio en una sesión crítica, que convirtiéndose en compañeros ó aun en favoritos del Príncipe. Por lo tanto, á las antecámaras, no de Jorge I ó de Jorge II, sino de Walpole y de Pelham, era donde diariamente acudían en masa los cortesanos.

Debe también notarse, que la misma revolución que hizo imposible á los Reyes de Inglaterra seguir influyendo en el Estado, sólo con el propósito de favorecer á sus predilectos, produjo varios Monarcas incapaces por su educación y por sus hábitos de ser corteses y afables huéspedes. Habían nacido y se habían educado en el continente; nunca consideraron á Inglaterra como su patria; si hablaban el inglés lo hacían con poca elegancia y mucho trabajo; no llegaron á comprender nunca el carácter nacional, y los modales ingleses apenas intentaron adquirirlos. El más importante de sus deberes lo cumplían mejor que ninguno de cuantos les habían precedido, porque gobernaban estrictamente según la ley; pero no podían ser los primeros caballeros del Reino, ni los jefes de la sociedad elegante, y si alguna vez querían llegar á serlo, lo hacían en un pequeño círculo, donde apenas se veía un rostro inglés, y nunca se consideraban más felices que cuando lograban escapar, durante un verano, á su tierra nativa. Cierto que tenían sus días de recepción para la nobleza y la *gentry;* pero la recepción era mera fórmula, y al fin llegó á ser ceremonia tan solemne como un funeral.

No era así ciertamente la corte de Carlos II. Whitehall, mientras él vivió allí, fué asiento de las intrigas políticas y de la buena sociedad. La mitad de los agio-

tistas y de los libertinos de la capital frecuentaba su palacio; todos los que lograban hacérsele agradables, ó podían contar con los buenos oficios de la favorita, tenían seguro el medrar y prosperar en el mundo sin prestar ningún servicio al Gobierno, ni ser siquiera conocidos de vista de ningún Ministro. Este cortesano obtenía el mando de una fragata; aquél una compañía; un tercero el perdón de un rico criminal; otro la concesión de tierras de la Corona en muy buenas condiciones. Si el Rey manifestaba deseo de que un mal abogado fuese nombrado juez, ó de que un noble libertino fuese creado Par, los más graves consejeros, después de murmurar un espacio, se sometían á sus caprichos (1). El interés, por lo tanto, tenía constantemente una multitud de pretendientes á las puertas de palacio, y aquellas puertas estaban siempre de par en par. El Rey concedía audiencia diariamente y durante todo el día á la buena sociedad de Londres, á excepción tan solo de los whigs exaltados. Cualquier caballero podía llegar con la mayor facilidad hasta la presencia del Rey. La corte del Monarca era exactamente lo que indica la palabra. Algunos nobles venían todas las mañanas á visitar á su amo, á departir con él mientras le rizaban la peluca y le ponían la corbata, y á acompañarlo en su paseo matutino por el Parque. Todas las personas que habían sido presentadas en forma, podían, sin invitación especial, ir á verle comer, cenar, bailar y jugar á los naipes, y hasta podían tener el gusto de oirle contar cuentos, cosa que hacía con verdadera gracia, refiriendo su fuga de Worcester y las miserias que había




(1) Véase la descripción que trae Sir Roger North de cómo Wright fué hecho juez; y la de Clarendón de cómo Sir Jorge Savile fué nombrado Par.

sufrido mientras fué prisionero de guerra de los hipócritas predicadores escoceses. Aquellos de los circunstantes á quienes S. M. conocía, obtenían de él á menudo frases corteses, lo cual era para la causa de la Monarquía mucho más provechoso que las cualidades que habían tenido su padre y su abuelo. No era fácil al más austero republicano de la escuela de Marvel resistir á la fascinación de tan constante buen humor y de tanta afabilidad; y muchos *caballeros* veteranos, en cuyo corazón mantenía vivo el resentimiento el recuerdo de sacrificios y servicios no pagados en veinte años, se juzgaban plenamente compensados, en un momento, de las heridas y confiscaciones sufridas, con el ligero saludo de su Soberano, acompañado de la frase: «Bendígaos Dios, mi buen amigo.»

Whitehall llegó naturalmente á ser el principal centro de noticias. Siempre que corría el rumor de que algo importante había sucedido ó estaba á punto de suceder, la gente acudía allí á infomarse en las mejores fuentes. Las galerías presentaban el aspecto de los modernos *clubs* en día de acontecimientos, y se veían llenas de gente preguntando si había llegado el correo de Holanda; qué noticias había traído el expreso de Francia; si Juan Sobiesky había derrotado á los turcos, ó si el Dux de Génova estaba realmente en París. De todo esto podían hablar las gentes sin peligro en voz alta; pero había otras cosas que se preguntaban y se contestaban en voz baja. ¿Había vencido Halifax á Rochester? ¿Se convocaría el Parlamento? ¿Iba en realidad el Duque de York á Escocia? ¿Era cierto que se había llamado á Monmouth, del Haya? Todos trataban de leer en el rostro de los Ministros cuando iban y venían, á través de la multitud, al cuarto del Rey; y deducían toda clase de

augurios del tono en que S. M. hablaba al Lord Presidente, ó de la risa con que honraba S. M. el chiste del Canciller privado, y en pocas horas las esperanzas y temores inspirados por tan leves indicios llegaban á todos los cafés, desde Saint James hasta la Torre (1).

## XXXIV.

### LOS CAFÉS.

No debemos mencionar los cafés sólo ligeramente y de pasada. En aquel tiempo no hubiera sido impropio decir que el café era una de las instituciones políticas más importantes. Ningún Parlamento había durado años enteros. El Consejo municipal de la *City* no representaba ya la opinión general del pueblo. Las reuniones públicas, las arengas, las resoluciones y todos los otros recursos modernos de agitación aun no se habían puesto de moda. Nada semejante á los actuales periódicos existía. En tales circunstancias eran los cafés el órgano principal de la opinión pública en la Metrópoli.

Había fundado el primero de estos establecimientos, en tiempo de la República, un comerciante de géneros de Turquía que, en su frecuente trato con los mahometanos, tomó grande afición á su bebida

(1) Las fuentes á que he acudido para esta descripción del estado de la Corte, son demasiado numerosas para hacer de cada una mención especial. Entre las principales figuran los despachos de Barillon, Citters, Ronquillo y Adda; los *Viajes del Gran Duque Cosme*; los *Diarios* de Pepys, Evelyn y Teonges, y las *Memorias* de Grammont y Reresby.

favorita. Era tal la conveniencia de poder reunirse en cualquier parte de la ciudad y de pasar las noches en agradable reunión á poca costa, que la moda cundió con gran rapidez. Toda persona, así de la alta sociedad, como de la clase media, iba diariamente al café á enterarse de las últimas noticias y á discutirlas. Cada café tenía uno ó más oradores á quienes la multitud escuchaba con admiración, y que llegaron presto á ser lo que en nuestros días se ha llamado á los periodistas, esto es, cuarto poder del Estado. Durante mucho tiempo había visto la Corte con disgusto el desarrollo del nuevo poder. Durante la administración de Danby habíase intentado cerrar los cafés, pero los hombres de todos los partidos echaron de menos su habitual centro de reunión hasta el punto de que muy pronto fué universal el disgusto. No se aventuró el Gobierno á llevar adelante, oponiéndose á un sentimiento tan fuerte y general, el cumplimiento de una disposición cuya legalidad podía ponerse en duda. Habían transcurrido, desde que esto sucedió, diez años, durante los cuales el número é influencia de los cafés fué creciendo siempre. Los extranjeros decían que el café era lo que especialmente distinguía á Londres de todas las demás ciudades; que el café era la casa del londinense, y que quien deseaba encontrar á cualquier caballero, no preguntaba generalmente si vivía en Fleet Street ó en Chancery Lane, sino si iba al café *Griego* ó al *Arco Íris*. Nadie era excluído de los cafés, con tal de pagar su penique en el mostrador. Y sin embargo, todas las clases y profesiones, todas las distintas opiniones, así políticas como religiosas, tenían sus centros especiales de reunión.

Había cafés cerca de Saint James's Park, donde se reunían los elegantes, cuya cabeza y hombros cu-

brían pelucas negras ó rubias, no menos disformes que las que ahora usan el Canciller y el *Speaker* de la Cámara de los Comunes. La moda de las pelucas había venido de París, como el resto de lo que constituía el traje del caballero á la moda: la casaca bordada, los guantes con cadeneta y la borla que pendía de la cinta que sujetaba el calzón corto.

La conversación era en aquel dialecto, que continuaba siendo alegría de los teatros en boca de Lord Foppington, mucho tiempo después de haberse abandonado en los círculos elegantes (1). La atmósfera era como la de la tienda de un perfumista, pues el tabaco en otra forma que no fuese la de finísimo polvo, era reputado de abominable por los elegantes. Si cualquier plebeyo, ignorando las costumbres de la casa, pedía una pipa, la burla de todos los asistentes y las breves respuestas de los mozos pronto le convencían de que lo mejor que podía hacer era irse á cualquiera otra parte. Cierto que no tenía que andar mucho, porque los cafés con el humo del tabaco tenían el aspecto de cuerpos de guardia, y los extranjeros manifestaban su sorpresa al ver que tanta gente abandonase sus hogares para tomar asiento en medio de aquel humo y de aquel hedor insoportables. En ningún sitio se fumaba tanto como en el café de Will. Aquel célebre café, situado entre Covent Garden y Bow Street, estaba consagrado á las bellas letras. Allí sólo se hablaba del mérito de los poetas y de las unidades de tiempo

(1) La más notable peculiaridad de este dialecto era que en muchas palabras la *o* sonaba como *a*. Así, la palabra *stork* (cigüeña), se pronunciaba *stark* (fuerte). Véase Vanbrugh's. *Relapse.* Lord Sunderland era gran maestre de esta *música cortesana*, según la frase de Roger North; y Tito Oates procuraba hablar siempre de este modo, á fin de darse aires de persona distinguida. *Examen*, 77, 254.

y lugar. Un partido defendía á Perrault y á los modernos, mientras que otro estaba por Boileau y los antiguos. En un grupo se discutía si el *Paraíso Perdido* debía ó no haberse escrito en rima. En otro, un envidioso poetastro se empeñaba en demostrar que *Venecia Salvada* no debía de haberse puesto en escena. En ningún sitio como aquel podía verse multitud más heterogénea. Condes con el pecho cubierto de condecoraciones y ostentando la jarretiera; clérigos de larga sotana y alzacuello; locuaces estudiantes de leyes; tímidos jóvenes de las Universidades, y traductores y confeccionadores de índices, que se distinguían por sus raídas casacas. Pero el deseo de todos era sentarse cerca de la silla de Juan Dryden. En invierno, aquella silla se colocaba en el mejor sitio, al lado del fuego, y en verano en el balcón. Acercarse á saludarle y oir su opinión acerca de la última tragedia de Racine ó del tratado de poesía épica de Le Bossu, era considerado como una honra. Un polvo de su caja de rapé era favor bastante á trastornar la cabeza de cualquier joven entusiasta. Había también cafés donde se podía consultar á los primeros médicos de Londres. El Dr. Juan Radcliffe, que en 1685 era el más famoso de la ciudad, iba todos los días, á la hora en que la Bolsa estaba llena, desde su casa de Bow-Street, que era entonces uno de los sitios más elegantes de la capital, al café de *Garraway*, donde se le veía rodeado de boticarios y cirujanos en una mesa particular. Había cafés puritanos donde no se oía ni una mala palabra, y en los cuales, gente de liso peinado discutía con voz gangosa sobre los elegidos y los réprobos; cafés de judíos, donde se reunían los ojinegros cambistas de Venecia y de Amsterdam, y cafés católicos donde, según creían los buenos protestantes, trazaban sus planes los jesuitas, tratando,

entre sorbo y sorbo, de otro gran incendio y de fundir balas de plata con que matar al Rey (1).

Estos hábitos de sociabilidad influyeron mucho en la formación del carácter del londinense de aquellos tiempos. Era en realidad un sér distinto de los Ingleses del resto del país. No existían entonces las relaciones que ahora entre los habitantes de la ciudad y los del campo. Sólo los grandes señores tenían costumbre de repartir el año entre la ciudad y el campo. Muy pocos *squires* (2) iban á la ciudad tres veces en su vida, ni era entonces costumbre que la gente acomodada saliese durante el verano á respirar el aire del campo y de los bosques algunas semanas. Un vecino de Londres causaba en cualquier aldea la misma sorpresa que hubiera producido en un kraal de hotentotes. Por otra parte, cuando un propietario del Lincolnshire ó del Shropshire aparecía en Fleet Street, se le conocía tan fácilmente como si hubiera sido turco ó indio. Su traje, su aspecto, su acento, su manera de quedarse contemplando las tiendas; el verle andar por los charcos, tropezar con los mozos de cordel ó permanecer parado, recibiendo el agua de los canalones, le señalaban desde luego como á propósito para las bromas de la gente de humor y como víctima de los estafadores. Los valentones lo empujaban de la acera al arroyo; los cocheros de plaza lo salpica-

(1) *Lettres sur les Anglois;* Tom Brown's, *Tour;* Ward's, *London Spy; The Character of a Coffee-House*, 1673; *Rules and Orders of the Coffee-House*, 1674; *Coffee-Houses vindicated*, 1675; *A Satyr against Coffee;* North's, *Examen*, 138; *Life of Guildford*, 152; *Life of Sir Dudley North*, 149; *Life of Dr. Radcliffe*, publicada por Curll en 1715. En la *City and Country Mouse* puede verse la más bella descripción del café de Will. Un pasaje muy notable acerca de la influencia de los oradores de café se encuentra en Halstead, *Succinct Genealogies*, 1685.

(2) Véase el Apéndice.—N. del T.

ban de lodo de pies á cabeza, y mientras consideraba extasiado la magnífica procesión del lord Mayor, los rateros exploraban con toda tranquilidad los bolsillos de su inmenso gabán. Ladrones marcados del látigo del verdugo, eran para él los más amables caballeros; las pintadas mujerzuelas, hez y escoria de Lewkner Lane y Whetstone Park, eran para él condesas y damas de honor; si preguntaba por dónde se iba á Saint-James, lo enviaban á Mile-End; si entraba en una tienda, en seguida le presentaban lo que nadie quería comprar: bordados que ya habían pasado de moda, sortijas de metal y relojes que no andaban. Si por casualidad llegaba á entrar en un café elegante, muy luégo era blanco de las insolencias de los petimetres y de las aun más graves burlas de los estudiantes. Furioso y mortificado, regresaba entonces á su hogar, donde con el respeto de sus colonos y las conversaciones de sus alegres compañeros, olvidaba las burlas, las humillaciones y los disgustos que había sufrido. Allí creía de nuevo ser magnate, y no concebía nada que le fuese superior, excepto cuando en el tribunal tomaba asiento en el banco al lado del Juez ó cuando en las revistas de la Milicia desfilaba por delante del lord Lugarteniente.

## XXXV.

### DIFICULTAD DE LOS VIAJES.

La causa que principalmente se oponía á la fusión de los diferentes elementos de la sociedad, era la extremada dificultad que hallaban nuestros antepasados en trasladarse de un lugar á otro. De todas las invenciones, á excepción del alfabeto y de la imprenta, las

que más han contribuído al adelantamiento de la especie humana, han sido aquellas que sirvieron á abreviar las distancias. Todo adelantamiento en los medios de locomoción es tan beneficioso á la humanidad, moral é intectualmente, como desde el punto de vista material; y no sólo facilita el cambio de los diferentes productos de la naturaleza y del arte, sino que tiende á remover antipatías nacionales y provinciales, y á estrechar más y más las distintas ramas de la gran familia humana. En el siglo XVII los habitantes de Londres estaban, para casi todas las prácticas de la vida, más lejos de Reading que ahora de Edimburgo, y mas aún de Edimburgo que hoy de Viena.

Los súbditos de Carlos II no eran completamente extraños á aquel principio que en nuestros tiempos ha producido una revolución sin precedentes en las relaciones humanas; que permite á los navíos avanzar contra viento y marea, y á batallones enteros con su bagaje y artillería atravesar extensos reinos á un paso igual al de los más veloces corceles. El Marqués de Worcester había ya observado, por este tiempo, la fuerza expansiva del agua rarificada por el calor. Después de muchos experimentos había logrado construir una ruda máquina de vapor, que llamaba *máquina de agua y fuego*, y que decía ser un admirable y poderoso instrúmento de impulsión (1); pero el Marqués era tenido por loco, y además era conocido como papista: su invención no halló, por tanto, favorable acogida, y su máquina de agua y fuego podía á lo más ser asunto de conversación en una sesion de la Sociedad Real, mas no tuvo absolutamente aplicación práctica. No había entonces caminos de carriles, excepto algunos, que se habían hecho de madera, desde

(1) *Century of Inventions*, 1663, núm. 68.

las minas de carbón de Northumbeland hasta las orillas del Tyne (1). Había muy pocas comunicaciones internas por los ríos; habíanse hecho algunas tentativas para ahondar y encauzar algunas corrientes, pero con muy poco éxito. Apenas un solo canal navegable se había siquiera proyectado. Los Ingleses de aquellos tiempos acostumbraban á hablar con admiración y envidia del inmenso canal que Luis XIV había abierto entre el Atlántico y el Mediterráneo.

Muy lejos estaban de pensar que su patria, en el curso de algunas generaciones, estaría cortada, á costa de empresas particulares, por un número tal de ríos artificiales que, puestos uno á continuación de otro, darían cuatro veces la longitud del Támesis, el Severn y el Trent reunidos.

## XXXVI.

### MAL ESTADO DE LOS CAMINOS.

Los viajeros y las mercancías se trasladaban de un punto á otro por los caminos reales, que, á lo que parece, eran bastante peores de lo que el grado de riqueza y civilización, que había alcanzado el país, hubiera hecho esperar.

En las mejores líneas de comunicación, los caminos eran profundos, rápidas las pendientes, y con frecuencia apenas podían distinguirse, como no fuese en claro día, de las malezas y pantanos que los limitaban por ambos lados. Ralph Thoresby el anticuario se

(1) North's *Life Guildford*, 136.

halló en peligro de extraviarse en la gran carretera del Norte, entre Barnby Moor y Tuxford; y en efecto se extravió entre Doncaster y York (1). Pepys y su esposa viajando en su propio coche se perdieron entre Newbury y Reading. En el mismo viaje se perdieron nuevamente cerca de Salisbury, donde estuvieron á punto de pasar la noche al raso (2). Sólo con el buen tiempo podían los carruajes aprovechar todo lo ancho del camino. A menudo había mucho barro á ambos lados, y sólo quedaba un estrecho sendero de terreno firme en el centro.

Las dificultades en el viaje y las querellas eran frecuentes, y á menudo el paso estaba interrumpido durante mucho tiempo por carreteros, ninguno de los cuales quería ser el primero en ceder. Casi diariamente sucedía que los coches se enterraban en el fango, no pudiendo salir hasta que se traía una pareja de bueyes de alguna aldea vecina para sacarlos de entre el lodo. Pero en invierno los viajeros tenían que luchar con inconvenientes aún más serios. Thoresby, que iba con frecuencia desde Leeds á la capital, hace mención en su *Diario* de peligros y desastres que hoy bastarían á hacer interesante un viaje al Océano glacial ó al desierto de Sahara. En una ocasión se supo que había habido una inundación entre Ware y Londres, que los viajeros se habían salvado nadando, y que un buhonero había perecido ahogado. En vista de tales noticias, se apartó del camino real y fué conducido á través de unos prados, donde tuvo que viajar con el agua hasta la cincha del caballo (3). En otro viaje estuvo á punto de perecer víctima de una inun-

(1) Thoresby's *Diary*. Octubre 21, 1680; agosto 3, 1712.
(2) Pepys's *Diary*, junio 12 y 16, 1668.
(3) Thoresby's *Diary*, mayo 17, 1695.

dación del Trent; tuvo después que permanecer cuatro días en Stanford á causa del mal estado de los caminos, y no se hubiera atrevido á continuar á no encontrar catorce miembros de la Cámara de los Comunes, que iban en comisión al Parlamento, con buenos guías y numeroso séquito, quienes le permitieron viajar en su compañía (1). En el camino del Derbyshire los viajeros se hallaban en constante peligro de desnucarse; con frecuencia tenían que echar pie á tierra y llevar de la brida sus cabalgaduras (2). El gran camino que conduce desde Gales á Holyhead se hallaba en tal estado, que en 1685, un virrey que iba á Irlanda tardó cinco horas en recorrer las catorce millas que separan á Saint Asaph de Conway. Entre Conway y Beamares tuvo que andar á pie gran parte del camino, mientras que su esposa era conducida en una litera. Su coche, gracias á la ayuda de varios campesinos, fué llevado con gran dificultad. En general, los coches se desarmaban en Conway y eran conducidos en piezas, en hombros de robustos aldeanos hasta los desfiladeros de Menay (3).

En algunos sitios de Kent y Sussex, sólo los más fuertes caballos podían, en invierno, atravesar los caminos, donde á cada paso se enterraban en el fango. Había mercados que durante varios meses eran inaccesibles; y dícese que los frutos algunas veces se pudrían en un sitio, mientras que en otro, que sólo distaba de aquél algunas millas, era la oferta muy inferior á la demanda. En todo este distrito los carruajes

(1) Ib. Dic. 27, 1708.

(2) *Tour in Derbyshire*, por J. Browne, hijo de Sir Tomás, 1662. Coton's *Angler*, 1676.

(3) *Correspondence of Henry Earl of Clarendon*. Dic. 30, 1685, enero 1, 1686.

generalmente eran tirados por bueyes (1). Cuando el príncipe Jorge de Dinamarca visitó el magnífico castillo de Petworth, como el tiempo estaba lluvioso, tardó seis horas en andar nueve millas, y fué necesario que una multitud de forzudos paisanos se pusiese á cada lado del coche para impulsarle. De los carruajes de su séquito, unos volcaron y otros se hicieron pedazos. Se ha conservado una carta de uno de los caballeros á su servicio, en la que el infortunado cortesano se queja de que durante catorce horas ni una sola vez pudo apearse, á excepción de cuando el coche se volcaba ó se enclavaba en el lodo (2). Una causa, la principal, del mal estado de los caminos, parece haber sido el defecto de la ley en este punto. Todo distrito rural tenía obligación de componer la parte de camino comprendida en su término, para lo cual los paisanos estaban obligados á trabajar gratuitamente durante seis días al año. Si esto no bastaba, se pagaban jornaleros, y el gasto se distribuía proporcionalmente entre todos los vecinos. Nadie desconoce cuán injusto era exigir que el camino que unía dos grandes ciudades que mantenían entre sí activo tráfico, fuese sostenido á expensas de la población rural; y esta injusticia se hacía más notoria en la gran carretera del Norte, que atravesaba distritos muy pobres y muy poco habitados, á pesar de poner en comunicación ciudades muy ricas y populosas. Era sobremanera injusto exigir que los pobres paisanos del Condado de Huntingdon se obligasen á mantener en buen estado el camino que exigía constantes reparaciones por el gran tráfico entre el West

---

(1) Postlethwaite's, *Dictionary*. Art. *Caminos*. *History of Harwkhurst* en la *Bibliotheca Topographica Britannica*.

(2) *Annals of Queen Anne*, 1703. Apéndice núm. 3.

Reading del Condado de York y Londres. Poco después de la Restauración el Parlamento se ocupó de este asunto, y se aprobó una ley, la primera de las relativas á los peajes, por la que se imponía un pequeño gravamen á los viajeros y á las mercancías, á fin de atender, en algunos sitios de esta importante línea de comunicación, á las reparaciones del camino (1). Esta innovación, sin embargo, dió lugar á muchos comentarios, y los otros caminos que comunicaban á la capital con el resto de las provincias siguieron rigiéndose por el antiguo sistema. Por fin, logró implantarse la reforma, mas no sin gran dificultad, porque el impuesto injusto y absurdo á que ya la gente se ha acostumbrado se paga, con frecuencia, de mejor gana que los más razonables, si son nuevos. No fué sino después de haberse echado abajo muchos portazgos, después de muchos combates entre la tropa y los paisanos y de derramarse mucha sangre, cuando al fin se introdujo el buen sistema. Lentamente logró la razón influir en las preocupaciones, y nuestra isla se ve actualmente cruzada en todas direcciones, casi de treinta mil millas de caminos sujetos al peaje. En las mejores carreteras, en tiempo de Carlos II, las mercancías se trasladaban generalmente de un punto á otro en grandes carros. En la paja que se echaba en estos vehículos se aglomeraban una multitud de viajeros, que no tenían lo suficiente para viajar en coche ó á caballo, y aquellos á quienes las enfermedades ó el excesivo equipaje no permitia ir á pie. Lo que importaba trasladar las mercancías de esta manera era exorbitante. Desde Londres á Birmingham se pagaban siete libras esterlinas por tonela-

(1) 15, Car. II, c. I.

da, y doce desde Londres á Exeter (1). De modo que cada tonelada pagaba á razón de quince peniques por milla; más de un tercio de lo que se pagó después en los caminos donde había peaje, y quince veces más de lo que actualmente se paga en los ferrocarriles. El precio tan excesivo del trasporte, equivalía á una prohibición, relativamente á ciertos artículos. El carbón, particularmente, no se veía nunca, á excepción de los distritos donde se producía ó á donde se podía llevar por mar, y de aquí que en el Mediodía de Inglaterra se le llamase en vez de carbón de piedra, carbón de mar.

En los caminos vecinales, y generalmente en todo el país al Norte de York y al Oeste de Exeter, las mercancías eran trasportadas por largos tiros de caballos de carga. Estos fuertes y pacientes animales, cuya raza se ha extinguido, estaban á cargo de conductores que tenían mucha semejanza con los arrieros españoles. El viajero de humilde condición encontraba muy conveniente y aun se consideraba feliz haciendo su viaje en uno de estos caballos, sentado entre dos alforjas y al cuidado de aquellos expertos guías. Los gastos eran muy reducidos, pero la caravana caminaba muy despacio, y en invierno el frío era con frecuencia insoportable (2). Los ricos viajaban generalmente en sus propios coches, tirados lo menos por cuatro caballos. El alegre poeta Cotton quiso ir de

---

(1) Los perjuicios del antiguo sistema pueden verse expuestos con notable claridad en las peticiones publicadas en el *Diario de la Cámara de los Comunes* de 1725 á 1726. De la violenta oposición que encontró el nuevo sistema puede formarse ligera idea hojeando el *Gentleman's Magazine* de 1749.

(2) *Loidis and Elmete*. Marshall's, *Rural Economy of England*. En 1739 Rodrigo Random hizo de esta manera el viaje desde Escocia á Newcastle.

Londres á Peak con solo dos caballos; pero al llegar á Saint Albans vió que el viaje era casi imposible, y cambió de opinión (1). Los coches tirados por seis caballos se ven muy rara vez en nuestros días, á excepción de las grandes ceremonias: la frecuente mención que de tales trenes se hace en los antiguos libros, pudiera hacernos incurrir en error, atribuyendo á lujo y ostentación lo que realmente era efecto de una necesidad nada agradable. La nobleza, en tiempo de Carlos II, viajaba en coches tirados por seis caballos, porque con menor número había gran peligro de quedarse en el camino; y á veces ni los seis caballos bastaban. Banorugh, en la generación siguiente, describió con mucha gracia el viaje de un noble del campo, que habiendo sido elegido miembro del Parlamento vino á Londres. Venía en un coche tirado por seis caballos, dos de los cuales habían sido sacados del arado para engancharlos en el coche de su señoría; y á pesar de los esfuerzos reunidos de los seis caballos, no pudo evitar que la carroza de familia quedase sepultada en el fango.

## XXXVII.

### CARRUAJES PÚBLICOS.

Los carruajes al servicio del público habían adelantado mucho en los últimos tiempos. En los años que siguieron inmediatamente á la Restauración, se estableció una diligencia entre Londres y Oxford, que em-

(1) Cotton's, *Epistle to J. Bradshaw.*

pleaba dos días en recorrer la distancia que separa estas dos ciudades. Los viajeros dormían en Beaconsfield. Pero en la primavera de 1669 se introdujo una grande y atrevida innovación. Anuncióse que un coche, titulado *coche volante*, haría el viaje entre la salida y la puesta del sol. Esta arriesgada empresa fué examinada con toda solemnidad por los Doctores de la Universidad, y parece haber excitado el mismo interés que en nuestros días la inauguración de un nuevo ferrocarril. El Vicecanciller de la Universidad hizo anunciar en todos los sitios públicos la hora y el lugar de la partida. El éxito del experimento fué completo: á las seis de la mañana el coche partió de frente á la puerta del colegio de Allsouls, y á las siete de la tarde los aventureros, que habían corrido el primer riesgo, se apeaban, sanos y salvos, en su posada de Londres (1). Esto despertó la emulación de la Universidad de Cambridge, y muy pronto se estableció una diligencia que, en un día también, recorría el trayecto que media entre Cambridge y la capital. A fines del reinado de Carlos II los coches volantes salían tres veces por semana de Londres para las principales ciudades; pero ninguno de estos coches, ningún carro de carga, iba más allá de York por el Norte, ni de Exeter por el Oeste. La jornada ordinaria de los coches volantes era de unas cincuenta millas en verano; pero en invierno, cuando los caminos se hallaban en mal estado y las noches eran largas, apenas andaban treinta. Los coches de Chester, de York y de Exeter llegaban generalmente á Londres en cuatro días en la buena estación, pero en invierno no hacían el viaje en menos de una semana. Los viajeros,

(1) Anthony á Wood's Life of himself.

en número de seis, se acomodaban en el interior del carruaje, porque los accidentes eran tan comunes que hubiera sido muy peligroso el viajar en el imperial. Lo que generalmente se pagaba eran unos dos peniques y medio por milla en verano, y algo más de esta suma en invierno (1). Este modo de viajar, que para los Ingleses de la generación presente hubiera sido intolerablemente pesado, parecía á nuestros antepasados maravilloso, y hasta peligrosamente rápido. En una obra, que se publicó pocos meses antes de la muerte de Carlos II, se decía que los coches volantes eran muy superiores á toda otra clase de vehículos conocidos en el mundo. Su velocidad era asunto de especial alabanza, y se les comparaba triunfalmente con la lenta marcha de las postas del continente. Pero á alabanzas como ésta se mezclaban quejas y amargas invectivas. Había perjudicado á muchas clases en sus intereses el establecimiento de nuevas diligencias, y, como siempre ha pasado, había muchas personas, por mera estupidez y pertinacia, dispuestas á hablar en contra de la innovación, solamente porque lo era. Decíase que esta manera de viajar resultaría fatal para la raza de los caballos y para el noble arte de la equitación; que el Támesis, que por tanto tiempo había sido el sostén de muchísimos marineros, no sería ya la principal vía de comunicación entre Londres y Windsor y Gravesend; que los guarnicioneros y fabricantes de espuelas se arruinarían á centenares, y que las numerosas posadas donde los viajeros acostumbraban á detenerse, quedarían ahora desiertas y no podrían ya pagar ninguna renta; que los nuevos co-

(1) Chamberlayne's, *State of England*, 1684. Véase también la lista de diligencias y carros al fin del libro que lleva por título *Angliæ Metropolis*, 1690.

ches eran demasiado calurosos en verano y muy fríos en invierno; que los viajeros se verían con frecuencia molestados por inválidos y criaturas, y, en fin, que unas veces el coche llegaba á la posada tan tarde, que era imposible cenar, y otras, por el contrario, llegaba tan temprano, que no había medio de almorzar. Tales eran los argumentos con que gravemente se recomendaba al público, el no permitir que las diligencias llevasen más de cuatro caballos, que no saliesen más que una vez por semana, y que no anduviesen más de treinta millas al día. Se esperaba que una vez tomada esta medida, todos, á excepción de los enfermos y los cojos, volverían á viajar á la antigua usanza. Presentaron al Rey peticiones para la adopción de este Reglamento varias compañías de la *City* de Londres, ciudades de provincias, y hasta los magistrados de algunos condados.

Al leer hoy estas cosas, nos sonreimos, como es muy posible que nuestros descendientes, al leer la historia de la oposición que las preocupaciones y la codicia hicieron á los progresos del siglo XIX, se sonrían á su vez (1).

A pesar de los atractivos de los coches volantes, la gente robusta y vigorosa y que no tenía mucho equipaje, acostumbraba á hacer viajes muy largos á caballo. El que iba de prisa, viajaba en posta, donde se le proporcionaban caballos de refresco y guías á regulares distancias en todo el trayecto del viaje. Se pagaba á razón de tres peniques por milla por cada

---

(1) Juan Cresset, *Razones para suprimir las diligencias*, 1672. Estas razones se encontraron después en un discurso titulado *The Grand Concern of England explained*, 1673. El ataque de Cresset contra las diligencias dió margen á algunas contestaciones que también he consultado.

caballo, y cuatro peniques por un coche y guía. De esta manera, si los caminos estaban buenos, se podía viajar durante bastante tiempo con tanta rapidez como no se conoció nunca en Inglaterra hasta que los coches no fueron movidos por el vapor. Aun no había sillas de posta, ni los que viajaban en sus propios coches podían obtener la regularidad en el cambio de tiro. El Rey, sin embargo, y los grandes dignatarios tenían siempre pronto el cambio. Así Carlos II empleaba generalmente un día en ir de Whitehall á Newgate, que distarán unas cincuenta y cinco millas de camino llano, lo cual era mirado por sus súbditos como extraordinaria rapidez. Evelyn hizo el mismo viaje en compañía del lord tesorero Clifford; el coche era tirado por seis caballos, que se mudaban primero en Bishop Stortford y luego en Chesterford. Los viajeros llegaban de noche á Newmarkt. Esta manera de viajar se consideraba entonces como un lujo reservado á los Príncipes y á los Ministros (1).

## XXXVIII.

### LADRONES DE CAMINO REAL.

De cualquier modo que se viajase, á no ser muy numerosos los viajeros é ir muy bien armados, corrían inminente riesgo de ser detenidos y robados en el camino. Los bandidos de á caballo que nuestra genera-

(1) Chamberlayne's, *State of England*, 1684. North's, *Examen*, 105. Evelyn's, *Diary*, octubre, 9 y 10, 1671.

ción sólo conoce por los libros, infestaban los caminos más concurridos. Las grandes extensiones de terreno sin cultivar que, ya cerca de Londres, atravesaban las carreteras más importantes, eran generalmente los sitios preferidos de los salteadores. Hounslow Heathen la gran carretera del Oeste, y Finchley Common en la del Norte, eran tal vez los sitios más celebrados por sus hazañas. Los estudiantes de Cambridge temblaban al aproximarse, aunque fuera en pleno día, á la selva de Epping. Los marineros, que acababan de percibir sus haberes en el arsenal de Chatham, se veían con frecuencia obligados á entregar la bolsa en Gadshill, muy celebrado unos cien años antes por el más grande de nuestros poetas, que lo había convertido en teatro de las hazañas de Poins y Falstaff. La justicia no sabía cómo luchar con los bandidos. En una ocasión anunciaba la *Gaceta* que varias personas de las que se tenían vehementes sospechas, serían expuestas al público, en Newgate, en traje de montar. Sus caballos también se enseñarían, y se invitaba á todas las personas que habían sido robadas á asistir á tan singular exposición por si conocían á alguno de los supuestos bandidos. Otra vez se ofreció el perdón, públicamente, á un ladrón, con tal que devolviera unos diamantes de inmenso valor de que se había apoderado al robar el coche de Charwich. Poco tiempo después apareció una nueva circular, en la que se advertía á los posaderos que estaban bajo la estrecha vigilancia del Gobierno. Su criminal connivencia, decía la circular, permitía á los bandidos infestar los caminos con toda impunidad. Y que estas sospechas no carecían de fundamento, se prueba con los relatos que el arrepentimiento inspiraba á algunos bandidos momentos antes de morir, quienes, á lo que parece, habían recibido de los posaderos servicios



muy semejantes á los que el Bonifacio de Farquhar solía prestar á Gibbet (1).

Era necesario para el éxito, y aun para la seguridad del salteador de caminos, que fuese diestro y atrevido jinete, y que sus modales y su aspecto no desdijese nunca del dueño de un hermoso caballo. Era, por tanto, un aristócrata, comparado con la generalidad de los ladrones, y se le veía en los cafés elegantes, en las casas de juego y hasta en las carreras de caballos, donde siempre apostaba con gente de rango (2). Algunas veces sucedía que el bandido era en realidad de buena familia y había recibido esmerada educación. En tales casos, inspiraba especial interes, y tal vez aun hoy lo inspira, la fortuna del salteador. El vulgo ávidamente escuchaba cuanto se refería de su bravura y de su audacia, de su buen corazón, de sus actos de generosidad, de sus amores, de sus milagrosas fugas, de sus luchas desesperadas y de su varonil porte ante el tribunal y en la carreta del verdugo. Y así se contaba de Guillermo Nevison, famoso bandido del condado de York, que había impuesto un tributo trimestral á todos los ganaderos del Norte, comprometiéndose, en cambio, no sólo á no molestarlos, sino á protegerlos contra todos los demás ladrones. Decían también de él que pedía la bolsa con gran cortesía, y daba liberalmente á los po-

---

(1) Véase la *Gaceta de Londres* de 14 de mayo de 1677, 4 de agosto de 1687, 5 de diciembre de 1687. Es altamente curiosa la última confesión de Agustín King, que era hijo de un eminente teólogo y se había educado en Cambridge, pero que fué ahorcado en Colchester en marzo de 1683.

(2) AINWELL.—Dispensadme, señor, pero me parece haberos visto en el café de Will.

GIBBET.—Sí, ciertamente, y en el de White también.—*Beaux, Stratagem.*

bres lo que robaba á los ricos; que en una ocasión le había perdonado el Rey la vida, mas como volviese á sus antiguas mañas, fué cogido nuevamente, muriendo al fin en 1685 en la cárcel de York (1). De Claudio Duval, paje francés del Duque de Richmond, se contaba que, habiéndose echado al camino, llegó á ser capitán de una formidable gavilla, y tuvo el honor de que su nombre figurase el primero en un pregón real contra los más famosos bandidos. Habiendo detenido, á la cabeza de su banda, el coche de una dama, donde había una presa de cuatrocientas libras esterlinas, se contentó con tomar ciento, permitiendo á la bella prisionera rescatar lo demás con tal de bailar con él un rato sobre el césped. Decíase también que su cortés galantería le rendía el corazón de todas las mujeres; que era por su destreza en el manejo de la espada y la pistola el terror de todos los hombres, y que al fin, mientras estaba borracho, fué cogido en 1670. Damas de alto rango le visitaron en la prisión, y con lágrimas en los ojos intercedían por su vida, y el Rey le hubiera perdonado á no ser por el juez Morton, que era el terror de los bandidos, quien dijo que resignaría su cargo si no se cumplía estrictamente la ley. Después de la ejecución el cadáver fué expuesto

---

(1) Gent's *History of York*. Otro bandido, también muy popular, llamado Biss, fué ahorcado en Salisbury en 1695. En una balada que se encuentra en la Biblioteca de Pepys, se defiende él mismo ante el juez de este modo:

What say you now, my honoured Lord,
What harm was there in this?
Rich, wealthy misers were abhorred
By brave, freehearted Biss.

(¿Qué decís ahora, ilustre señor; qué daño había en esto? Los ricos miserables eran aborrecidos del bravo y liberal Biss.)

con toda la pompa de escudos de armas, hachones de cera y negras colgaduras, hasta que el mismo juez, que tan cruelmente se había opuesto al perdón real, envió sus gentes á impedir que las exequias continuasen (1). Hay indudablemente en estas anécdotas gran parte de fábula, pero sí es un hecho auténtico, y de no poca importancia, que nuestros antepasados escuchaban con gran atención y prestaban entero crédito á tales cuentos.

## XXXIX.

### LAS POSADAS.

Los varios peligros que cercaban al viajero, aumentaban en gran manera durante la noche; por lo que era su principal deseo, no bien el día terminaba, hallar el abrigo de hospitalario techo donde pudiese esperar la mañana siguiente. No era esto difícil de conseguir. Desde muy antiguo era renombrada Inglaterra por sus posadas. El primero de nuestros poetas ha descrito las comodidades que ya ofrecían á los peregrinos del siglo XIV. En los grandes aposentos y caballerizas de la posada del *Tabard*, en Southwark, hallaron alojamiento veintisiete personas con sus cabalgaduras. La comida era excelente, y los vinos de tal calidad, que los viajeros no escasearon las libaciones. Dos siglos después, en el reinado de Isabel, Guillermo Harrison escribió una alegre descripción de la abundancia y de las comodidades de las grandes hos-

(1) Pope's, *Memoirs of Duval*, publicadas inmediatamente después de la ejecución. Oates's Εἰκὼν βασιλική, parte primera.

terías de su tiempo. «Nada semejante, dice, se encontraba en el Continente. «Había algunas donde sin dificultad encontraban alojamiento y comida doscientas ó trescientas personas con sus caballos. Las camas, los muebles, y sobre todo la abundancia de fina y limpísima ropa blanca era á la verdad maravillosa. Ostentaban las mesas ricas vajillas, y á veces la muestra colocada sobre la puerta valía treinta ó cuarenta libras. En el siglo XVII había en toda Inglaterra posadas para todas las fortunas. A veces el viajero se apeaba en la venta de cualquier pequeño villorrio que generalmente eran como la que describe Walton. El pavimento de ladrillo, muy limpio; las paredes cubiertas de estampas; las sábanas oliendo á limpias; en el hogar un gran fuego; todo lo cual, amén de un vaso de buena cerveza y un plato de truchas frescas del vecino riachuelo, podía obtenerse á muy poca costa. En las hosterías de lujo había camas con colgaduras de seda; se servían platos escogidos, y el vino podía competir con el mejor que se bebía en Londres (1).» Los posaderos eran también, á lo que se decía, muy distintos de los del resto de Europa. En el Continente era el hostelero tirano de cuantos cruzaban sus umbrales. En Inglaterra era, por el contrario, su criado. Y nunca se sentía un inglés tan á gusto como cuando se hallaba alojado en una buena posada; de tal manera, que hasta personas de posición y fortuna acostumbraban á pasar las tardes en la sala de cualquier hostería vecina. Y es que creían que en ningún sitio se podían disfrutar tantas comodidades con igual libertad,

---

(1) Véase el prólogo de los *Cuentos de Canterbury*, la *Descripción histórica de la Isla de la Gran Bretaña* de Harrison, y la relación del viaje de Pepys en el verano de 1668. En los *Viajes del Gran Duque Cosme* se habla también de la excelencia de las posadas inglesas.

lo cual constituyó por espacio de muchas generaciones una peculiaridad de nuestro carácter nacional. La libertad y constante alegría de las posadas ofreció por mucho tiempo amplia materia á nuestros novelistas y autores dramáticos. Johnson sostenía que la silla de una taberna era el trono de la humana felicidad, y Shenstone se quejaba con mucha gracia de que en ninguna casa particular, por amigos que fuesen sus dueños, hallaba el viajero tan benévola acogida como en una posada.

Muchas comodidades, desconocidas en el siglo XVII en Hampton Court y Whitehall, se encuentran en nuestros modernos hoteles; y sin embargo, es indudable que en conjunto, el progreso de nuestras posadas no guarda relación con el de los medios de viajar. Y no es extraño que esto suceda, porque es evidente que, en igualdad de circunstancias, las posadas serían mejores donde fueran peores los medios de locomoción. Cuanto más rápidamente se viaja, es menor la importancia de que haya en el trayecto muchas y buenas posadas. Hace ciento sesenta años, el que desde una provincia lejana venía á la capital, tenía que pasar cinco ó seis noches en las posadas del camino, y que hacer por lo menos doce ó quince comidas en todo el trayecto. Si era un gran señor quería que las comidas y alojamiento fuesen buenos y hasta lujosos. Actualmente, en la corta duración de un día de invierno volamos desde York ó Chester á Londres. El viajero, por tanto, rara vez se detiene con el único objeto de descansar y comer, y de aquí que centenares de excelentes posadas hayan decaído lastimosamente. Dentro de muy poco tiempo, es casi seguro que no se hallarán buenas posadas, á excepción de aquellos sitios donde los negocios ó el recreo detienen á los forasteros.

# XL.

## EL CORREO.

La manera de trasladar la correspondencia entre ciudades distantes podrá excitar la risa de la generacion presente, y sin embargo hubiera causado admiración y envidia á las naciones cultas de la antigüeradad ó á los contemporáneos de Raleigh y Cecil. Un rudo é imperfecto establecimiento de postas para el trasporte de las cartas había sido fundado por Carlos I; pero durante la guerra civil había desaparecido. En tiempo de la República se estableció nuevamente, y cuando la Restauración, el producto líquido del correo, después de deducidos todos los gastos, quedaba á favor del Duque de York. En la mayor parte de las líneas de comunicación, el correo no salía mas que en días alternados. En Cornwall, en los pantanos del Condado de Lincoln y en las montañas y lagos de Cumberland no se recibían las cartas mas que una vez á la semana. Cuando el Rey viajaba, salía diariamente un correo de la capital al sitio donde estaba la corte. Había también comunicación diaria entre Londres y los Downs, y de igual privilegio disfrutaban algunas veces Tunbridge Wells y Bath en verano, cuando la gente acudía allí de todas partes. Los sacos de la correspondencia eran conducidos á caballo día y noche, con una velocidad de cinco millas por hora próximamente (1).

(1) Stat. 12, Car. II, c. 35. Chambelayne's, *State of England*, 1684. *Angliæ Metropolis*, 1690. *London Gazette*, junio 22, 1685, y agosto 15, 1687.

Las rentas de este establecimiento no consistían sólo en lo que producia el trasporte de las cartas. Las oficinas de correos sólo tenían el monopolio de los caballos de posta, y del esmero y cuidado con que atendían al servicio podemos inferir que éste era lucrativo (1). Si un viajero tenía que aguardar más de media hora por sus caballos, quedaba facultado á alquilarlos donde quisiese.

El hacer llegar la correspondencia de una parte á otra de Londres no fué, como se comprende, uno de los primeros objetos del correo. Pero en el reinado de Carlos II, un ciudadano de Londres muy emprendedor, llamado Guillermo Dockwray, estableció con grandes gastos un correo interior, que á razón de un penique por carta, hacía llegar la correspondencia seis ú ocho veces al día á las importantes y populosas calles inmediatas á la Bolsa, y cuatro veces al día á los arrabales. Este progreso encontró, como siempre acontece, ruda y obstinada oposición. Quejábanse los mozos de cordel de que sus intereses habían sido atacados por el nuevo establecimiento, y aun llegaron á arrancar los carteles en que se anunciaba al público. Había entonces llegado á su colmo la excitación causada por la muerte de Godfrey y por el descubrimiento de los papeles de Coleman; así que muy pronto corrió la voz de que el nuevo correo era una asechanza de los papistas. Afirmábase que el gran Doctor Oates había manifestado sus sospechas de que los jesuitas eran los autores de la nueva trama, y que si se registraban los sacos de la correspondencia se tendría la prueba evidente de su traición (2). La utilidad de la nueva empresa era tan obvia y clara, que á pesar de

(1) *London Gazette*, 14 de setiembre, 1685.
(2) Smith's, *Current Intelligence*, marzo 30 y abril 3, 1680.

todo esto logró implantarse, y tan pronto como pudo verse que el negocio era lucrativo, el Duque de York se quejó de infracción de su monopolio, y llevada la cuestión ante los tribunales, éstos decidieron á su favor (1).

La renta procedente de las oficinas de correos había ido aumentando constantemente desde el principio. En el primer año de la Restauración, una comisión de la Cámara de los Comunes, después de minuciosa información, había estimado el producto neto del correo en unas veinte mil libras esterlinas, y al final del reinado de Carlos II ascendía casi á cincuenta mil, suma para entonces exorbitante. El producto, sin deducir los gastos, ascendía próximamente á setenta mil (2). Cada carta pagaba dos peniques á una distancia que no pasase de ochenta millas, y tres si la distancia era mayor. Esta cantidad aumentaba en proporción al peso del paquete. Actualmente por un penique se puede enviar una carta á lo último de Escocia ó Irlanda, y el monopolio de los caballos de posta no existe hace ya mucho tiempo. La suma, sin embargo, que anualmente se recauda en el departamento de Correos pasa de un millón ochocientas mil libras, que deducidos los gastos, es aún mayor de setecientas mil. No puede dudarse, por tanto, que el número de cartas que actualmente se envían por el correo es setenta veces mayor que en la época del advenimiento de Jacobo II.

---

(1) *Angliæ Metropolis*, 1690.

(2) Common's Journals, setiembre 4, 1660; marzo 1, 1688-89; Chamberlayne, 1684; Davenant en las *Rentas públicas*, Discurso, IV.

## XLI.

### LOS PERIÓDICOS.

No existía entonces ni podía existir tampoco en la Gran Bretaña nada parecido á las publicaciones diarias de la época presente, pues no sólo faltaban por completo los capitales y la pericia necesarios á su creación y desarrollo, sino también la libertad, elemento este último tan indispensable como los otros al objeto de la prensa periódica. Cierto es que no había en aquel tiempo censura previa ni disposición alguna opresiva de la imprenta; que la ley promulgada con el nombre de *Licensing Act* al verificarse la Restauración cesó en sus efectos legalmente por los años de 1679, y que los ciudadanos podían publicar con absoluta libertad sermones, historias, novelas y poesías sin previo permiso de los agentes del Gobierno; pero no lo es menos que los magistrados entendían unánimemente que la libertad de cuyo beneficio gozaban los Ingleses en materia de prensa, no era extensiva en modo alguno á los periódicos, y que, con arreglo á las leyes de Inglaterra, nadie podía publicar noticias políticas sin autorización expresa de la Corona (1). Mientras fueron temibles los *whigs*, el Gobierno se prestó de buen grado á infringir esta regla, permitiendo gran número de periódicos, tales como el *Protestant Intelligence*, el *Current Intelligence*, el *True-News* y el *London Mercury*, que se dieran á luz duran-

(1) *London Gazette*, 5 y 17 de Mayo de 1680.

te la lucha empeñada con motivo del *bill* de exclusión (1); pero no sería ocioso añadir que ninguna de las publicaciones que anteceden parecía más de dos veces por semana, que constaban de una sola hoja, y aun así pequeña, y que la colección de doce meses de cada una contendría próximamente tanta lectura como dos números del *Times* en nuestros días. Mas no bien quedaron derrotados los *whigs*, imaginó S. M. llegado el caso de suprimir un privilegio que todos los tribunales y justicias de Inglaterra declaraban de consuno á merced de su voluntad; y poniendo en ejecución su pensamiento, ningún periódico pudo ya salir sin real permiso, y éste se contrajo al fin, única y exclusivamente, á la *Gaceta de Londres*, la cual se publicaba lunes y jueves, conteniendo decretos, memoriales ó felicitaciones de los *toríes*, nombramientos y ascensos en las escalas militares y administrativas, algún que otro despacho con noticias del Turco y de los imperiales que se batían orillas del Danubio, á las veces la filiación de un bandolero pregonado, y con frecuencia el anuncio de peleas de gallos concertadas entre personas de calidad, y de pérdidas y hallazgos de perros de buena casa, todo en dos páginas menos que medianas de texto. Por lo demás, cuanto la *Gaceta* ponía en noticia del público relativo á negocios de la mayor importancia lo expresaba en estilo lacónico, liso, llano, árido y oficial; y si bien á las veces, cuando parecía el Gobierno benévolamente predispuesto á satisfacer la curiosidad del pueblo en orden á determinados asuntos, ampliaba por medio de carteles las nuevas de la *Gaceta*, ni la *Gaceta* ni los carteles suplementarios contenían otros detalles sino

(1) Existe una curiosísima colección de estos periódicos, acaso única, en el *British Musæum*.

aquellos que S. M. y los Ministros estimaban convenientes y calificaban de bastantes; quedando por tal manera las discusiones del Parlamento y los procesos políticos de más cuenta é interés envueltos en impenetrable misterio (1).

## XLII.

### CARTAS NOTICIERAS.

En la capital, reemplazaban hasta cierto punto la falta de periódicos los cafés, y á ellos acudían presurosos los londinenses, como en lo antiguo los ciudadanos de Atenas á la plaza pública para enterarse de las novedades. Allí se divulgaba, con el lujo de pormenores indispensable, que tal ó cual *whig* había sido víctima la víspera de malos tratamientos en Westminster-Hall; que los covenantarios padecían horribles suplicios en Escocia, según rezaban cartas recibidas del teatro de los sucesos; que cometían robos sin cuento los encargados del suministro de las flotas y arsenales, y que el Lord del Sello privado había hecho gravísimos cargos al Tesorero en el último Consejo respecto de la contribución de fogaje.

Pero si por tales medios podían los habitantes de la capital satisfacer su curiosidad, los que residían lejos del gran teatro de la controversia política sólo tenían un medio de venir en conocimiento de los sucesos, y

(1) Por ejemplo, en la *Gaceta* no se lee una sola palabra respecto de las importantes medidas parlamentarias de noviembre de 1685 ni del proceso y absolución de los siete Obispos.

era éste recibir correspondencias periódicas que los impusieran de todo. Entonces comenzó en Inglaterra el oficio de corresponsal noticiero, y llegó á ser en poco tiempo, como acontece ahora entre los indígenas de la India, profesión lucrativa de considerable número de personas. El noticiero recorría los cafés, penetraba en las audiencias de Old-Bailey, iba de una parte á otra con incansable actividad, preguntando, indagando, presintiendo, tomando de todo rápidos apuntes, aquí de un nombramiento probable, allá de una intriga, sorprendiendo en este corrillo una frase que le daba la clave de cábala misteriosa, recogiendo en aquél pormenores de un escándalo, recopilando en este otro la historia pública y secreta de un proceso, é introduciéndose mañosamente hasta en las galerías de Whitehall para ver al paso la cara de S. M. ó del Duque de York, y poder luego decir si gozaban de salud y buen humor á juzgar de su talante. Cuando había reunido el caudal de datos más ó menos auténticos que necesitaba, los ponía en orden y los amplificaba ó compendiaba según las necesidades de la confección, los ponía en perspectiva, velando unos y arrojando luz sobre otros, hasta concluir su obra, que servía después para ilustrar semanalmente círculos de letrados lugareños, poblaciones rurales, ciudades populosas de provincia, y hasta grandes colectividades aristócraticas y eclesiásticas, que no tenían medios más ocasionados de saber y entender la historia de los sucesos contemporáneos. Bien puede suponerse que Cambridge contaba entonces por lo menos tantas personas que quisieran estar enteradas de cuanto acontecía en el reino como cualquiera otro centro de Inglaterra, y, sin embargo, durante la mayor parte del reinado de Carlos II los doctores en derecho y los maestros en artes de Cambridge no tuvieron más

noticias de la Metrópoli ni del mundo que las suministradas por la *Gaceta de Londres*, hasta que al fin recurrieron á remediar su silencio con las cartas de un noticiero londinense. Día memorable ciertamente fué aquel en que llegó al único café de Cambridge (1) la primera correspondencia de la corte; y si en tan renombrado centro universitario se aguardaban y leían con impaciencia estas epístolas noticieras, júzguese de cuánta no sería la de los nobles y ricos labradores residentes en el campo; como que ocho días después de recibidas, y cuando ya esperaban por momentos sus lectores la nueva carta, corrían de mano en mano por la vecindad, daban aún campo vastísimo á la conversación, asunto interminable á las pláticas del hogar en las veladas del invierno, y tema de sermones acerbos contra el whigismo y el catolicismo romano á los rectores. No sería empresa difícil á investigadores activos el descubrir gran cantidad de correspondencias como las descritas en los archivos de las antiguas familias del Reino Unido. En las bibliotecas públicas suelen hallarse algunas, y ya tendremos ocasión de citar en el curso de la presente historia la colección de estos papeles que, con ser preciosa, no es lo mejor del tesoro literario acumulado por sir James Mackintoch.

Inútil nos parece decir que no se conocían entonces los periódicos de provincias. Excepto Londres y las Universidades, apenas si había una imprenta en todo el Reino; como que York parece haber sido la única ciudad inglesa del Norte (2) que poseyera una prensa de imprimir.

---

(1) Roger North, *Vida del Dr. John North*. Respecto de las noticias, véase su *Examen*, 133.

(2) *Life of Thomas Gent*. En las *Anécdotas literarias del siglo* XVIII se inserta una lista completa de todas las imprentas

## XLIII.

### THE OBSERVATOR.

Mas no era solamente la *Gaceta de Londres* el medio que tenía el Gobierno de inculcar al pueblo su política, pues como este periódico no insertaba sino algunas noticias sin comentarios, otro que veía la luz pública bajo sus auspicios insertaba solamente artículos políticos, excluyendo las noticias. Titulábase *El Observador*, y lo dirigía un antiguo libelista *tory* llamado Roger Lestrange, quien si no carecía de facilidad y de ingenio para escribir, ni de intención y vigor, adolecía del defecto, entonces calificado de cualidad en las tabernas y saloncillos de teatro, de ser por extremo vulgar y grosero de lenguaje, síntomas que delataban sus instintos rudos y brutales. Sin embargo, cuando parecieron los primeros números de *El Observador* podía en cierto modo tener disculpa su acritud, en razón á que los *whigs* eran omnipotentes, y había de luchar con adversarios numerosos cuya violencia y poca escrupulosidad eran partes eficaces á justificar despiadadas represalias en el adversario. Pero en 1685 la oposición estaba vencida por completo y tan débil que un hombre generoso y de impulsos magnánimos se habría negado á insultar y escarnecer á enemigos indefensos, y eludido la deshonra de

---

existentes en 1724. En pocos años aumentó mucho el número de prensas de imprimir, y, sin embargo, había treinta y cuatro condados, uno de ellos el de Lancashire, en los cuales no existia una sola.

agravar la desgracia de muchos que gemían presos en las cárceles ó desterrados lejos de sus deudos, que también lloraban con las forzadas ausencias del padre ó del hermano su desdicha; mas para Lestrange, ni el hogar triste ni el sepulcro solitario eran asilo inviolable á su saña y maledicencia. Bastará decir, en prueba de lo que antecede, que como hubiese muerto en la cárcel de Newgate, rodeado de privaciones y miseria, los últimos días de Carlos II, William Jenkyn, pastor disidente, anciano venerable y de gran reputación, que fué perseguido por adorar á Dios en la forma que lo hacía la generalidad de los protestantes, y no fuera posible reprimir la manifestación espontánea de la simpatía popular, pues acompañó su cadáver al cementerio una larga fila de ciento cincuenta carruajes, que los mismos cortesanos dieron muestras evidentes de tristeza, y que hasta el Rey, á pesar de su carácter frío y desdeñoso, pareció participar del dolor de todos, solamente Lestrange fué osado á lanzar gritos de triunfo dignos de un salvaje, haciendo mofa de la compasión pueril de los *Equilibristas*, diciendo que había recibido el impenitente blasfemo é impostor condigno castigo, y declarando guerra sin cuartel á los falsos mártires, no sólo hasta la muerte, sino hasta después de la muerte (1). Así pensaba el periódico á la sazón órgano del partido *tory*, pero más principalmente del clero parroquial.

---

(1) *The Observator*, enero 29 y 31 de 1685; Calami, *Life of Baxter*; *Nonconformit Memorial*.

## XLIV.

### RAREZA DE LOS LIBROS EN PROVINCIAS.

En cambio, las contadas publicaciones literarias que podían llevarse por el correo constituían entonces la mayor parte del pasto intelectual de los jueces, letrados y sacerdotes residentes fuera de la metrópoli; pero las dificultades y los gastos de paquetes de cierto tamaño eran en aquel tiempo tan considerables, que las obras de cierta magnitud invertían más tiempo y costaban más de porte de Paternoster-Row al Devonshire ó al Lancashire, que hoy día para llegar á los confines del Estado de Kentucky. Por esta causa, si los llamados presbiterios rurales se hallaban menos que medianamente provistos de libros, aun de los indispensables al teólogo, las bibliotecas de la clase acomodada y rica no tenían mayor número de volúmenes, siendo muy pocos los representantes de condados en el Parlamento que poseyeran mejor librería que ahora un criado de buena casa ó un modesto tendero de la *City;* como que un noble pasaba por erudito entre sus vecinos con tal de que vieran en su cuarto, junto á las cañas de pescar y las escopetas, el *Hudribras*, la *Crónica* de Baker, los *Chistes* de Tarlton y los *Siete Campeones del Cristianismo*. Por lo demás, ni en Londres se conocían los gabinetes de lectura ni las bibliotecas de asociaciones literarias; razón por la cual aquellos estudiantes que carecían de los medios necesarios á proveerse de libros para el estudio, los solicitaban prestados en las tiendas

donde se vendían, consultándolos en ellas, viéndose por esta causa muy concurridas de lectores las inmediatas al cementerio de San Pablo, cuyos dueños, sobre ser ricos y generosos, extremaban su benevolencia prestando á los conocidos aquel ejemplar que pedían para llevarlo á su casa. Y como en el campo no tenían los aficionados este recurso y cada cual debía comprar el libro que deseaba leer, la carestía y la dificultad en proporcionarse las obras conspiraban en daño de la ilustración general del país (1).

## XLV.

### EDUCACIÓN DE LAS MUJERES.

¿Qué decir ahora del estado intelectual de las mujeres, siendo el de los hombres tan precario, sino que la biblioteca de las damas constaba solamente de un libro de rezo y otro de cocina? No estará demás añadir que con ser triste y solitaria la existencia de las señoras que residían en el campo y muy escasa y limitada su instrucción, nada perdían con vivir rústicamente, pues aun las mujeres nacidas en aquellas esferas ocasionadas al desarrollo de la inteligencia y que habitaban en la capital misma del reino, eran tan ignorantes que bien podemos calificarlas de haberlo sido más que cuantas fueron desde la época del

(1) Cottón parece indicar en su *Angler* que su biblioteca estaba colocada en el hueco de una ventana, y eso que era literato. Cuando Franklín fué á Londres no se conocían los gabinetes de lectura, y acudían los aficionados á las librerías del barrio de Little-Britain, como dice R. North en la *Vida* de su hermano Juan.

Renacimiento hasta entonces, y desde aquellos días hasta los nuestros. Porque si en épocas anteriores se dedicaron al estudio de los clásicos, y ahora, sin descuidar las lenguas muertas, procuran familiarizarse con la francesa, italiana y alemana, siendo el inglés que hablan y escriben las damas bien educadas el más puro y elegante que conozcamos, en la segunda mitad del siglo XVII se descuidó por completo la instrucción de la mujer, de tal manera que cuando una señorita poseía siquiera nociones superficiales de literatura, todos la calificaban de prodigio. Tanto fué así, que señoras de alcurnia muy elevada, de buena educación y de clarísimo ingenio no acertaban á escribir un renglón siquiera en su propio idioma sin cometer solecismos y faltas groseras de ortografía que ahora pondrían en vergüenza no ya á las damas sino á las discípulas de una escuela de beneficencia (1).

No es difícil hallar la explicación de lo que decimos; pues como á extravagante austeridad había sucedido naturalmente licencia extravagante, produjo ésta sus efectos propios, siendo uno de los primeros y más graves la degradación moral é intelectual del bello sexo, á quien se antojaba por tanto muy galán que los hombres celebrasen las prendas de su hermosura en términos impúdicos y groseros. Y así, en efecto, sucedía, pues raras veces al deseo y admiración que les

---

(1) Bastará un ejemplo. La reina María, cuya vocación y aptitud para el estudio eran grandes, y había tenido por maestro á un Obispo y gustaba con extremo de cultivar la historia y la poesía y gozaba fama de mujer superior entre los hombres eminentes, recibió el día de su coronación en Westminster una Biblia magnífica (que actualmente puede verse en la Biblioteca de La Haya), en cuya portada escribió de su mano la siguiente revesada frase: *This book was given the King and Y, at our crownation, María R.* ó lo que es lo mismo: *Este libro fué dado el rey y yo en nuestra coronación.*

inspiraban iban unidas muestras de respeto, de verdadero amor, ni de caballerosidad siquiera; que las cualidades propias de la esposa digna, honrada, honesta y buena consejera, y de la discreta y fiel amiga, eran repulsivas antes que simpáticas á los libertinos de Whitehall; como que las jóvenes aristocráticas de la Corte que sabían realzar sus encantos vistiéndose con descocada coquetería, y miraban con significativo atrevimiento, y danzaban con voluptuosidad, y decían palabras impropias de su estado, y se permitían bromas por extremo libres con los gentiles-hombres de S. M. y los oficiales de la Guardia Real en las antecámaras de Palacio, y cantaban versos equívocos con inequívoca expresión, y se disfrazaban de pajes en las máscaras para lucir mejor sus formas, estaban más ciertas de merecer acatamiento del Monarca y de hallar marido noble y hacendado, que hubieran podido estarlo Juana Grey ó Lucía Hutchinson. Muy bajo estaba, como queda expuesto, el nivel intelectual de las mujeres en aquellas circunstancias; pero tanto más agradables parecían á los hombres, cuanto eran más ignorantes y frívolas, pues celebraban y estimaban la ignorancia por mérito, y calificaban de pedantería intolerable la instruccion. Por tal modo, muy pocas mujeres célebres de aquel tiempo, cuyo retrato admiramos todavía en Hampton-Court, leían otra cosa que traducciones del *Gran Ciro* y de la *Clelia*, ó acrósticos y epigramas.

## XLVI.

### CONOCIMIENTOS LITERARIOS DE LOS HOMBRES.

Menos sólidos y profundos que lo fueron en tiempos anteriores y posteriores á la época de que tratamos, parece haber sido entonces los conocimientos literarios aun entre los claros varones de aquella generación; pues relativamente al grado de prosperidad que alcanzó en Inglaterra el estudio del griego antes de la guerra civil y mucho después de la Revolución, estuvo en relativa decadencia bajo Carlos II. Pero, si bien no faltaban eruditos familiarizados con la literatura helénica, fuerza era buscarlos y sólo se hallaban, con muy contadas excepciones, en el clero universitario; mas, sobre ser pocos en número, aun en las aulas, carecían de crédito y prestigio. Y como en Cambridge no se creía necesario que los teólogos pudieran leer los Evangelios en el texto original, y Oxford estaba en este punto casi al nivel académico de Cambridge (1), aconteció, siendo rey de la Gran Bretaña Guillermo III, que al defender unánimes las aulas de *Christ-Church* la exactitud y autenticidad de las epístolas de Phalaris, con gozar á la sazón tan célebre colegio fama de ser asiento principal de la ciencia filosófica en el país, no pudo hacer alarde siquiera del caudal de conocimientos en lengua griega que




(1) R. North dice que su hermano Juan, que era profesor de griego en Cambridge, se quejaba con amargura de la indiferencia del clero hacia el estudio de esta lengua.

reunen al presente muchos discípulos de las universidades inglesas. Fácil es suponer que si se hallaban estos estudios tan postergados en las escuelas principales, no los cultivarían mucho tampoco las personas ilustradas, y que si en tiempos anteriores la poesía y la elocuencia griega hicieron las delicias de Falkland y de Raleigh, y en época posterior las de Fox, Windham, Pitt y Grenville, durante la última parte del siglo XVII apenas hubo en todo el país hombre de Estado de alguna importancia que pudiera esparcir su ánimo leyendo á Sófocles ó á Platón.

En cambio, como aun conservaba mucho crédito la lengua latina, y en gran parte de Europa viajeros y diplomáticos habían menester de ella imprescindiblemente, hablarla bien era entonces cosa más usual que ahora, y por tanto, ni Oxford ni Cambridge carecían de poetas capaces de hacer en ciertas solemnidades de la monarquía imitaciones felicísimas de los versos que Ovidio y Virgilio consagraron á enaltecer y celebrar la majestad de Augusto.

## XLVII.

### INFLUENCIA DE LA LITERATURA INGLESA DE AQUEL TIEMPO.

Sin embargo, comenzaba ya por aquel tiempo á decaer la lengua del Lacio, con hallarse tan extendida y acreditada en Inglaterra, cediendo á la francesa, su joven rival; debido sin duda esto al formidable desarrollo que iban adquiriendo todos los ramos del saber y de los conocimientos humanos entre los súbditos de Luis XIV. En efecto, hallábase la Francia

entonces en el apogeo de la superioridad y la grandeza, siendo incomparable su gloria militar, pues había vencido temibles coaliciones, impuesto la paz, sometido ciudades populosas y provincias dilatadas, humillado á los Príncipes italianos y recabado de los españoles la precedencia. Pero si en este orden de cosas era su rango tan principal, en todo aquello que caía debajo de la jurisdicción de la elegancia y el buen gusto ejercía omnímodo imperio; como que sus decretos se acataban y cumplían sumisamente por todas las personas cultas y bien nacidas, lo propio en materias de duelo que de *menuet*, de corte de chalecos que de casacas, de tamaño, forma y rizado de pelucas que de altura de tacones ó de anchura de cintas y lazadas. Tampoco cedía la dictadura literaria ciertamente á la militar, política y modista en cuyo ejercicio se hallaban los Franceses, porque la fama de sus grandes poetas y prosistas llenaba la Europa. ¿Qué nación, si no, podía entonces oponer á Racine, Molière, la Fontaine ó Bossuet rivales dignos en sus géneros respectivos? Ninguna desde que se inició la decadencia de Italia y España, y desaparecieron sus ingenios tan famosos, sin que aun hubieran despuntado en Alemania verdaderos fulgores literarios. Y el brillo de la Francia era tanto mayor, cuanto que sus claros varones lucían en medio de la oscuridad relativa que los rodeaba, ejerciendo por todas estas causas imperio más absoluto sobre la especie humana que logró alcanzarlo en sus mejores días la República de Roma; pues si, mientras Roma predominaba políticamente, no pasaba de ser en literatura humildísima discípula de Aténas, la Francia reunía, respecto de las naciones vecinas, al ascendiente que Roma tuvo sobre la Grecia el que la Grecia tuvo sobre Roma. Y como la lengua francesa iba tornándose con rapidez en len-

gua de las clases más elevadas de la sociedad y de la diplomacia, y había cortes en las cuales Príncipes y magnates la empleaban con mejor acierto que no la suya propia, sucedió que, aun cuando los Ingleses no fueran tan serviles imitadores de la moda, tal vez por ser instintivo en ellos resistir las novedades del continente y amar con exceso la originalidad en todo, rindieron también tributo á la supremacía literaria de sus vecinos, por más que parecieran hacerlo mal de su grado y que lo hicieran en realidad torpe y toscamente. Cayó con esto en desuso el dulce y melodioso toscano, tan familiar á los palaciegos y damas de la corte de Isabel, y mientras los caballeros que citaban á Horacio ó á Terencio en la buena sociedad eran reputados de pedantes é indigestos eruditos, salpicar la conversación de palabras y frases francesas constituía la mejor probanza de talento y aptitud literaria y filosófica (1). Bien será decir, no obstante, que por efecto acaso de las nuevas reglas de crítica y de los nuevos modelos impuestos por la moda, desapareció de la poesía inglesa la fingida ingenuidad que tan mal efecto hacía en los versos de Donne, y de la cual no se vió del todo libre Cowley tampoco, tornándose la prosa clara y fácil, más ocasionada que antes á la controversia y á la narración, y menos majestuosa, grave, artísticamente ligada, sonora y agradable que la de tiempos anteriores; siendo esta influencia de los preceptos franceses tan decisiva entre los poetas y prosistas de Inglaterra, que hasta sus grandes maestros en el arte difícil de bien decir hacían alarde sin-

---

(1) Dice Butler en una sátira penetrada de grande amargura: «Porque, aun cuando salpicar la conversación de palabras griegas y latinas sea toda la retórica de los pedantes, hablar el francés es cosa meritoria.»

gularísimo de palabras propias de la lengua de sus vecinos, y desdeñaban para expresar las mismas ideas otras nacionales y tan expresivas y melodiosas por lo menos (1). Entonces importaron de Francia los literatos ingleses la tragedia en verso rimado; planta exótica que no logró alcanzar desarrollo alguno en la nueva tierra y que tardó poco en marchitarse y morir.

## XLVIII.

### INMORALIDAD DE LA LITERATURA DE AQUEL TIEMPO.

Mejor habría sido que los escritores ingleses hubieran igualmente imitado el decoro que observaban, con muy contadas excepciones, sus grandes contemporáneos franceses; porque la licencia de las comedias, sátiras, poesías y novelas de aquel tiempo constituye una mancha indeleble y vergonzosa en la literatura británica. Pero no es difícil remontarse á los orígenes del mal. Porque como los ingenios literarios y los puritanos nunca estuvieron acordes, ni hubo jamás corrientes de simpatía entre unos y otros, y

---

(1) El ejemplo más ridículo que recuerde se halla en un poema de Dryden, quien no podía ciertamente alegar la falta de recursos para justificar el uso de palabras de otro idioma, pues dice así tratando de la coronación de Carlos II:

«Hither in summer evenings you repair
To tarte the *fraicheur* of the *cooler* air.»

esto es: «Allí donde os apartáis las tardes de verano para gozar del *fresco* (fraicheur) del aire más *fresco* (cooler).»

apreciaron siempre la vida humana de diverso modo, aquello que constituía la felicidad de los unos hacía el tormento de los otros, y mientras los juegos más inocentes de la imaginación se antojaban crímenes á los rigoristas, la solemnidad de los piadosos hermanos en Jesucristo suministraba en cambio abundantísimo asunto de burlas á los caracteres ligeros.

Desde la Reforma hasta la guerra civil casi todos los escritores dotados de algún espíritu burlesco aprovecharon cuantas ocasiones se les ofrecieron de atacar á los santos de pelo liso, gangosos y llorones que tomaban los nombres de bautismo de sus hijos del libro de Nehemías y que reputaban por impiedad notoria comer *plum porridge* el día de Navidad. Pero llegó al fin un día en que los burlones se tornaron serios, porque los toscos y rígidos devotos, después de haber servido de tema á la chacota de dos generaciones, se levantaron en armas, pelearon bizarramente, alcanzaron una tras otra señaladas victorias, empuñaron las riendas del gobierno y hollaron bajo su planta la muchedumbre de los satíricos, devolviendo entonces, con la implacable, serena y adusta malicia propia de los mogigatos místicos que toman su odio por virtud, centuplicados los golpes que recibieron en otro tiempo de la gente alegre; y para mejor conseguir su propósito, cerraron los teatros, azotaron á los cómicos, pusieron la prensa bajo la vigilancia de austeteros censores, ahuyentaron las musas de Cambridge y de Oxford, sus asilos favoritos, y privaron de sus oficios universitarios á Cowley, Crashaw y Cleveland, quedando reducido el joven candidato á los honores académicos, á no escribir epístolas á la manera de Ovidio ni pastorales al estilo de Virgilio, sino á ser interrogado severamente por un sínodo de tétricos supralapsarios acerca del día y de la hora en que sin-

tió verificarse dentro de sí mismo su segundo nacimiento. Este sistema fué por necesidad muy fértil en hipocresías de todo género, y así aconteció que, bajo las apariencias de grande ascetismo religioso, de trajes, modales, costumbres y palabras de modestia y compostura extraordinarias, se ocultaron durante largos años invencibles deseos de libertinaje y de venganza. Mas cuando la Restauración emancipó las almas del yugo que se les hacía insoportable y, por ende, quedaron satisfechos los deseos, volvió á comenzar la guerra de otro tiempo con nuevos bríos y animosidad y encono incontrastables; pudiendo decirse que no fué de burlas como la primera, sino sangrienta y mortal; que los *motilones* no podían prometerse más compasión de aquellos á quienes persiguieron de la que deba esperar el negrero de los esclavos que se levantan contra él cuando todavía llevan en las espaldas las huellas sangrientas de su látigo.

Tornóse con esto la guerra entre la literatura y el puritanismo, en guerra entre la literatura y la moral, y excitándose la hostilidad con grotescas caricaturas de la virtud, no perdonó ni aun á la virtud misma; siendo, por tanto, insultado y escarnecido cuanto respetaron los beatos *motilones*, y alabado cuanto proscribieron; y porque mostraron escrúpulos pueriles, todo escrúpulo se antojó ridículo; y porque cubrieron sus flaquezas y debilidades con el manto de la devoción, hasta de los vicios más escandalosos se hizo cínico alarde; y porque castigaron de una manera inexorable y bárbara el amor ilícito, la pureza de la mujer y la felicidad conyugal dieron pretexto á burlas soeces y chanzas indignas; y porque los puritanos empleaban hipócrita jerga en sus pláticas, otra no menos absurda y más repugnante la reemplazó en boca de los contrarios, y fué que, como aquellos ha-

cían los mayores esfuerzos por hablar el lenguaje de las Escrituras sagradas, ellos lo hicieron á su vez para proferir obscenidades, blasfemias y maldiciones á cada momento.

No debe, pues, parecer extraño que al despuntar de nuevo nuestra literatura con la restauración del antiguo régimen político y religioso, se ofreciese á la vista de todos llena de inmoralidad. Cierto es que algunos hombres eminentes que pertenecían á otra época mejor, se hallaban exentos y libres del contagio; que los versos de Waller se inspiraban en las nobles aspiraciones que animaron á una generación más caballeresca; que Cowley, tan distinguido poeta como acendrado realista, elevó animosamente su voz contra la inmoralidad que deshonraba juntamente la literatura y la monarquía; que un poeta de más poderosa inspiración que los anteriores, martirizado al propio tiempo de los sufrimientos, la pobreza, el peligro, el desprecio de las gentes y la ceguera, meditaba, sin dejarse turbar del obsceno tumulto que hacía la muchedumbre á su alrededor, un canto de tanta hermosura y santidad como hubiera podido brotar de los labios mismos de las etéreas virtudes que vió con los ojos del espíritu arrojar sobre las baldosas de mármol sus coronas de oro y de amaranto; y que el vigoroso y fértil ingenio de Butler, si no libró completamente de la plaga, adoleció apenas de sus efectos. Pero como estos hombres se habían educado en el seno de una sociedad que ya no existía, tardaron poco en ceder el puesto á la nueva generación de autores, cuyos rasgos característicos, desde Dryden hasta Durfey, fueron la licencia, la inmoralidad, el cinismo y la fanfarronería, y todo ello sin apariencias siquiera de elegancia ni asomos de buenos sentimientos. Mas con ser muy nocivo el influjo que llegaron

á ejercer estos autores en las costumbres de la época, no lo fué tanto como pudo haberlo sido á presentar más veladas las muestras de su depravación: que sirvieron la pócima tan torpe y groseramente, que muy luego rechazó con asco el público la copa. Ni tampoco debía suceder de otra suerte, pues ninguno de aquellos escritores conocía el arte de asociar las imágenes del placer ilícito con los sentimientos elevados y nobles, ni sabía que hasta la misma voluptuosidad ha menester para serlo de cierto decoro; que los ropajes pueden agradar más que la desnudez, y que más fuertemente se impresiona y excita la imaginación por medio de tonos y de veladuras que la saquen fuera de sí, haciéndola vagar, que merced á groseras descripciones de realismo brutal que la dejen pasiva.

Invadió, pues, la reacción antipuritana la literatura del reinado de Carlos II casi totalmente; mas no es en ella tanto como en el drama cómico donde hallamos la quinta esencia de su espíritu. Porque los teatros que cerraron los fanáticos en la época de su poder, se vieron poblados de inmensa muchedumbre al abrirse de nuevo, atrayendo al público, no sólo el ansia de satisfacer el comprimido deseo, sino es también las novedades y seducciones tan eficaces que se añadieron á las antiguas, y entre las cuales merecen mención especialísima el aparato escénico, los trajes y decoraciones, que si en nuestros días podrían parecer mezquinos y ridículos, se antojarían por todo extremo brillantes á los hombres que iban los primeros años del siglo XVII á tomar asiento en los sucios y desvencijados bancos del teatro de la Esperanza, ó bajo el techo de bálago del teatro de la Rosa. Y como á la fascinación del arte se unió la del bello sexo, recibió la juventud con emoción desconocida de los contemporáneos de Shakspeare y de Johnson las lá-

grimas ó las sonrisas de las sensibles ó picarescas heroínas del drama, representadas por mujeres insinuantes y hermosas, tornándose los teatros, por esta y otras causas, en escuela de vicios, de donde huyeron las personas honestas y honradas. El mal se propagó por sí mismo, adquiriendo proporciones extraordinarias, y la licencia llegó á ser por extremo escandalosa; pero como los espectadores, pervertidos y frívolos, que frecuentaban el teatro, exigían nuevos y más fuertes y violentos estimulantes cada temporada, y los artistas procuraban complacerlos en todo, éstos corrompían á aquéllos, y aquéllos á éstos, acabando entre todos por hacer una obra de tanta fealdad y malicia que pudo causar asombro y horror entre quienes no aciertan á explicarse que la extremada licencia es efecto natural de la represión excesiva, y que á las épocas de hipocresía suceden, por consecuencia lógica, épocas de impudencia.

Ningún detalle caracteriza tanto aquella época de inmoralidad como el empeño que mostraban los poetas en hacer decir á las actrices los versos más licenciosos; y como la parte de la comedia en la cual se tomaba el autor más libertades era el epílogo, y éste lo recitaba siempre la dama, nada era más eficaz á deleitar al auditorio sino el oir versos torpes y groseros en boca de una joven cuya inocencia pudiera suponerse (1).

Cierto es que los Ingleses de aquel tiempo asimilaron á su teatro caracteres y fábulas dramáticas de Castilla, de Francia y hasta de sus propios antiguos maestros; pero no lo es menos que los dramáticos de la Gran Bretaña manchaban entonces todo lo que to-

---

(1) Jeremías Collier condenó esta costumbre con su fuerza y penetración habituales.

caban, y que al imitar en sus obras las de Calderón, transformaron las moradas de los nobles y altivos españoles en asiento de vicios, y la *Viola* de Shakspeare en zurcidora de voluntades, y el *Misántropo* de Moliere en raptor, y su *Agnés* en adúltera; pues no había nada puro, heroico ni noble que no se tornara sucio y pestilente al pasar por el tamiz de sus inmundos ingenios.

Tal era el estado del drama, y con ser así, el género literario era el que más pingües ganancias producía; como que la venta de libros alcanzaba proporciones tan exiguas, que aun los autores principales no podían prometerse, de la mejor de sus obras, sino lo preciso para no morir de hambre. Buen ejemplo de lo que decimos es lo sucedido con las fábulas de Dryden. Este libro, último de los que produjo su ingenio, pareció precisamente cuando Dryden gozaba de la plenitud de su fama y lo reconocían todos los ingleses por el primero de los poetas nacionales contemporáneos; contiene unos doce mil versos admirables, y así la narración como las descripciones rebosan de vida, siendo aún delicia de críticos y escolares algunas de sus leyendas, tales como la de *Palamón y Arcite*, la de *Cimón é Ifigenia*, la de *Teodoro y Honoria* y la *Fiesta de Alejandro*, la cual es, sin duda, la oda mejor de cuantas se han escrito en lengua inglesa. Sin embargo de esto, sólo recibió el autor por derechos 250 libras esterlinas, precio que ha solido pagarse algunas veces, en nuestros días, por dos artículos de Revista (1), y que, con ser tan exiguo, no puede reputarse perjudicial para Dryden y provechoso para el editor, en razón á que la obra tardó largos años en

(1) El contrato se halla íntegro en la edición de Dryden dirigida por sir Walter Scott.

agotarse, y sólo después que pasaron diez de la muerte del poeta hubo necesidad de reimprimirla.

En cambio, era fácil ganar mucho con menos trabajo, escribiendo para el teatro; como que una sola comedia en un acto produjo á Southern setecientas libras (1); que el *Don Carlos* sacó de pobre á Otway, y aun le dió cierta opulencia temporera (2), y que Shadwell cobró ciento treinta libras por una sola representación de *El Caballero de Alsacia* (3) (*The Squire of Alsatia)*; razón por la cual cuantos vivían de su pluma consagraban y aplicaban el ingenio al arte dramático, tuvieran ó no vocación para cultivarlo. Así aconteció á Dryden, quien, si logró colocarse al nivel de Juvenal como poeta satírico, y como didáctico hubiera podido, en fuerza de trabajo y estudio, rivalizar tal vez con Lucrecio, y que si no el más sublime, fué sin duda el más brillante y conmovedor de los líricos, se obstinó en cultivar el género dramático, empleando en ello inútilmente la fuerza de sus mejores años, sin curarse de que la naturaleza, tan pródiga con él en tantos dones, le negaba por completo esa facultad. Tenía, empero, sobrado buen juicio para no advertir que le faltaba el poder necesario á dar animación y vida por medio del diálogo á los caracteres; y para mejor disimular esta insuficiencia de su ingenio, salpicaba sus obras de incidentes inesperados y chistosos, de versos tiernísimos y penetrados de dulce armonía, de parlamentos magníficos y hasta de obscenidades sazonadas al gusto del auditorio licencioso y descreído. Mas, aun cuando nunca pudo alcanzar un triunfo escénico parecido á los de

(1) Véase la *Vida de Southern*, por Shiels.
(2) Véase á Rochester en su *Trial of the Poets*.
(3) *Some Account of the English Stage*.

ciertos hombres inferiores á él en talento, y se daba por satifecho ganando cien guineas con una comedia, las obras dramáticas le producían mayores rendimientos, con ser tan escasos como queda dicho. que las literarias en que hubiera empleado igual cantidad de tiempo y de trabajo (1).

Y como la remuneración que los literatos obtenían por sus obras era tan mezquina, se veían casi todos ellos en la necesidad de aumentar sus ingresos imponiendo contribuciones á los grandes, cuyos palacios se hallaban por esta causa, y más siendo de los ricos y generosos, infestados de autores tan importunos, pedigüeños y abyectos, que se antojarían inverosímiles en la época presente. A la sazón, quien dedicaba un libro á persona de calidad, lo hacía con la esperanza de recibir en recompensa cierta suma de dinero; siendo lo más frecuente que la dádiva del Mecenas fuese más considerable que la paga del manuscrito por el impresor, y que los libros se dieran á luz por la única razón de haberse dedicado á magnates; tráfico de adulaciones que produjo al fin sus naturales efectos, pues elevada la lisonja con esto hasta los límites de lo absurdo, y á veces de la impiedad, ya no se calificó de vergonzosa para el poeta, de quien las gentes no exigían independencia, veracidad ni decoro, quedando, por tanto, reducido en realidad á ocupar en la escala moral un puesto intermedio entre los rufianes y los mendigos.

Y como si esto no fuese bastante, á fines del reinado de Carlos II se aumentaron los defectos y vicios que deshonraban á los hombres de letras con la intemperancia más grosera del ingenio. Los cuales, movidos del odio que sentían hacia el puritanismo, se afiliaron

---

(1) *Vida de Southern*, por Shiels.

al partido de la Corte, prestándole muchos y buenos servicios, y Dryden más que otros, pues como su *Absalón y Architofel*, la sátira modelo de los tiempos modernos, después de haber sido admiración de la capital, se hizo popular con extraordinaria rapidez hasta en los distritos rurales situados á mayor distancia de Londres, con ella causó estrago terrible á los exclusionistas y reanimó el espíritu de los *toríes*. Pero no porque sea imposible sustraernos á la natural admiración que causan en el ánimo la belleza de la frase y del metro, hemos de prescindir ó de olvidar la gran distancia que separa el bien del mal, y teniendo esto en cuenta débese de llamar diabólico al espíritu que animaba entonces á Dryden y á otros varios de sus colegas contra los *whigs*, en razón á que los jueces y *sherifs* de días tan aciagos, á pesar de su ciego y vergonzoso servilismo, eran impotentes á producir el mal con tanta prontitud como pedían los poetas, que no cesaban de clamar uno y otro día por nuevas víctimas, haciendo burlas sangrientas y repugnantes con la horca, profiriendo acerbas amenazas contra cuantos, después de haber apoyado al Rey en la hora del peligro, le suplicaban que fuera clemente y misericordioso con los enemigos vencidos en la hora del triunfo, y todo esto públicamente, desde las tablas del teatro, y para que no faltase nada á tanta infamia, recitado por mujeres que, después de haber aprendido á deponer el pudor, enseñaban á deponer la compasión (1).

(1) Si alguno de mis lectores halla sobrado duras estas palabras, lea el *Epílogo del Duque de Guisa*, de Dryden, y advierta que lo recitaba una mujer.

## XLIX.

### ESTADO DE LA CIENCIA EN INGLATERRA.

Parece singular que, mientras la literatura ligera de Inglaterra se convertía en peste y vergüenza nacionales, realizaba el ingenio británico, en el terreno de la ciencia, una revolución que, hasta el fin de los tiempos, habrá de clasificarse, sin duda, entre las más grandes victorias del humano espíritu. Porque si Bacon había esparcido buena semilla en tierra perezosa y fuera de sazón, y no abrigó la esperanza de llenar las trojes con su cosecha, puesto que legó solemnemente su fama al siglo venidero en su postrera voluntad, en el trascurso de una generación echó raíces su filosofía y maduró de una manera lenta en algunas claras inteligencias, á pesar de los tumultos, de las guerras y de las proscripciones, aconteciendo que mientras luchaban unos contra otros los bandos políticos al fin de arrebatarse las riendas del poder, un pequeño grupo de sabios, que permaneció indiferente y apartado de la lucha, se consagró á la más noble tarea de abrir nuevos horizontes al poder del hombre sobre la materia, siendo el resultado de su obra que, cuando se restableció la tranquilidad, luego al punto tuvieron estos educadores del humano ingenio asiduo y estudioso auditorio; que la disciplina por la cual había pasado la nación dispuso y preparó el espíritu público á recibir la doctrina baconiana, estimulando las turbulencias civiles las facultades de las clases letradas, é imprimiéndoles actividad afa-

nosa y curiosidad insaciable y sin precedentes en la historia de Inglaterra. Bien es cierto asimismo que las turbulencias pasadas dieron por resultado hacer considerar generalmente con recelo y desprecio todos los proyectos de reforma religiosa ó política. Durante veinte años la principal ocupación de hombres ingeniosos y activos fué redactar Constituciones, con ó sin primeros magistrados, con Cámaras hereditarias ó electivas, perpetuas ó anuales, sin olvidar la menor cosa, ni el detalle más insignificante, ni la denominación más trivial, ni la ceremonia más baladí; que todo se apuntó y consignó á la menuda en ellas: Polemarcas y Filarcas, Tribus y Galaxias, lord Archon y lord Stratege; cúyas debían ser las urnas verdes y cúyas las rojas, qué bolas debían ser de oro y qué bolas debían ser de plata; qué magistrados debían traer sombrero y qué magistrados birrete alto y puntiagudo; cómo debería llevarse la maza y en qué ocasión habían de quitarse la gorra los heraldos: puerilidades que, juntamente con otras naderías, se discutieron y combinaron con mucha formalidad por personas dotadas de ciencia y conocimientos no nada comunes (1). Empero los tiempos de estas imaginaciones habían pasado, y si algún republicano inquebrantable distraía sus ocios merced á ellas, el miedo de caer en ridículo y hasta de verse perseguido de la justicia le hacía cauto y reservado.

Mas, aun cuando á la sazón era impopular y peligroso el decir palabra contra las leyes fundamentales de la monarquía, los hombres dotados de ingenio y de audacia se desquitaban considerando desdeñosamente cuanto hasta entonces se tuvo por leyes fundamentales de la naturaleza, y por tal modo el to-

(1) Véase particularmente la *Oceana* de Harrington.

rrente que logró encauzarse de una parte, se precipitó de otra con violencia incontrastable, y al cesar de agitarse políticamente el espíritu revolucionario en Inglaterra, comenzó á revelarse y á desarrollar en todos los ramos de las ciencias físicas un vigor y atrevimiento desconocidos hasta entonces. De aquí que sea el año 1660, fecha de la restauración de la antigua ley fundamental inglesa, la del triunfo definitivo de la filosofia nueva, y la del establecimiento de la Sociedad Real, destinada á ser uno de los principales agentes de prolongada serie de saludables y gloriosas reformas (1). En pocos meses se tornaron de moda las ciencias experimentales; y la trasfusión de la sangre, la ponderación del aire y la del mercurio absorbieron tanto el espíritu público y lo preocuparon como antes las controversias del Tribunal de la Rota. Las imaginaciones y los ensueños de gobierno perfecto cedieron á otras, y no pocos idearon alas artificiales con cuyo auxilio pudieran volar los hombres, y barcos de doble quilla que no zozobrasen nunca, ni aun en medio de los temporales más terribles. Y como el movimiento fué general y alcanzó á todas las clases de la sociedad, caballeros y motilones, partidarios de la Iglesia y puritanos se hallaron confundidos y aliados por primera vez, contribuyendo al triunfo de la filosofía baconiana teólogos y jurisconsultos, hombres de Estado, nobles y príncipes. ¡Qué más si hasta los poetas cantaron con emulación de fervor la edad de oro que se acercaba! Cowley, por ejemplo, en versos rebosando de pensamientos y resplandecientes de ingenio, excitaba á la raza predilecta á que tomase posesión de la tierra prometida donde corrían manantiales de leche y miel; de la tierra que

(1) Sprat, *Hist. de la Sociedad Real.*

descubrió su gran libertador y legislador de lo alto del monte Pisgah, pero en la que no le fué lícito penetrar (1). Dryden, con más celo que ciencia, unió su voz á las aclamaciones generales, y predijo cosas que ni él ni nadie acertaban á comprender; como que auguró, entre otras, que la Sociedad Real llevaría el género humano al extremo límite del mundo, facilitándonos por tal modo el medio de admirar la luna más de cerca (2). Dos prelados hábiles y ambiciosos, Ward, obispo de Salisbury, y Wilkins, obispo de Chester, se hicieron notables entre los jefes del movimiento, cuya historia escribió con elocuencia un eclesiástico más joven que los dos referidos, y á quien reservaba la fortuna principalísimo lugar en la jerarquía eclesiástica (3); Hale, lord Presidente del Tribunal Supremo de Justicia, y Guildford, lord Guardasellos, empleaban las horas que podían sustraerse á los negocios de su oficio en escribir de hidrostática, y bajo la dirección de este último se construyeron los primeros barómetros vendidos en Londres (4); Buckingham, el veleidoso demagogo é intrigante cortesano, consagraba el tiempo que le dejaban libre los vicios, á la química; Rupert tuvo la honra de inventar el grabado á la *mezzo tinto*, y asoció su nombre á esas bolas de cristal que hicieron las delicias de los niños y el tormento de los filósofos; Carlos mismo tenía laboratorio en Whitehall, y se mostraba más asiduo en él que no

(1) Cowley. *Ode to the Royal Society.*

(2) «Y entonces iremos hasta los límites del mundo; y veremos el Océano confundirse con los cielos; y de allí trabaremos conocimiento con nuestros vecinos errantes en el espacio, y observaremos con calma y sin riesgo el mundo lunar.»—*Annus Mirábilis*, 164.

(3) Tomás Sprat, que fué obispo de Rochester.

(4) North. *Vida de Guildford.*

en la Sala del Consejo; como que una de las perfecciones del hombre á la moda, en la época de que se trata, consistía en poder decir algo respecto de máquinas pneumáticas y de telescopios, y que hasta las damas hallaban de buen tono aparentar afición á las ciencias é iban en sus carrozas tiradas de seis caballos á visitar las curiosidades de Gresham, prorrumpiendo en exclamaciones de sorpresa cuando veían atraer una aguja con piedra imán, ó aumentada una mosca, merced al microscopio, hasta el tamaño de un gorrión (1).

Cierto es que ocurrieron entonces, en medio de tan singular movimiento, cual acontece siempre en todas las grandes agitaciones del humano espíritu, muchas cosas ocasionadas á mover á risa, por ser ley universal que así las empresas como las doctrinas pierdan, tornándose de moda, parte de aquella majestad y grandeza que tenían cuando recibían el culto que inspiraban por sí mismas á pocos, pero discretos adeptos; y que las locuras de algunas personas que, sin aptitud verdadera para las ciencias, gustaban de ellas con verdadera pasión, dieron pie á las burlas y sarcasmos de algunos satíricos maliciosos que por su edad pertenecían á la generación precedente, y no estaban dispuestos á olvidar las lecciones de su juventud (2). No es menos cierto, empero, que la grande obra de interpretar la naturaleza recibió mayor impulso de los Ingleses de aquel tiempo que de ningún otro pueblo en ninguna otra época de la historia. Y como el espíritu de Francisco Bacon, admi-

(1) *Diario de Pepys*, 30 de mayo de 1667.

(2) Butler fué, á mi parecer, el único hombre de verdadero ingenio que entre la revolución y la restauración dió muestra de mala voluntad á la nueva filosofía, como se la llamaba entonces. Veánse la *Sátira sobre la Sociedad Real* y el *Elefante en la Luna*.

rable conjunto de audacia y de prudencia, parecía estar en el aire que se respiraba; y todos firmemente persuadidos de que rebosaba el universo de secretos de la más grande importancia para la felicidad del hombre, y que había éste recibido del Creador el medio de conocerlos si lo empleaba bien; y se hallaban convencidos de que no era posible llegar al conocimiento de las leyes físicas generales de otro modo que mercéd á la observación minuciosa de los hechos particulares, profundamente penetrados de tan grandes verdades, pusieron manos á la obra los profesores de la nueva filosofía con tanta decisión y tanto empeño, que dieron señaladas muestras en menos de un cuarto de siglo de los inmensos progresos que deberían realizar más tarde.

Habíase ya comenzado una reforma en la agricultura con la siembra de nuevas legumbres, el uso de nuevos útiles y el empleo de buenos abonos (1). Evelyn, con beneplácito y autorización de la Sociedad Real, daba instrucciones á sus compatriotas en orden al arte de plantar; y Temple, cuando lo consentían sus deberes, se ocupaba en hacer ensayos de horticultura y en demostrar con hechos que muchos árboles frutales, originarios de climas mejores, podrían, merced al auxilio de la industria humana, crecer y prosperar en tierra inglesa.

La medicina, cuyo estado decadente y abyecto en Francia suministraba en toda ocasión á Moliere tema inagotable de burlas merecidas, había logrado llegar en Inglaterra por entonces á grande altura y á ser una ciencia experimental y progresiva, que avanzaba

---

(1) El entusiasmo con que los agricultores ingleses hacían ensayos y adoptaban novedades y mejoras, está perfectamente descrito por Aubrey, en su *Historia Natural del Wiltshire*, 1685.

cada día un paso más, á despecho de Hipócrates y de Galeno. Y como en aquel tiempo, y por la primera vez, pusieran los ojos los espíritus especulativos en el asunto tan importante de la policía sanitaria por efecto de la gran peste de 1665, que les hizo fijarse y examinar cuidadosamente los defectos de construcción de las casas, el mal sistema de las cloacas y los peligros de la falta de aire, cosas todas que les proporcionó la ocasión de mejorar el formidable incendio de 1666, estudiaron el asunto cuidadosamente en la Sociedad Real, y, merced á sus instancias y gestiones, se introdujeron en parte las reformas que, aun cuando muy distantes todavía de las que reclamaba la salud pública, establecieron inmensa diferencia entre el Londres antiguo y el nuevo, y que fueron tan eficaces á remediar los estragos de la peste en Inglaterra (1).




Por aquel tiempo también, uno de los fundadores de la Sociedad Real, llamado sir William Pelty, creó la ciencia de la estadística, humilde, pero necesaria servidora de la filosofía política, y merced á la cual se acometió la empresa de investigar y explorar todos los reinos de la naturaleza. A esa época pertenecen los descubrimientos químicos de Boyle, y las primeras investigaciones botánicas de Sloane, y la clasificación hecha por Ray de las aves y los peces, y entonces también atrajeron los crustáceos y los fósiles la atención de Woodward. Por tal modo comenzaron á desaparecer, unos en pos de otros, los fantasmas que tenían su asiento en el mundo desde los tiempos del oscurantismo, como se disipan las sombras de la noche al despuntar del alba; y la astrología y la alquimia se tornaron en asunto de burlas, y no quedó con-

(1) Sprat. *Historia de la Sociedad Real.*

dado alguno en Inglaterra en el cual no sonriera desdeñosamente el juez de paz cuando llevaban ante su autoridad embaucadoras acusadas de volar á caballo en mangos de escoba, ó de hacer mal de ojo.

Pero donde alcanzó el ingenio británico triunfos memorables y dignos de loa fué, sin duda, en los ramos más arduos y nobles de la ciencia, en los cuales la inducción hubo de asociarse á la demostración matemática para contribuir al descubrimiento de la verdad. John Wallis asentó sobre nuevas bases todo el sistema de la estática, y Edmundo Halley hizo investigaciones acerca de las propiedades de la atmósfera, de las causas del flujo y reflujo del mar, de las leyes del magnetismo, y de la marcha de los planetas; y ni las fatigas, ni los peligros, ni el destierro, fueron parte á distraerlo de sus estudios científicos. Y en tanto que trazaba en la isla de Santa Elena la carta de las constelaciones del emisferio meridional, se construía el observatorio de Greenwich, y el primer astrónomo de S. M., John Flamsteed, comenzaba esa prolongada serie de observaciones que no se mencionan nunca en ningún punto del globo sin gratitud y respeto juntamente. Empero la gloria de tan claros varones queda eclipsada con el brillo incomparable del inmortal Newton, en cuyo espíritu se asociaban, cual nunca estuvieron antes ni han estado después, dos maneras de facultades intelectuales que rara vez se hallan reunidas en alto grado y que son ambas, sin embargo, necesarias de igual modo al estudio de las ciencias físicas en su mayor grado. Por que si han podido existir inteligencias tan felizmente organizadas como la suya para las ciencias matemáticas, é inteligencias tan felizmente organizadas para las ciencias experimentales, nunca coexistieron en ningún hombre con el poder de la demostración, el

de la inducción, en el grado de suprema excelencia y de armonía perfecta que se admira en Isaac Newton, merced á lo cual, si el espíritu del siglo en que vivió fué parte á dirigirlo por recto camino, él á su vez influyó en el espíritu de su siglo con fuerza décuple.

En 1685 ya era grande su fama, con hallarse al despuntar; pero su ingenio había llegado al meridiano, y su obra inmensa, la obra que realizó una revolución en los más importantes ramos de la filosofía natural, estaba ya concluída, si no publicada, y acababa precisamente en aquel punto de someterse á la Sociedad Real para su examen.

## L.

### ESTADO DE LAS BELLAS ARTES.

No es muy fácil explicar por qué la nación que tanto aventajaba á sus vecinos en las ciencias había quedado más atrasada que todos en las artes. Y sin embargo, así sucedía. Cierto que en la arquitectura, arte que casi es ciencia, y en que solo un geómetra puede sobresalir; donde la belleza está siempre subordinada directa ó indirectamente á la utilidad, y cuyas creaciones deben parte siquiera de su majestad á la grandeza y magnitud de la mole, nuestro país podía enorgullecerse con un verdadero genio en la persona de Cristóbal Wren. El incendio que redujo á Londres á un montón de ruinas, dióle ocasión, sin precedente en la moderna historia, de desplegar sus facultades. Como la mayor parte de sus contemporáneos, era incapaz no ya de emular, sino tal vez de compren-

der la austera belleza del pórtico de Atenas y la melancólica sublimidad de las góticas arcadas; pero ningún hombre nacido aquende los Alpes ha imitado con tanto éxito la regia magnificencia de las iglesias de Italia; ni aun el soberbio Luis XIV ha dejado á la posteridad nada que pueda compararse con San Pablo de Londres. Por otra parte, á fines del reinado de Carlos II no existía un solo pintor ó escultor cuyo nombre se recuerde hoy. Esta esterilidad es en parte misteriosa, porque ni los pintores ni los escultores eran entonces mirados con desprecio, y menos aún mal retribuídos. Su posición social era, por lo menos, tan elevada como al presente, y en cuanto á lo que ganaban, teniendo en cuenta la riqueza de la nación y la remuneración que obtenían otras clases de trabajo intelectual, se hallaban mucho mejor que en la actualidad. Y no á otra cosa que al magnífico patronazgo que obtenían los artistas se debía el que acudiesen en multitud á nuestra patria. Lely, á quien debemos el conocer las frágiles bellezas celebradas por Hamilton, con sus voluptuosos rizos, sus labios sonrosados, y sus lánguido ojos, era natural de Westphalia. Murió en 1680, después de una larga vida pasada en la opulencia, de haber recibido el honor de la caballería y de haber reunido una buena fortuna debida sólo á su trabajo. Su hermosa colección de dibujos y cuadros fué exhibida, con real permiso, en el salón de banquetes de Whitehall, después de su muerte, y vendida en remate por la casi increíble suma de veintiseis mil libras esterlinas, cantidad que, proporcionalmente á la fortuna de los ricos de la época, pasa de cien mil libras en nuestro tiempo (1). A

---

(1) Walpole's: *Anecdotes of Painting. London Gazette* de 31 de mayo de 1683. North's: *Life of Guildford*.

Lely sucedió su paisano Godfrey Kneller, quien primero fué hecho caballero y después barón, y que después de vivir suntuosamente á pesar de haber perdido mucho dinero en especulaciones desgraciadas, aun pudo al morir dejar una gran fortuna á su familia. Los dos Vandevelles, naturales de Holanda, invitados por la liberalidad inglesa, vinieron á establecerse á nuestra patria, donde pintaron para el Rey y sus nobles algunas de las más bellas marinas que se conocen en el mundo. Otro holandés, Simón Varelst, pintaba bellos girasoles y tulipanes á precios hasta entonces desconocidos. Verrio, napolitano, pobló los techos y escaleras de Gorgonas y Musas, Ninfas y Sátiros, Vicios y Virtudes, Dioses bebiendo néctar y Príncipes laureados cabalgando en triunfo. La renta que llegó á disfrutar, debida tan sólo á sus trabajos, le permitió tener una de las más espléndidas mesas de Inglaterra. Por los trabajos que hizo para Windsor sólo, recibió siete mil libras, suma entonces bastante á asegurar una existencia cómoda á cualquier caballero de moderadas aspiraciones; suma mucho mayor que todo lo que recibió Dryden de los libreros durante una vida literaria de cuarenta años (1). El principal ayudante y sucesor de Verrio, llamado Luis Laguerre, era francés. Los dos escultores más célebres de aquel tiempo eran también extranjeros: Cibber, cuyas bellísimas alegorías de la Furia y la Melancolía aun pueden verse en Bedlam, era danés; y Gibbons, á cuya graciosa fantasía y delicado cincel muchos de nuestros palacios, colegios é iglesias deben sus más bellos ornamentos, era holandés; y aun los dibujos para el cuño estaban á cargo de medallistas franceses. Hasta

(1) Háblase del exorbitante precio de las obras de Varelts y Verrio en las *Anecdotes of Paintin* de Walpole.

el reinado de Jorge II, no hubo en nuestra patria un gran pintor, y ya ocupaba el trono Jorge III antes de que pudiera estar orgullosa de ninguno de sus escultores.

Tiempo es ya de que esta descripción de la Inglaterra que gobernó Carlos II toque á su fin. Sin embargo, aun queda un asunto importantísimo de que no hemos hablado. Nada se ha dicho aún de la gran masa del pueblo, de los que manejan el arado y uncen los bueyes, de los que trabajaban en los telares de Norwich y labraban la piedra de Portland para San Pablo. Y á la verdad muy poco puede decirse. La clase más numerosa es precisamente aquella de quien tenemos menos noticias. En aquellos tiempos aun no había filántropos que mirasen como un deber sagrado el hacer públicas las angustias del labrador, ni demagogos que hicieran de esto ocupación lucrativa. La historia tenía bastante que hacer en las cortes y en los campamentos para consagrar una sola línea á la choza del campesino ó á la buhardilla del obrero. Puede afirmarse que con gran frecuencia nuestra prensa en solo un día trata y discute más acerca de la condición del jornalero, que en todo lo publicado en los veintiocho años transcurridos entre la Restauración y la Revolución. Pero sería gran error deducir del aumento de las quejas que la miseria de la clase trabajadora es hoy mayor que en aquel tiempo.

## LI.

### LAS CLASES JORNALERAS.—LOS SALARIOS.

Lo que da más exacta idea de la situación de las clases humildes del pueblo es el precio de los salarios, y como en el siglo XVII las cuatro quintas partes de la clase trabajadora se dedicaban á la agricultura, tiene para nosotros especial importancia el fijar el precio del salario del cultivador del campo en aquella época. Acerca de este asunto disponemos por fortuna de los medios necesarios para llegar á conclusiones que bastan para nuestro propósito.

Sir Guillermo Petty, cuya aserción es de gran peso, nos informa de que el labrador, que por un día de trabajo recibía cuatro peniques, además de la comida, ó bien ocho peniques corriendo de su cuenta la manutención, no podía considerarse mal pagado. De modo que, según el cálculo de Petty, cuatro chelines á la semana era un buen salario en los trabajos del campo (1). Tenemos abundantes pruebas de que este cálculo no se apartaba de la verdad. A principios de 1685 los Magistrados de Warwickshire, en uso de las facultades que les confería una ley del tiempo de Isabel, fijaban en sus reuniones trimestrales una tarifa de salarios para el Condado, estableciendo, al mismo tiempo, que todo el que pagase más de la suma fijada, ó el jornalero que recibiese más de lo que establecía la tarifa, se harían igualmente acreederes al

(1) Petty's: *Political Arithmetic.*

castigo. En general, el salario del labrador, desde marzo á setiembre, se había fijado precisamente en la cantidad mencionada por Petty, esto es, cuatro chelines semanales sin la manutencion. Desde setiembre hasta marzo no se pagaban más que tres chelines y seis peniques (1).

Pero en aquel tiempo, como actualmente, variaba mucho el precio de los jornales en las diferentes provincias del reino. En el Warwickshire, el salario llegaba próximamente á lo que marcaba la tarifa, y en algunos Condados inmediatos á la frontera de Escocia era tal vez menor aún; pero había distritos más favorecidos. En el mismo año 1685, un caballero del Devonshire llamado Ricardo Dunning, publicó un pequeño tratado en el que describía la condición de los pobres de aquella provincia. No puede dudarse de su profundo conocimiento del asunto, por cuanto algunos meses después se reimprimió la obra y fué muy recomendada por los Magistrados en la reunión trimestral de Exeter á las autoridades rurales. Según Dunning, el salario de un labrador del Condado de Devón ascendía próximamente á cinco chelines semanales sin la manutención (2).

Mejor era aun la situación del trabajador en la vecindad de Bury Saint Edmund. Los Magistrados de Suffolk se reunieron allí en la primavera de 1682 á establecer el precio del salario, y resolvieron que el labrador, cuando la manutención corriese de su cuenta, percibiese cinco chelines semanales en invierno, y seis en verano (3).

---

(1) Stat. 5.—Eliz. c. IV. *Archæologia*, tom. XL.

(2) *Plain and easy method, showing how the Office of Overseer of the Poor may be managed*, por Ricardo Dunning. La primera edicion es de 1685, y la segunda de 1686.

(3) Bullum's: *History of Hawsted*.

En 1681 los Magistrados reunidos en Chelmsford habían establecido que el salario del labrador en el Condado de Essex fuese de seis chelines en invierno y siete en verano, sin la manutención. Este parece haber sido el precio más alto que alcalzó el salario del agricultor en nuestra patria en el tiempo transcurrido entre la Restauración y la Revolución; y debe observarse que en el año en que esto se establecía eran los artículos de primera necesidad más caros que nunca. El trigo se vendía á setenta chelines el cuartal de ocho fanegas, precio que aun en nuestros días acusaría un año de hambre (1). Estos hechos se hallan en perfecta concordancia con otro que merece particular mención. Es evidente que en un país donde el servicio militar no es obligatorio para nadie, no hay medio de cubrir las vacantes del ejército si el Gobierno ofrece una remuneración mucho menor que el jornal de un campesino. Actualmente el haber de un soldado raso en cualquier regimiento de línea asciende, contando también lo que se le designa para cerveza, á unos siete chelines y siete peniques á la semana. Este estipendio, aun con la esperanza de una pensión, no tiene muchos atractivos para la juventud inglesa, y es necesario suplir la falta de gente haciendo los alistamientos entre la población más pobre de Munster y Connaught. En 1685, el haber de un soldado de infantería no pasaba de cuatrochelines y ocho peniques semanales á pesar de lo cual no encontró en aquel año la menor dificultad el Gobierno para cubrir las filas del ejército con millares de reclutas ingleses que se presentaron apenas tuvieron noticia del llamamiento. En el ejército de la República, el soldado de infantería tenía siete chelines semanales, es decir,

(1) *Ruggles. On the Poor.*

el sueldo de un cabo en tiempo de Carlos II (1); y este sueldo bastó á hacer que acudiese á las filas gente muy superior á la que generalmente solía alistarse en el ejército. En conjunto, por tanto, puede decirse que en el reinado de Carlos II, el salario que ordinariamente percibía el labrador no pasaba de cuatro chelines semanales, aunque había algunos sitios donde llegaba hasta cinco, seis, y aun siete durante los meses de verano. Actualmente se creería que el distrito donde sólo se pagase al jornalero siete chelines semanales se hallaba reducido á la más extrema miseria. El precio del jornal hoy es mucho más alto, y en los condados ricos lo que semanalmente se paga al trabajador llega á doce, catorce y hasta diez y seis chelines.

## LII.

### LA CLASE OBRERA.

El trabajo de las manufacturas ha tenido siempre más remuneración que el de los cultivadores del suelo. En 1680, un miembro de la Cámara de los Comunes hacía notar que el alto precio que alcanzaban en nuestro país los salarios hacía imposible la competencia de nuestros tejidos con los de la India. El obrero inglés, decía, en vez de contentarse con una pieza de cobre por el trabajo de todo el día, como los naturales de Bengala, no se conforma con menos de un

---

(1) Véase en Thurloe's *State Papers*, el *Memorandum* de los diputados holandeses de agosto $\frac{2}{12}$, 1653.

chelín (1). Aun queda otra prueba de que el obrero inglés se juzgaba con derecho á exigir por su trabajo un chelín diario, aun cuando á veces la necesidad le obligase á trabajar por menos. Las clases humildes del pueblo, en aquella época, no tenían aún costumbre de reunirse para discutir públicamente, ni estaban en uso las arengas ni las peticiones al Parlamento. No había aún periódicos que defendiesen su causa. Su amor y su odio, sus alegrías y sus penas se manifestaban en rudos versos. En las baladas, pues, es donde ha de buscarse la historia del pueblo en aquella época. De estas composiciones populares, aun puede leerse en el *in plano* original, una muy notable, que en tiempo de Carlos II se cantaba continuamente en las calles de Norwich y Leeds. Es el vehemente y doloroso grito que exhala el trabajo contra el capital. Describe el buen tiempo pasado en que el obrero que trabajaba en las manufacturas de lana vivía como un hacendado. Pero aquellos tiempos huyeron para no volver. Ahora seis peniques al día era lo más que podía ganarse en el duro trabajo del telar. Si los pobres se quejaban de que con tan escaso salario no podían vivir, se les contestaba que eran muy dueños de seguir ó dejarlo. Por tan miserable recompensa tenían que trabajar los que en realidad producían las riquezas, levantándose muy temprano y acostándose muy tarde, mientras el maestro tejedor, ocupado tan sólo en comer, dormir y holgar, se hacía rico á costa del pobre jornalero. Un chelín diario, declara el poeta, es lo que en justicia debía darse al tejedor (2). Puede,

(1) El orador era Mr. Juan Basset, diputado por Barnstaple. Véase Smith, *Memoirs of Wool*, c. LXVIII.

(2) Hállase esta balada en el Museo Británico, y aunque no puede precisarse de que año sea, el *Imprimatur* de Roger Lestrange basta á mi propósito para indicar la fecha á que pertenece.

por tanto, decirse que en la generación anterior á la Revolución, el obrero que trabajaba en la más importante de las manufacturas inglesas se consideraba muy bien pagado cuando recibía seis chelines semanales.

## LIII.

### TRABAJO DE LOS NIÑOS EN LAS FÁBRICAS.

No parecerá inoportuno mencionar aquí la costumbre de dedicar los niños, desde edad muy temprana,

---

Sólo copiaré algunos versos. El maestro tejedor es quien habla

In former ages we used to give
So that our workfolks like farmers did live;
But the times are changed, we will make them know.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
We will make them to work hard for sixpence a day
Though a shilling they deserve if they had their just pay;
If at all they murmur and say't is too small,
We bid them choose whether they'll work at all.
And thus we do gain all our wealth and estate,
By many poor men that work early and late.
Then, hey for the clothin trade! It goes on brave;
We scorn for to toyl and moyl, nor yet to slave.
Our workmen do work hard, but we live at ease,
We go when we will, and we come when we please.

(Con lo que antes acostumbrábamos á pagar, vivian nuestros obreros como hacendados. Pero los tiempos han cambiado, y es preciso que lo tengan presente..... Les haremos trabajar como esclavos por seis peniques al día, aun cuando en justicia merezcan un chelín, y si acaso murmuran y dicen que es muy poco, les diremos que elijan entre hacerlo ó marcharse. De este modo con el trabajo de muchos infelices nos haremos ricos y poderosos. Viva, pues, el comercio de paños, ya que tan bien nos va con él. No tenemos que trabajar ni hacer nada, ni siquiera estar sujetos. Mientras nuestros obreros trabajan día y noche, vivimos á nuestro gusto: cuando queremos salimos, y volvemos cuando nos place).

al trabajo práctico, que el Estado, legítimo protector de todos los que no pueden protegerse á sí mismos, obrando sabia y humanitariamente ha prohibido en nuestros días. En el siglo XVII, sin embargo, había prevalecido de tal modo, que comparado con el desenvolvimiento de las manufacturas en aquella época, parece casi increible. En Norwich, emporio entonces del comercio de tejidos, una pobre criatura de seis años era ya considerada bastante fuerte para el trabajo. Muchos escritores de aquel tiempo, algunos de los cuales gozaban fama de benévolos, mencionan con orgullo el hecho de que sólo en aquella ciudad, niños de ambos sexos que apenas llegaban á seis años creaban anualmente una riqueza que excedía á lo necesario á su subsistencia en doce mil libras esterlinas (1). Cuanto más ahondamos en el conocimiento de la historia del pasado, más razones hallamos para disentir de los que creen que nuestro siglo ha sido fértil en nuevos males sociales. Lo cierto es que, con muy contadas excepciones, los males son viejos; lo que es nuevo es la inteligencia que los descubre y la humanidad que atiende á remediarlos.

---

(1) Chamberlayne's. *State of England*; Petty's *Political Arithmetic*, cap. VIII; Dunning's, *Plain and easy Method*; Firmin's, *Proposition for the employing of the Poor*. Debe tenerse en cuenta que Firmin era eminente filántropo.

## LIV.

### SALARIOS DE DIFERENTES CLASES DE ARTESANOS.

Si pasamos de los tejedores de paños á otros oficios, nuestras investigaciones nos llevan casi á deducir idénticas conclusiones. Por espacio de varias generaciones, los administradores del hospital de Greenwich llevaban un registro de los salarios pagados á las diferentes clases de artesanos que habían trabajado en las reparaciones del edificio. Gracias á este precioso monumento, sabemos que en el curso de ciento veinte años los jornales de los albañiles habían aumentado desde dos chelines y medio hasta cuatro y diez peniques; los de los canteros desde dos chelines y medio hasta cinco y tres peniques; los de los carpinteros desde dos chelines y medio también hasta cinco y cinco peniques; y los de los plomeros desde tres chelines hasta cinco y seis peniques.

Claramente se ve, por tanto, que el precio de los salarios en 1685 no pasaba de la mitad del precio actual, á lo cual hay que añadir que había pocos artículos de los que más consume la gente trabajadora cuyo precio no pasaba entonces de la mitad del que actualmente tienen. La cerveza era á no dudar mucho más barata que al presente. La carne era también más barata, pero así y todo era tan alto su precio que había cientos de millares de familias que apenas la habían probado (1). En el precio del trigo ha habido muy poca

(1) King en sus *Natural and Political Conclusions* calcula en

alteración, y el precio medio del cuartal en los doce últimos años del reinado de Carlos II era de cincuenta chelines, de modo que el pan que hoy se reparte en los asilos de mendicidad se veía entonces muy rara vez aun en la mesa del pequeño propietario ó del humilde tendero. La gran mayoría de la nación se alimentaba casi por completo de harina de centeno, cebada y avena.

Las producciones de los países tropicales, de las minas y de las fabricaciones eran positivamente mucho más caras que en nuestros días. Entre los productos que el labrador tendría que pagar más caros en 1685 que su posteridad en 1848, figuran el azúcar, la sal, el carbón, las bujías, el jabón, el calzado, las medias, y en general toda clase de ropas así de vestir como de cama. Puede aún añadirse que las antiguas casacas y mantas serían no sólo más costosas sino también menos resistentes que las que modernamente se fabrican.

## LV.

### LOS POBRES.

Los labradores que podían con su trabajo atender á su subsistencia y á la de sus familias, no figuraban entre los individuos más necesitados de la sociedad. Había, en situación bastante peor que la suya, una

---

880.000 familias las que componían la clase del pueblo en Inglaterra. De éstas, 440.000, según él, comían carne dos veces á la semana, y las 440.000 restantes no la probaban nunca, ó cuando más no pasaba de una vez á la semana.

clase muy numerosa que no hubiera podido subsistir á no contar con la ayuda de la caridad pública. Apenas podrá hallarse nada que indique más claramente el estado de un pueblo, que la proporción que guarda el número de pobres con el total de habitantes que lo constituyen. El número de hombres, mujeres y niños que actualmente reciben socorros, según los documentos oficiales, llega en los años malos á una décima parte de los habitantes de Inglaterra, y en los buenos no pasa de un décimotercio. Pues bien: según el cálculo de Gregorio King, el número de pobres en su tiempo era un quinto de la población total, y este cálculo que todo el respeto que su autoridad nos inspira no podría impedirnos calificar de exagerado, era á juicio de Davenaut eminentemente probable.

No carecemos por completo de los medios necesarios para hacer el cálculo por nosotros mismos. El impuesto de los pobres era indudablemente la más pesada carga para nuestros antepasados. Calculábase en el reinado de Carlos II en unas setecientas mil libras esterlinas anuales, cantidad mucho mayor que el impuesto de consumos ó los derechos de aduana, y muy poco inferior á la mitad de todas las rentas de la Corona. Este impuesto fué aumentando rápidamente, llegando en muy poco tiempo á estar entre ochocientas y nuevecientas mil libras anuales, es decir, la sexta parte de lo que importa actualmente. La población era entonces menor que un tercio de la actual; el mínimum de los salarios, calculados en dinero, era la mitad de lo que es actualmente; de modo que apenas podemos suponer que el socorro que se asignaba á cada pobre pasase de la mitad de lo que se da en nuestros días. De esto parece deducirse que el número de Ingleses que recibían socorros de sus respectivos distritos debe haber sido entonces mucho mayor

que al presente. Sin embargo, conviene proceder en tales cuestiones con desconfianza; pero aun no se ha probado nunca que el pauperismo fuese carga menos pesada ó mal social de menor importancia en los últimos veinte años del siglo XVII que en nuestro tiempo (1).

No puede negarse que el progreso de la civilización ha suprimido una de las más valiosas ayudas de la clase pobre. Ya se ha mencionado que, antes de la Revolución, muchos miles de millas cuadradas que ahora están cultivadas y cercadas, eran selvas, pantanos y yermos. Gran parte de toda esta tierra sin cultivar era, según la ley, común; y el resto valía tan poco que los propietarios la abandonaban también al público. Esto, como se comprende, hacía que en aquel tiempo se apoderasen muchos de tierras que no les pertenecían, tolerándose estas apropiaciones de un modo completamente desconocido en nuestros días. El aldeano podia á muy poca ó ninguna costa hallar medio, si la ocasión se le ofrecía, de mejorar su triste estado, ya proveyéndose de leña para el invierno, ó

(1) *Fourteenth Report of the Poor Law Commissioners*, apéndice B, núm. 2, apéndice C. núm. 1, 1848. De los dos cálculos relativos al número de pobres que se mencionan en el texto, el uno fué hecho por Arturo Moore, y el otro, algunos años después, por Ricardo Dunning. El cálculo de Moore puede verse en Davenant, *Essay on Ways and Means*, y el de Dunning en la notable obra, sobre el pauperismo, de Sir Federico Eden. King y Davenant hacen ascender el número de pobres y mendigos en 1696 al increible número de 1.330.000 en una población de 5.500.000 almas. En 1846 el número de personas que recibian socorros parece, según los documentos oficiales, no haber excedido de 1.332.089, siendo la población de 17.000 000. No debe olvidarse que en las listas oficiales se encuentra á menudo el mismo pobre repetido varias veces. También puede el lector consultar con fruto el folleto de De Foe, *Giving Alms no Charity*, y las tablas de Greenwich que en el artículo titulado «Precios» trae M'Culloch en su *Commercial Dictionary*.

teniendo una manada de gansos en lo que es hoy un rico huerto, ya tendiendo las redes para cazar aves silvestres en el mismo sitio que mucho después se dividía y convertía en campos de trigo y de nabos. Podía libremente cortar la hierba entre las ásperas malezas del pantano que hoy, convertido en pradera artificial que esmalta fino césped, da nombre á la comarca por la manteca y por los quesos. El progreso de la agricultura y el aumento de población le han privado necesariamente de todos estos beneficios. Pero contra esta desventaja puede presentarse una larga lista de beneficios, pues de los que la civilización y la filosofía traen consigo, una gran parte es común á todas las clases, y se echaría de menos, si llegara á desaparecer, lo mismo por el labrador que por el aristócrata. Hace ciento sesenta años empleaba el campesino un día entero en llegar á la plaza del mercado, á donde su carro le conduce actualmente en una hora. La calle que durante toda la noche ofrece al artesano paseo seguro, agradable y espléndidamente alumbrado, hace ciento sesenta años quedaba tan oscura á la puesta del sol que apenas si se distinguían los dedos de la mano; el pavimento era tal, que se hallaba en constante riesgo de romperse la cabeza, y tan descuidada la vigilancia de la autoridad que corría eminente peligro de ser apaleado y despojado de sus pobres ahorros. El albañil que ahora cae de un andamio, el barrendero público á quien atropella un carruaje, encuentran hoy quien cure sus heridas y componga sus destrozados miembros con una habilidad que hace ciento sesenta años todas las riquezas de un gran lord como Ormond ó de un príncipe del comercio como Clayton no hubieran podido comprar. Algunas enfermedades han desaparecido merced á los esfuerzos de la ciencia, y otras han

sido desterradas por la policía sanitaria. La duración media de la vida humana ha aumentado en todo el reino, y especialmente en las ciudades. El año 1685 no era contado como de los peores, y sin embargo, murieron más de uno par cada veintitres habitantes en la capital (1). Actualmente la mortalidad es de uno por cada cuarenta anualmente. La diferencia de salubridad, entre el Londres del siglo XIX y el del siglo XVII, es mucho mayor que la diferencia del Londres en circunstancias ordinarias ó azotado por el cólera.

Más importante es aún el beneficio que todas las clases de la sociedad, y especialmente las más humildes, deben á la benéfica influencia de la civilización en nuestro carácter nacional. Cierto que en el fondo ha permanecido el mismo por espacio de muchas generaciones, en el sentido en que podría decirse que el carácter de un individuo es el mismo cuando irreflexivo y turbulento estudiante que mucho después, cuando, ya hombre, ha terminado completamente su desarrollo. Con verdadero placer notamos que el carácter del pueblo inglés se ha dulcificado á medida que avanzaba en su desarrollo, y que en el trascurso de algunos siglos nuestro pueblo es no sólo más culto sino también más humano. Apenas se hallaría una página de la historia ó de la literatura ligera del siglo XVII que no contuviese alguna prueba de que nuestros antepasados eran más crueles que su posteridad. La disciplina de los talleres, de las escuelas, de las familias, sin ser más eficaz, era infinitamente más rigorosa que al presente. Personas bien nacidas y de buena educación acostumbraban á pe-

---

(1) El número de defunciones aquel año llegó á 23.222. Petty, *Political Arithmetic*.

gar á sus criados. Los pedagogos no conocían medio más eficaz de trasmitir los conocimientos á los alumnos que el palo. Maridos de buena posición no se avergonzaban de pegar á sus mujeres. El odio de las hostiles facciones era tal, que apenas podemos concebirlo. Los whigs estaban siempre dispuestos á murmurar porque Stafford había sido ejecutado sin que antes viese con sus propios ojos arder sus entrañas. Los toríes habían insultado á Russell cuando iba de la Torre en la carreta á ser ejecutado en Lincol's Inn Fields (1). Igual crueldad mostraba el pueblo á víctimas de rango más humilde. Si un criminal era puesto en la picota, podía dar gracias á Dios con tal de escapar con vida de la lluvia de ladrillos y piedras que de todas partes caía sobre él (2). Si lo ataban á la carreta del verdugo para ser azotado, la multitud se apiñaba á su alrededor implorando al verdugo que le azotase sin piedad, para divertirse con sus gestos (3). Se arreglaban partidas de placer, entre gente de rango, para ir á Bride Well los días que se reunía el Tribunal, sólo con el propósito de ver azotar las infelices mujeres que baten allí el cáñamo (4). Un hombre condenado á muerte; una mujer quemada viva por monedera falsa, no excitaban tanta lástima como en nuestros días un caballo lastimado ó un buey agobiado por la excesiva carga. Luchas en cuya comparación los modernos combates de boxeadores parecerían espectáculo humano y refinado, figuraban entre las diversiones favoritas de una gran parte de la ciudad. Se reunía la multitud á ver las luchas de gladiadores

---

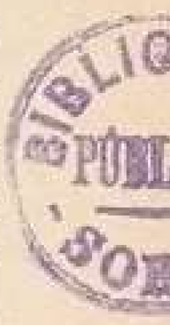
(1) Burnet, I, 560.

(2) Muggleton's, *Acts of the Witnesses of the Spirit.*

(3) Tom Brown describe una de estas escenas en términos que no me atrevo á copiar.

(4) Ward's, *London Spy.*

que con armas mortales se hacían pedazos, y aplaudía con entusiasmo cuando uno de los combatientes perdía un dedo ó un ojo. Las cárceles eran infierno en la tierra, escuela de crímenes y semillero de enfermedades. Cuando el reo, flaco y amarillo, era sacado de su calabozo y conducido ante el Tribunal, llevaba consigo tan pestilente atmósfera, que con frecuencia le vengaba de los jueces, de los jurados y aun del público. Todas estas miserias eran consideradas por la sociedad con la más completa indiferencia. Inútil fuera buscar la sensible é infatigable compasión que en nuestros días ha tendido su protectora mano al niño de las fábricas, á la viuda india y al negro esclavo; que examina las provisiones y las barricas de agua de los buques de emigrantes; que se estremece al sentir el ruido del látigo en las espaldas del soldado borracho; que no permitiría que el ladrón encerrado en un presidio careciese del necesario alimento, ó sufriese por el exceso de trabajo; y que repetidas veces ha intentado salvar la vida del asesino. Cierto que la compasión, como todos los sentimientos, debe estar sometida al gobierno de la razón, y que por falta de esto ha conducido á veces á extremos ridículos y deplorables. Pero cuanto más estudiemos los anales del pasado, más nos regocijaremos de vivir en una edad de gracia, en una época en que la crueldad se mira con horror, y en que el castigo, aun siendo merecido, se impone con repugnancia y obedeciendo sólo al cumplimiento de un deber. Todas las clases han ganado indudablemente con este gran cambio moral, pero la clase que ha ganado más es la más pobre, la más dependiente y la más indefensa.



## LVI.

### ILUSIÓN QUE CONDUCE Á EXAGERAR LA FELICIDAD DE LAS GENERACIONES PRECEDENTES.

El efecto general de lo que con toda evidencia se ha sometido al juicio del lector, apenas parece admitir duda; y sin embargo, aun con toda esta evidencia, muchos habrá que imaginen que la Inglaterra de los Estuardos era un país más agradable y encantador que la Inglaterra en que vivimos. Puede parecer extraño á primera vista que la sociedad, al mismo tiempo que adelanta con rapidez creciente, vuelva los ojos al pasado con melancólico pesar. Pero ambas inclinaciones, aunque contradictorias al parecer, pueden fácilmente unirse y armonizarse en el mismo principio, pues ambas nacen y se originan en la impaciencia que el descontento de la vida actual produce en nosotros. Esta impaciencia, al mismo tiempo que nos sirve de estímulo para adelantar á las generaciones precedentes, nos hace apreciar en más de lo que realmente vale su felicidad. Es en cierto modo ingratitud y falta de razón, por parte nuestra, estar siempre descontentos de una condición que constantemente mejora y adelanta. Pero en realidad, si el progreso es constante, débese simplemente á que el descontento también lo es. Si estuviéramos plenamente satisfechos del presente, claro es que cesaríamos de luchar, de trabajar y de mirar á lo futuro, así como es muy natural que si no estamos contentos del presente, formemos juicio excesivamente favorable del pasado.

En realidad, somos en esto víctimas de decepción semejante á la que extravía al viajero en los desiertos de la Arabía. Alrededor de la caravana todo es árido y seco; pero allá en lontananza, lo mismo mirando hacia adelante que hacia atrás, se descubre la fresca perspectiva de las aguas. Los peregrinos apresuran el paso, y encuentran sólo arena donde una hora antes habían visto un lago. Vuelven entonces los ojos atrás, y ven un fresco lago donde una hora antes caminaban trabajosamente por la abrasada arena. Ilusión semejante parece alucinar á las naciones en las distintas etapas del largo viaje que de la pobreza y la barbarie las conduce al más alto grado de civilización y opulencia. Pero si resueltamente seguimos el miraje hacia atrás, le veremos retroceder ante nosotros y refugiarse en las regiones de la fabulosa antigüedad. Y así vemos que está ahora en moda poner la edad de oro de Inglaterra en aquellos tiempos en que los nobles carecían de comodidades, cuya falta se haría intolerable á cualquier criado de nuestro tiempo; cuando propietarios y comerciantes almorzaban con un pan cuya sola vista bastaría á promover un tumulto en un moderno asilo de mendicidad; cuando moría más gente en las regiones del campo donde el aire es más puro, que en las más sucias é infectas callejuelas de nuestras ciudades, y cuando en las callejuelas de las ciudades era mayor la mortandad que hoy en la costa de Guayana. También á nuestra vez seremos aventajados y envidiados, y muy bien puede ser que en el siglo XX el aldeano del condado de Dorset se considere miserablemente pagado con quince chelines semanales; que el carpintero de Greenwich gane diez chelines diarios; que la clase trabajadora extrañe tanto el pasar sin carne á la comida como hoy extrañaría el tener que comer pan de centeno;

que la policía sanitaria y los descubrimientos de las ciencias médicas hayan añadido algunos años más á los que por término medio dure actualmente la vida del hombre, y, en fin, que numerosas comodidades y lujos hoy desconocidos, ó reservados sólo á muy pocos, se hallen al alcance de todo hombre diligente y activo.

---

# CAPÍTULO IV.

## Advenimiento de Jacobo II.—(1685).

I. Muerte de Carlos II.—II. Sospechas de envenenamiento.—III Discurso de Jacobo II en el Consejo Privado.—IV. Proclamación de Jacobo.—V. Estado de la Administración.—VI. Nuevos arreglos.—VII. Sir Jorge Geffreys.—VIII. Recaudación de los impuestos sin acta del Parlamento.—IX. Convocación de nuevo Parlamento.—X. Relaciones de Jacobo II y el Rey de Francia.—XI. Churchill enviado de embajador á Francia. Su historia.—XII. Relaciones de las potencias continentales con Inglaterra.—XIII. Política de la corte de Roma.—XIV. Incertidumbre de Jacobo.—XV. Fluctuaciones de su política.—XVI. Celebración pública de las ceremonias del culto católico en Palacio.—XVII. Coronación de Jacobo II.—XVIII. Entusiasmo de los *tories*.—XIX. Las elecciones.—XX. Proceso de Oates.—XXI. Proceso de Dangerfield.—XXII. Proceso de Baxter.—XXIII. Reúnese el Parlamento de Escocia.—XXIV. Jacobo II y los Puritanos.—XXV. Crueldad del Gobierno con los *covenantarios* escoceses.—XXVI. Intenciones de Jacobo respecto de los *cuákeros*. —XXVII. Guillermo Penn.—XXVIII. Benevolencia del Gobierno para con los católicos y los cuákeros.—XXIX. Reúnese el Parlamento de Inglaterra.—XXX. Trevor elegido *Speaker*.—Carácter de Seymour.—XXXI. Votación del impuesto.—XXXII. Acuerdos de la Cámara popular en la cuestión religiosa.—XXXIII. Votación de un impuesto nacional.—XXXIV. Sir Dudley North.—XXXV. La Cámara de los Lores.—XXXVI. *Bill* revocando la acusación de Stafford.

### I.

### MUERTE DE CARLOS II.

La muerte de Carlos II sorprendió á la nación. Era de complexión fuerte, y no parecía haber sufrido por

efecto de los excesos. Había cuidado siempre en extremo de su salud aun en medio de los placeres, y sus hábitos prometían larga vida y robusta ancianidad. Todo lo que tenía de indolente en lo que requería algún ejercicio del entendimiento, teníalo de activo y constante en los ejercicios corporales. Cuando joven, había tenido fama de gran jugador de pelota (1), y era aún en el ocaso de la vida infatigable andarín, de tal modo, que costaba trabajo á los que eran admitidos á pasear en su compañía sostener su paso ordinario. Era gran madrugador, y generalmente pasaba tres ó cuatro horas al día al aire libre. Veíasele siempre por las mañanas, cuando aún la escarcha tapizaba el césped, en el parque de Saint James, correr entre los árboles, jugando con sus lebreles y arrojando puñados de trigo á los patos, todo lo cual le hacía querer del vulgo, que siempre gusta de los grandes que no reparan en descender hasta él (2).

Pero hacia el fin del año 1684, un ligero ataque que se creyó ser de gota le impidió salir como de costumbre. Pasaba entonces las mañanas en su laboratorio, donde se entretenía en hacer experimentos sobre las propiedades del mercurio. Su carácter parecía haber sufrido por efecto de este encierro. No había, sin embargo, causa aparente que pudiera inquietarle; su Reino estaba tranquilo; no tenía necesidad urgente de dinero; era su poder mayor que nunca, y el partido que por largo tiempo le había amenazado estaba vencido y deshecho por completo. Pero la alegría, que le había sostenido en la adversa fortuna, habíase desvanecido en la época de prosperidad.

---

(1) Pepys's, *Diary*, dic. 28, 1663. Set. 2, 1667.

(2) Burnet, I, 606; *Spectator*, núm. 462; *Lords' Journals*, oct. 28, 1678; Cibber's, *Apology*.

Cualquier cosa ahora bastaba para abatir aquel espíritu que siempre se había levantado animoso contra la derrota, el destierro y la miseria. Sus frecuentes accesos de furor mostrábanse con gestos y palabras que apenas se hubieran esperado de hombre tan distinguido, por su constante buen humor, así como por su cortesía. A pesar de todo esto, nadie creía, sin embargo, que su salud estuviera seriamente amenazada (1).

Raras veces había presentado su palacio más alegre ó más escandaloso aspecto que en la noche del domingo primero de febrero de 1685 (2). Algunas personas graves que, según la usanza de la época, habían ido á ofrecer sus respetos al Soberano, y que esperaban que en tal día presentaría la Corte aspecto más decoroso, estaban llenas de admiración y de horror. La gran galería de Whitehall, admirable reliquia de la magnificencia de los Tudors, estaba llena de libertinos y jugadores. Veíase allí al Rey sentado en alegre charla con tres mujeres, cuyos encantos eran el orgullo de tres naciones que deshonraban con sus vicios. Era una de ellas Bárbara Palmer, duquesa de Cleveland, que si bien no era ya joven, aun conservaba las huellas de aquella soberbia y voluptuosa hermosura que veinte años antes subyugaba los corazones de cuantos la trataban. Allí estaba también la Duquesa de Portsmouth, cuyas facciones de infantil dulzura parecía iluminar la vivacidad de la Francia. Ultimamente completaba el grupo Hortensia

---

(1) Burnet, I, 605, 606; Welwood, 138; North's, *Life of Guildford*, 251.

(2) Aprovecho esta oportunidad para advertir que siempre que dé una sola fecha, seguiré el antiguo estilo, que era en el siglo XVII el adoptado en Inglaterra, pero el año lo cuento siempre á partir de 1.º de enero.

Mancini, Duquesa de Mazarino y sobrina del gran Cardenal. Desde muy niña había salido de Italia, su país natal, para ir á vivir á la corte, donde su tío mandaba como soberano. Su poder y sus atractivos habíanle formado muy pronto una corte de ilustres ambiciosos, y el mismo Carlos, cuando se hallaba en el destierro, había solicitado inútilmente su mano. La naturaleza y la fortuna parecían haber derramado á competencia sobre ella sus más valiosos dones. Era su rostro hermoso con la espléndida belleza del Mediodía; su entendimiento pronto, graciosas sus maneras, elevado su rango y su fortuna inmensa; pero sus indómitas pasiones habían trocado todos estos beneficios en otras tantas maldiciones. No pudiendo sobrellevar la desdicha de un enlace infeliz, había huído del lado de su marido, abandonándole sus inmensas riquezas; y después de haber sido el escándalo de Roma y del Piamonte por sus aventuras, había fijado su residencia en Inglaterra. Su casa era el sitio favorito de los hombres de ingenio y de vida alegre, que á trueque de sus sonrisas y de su mesa, sufrían pacientemente sus frecuentes accesos de insolencia y mal humor. Rochéster y Godolphin olvidaron algunas veces en su compañía los cuidados de Estado; Barillón y Saint Evremond hallaron consuelo en su tocador á su largo destierro de París; la ciencia de Vossius, el ingenio de Waller, empleábanse diariamente en adularla y divertirla; pero su mente enferma necesitaba más fuertes alicientes y los buscaba en la vida galante, en la bebida y en el juego (1). Mientras Carlos se entretenía con sus tres sultanas, el paje

(1) Sain Evremond *passim*. St. Real, *Memoires de la Duchesse de Mazarin;* Rochester's, *Farewell*; Evelin's, *Diary*, sept. 6, 1676; June 11, 1699.

francés de Hortensia, hermoso mancebo cuya voz hacía las delicias de los cortesanos de Whitehall, que le recompensaban con numerosos presentes de ricos vestidos, caballos y guineas, entonaba una canción de amor (1). Una veintena de cortesanos, sentados alrededor de una gran mesa erizada de montes de oro, jugaban á los naipes (2). Habíase ya quejado el Rey de que no se sentía del todo bien; cenó sin apetito, y su sueño fué intranquilo; pero á la mañana siguiente madrugó como de costumbre. Aquella mañana era esperada con ansiedad por las opuestas facciones que dividían el Consejo. La lucha entre Halifax y Rochéster parecía aproximarse á su término. No contento Halifax con haber hecho salir á su rival de la Tesorería, habíase propuesto acusarle y demostrar que era tal su criminalidad ó negligencia en el manejo de los caudales, que debería sin duda de castigársele privándole para siempre de todo empleo público; y aun se susurraba que el Lord Presidente sería enviado tal vez á la Torre. Había prometido el Rey tomar cartas en el asunto, y se había fijado el 2 de febrero para la información. Varios oficiales de Hacienda habían recibido orden de estar prontos con sus libros para comparecer ante el Consejo (3). Mas la fortuna preparaba uno de sus frecuentes cambios.

Apenas había dejado Carlos el lecho, advirtieron sus criados que tenía el rostro demudado y que parecía desvariar. Algunos individuos de la nobleza asis-

---

(1) Evelyn's, *Diary*, enero 28, 1684-5; Saint Evremond, *Carta á Déry*.

(2) Evelyn's, *Diary*, feb. 4, 1684-5.

(3) Roger North: *Life of Sir Dudley North*, 170; *El verdadero patriota vindicado, ó justificación de Su Excelencia el C. de R.*; Burnet, I, 605. Los *Libros del Tesoro* prueban que Burnet tenía buena inteligencia.

tian, como de ordinario, al tocador del Soberano, que se esforzaba en conversar con ellos con su habitual alegría; pero la inseguridad de su mirada les sorprendió y causó en todos general alarma. Muy pronto aumentó la lividez de su rostro; los ojos giraron en sus órbitas; lanzó un grito, vaciló, y cayó en brazos de lord Tomás Bruce, hijo del Conde de Ailesbury. Hallábase presente el médico que tenía á su cargo las reales retortas y crisoles, y como no tenía allí lanceta, valióse de un cortaplumas para sangrar al Rey. La sangre corrió libremente, pero el enfermo no volvía en sí.

Trasladósele al lecho, donde por breve espacio la Duquesa de Portsmouth permaneció á su lado prodigándole los cuidados de una esposa. Pero ya se había dado la voz de alarma, y la Reina y la Duquesa de York corrían apresuradamente al lado del Monarca. Entonces la concubina favorita tuvo que retirarse á sus aposentos; á aquellos mismos aposentos que por tres veces habían sido derribados, y que su regio amante por complacerla había hecho reedificar otras tres veces. El servicio de la chimenea era de plata maciza; las paredes ostentaban hermosos cuadros que pertenecían á la Reina y que habían sido trasladados á las habitaciones de la favorita. Lucían los aparadores vajilla ricamente labrada, y en las rinconeras trabajos de ebanistería, obras maestras del arte japonés.

Las colgaduras, recién construídas en los telares de París, ostentaban en brillantes colores, con que no podía competir la tapicería inglesa, aves de espléndido plumaje, paisajes, partidas de caza, la aristocrática azotea de San Germán y las estatuas y fuentes de Versalles (1). En medio de este esplendor, comprado

(1) Evelyn's, *Diary*, enero 24, 1681-2; octubre 4, 1683.

con la deshonra y la vergüenza, la infeliz se entregó á la más desoladora angustia, que, si se le ha de hacer justicia, no era completamente egoísta.

Y las puertas de Whitehall, que ordinariamente estaban abiertas para todo el mundo, permanecían ahora cerradas, y sólo á personas conocidas se permitía la entrada. Así y todo, pronto se llenaron de gente las antecámaras y galerías, y hasta el regio aposento se vió pronto invadido de los Señores, Consejeros privados y Embajadores extranjeros. Las notabilidades que en la ciencia médica encerraba Londres habían sido llamadas, y tan hondas eran en aquel tiempo las animosidades políticas, que fué mirada como cosa extraordinaria la presencia de algunos médicos *whigs* (1). Asistía también al Monarca un médico católico, renombrado por su ciencia, el Dr. Tomás Short, y algunas de las prescripciones facultativas que aun se conservan, llevan la firma nada menos que de catorce doctores. El paciente fué sangrado en abundancia, le aplicaron un hierro candente á la cabeza y le introdujeron en la boca una sal volátil extraída de sesos humanos. Por fin, consiguieron hacerle volver en sí, pero su situación era gravísima.

La Reina durante algún tiempo no se separó del lecho del enfermo, y el Duque de York apenas se movía de la cabecera de su hermano. El Primado y otros cuatro Obispos, que estaban entonces en Londres, permanecieron en Whitehall todo el día, y por la noche se relevaban en la habitación del Monarca.

A la nueva de su enfermedad, la tristeza y el desaliento se esparcieron por la capital. La ingénita bondad de su carácter y sus afables maneras habíanle granjeado el afecto de la mayor parte de sus súbditos,

---

(1) Correspondencia de Dugdale.

y aun aquellos que menos le querían, preferían su irreflexión y ligereza á la austera y ardiente devoción de su hermano.

La mañana del jueves 5 de febrero anunciaba la *Gaceta de Londres* que S. M. seguía bien, y que los médicos lo consideraban ya fuera de peligro. Lanzáronse á vuelo alegremente las campanas, y los vecinos se prepararon á solemnizar tan fausta nueva con iluminaciones y fuegos artificiales; mas apenas llegada la noche, súpose que la enfermedad se había agravado en términos de quitar á los médicos toda esperanza de salvación.

Causó esta nueva general trastorno, que no llegó con todo á convertirse en tumulto. El Duque de York, que había ya asumido en su persona el mando supremo, aseguró que la ciudad se hallaba completamente tranquila, y que sería proclamado sin dificultad tan pronto como su hermano dejase de existir.

El Rey entre tanto sufría horriblemente, y se quejaba de que sentía como si un fuego devorador le abrasase las entrañas. Nadie hubiera esperado de su blando y lascivo temperamento el viril aliento con que soportaba tan terribles dolores. El espectáculo de su miseria afectó á la Reina, hasta el punto de hacerla perder el sentido, y en tal estado fué trasladada á sus habitaciones. Los Prelados que le asistían, y que desde el principio le habían exhortado á prepararse á bien morir, juzgaron ahora de su deber insistir obstinada mente en esta idea. Guillermo Sancroft, Arzobispo de Canterbury, hombre honrado y piadoso aunque de cortos alcances, se expresaba con gran libertad. «*Ya es tiempo*, decía, *de hablar claro, porque estáis á punto de comparecer ante un Juez que no mira la calidad de las personas.*» El Rey no contestó una palabra.

Llegó entonces el turno á Tomás Ken, Obispo de

Bath y Wells, que á su vez desplegó toda su elocuencia para persuadir al Monarca. Era este Obispo hombre docto y de relevantes dotes; su sensibilidad era exquisita, é inmaculada su virtud. Sus eruditas obras yacen en el olvido desde hace mucho tiempo, pero sus himnos religiosos se repiten diariamente por millares de personas. Celoso defensor de la monarquía, como la mayor parte de los clérigos, no por eso llegaba al vergonzoso extremo de lucrar con sus opiniones, y antes de llegar á ser Obispo había mantenido el decoro de su orden negándose, cuando la corte estaba en Winchester, á permitir que Leonor Gwynn se alojase en la misma casa que él ocupaba como prebendado (1). El Rey que tenía suficiente talento para respetar tan varonil espíritu, entre todos los Prelados tenía por Ken especial predilección. En la ocasión presente no era preciso, sin embargo, que el buen Obispo desplegase toda su elocuencia, pues su solemne y patética exhortación, de tal modo conmovió á los circunstantes, que algunos de ellos le creyeron lleno de aquel mismo espíritu que, en los antiguos tiempos, había hablado por boca de Natán y Elías, haciendo pensar en el arrepentimiento á los Príncipes pecadores. Carlos, sin embargo, no se conmovió, ni hizo la menor objeción cuando se leyó el servicio religioso de los agonizantes. La única respuesta que daba á las continuas preguntas de los Prelados era que sentía con toda su alma el mal que había hecho, y aun permitió que se le absolviese según el rito de la Iglesia anglicana; pero cuando le decían que declarase que moría en la comunión de aquella Iglesia, hacía como que no oía, y no hubo

---

(1) Hawkins, *Life of Ken*, 1713.

quien pudiera hacerle recibir la Eucaristía de mano de los Obispos. En vano fué traer una mesa con pan y vino al lado de su lecho: unas veces decía que no había prisa, y otras que se sentía demasiado débil.

Atribuían muchos esta apatía á desprecio por las cosas divinas, mientras que otros encontraban más fácil explicación en el natural temor que casi siempre precede á la muerte; pero algunos había en Palacio que conocían mejor la verdadera causa de la conducta del moribundo. Carlos no había sido nunca miembro sincero de la Iglesia establecida, y por largo tiempo su mente había oscilado entre el Hobbismo y la religión católica. Cuando disfrutaba de buena salud y el temor de la muerte no le asediaba, burlábase igualmente de ambas; pero en los momentos de peligro volvía siempre los ojos á la Iglesia de Roma. Sabía esto el Duque de York; pero ocupado únicamente en el cuidado de sus propios intereses, había ordenado que se cerrasen las puertas exteriores, que en diferentes partes de la ciudad se apostasen destacamentos de la guardia, y hasta había obtenido la débil firma del moribundo Monarca, para un documento que prorrogaba el pago de algunos impuestos, que solo debían satisfacerse hasta la muerte del Rey, por el término de tres años. Todas estas cosas ocupaban de tal modo la atención de Jacobo, que aunque en ocasiones ordinarias era hasta indiscreto por su deseo de adquirir prosélitos á la Iglesia católica, no había reflexionado que su hermano se hallaba en peligro de morir sin recibir los últimos Sacramentos. Era esta negligencia tanto más extraordinaria, cuanto que la misma mañana que el Rey cayó enfermo, la Duquesa de York, á petición de la Reina, le había hecho presente la necesidad de que no faltasen al Rey los auxilios espirituales. No fué, sin embargo, á la piadosa

Reina ni á su cuñada á quien el Rey había de deber tan importante servicio. La vida frívola y entregada al vicio no había extinguido en la Duquesa de Portsmouth los sentimientos religiosos, ó al menos aquella bondad natural que es el más bello atributo de su sexo. Al irla á visitar Barillon, el Embajador francés, que había venido á Palacio á ver cómo seguía el Rey, la encontró presa de la más profunda tristeza. Hizole entrar en una habitación secreta y le comunicó lo que principalmente la afligia. «*Tengo que deciros una cosa importantísima*, le dijo, *que si llegara á saberse pondría en peligro mi cabeza. El Rey es real y verdaderamente católico y morirá sin reconciliarse con la Iglesia. Su cámara está llena de clérigos protestantes; yo no puedo entrar sin que mi presencia cause un escándalo; el Duque no se ocupa más que en sí mismo. Habladle, recordadle que un alma está en peligro; ahora él es el amo, y puede hacer despejar la cámara; id en seguida, ó será demasiado tarde.*»

Barillon corrió apresuradamente á la cámara del Monarca, llamó aparte al Duque, y le comunicó el mensaje de la favorita. La conciencia de Jacobo le afeó su conducta, y saliendo como de un sueño declaró que nada podría impedirle el terminar tan sagrado deber, cuyo cumplimiento se había dilatado en demasía. Para llevarlo á efecto varios proyectos fueron discutidos y rechazados, hasta que al fin mandó el Duque á los que rodeaban el lecho que se alejasen é inclinándose al oído de su hermano, murmuró algunas palabras que ninguno de los circunstantes pudo oir y que todos suponían referirse á algún asunto de Estado. Carlos contestó en voz inteligible: «*Sí, sí, con todo mi corazón.*» Ninguno de los espectadores, á excepción del Embajador francés, sospechaba que con aquellas palabras declaraba el Rey su deseo de ser admitido en el seno de la Iglesia católica.

«*¿Traigo un sacerdote?* dijo el Duque.—*Sí, hermano*, replicó el enfermo, *tráelo por Dios, y no pierdas tiempo. Pero... no; tal vez sea esto causa de trastornos.*—*Aunque me costara la vida*, dijo el Duque, *he de traer un sacerdote.*»

No era, sin embargo, cosa fácil hallar, en un momento dado y para tal propósito, un sacerdote; pues la ley entonces establecía, que todo el que admitiese un prosélito en el seno de la Iglesia romana se hacía reo de pena capital. El Conde de Castel Melhor, noble portugués que arrojado de su país natal por las contiendas políticas había recibido hospitalaria acogida en la Corte británica, trató de buscar un confesor, para lo cual recurrió á sus paisanos que formaban parte de la servidumbre de la Reina; mas por desgracia ninguno de aquellos capellanes sabía el inglés ó el francés lo suficiente para confesar al Rey. Iban ya el Duque de York y Barillon á enviar por un clérigo á casa del Ministro veneciano, cuando oyeron decir que un fraile benedictino llamado Juan Huddleston se hallaba casualmente en Whitehall. Era éste el mismo que, después de la batalla de Worcéster, había salvado la vida al Rey arriesgando la propia existencia; por lo cual, después de la restauración, había sido siempre exceptuado aun en las más ardientes manifestaciones contra los sacerdotes papistas; y cuando los falsos testimonios habían encendido en rabiosa furia á la nación contra los clérigos católicos, no sólo habían dejado tranquilo á Huddleston, sino que se le había exceptuado de la persecución haciendo especial mención de su nombre (1).

---

(1) Véase la *Gaceta de Londres* de 21 de noviembre de 1678. Barillon y Burnet dicen que Huddleston había sido exceptuado en todas las leyes que el Parlamento había hecho contra los clérigos; pero esto es erróneo.

No vaciló en exponer nuevamente su vida por el Rey; mas una nueva dificultad se presentaba en la ignorancia del buen fraile, que era tal que no sabía lo que había de decir en ocasión tan importante. Sin embargo, con algunas indicaciones que, merced al Marqués de Castel Melhor, le hizo uno de sus clérigos portugueses, no vaciló Huddleston en llevar adelante su propósito, y brevemente enterado de lo más preciso, subió por una escalera interior que conducía á la real cámara, guiado por Chiffinch, criado de confianza del Monarca, que si se ha de dar crédito á la crónica escandalosa de la época, estaba acostumbrado á introducir por aquel sitio visitas de muy distinta índole. En tanto, el Duque, en nombre del Rey, mandó á todos los presentes que saliesen del aposento, á excepción tan solo de Luis Duras, Conde de Feversham, y Juan Granville, Conde de Bath. Ambos Lores eran protestantes; pero Jacobo contaba con su fidelidad. Feversham, francés de noble cuna y sobrino del gran Turena, tenía un alto puesto en el ejército inglés, y era además chambelán de la Reina. Bath era primer gentilhombre de cámara.

Las órdenes del Duque fueron obedecidas, y hasta los médicos se retiraron. Abrióse entonces la puerta secreta y entró el padre Huddleston. Un amplio manto cubría sus sagradas vestiduras, y su tonsura estaba oculta por una espesa peluca. El Duque entonces, dirigiéndose al Rey, le dijo: «*Señor, este buen hombre que ya en otra ocasión os ha salvado la vida, viene ahora á salvaros el alma.*» Carlos contestó en voz muy débil: «*Sea bien venido.*» Huddleston empezó entonces el cumplimiento de sus sagrados deberes, en lo cual estuvo mejor de lo que nadie hubiera esperado. Se arrodilló al lado del lecho, y después de oir la confesión del moribundo, le absolvió y le administró la Extrema-

unción. Preguntóle luégo si quería recibir el Señor. «*Sin duda*, contestó Carlos, *si no soy indigno*.» Trájose la hostia, y como Carlos se esforzase débilmente por levantarse y arrodillarse ante la Sagrada Forma, le ordenó el fraile que permaneciese acostado, asegurándole que Dios se contentaba con la humillación del alma, sin exigir la del cuerpo. Era tal el estado del Monarca; que siéndole muy difícil tragar la hostia fué necesario abrir la puerta y traer un vaso de agua. Terminada la santa ceremonia, el fraile puso ante los ojos de su penitente un crucifijo, y encargándole que fijase sus últimos pensamientos en la pasión del Redentor, se retiró. Había durado toda la ceremonia como tres cuartos de hora, y en este tiempo, los cortesanos que llenaban la cámara inmediata se habían comunicado sus sospechas con significativas miradas ó hablándose al oído. Por fin abrióse de nuevo la puerta, y la multitud volvió á llenar la cámara de la muerte.

Eran las altas horas de la noche, y el Rey parecía sentirse mejor después de lo que había pasado. Trajeron sus hijos naturales al lado del lecho, los Duques de Grafton, Southampton y Northumberland, hijos de la Duquesa de Cleveland; el Duque de Saint Albans hijo de Leonor Gwynn; y el Duque de Richmond, hijo de la Duquesa de Portsmouth. Carlos los bendijo á todos; pero habló con peculiar ternura á Richmond. Un rostro faltaba que todos echaron de menos: el mayor y el más querido de los hijos del Monarca, que estaba errante en el destierro. Ni una sola vez pronunció el Rey su nombre.

Durante la noche Carlos recomendó ardientemente á su hermano que no abandonase á la Duquesa de Portsmouth y su hijo, y aun añadió en tono sincero: «*No vayas á dejar morir de hambre á la pobre Nelly*.» La

Reina envió, por Halifax, á excusarse de su ausencia. Decía que se hallaba en tal estado de inquietud y turbación que no podía volver á ocupar su puesto al lado del Monarca, y al mismo tiempo imploraba su perdón, si involuntariamente le había ofendido alguna vez. «*¡Pobre mujer!* exclamó Carlos; *me pide perdón; yo se lo pido á ella con toda mi alma.*»

La luz de la mañana empezaba entonces á penetrar por las ventanas de Whitehall, y Carlos hizo que descorriesen las cortinas para poder ver una vez más la luz del día. Observó también que era tiempo de dar cuerda á un reloj que había cerca de su lecho; pequeñas circunstancias que se recordaron por mucho tiempo, por ser prueba indisputable y clara de que cuando se declaró católico romano se hallaba en la plena posesión de sus facultades. Pidió perdón á los que le acompañaron durante la noche de la molestia que les había causado, pues, decía, se había estado muriendo mucho más tiempo del que nadie hubiera podido esperar; mas con todo, no dudaba que le excusarían. Fué ésta la última muestra de aquella exquisita cortesía que tantas veces había sido bastante poderosa á hacer desaparecer el enojo de una nación justamente irritada. Apenas dichas estas palabras, su voz se debilitó hasta el punto de faltarle casi el habla, y antes de las diez de la mañana había perdido el conocimiento. Entre tanto, el pueblo acudía en tropel á las iglesias para asistir al servicio de la mañana, y cuando se leyó la oración por el Rey, los suspiros y sollozos en que prorrumpió la multitud mostraban cuán hondo y sincero era el cariño que profesaba al Monarca. Por fin, el viernes 6 de febrero á mediodía entregó el alma (1).

---

(1) Clarke's, *Life of James the Second*, I, 746. Orig. Mem..

## II.

### SOSPECHAS DE ENVENENAMIENTO.

En aquel tiempo era muy común en el vulgo, en toda Europa, y más especialmente en Inglaterra,

Barxillon's, *Despatch* of feb. 8 (18), 1685; Citter's, *Despatches* of feb. 3 (13) and feb. 6 (16); Huddleston's, *Narrative; Letters of Philip, second Earl of Chesterfield*, 277; Sir H. Ellis's, *Original Letters*, First Series, III, 333; Second Series, IV, 74; Chaillot, MS.; Burnet, I, 606; Evelyn's, *Diary*, feb. 4, 1684-5; Welwood's, *Memoirs*, 140; North's, *Life of Guildford*, 252; *Examen*, 648; Hawkins's, *Life of Ken;* Dryden's, *Threnodia Augustalis*; Sir H. Haldford's, *Essay on Deaths of Eminent Persons*. Véase también el fragmento de una carta que lord Bruce escribió mucho después de ser Conde de Ailesbury, y que se imprimió en el *European Magazine* de abril de 1795. Ailesbury trata á Burnet de impostor, á pesar de que su relación no parece contradecir la de aquél. He visto en el Museo Británico, y también en la Biblioteca de la Institución Real, un curioso *in plano*, que contiene una relación de la muerte de Carlos. Se hallará en la *Colección de Somers*. El autor era evidentemente celoso católico; debe haber bebido en muy buenas fuentes. Tengo vehementes sospechas de que estuvo en comunicación directa ó indiretamente con el mismo Jacobo. Al final no figura nombre alguno; pero las iniciales son perfectamente inteligibles, excepto en un sitio. Dice que el que recordó al D. de Y. el cumplimiento del sagrado deber para con su hermano fué P. M. A. C. F. Confieso que no he sido capaz de descifrar estas cinco letras, si bien algo me consuela que á Sir Walter Scott le haya pasado lo mismo. Desde que se publicó la primera edición de esta obra me han comunicado varias conjeturas, muy ingeniosas todas, relativamente á las misteriosas iniciales; pero tengo el convencimiento de que la verdadera solución aun está por hallar.

Podrá parecer que nada debería conocerse en nuestra historia, con más exactitud que lo que pasó al lado del lecho de muerte de Carlos II. Tenemos varias relaciones escritas por personas que

atribuir la muerte de los Príncipes, sobre todo si el Príncipe era popular y su muerte inesperada, al más repugnante y horrendo de todos los asesinatos. Por esta creencia fué acusado Jacobo I de haber envenenado al Príncipe Enrique; del mismo modo se dijo que Carlos I fuera acusado de envenenar á Jacobo I, y así también, cuando en tiempo de la República murió en Carisbrook la Princesa Isabel, se aseguró que Crómwell había descendido al repugnante crimen de

---

se hallaban entonces en su cámara. Existen también otras escritas, si no por testigos presenciales, por personas que tuvieron oportunidad de consultarlos y tener por ellos cuantas noticias podrían desear. Y sin embargo, quien intente reunir tan vastos materiales en una narración minuciosa se encontrará con que la tarea es difícil. Como que ni el mismo Jacobo y su esposa, cuando refirieron la muerte de Carlos II á las monjas de Chaillot, estaban conformes en algunos puntos. La Reina decía que después de haber recibido Carlos los últimos Sacramentos, volvieron los Obispos protestantes á renovar sus exhortaciones. El Rey decía que nada de eso había pasado. «*Seguramente*, decía la Reina, *vos mismo me lo habeis dicho.—Es imposible que yo haya podido decirlo*, contestó el Rey, *porque nada de eso ha pasado.*»

Lástima grande que Sir Enrique Halford se haya tomado tan poco trabajo en deslindar lo que hubiera de cierto en los hechos que juzgó. A lo que parece, no tuvo noticia de la existencia de las narraciones de Jacobo, Barillon y Huddleston.

Por ser esta la primera ocasión que se me ofrece de citar la correspondencia de los Ministros holandeses en la corte de Inglaterra, debo mencionar aquí que una serie de estos despachos, desde el advenimiento de Jacobo hasta su fuga, es de lo más valioso que contiene la colección de Mackintosh. Los despachos que siguen, hasta el establecimiento del gobierno de 1689, me los he procurado en el Haya. Los archivos holandeses apenas han sido explorados. Abundan en noticias que interesan en el más alto grado á todo inglés. Están admirablemente arreglados y á cargo de caballeros cuya cortesía, liberalidad y celo por los intereses literarios, exceden á todo elogio. Aprovecho esta ocasión para hacer presente á los señores De Jonge y Van Zwanne mi más profundo reconocimiento por las muchas atenciones de que les soy deudor.

envenenar en la comida á la joven dama, cuya muerte no había motivo aparente que pudiera disculpar (1). Algunos años después, la rápida descomposición del cadáver de Crómwell fué atribuída por muchos al veneno que, según la voz general, había tomado en una medicina. La muerte de Carlos II no podía menos de dar lugar á semejantes rumores, que contribuía á aumentar lo que se decía de planes de los papistas contra su vida. Eran por esto vehementísimas las sospechas de algunos, que adquirían apariencias de verdad en las infortunadas circunstancias, que parecían indicar en efecto que se había perpetrado un crimen. Los catorce doctores que habían asistido al Rey, no sólo se habían contradicho, sino que no estaban conformes con lo que ellos mismos habían declarado; y mientras unos creían que el Rey moría de un ataque epiléptico, y que por consiguiente debía aguardarse á que el letargo terminase, la mayoría opinaba que la enfermedad del Rey era apoplegía, y durante algunas horas le atormentaron como á un indio en el potro. Mas viendo que ni aun de este modo conseguían nada, mudaron de parecer, y decidieron que lo que el Rey tenía era fiebre, y en su consecuencia le suministraron fuertes dosis de quinina para hacerle volver en sí. Un médico hubo, sin embargo, que protestó contra este tratamiento, y aun llegó su indignación hasta asegurar á la Reina que entre todos sus colegas iban á matar al Soberano. A pesar de que sólo diversidad de pareceres podía esperarse de tal multitud de facultativos, la mayoría del vulgo, fundándose en la

(1) Clarendon menciona esta calumnia con justo desprecio. «De acuerdo con la caridad de los tiempos para Crómwell, muchísimos creían que fuese veneno, aun cuando no hubiese de esto la menor apariencia, ni se tuviese nunca la más leve prueba.» Libro XIV.

perplejidad de los grandes maestros de la ciencia, atribuía á la enfermedad extraordinario origen, y aun hay razón de creer que una horrible sospecha cruzó por la mente de Short, quien, aunque experto en su profesión, parece haber sido en extremo nervioso y de muy viva imaginación, á lo cual se agregaba entonces que, por ser él católico, debía entrar por mucho en la turbación de su espíritu el temor á las odiosas imputaciones á que por sus especiales circunstancias se hallaba expuesto. No debe, pues, admirarnos que las más horrendas historias se repitiesen y aun hallasen crédito entre las bajas clases del pueblo. Decíase que la lengua de S. M. se había hinchado hasta hacerse tan grande como la de un buey, que en su cerebro se había encontrado una masa de polvo deletéreo, que tenía el pecho cubierto de manchas azuladas, que en un hombro tenía manchas negruzcas. Algo, sin duda, le habían puesto en la tabaquera, ó en el caldo, ó en su plato favorito de huevos al *ámbar gris*. Ya era la Duquesa de Portsmouth la que le había envenenado en una taza de chocolate, ó la Reina que le había dada la ponzoña en un plato de peras secas. Tales cuentos deben conservarse porque nos dan la medida de la inteligencia y buen natural de la generación que ávidamente los devoraba. Si en la época presente no hallan crédito tales rumores entre nosotros, aun tratándose de personajes de cuya vida dependen grandes intereses, arrebatados de una manera imprevista, sin más que una rapidísima enfermedad, debe atribuirse en parte al progreso de las ciencias médicas, y en parte también, según es lícito creer, á lo que desde entonces ha ganado la nación en buen sentido, en justicia y en humanidad (1).

---

(1) Welwood, 139; Burnet, I, 609; Sheffield's, *Character of Char-*

## III.

### DISCURSO DE JACOBO.

Cuando todo hubo terminado, Jacobo se retiró de la cámara mortuoria, y encerrándose en su aposento, permaneció solo durante un cuarto de hora. Reuníanse entretanto los consejeros privados, que á la sazón se hallaban en Palacio, y apenas se había constituído el Consejo, se presentó el nuevo Rey y ocupó su puesto en la presidencia. Comenzó, según el uso establecido, pronunciando un discurso, en que se lamentaba de la pérdida que acababa de sufrir, prometiendo imitar y seguir la singular benignidad que había distinguido el reinado de su hermano. Sabía, dijo, que se le acusaba de extremado amor al poder arbitrario, y que aun no era ésta la única falsedad que se propalaba en contra suya. Por su parte, estaba resuelto á mantener el actual orden de cosas, así en la Iglesia como en el Estado. Sabía que la Iglesia de Inglaterra era eminentemente leal, por lo cual siempre sería él su sostén y defensa. Las leyes de Inglaterra le permitían ser tan gran rey como pudiera

---

*les the Second*; North's, *Life of Guildford*, 252; *Examen*, 648; *Revolution Politics*; Higgons en Burnet. Lo que North dice de la perplejidad y vacilaciones de los médicos vese confirmado en los despachos de Citters. He dudado mucho antes de admitir la extraña especie de las sospechas de Short, y aun estuve tentado de adoptar la solución de North. Mas por escaso que sea el crédito que me merezca la autoridad de Welwood, lo mismo que la de Burnet, no puedo rechazar el testimonio de Sheffield, quien estaba muy bien informado y que á pesar suyo así lo declara.

desear, y por su parte estaba resuelto á mantener sus propios derechos y á respetar de igual modo los derechos de los otros. Finalmente, si en otra ocasión había arriesgado la vida en defensa de la patria, estaba pronto á hacer cuanto puede hacer un hombre en defensa de sus justas libertades.

No había sido este discurso, como los que modernamente se pronuncian en semejantes ocasiones, cuidadosamente preparado por los consejeros del Soberano, sino que era la expresión sincera de los sentimientos del nuevo Rey en un momento de gran excitación. Los miembros del Consejo prorrumpieron en felicitaciones y expresiones de gratitud, y el lord Presidente Rochéster manifestó, en nombre de sus colegas, la esperanza de que la lisonjera declaración del Monarca se haría pública; y al efecto el *solicitor* general, Heneage Finch, se ofreció á servir de secretario. Era éste celoso partidario de la iglesia anglicana, y como tal, deseaba naturalmente que quedase algún recuerdo permanente de las lisonjeras promesas que acababa de hacer el Monarca. *Esas promesas,* dijo, *me han producido tan honda impresión, que podría repetirlas palabra por palabra.* Tan pronto como hubo terminado el acta en que se hacían constar, diósela á leer á Jacobo, que la aprobó y mandó publicar. Andando el tiempo había de arrepentirse de este paso, que, según él decía, había dado sin reflexionarlo debidamente, pues sus impremeditadas frases respecto á la Iglesia anglicana le obligaban demasiado, y Finch, con habilidad que había pasado inadvertida, habíalas hecho aún más significativas.

IV.

PROCLAMACIÓN DE JACOBO II.

Las largas vigilias y tan violentas emociones habían rendido las fuerzas del nuevo Rey, que se retiró á descansar. Los consejeros privados le acompañaron respetuosamente hasta su dormitorio, y continuando luégo en Consejo, dieron las órdenes oportunas para la proclamación. Los guardias estaban sobre las armas; aparecieron los heraldos con sus lucientes trajes, y la ceremonia se llevó á cabo sin el menor obstáculo. En las calles, grandes toneles de vino ofrecían al pueblo ocasión de brindar por la salud del nuevo Soberano; pero aunque resonaba alguno que otro viva, las manifestaciones populares expresaban bien á las claras la poca alegría con que veía la nación el principio del nuevo reinado. Muchos llegaban hasta derramar lágrimas, y fué de todos notado que apenas hubo doncella en Londres que, en señal de duelo por el Rey Carlos, no ostentase en aquellos días algún fragmento de negro crespón (1).

El regio funeral dió margen á muy acres censuras, pues, en efecto, cualquier persona de distinción hubiera sido conducida al sepulcro con mayor pompa. Los *tories* fueron los que más blandamente lamentaron el descuido del nuevo Rey; los *whigs* se burlaron de su

(1) Véanse las autoridades citadas en la última nota. Véase también *Examen*, 647; Burnet, I, 620; Higgons en Burnet.

falta de cariño al Monarca difunto, y los fieros Covenanters de Escocia proclamaron en alta voz que la maldición que de antiguo se había pronunciado contra los malos príncipes, se había al fin cumplido, y que el tirano había sido enterrado con el funeral propio de un asno (1). A pesar de todo esto, comenzó Jacobo su administración teniendo de su parte la buena voluntad de la mayoría, y la impresión producida por su discurso en el Consejo, cuando se publicó, le fué altamente favorable. «Éste, decían, es el Príncipe á quien un partido enemigo hizo salir desterrado, y hasta intentó arrebatar la herencia paterna, fundándose en que era mortal enemigo de la religión y de las leyes de Inglaterra. Sin embargo, llega la hora del triunfo, se sienta en el trono, y su primer acto es declarar que defenderá á la Iglesia y que está dispuesto á respetar los derechos de su pueblo.» La alta idea que de su carácter tenían todos los partidos, daba mayor peso á sus palabras; y mientras los *whigs* le llamaban altivo, implacable, obstinado, despreciador de la opinión pública, los *tories*, que elogiaban en él las virtudes que distinguen á los Príncipes, habían lamentado con frecuencia el descuido con que miraba todo lo que pudiera granjearle la popularidad. Hasta la misma sátira no le había representado nunca como dispuesto á manifestar lo que no sentía, á trueque de conseguir el favor público, y menos aún á prometer lo que no tenía intención de cumplir. El domingo que siguió á su advenimiento al trono, comentábase en muchos púlpitos su discurso. *Tenemos ahora en pro de nuestra Iglesia*, exclamaba un predicador adicto, *la palabra de un Rey, y de un Rey que no fué nunca*

(1) *Gaceta de Londres*, febrero 14, 1684-5; Evelyn's, *Diary*, en el mismo día; Burnet. I, 610; *The Hind let loose*.

*peor que su palabra*. Esta frase circuló pronto por la ciudad, y aun por el campo, y quedó desde entonces como voz de alerta de todo el partido *tory* (1).

## V.

### ESTADO DE LA ADMINISTRACIÓN.

El advenimiento del nuevo Monarca había producido la vacante de los más altos puestos del Estado, y era de todo punto necesario determinar quiénes habían de ocuparlos. Entre los miembros del último Gabinete, apenas había uno que pudiera esperar el favor del nuevo Rey, pues Sunderland, que era secretario de Estado, y Godolphin, que era primer lord del Tesoro, habían defendido el *bill* de exclusión, mientras que Halifax, que tenía el Sello privado, lo había combatido con invencible elocuencia. Pero Halifax era enemigo mortal del despotismo y del papismo. Había visto con terror los progresos del ejército francés en el continente y la influencia de su oro en los consejos de Inglaterra; y si su opinión hubiera prevalecido, se habrían observado estrictamente las leyes, la clemencia hubiera alcanzado á los vencidos *whigs*, el Parlamento se hubiera convocado á su debido tiempo, se habría intentado reconciliar las opuestas facciones, y los principios de la Triple Alianza hubieran sido nuevamente el principal guía de nuestra política exterior. Mas esto era precisamente lo que

(1) Burnet, I, 628; Lestrange, *Observator*, 11 febrero, 1684-5.

le había hecho incurrir en el enojo de Jacobo. No podía, en rigor, decirse que el lord Guardasellos pertenecía á ninguna de las facciones que dividían la Corte. No podía en manera alguna llamarse amigo de la libertad; y sin embargo, era tal su respeto á la ley, que tampoco el poder arbitrario podía mirarlo como instrumento útil para sus fines. Los vehementes *toríes* le designaban unánimemente como *equilibrista*, y en cuanto á Jacobo le miraba con aversión no exenta de desprecio. Ormond, que era lord mayordomo de la Casa Real y virrey de Irlanda, residía á la sazón en Dublín: su derecho á la Real gratitud era mayor que el de ningún otro súbdito, pues había combatido bravamente por Carlos I, estuvo en el destierro con Carlos II, y después de la Restauración, á pesar de muchas provocaciones, habíase mantenido siempre leal. Mientras el poder estuvo en manos de la Cábala, aunque en desgracia, no se había ido nunca con la oposición, y en los días de la conjuración papista y del *bill* de exclusión había sido uno de los más fuertes apoyos del Trono. Era á la sazón viejo y acababa de sufrir la más horrible desgracia. Había visto morir al hijo en quien cifraba todas sus esperanzas, el bizarro Ossory. Los recientes servicios de Ormond, su ancianidad y sus domésticos infortunios habían inspirado á la nación general interés hacia su persona. Mirábanle los caballeros como jefe, así por su nobleza como por su mérito, y los *whigs* no ignoraban que, aunque siempre había sido fiel á la causa de la monarquía, no era amigo del despotismo y de los papistas. Mas aunque fuera tan alto el puesto que ocupaba en la pública estimación, poco favor podía esperar de su nuevo amo, pues Jacobo, mientras vivió su hermano, habíale instado con frecuencia á que introdujese un cambio completo en la administración de Irlanda, en lo que

finalmente Carlos había consentido, proponiéndose ya nombrar á Rochester de allí á pocos meses lord Lieutenant (1).

## VI.

### NUEVOS ARREGLOS.

Era Rochester el único miembro del Gabinete con quien decididamente podía contar en su favor el nuevo Rey, y se creía generalmente que en seguida sería puesto al frente del Gobierno, cuyos primeros empleos se darían á gente de la nueva situación. Y en efecto, no salieron fallidas las esperanzas de la mayoría, por cuanto Rochester fué nombrado lord Tesorero, cargo que asumía el de primer ministro. Nada se dijo de quién sería puesto al frente del Almirantazgo; y el Rey, que era muy aficionado á todos los detalles del servicio naval y que hubiera hecho un excelente administrador del arsenal de Chatham, decidió ser él su propio Ministro de Marina. Tenía á su cargo este departamento, bajo la dirección del Monarca, á modo de subsecretario, Samuel Pepys, cuya memoria vive aún en nuestros días, gracias á su *Diario* y á su excelente biblioteca. Ninguno de los que habían servido al último Soberano fué separado de su cargo. Sunderland desplegó tal destreza, logró conquistar tantos intercesores y estaba además en posesión de tantos y

---

(1) Las cartas que con tal motivo se cruzaron entre Rochester y Ormond se hallarán en la *Correspondencia de Clarendon*.

tan importantes secretos, que logró conservar los sellos y continuar en su puesto á pesar del cambio de Gobierno. La seriedad y grave cortesía de Godolphin le congraciaron igualmente con el nuevo Rey, sólo que no siendo ya necesario en el Tesoro, fué nombrado chambelán de la Reina. Con estos tres lores consultaba el Rey todos los negocios importantes; y en cuanto á Ormond, Halifax y Guildford, determinó, si no quitarles sus cargos, humillarlos y anular su influencia.

Vióse Halifax obligado á entregar el sello privado, recibiendo en cambio la presidencia del Consejo, á lo cual hubo de someterse no sin repugnancia, pues aunque el cargo de presidente del Consejo era de más categoría que el de canciller privado, este último era mirado entonces como mucho más importante que el de presidente. Rochester no había olvidado que algunos meses antes le habían jugado la misma partida al separarlo del Tesoro; así es que aprovechó la ocasión tan pronto como pudo de vengarse del mismo modo de su rival. Enrique, Conde de Clarendon, hermano mayor de Rochester, fué nombrado Canciller en reemplazo de Halifax.

En sus conversaciones con Barillon, Jacobo manifestaba cuán disgustado estaba de Halifax. *Le conozco bien,* decía el Monarca, *y nunca tendrá mi confianza ni le daré participación en el manejo de los negocios públicos. En cuanto al empleo que le he dado, servirá tan sólo para mostrar que su influencia es nula.* Pero con Halifax se expresaba de muy distinto modo. *Olvido de todo lo pasado,* le decía el Rey, *menos del servicio que me prestasteis cuando el debate del bill de Exclusión.* Hanse citado con mucha frecuencia estas palabras para probar que no era Jacobo tan vengativo como sus enemigos pretendían: lo que, al contrario, prueban es que no merecía en

modo alguno los elogios que por su sinceridad le tributaban sus amigos (1).

Hízose saber á Ormond, con toda cortesía, que sus servicios no eran ya necesarios en Irlanda, y por tanto convenía que partiese para Whitehall, donde continuaría en su empleo de mayordomo de Palacio. Decidió Ormond obedecer las órdenes recibidas sin ocultar por eso el descontento que el nuevo arreglo le causaba, y la víspera del día en que debía partir para Londres dió un magnífico banquete á los oficiales de la guarnición de Dublín, en el hospital de Kilmainhan, que á la sazón acababa de construirse. Terminada la comida, se puso de pie, y llenando de vino una copa hasta el borde, la levantó, y como preguntase si había derramado una sola gota, lo que en efecto no había sucedido, añadió: *No, caballeros, digan lo que quieran los cortesanos, aun estoy yo muy fuerte para que se me condene al retiro. La mano aun no me falta, y no es mi mano más fuerte que mi corazón. ¡A la salud del Rey Jacobo!* Así se despidió Ormond de Irlanda. Dejó la administración á cargo del lord Justicia y partió para Londres, donde fué recibido con extraordinarias muestras de público respeto. Muchas personas de rango salieron á recibirle fuera de la puertas de la ciudad; una larga fila de carruajes le acompañó hasta la plaza de Saint James, donde estaba su casa, y al llegar allí fué saludado y aclamado con entusiasmo por la multitud que llenaba la plaza (2).

---

(1) Puede verse anunciado el cambio de Ministerio en la *Gaceta de Londres*. Feb. 19, 1684-85. Véase también Burnet, 1, 621; Barillon, Feb. 9 (19), 16 (26) y 19 (marzo 1).

(2) Carte's, *Life of Ormond; Secret Consults of the Romish Party in Ireland*, 1690; *Memoirs of Ireland*, 1716.

## VII.

### SIR JORGE JEFFREYS.

El gran sello fué confiado á Guildford, mas no sin que se le sometiera al mismo tiempo á una vergonzosa tutela. Habíase decidido que otro abogado de mayor vigor y audacia le asistiera en la administración, y fuera elegido para este cargo sir Jorge Jeffreys, Chief Justice del Tribunal del Banco del Rey. Su depravación era proverbial, y los dos grandes partidos ingleses han atacado su memoria compitiendo en violencia, pues mientras los *whigs* le consideraban como su más bárbaro enemigo, los *tories* le achacaban todos los crímenes que habían manchado su triunfo. Para el investigador imparcial é inteligente son, sin duda alguna, falsas ó exageradas algunas historias horribles en que se le ha atribuído el principal papel. Y sin embargo, el historiador desapasionado muy poco podrá decir en defensa del malvado juez cuyo nombre ha llegado hasta nosotros cubierto de tan horrenda fama.

Era hombre pronto y de vigoroso entendimiento, pero en extremo insolente y arrebatado. Cuando apenas salía de la adolescencia, había comenzado sus prácticas de abogado en el foro de Old Bailey, donde los abogados han usado siempre una libertad de lenguaje completamente desconocida en Westminster. Allí, durante muchos años, había sido su principal ocupación examinar las causas de los mayores y más empedernidos criminales. Los diarios

conflictos entre prostitutas y ladrones habían ejercitado y desenvuelto sus facultades de tal manera, que llegó á ser el más hábil y consumado de su profesión. Todo sentimiento de ternura por los dolores de los otros, el respeto á sí mismo, toda idea de decoro, se borraron por completo de su mente, adquiriendo, en cambio, copiosa erudición y riquísimo caudal de las gráficas expresiones con que suele el vulgo manifestar su odio ó su desprecio. Era tal la profusión de maldiciones é insultantes epítetos que componían su vocabulario, que apenas se hallaría en el mercado ó en la plaza pública quien pudiese rivalizar con él. Su rostro, como su voz, tenían muy poco de amables; pero estas ventajas naturales, pues tal él, al menos, las juzgaba, habíalas llevado á tal extremo, que había muy pocos que pudieran verle ni oirle sin emocionarse en sus paroxismos de rabia. La ferocidad y la impudencia se retrataban en su rostro, y el brillo de sus ojos fascinaba á la infeliz víctima en quien se fijaban. Y sin embargo, su rostro y su mirada eran aún menos terribles que la salvaje contracción de su boca, y sus gritos de furia, según refiere uno que los oyó con frecuencia, sonaban como el trueno del día del juicio. Tales eran las aptitudes que, joven todavía, llevó del foro al tribunal. Pronto llegó á ser *Common Serjeant* (1), y en seguida *Recorder* (2) de Londres. Como juez, en las sesiones de la *City* manifestó las mismas inclinaciones que después, en más alto puesto, le conquistaron tan poco envidiable inmortalidad. Ya entonces se descubría en él el más odioso vicio que aqueja á veces á la naturaleza humana: el gozar en el sufrimiento de los otros. Había cierta complacencia infer-

(1) Véase el *Apéndice*.—N. del T.
(2) Idem, íd.

nal en su acento cuando pronunciaba la sentencia contra los criminales; sus llantos y sus quejas parecían recrearle y le producían una especie de placer voluptuoso, y á fin de prolongarlo se entretenía en dilatar el sufrimiento de aquellos infelices, ampliando con bárbaro lujo de detalles la descripción de los tormentos que les aguardaban. Así, en una ocasión que tuvo que mandar azotar una infeliz aventurera, exclamó: «*Verdugo, te recomiendo esta señora; azótala en debida forma, azótala hasta que la sangre corra por la piel. Estamos en Navidad, tiempo muy frío para la señora; ten cuidado, pues, de calentarle bien las espaldas*» (1). Con poca diferencia, lo mismo sucedió cuando juzgaron al pobre Lodowick Muggleton, aquel sastre borracho que se creía profeta: «*¡Insolente canalla!*—rugió Jeffreys,—*¡tendrás un castigo dulce, muy dulce!*» Consistió una parte de este *dulce* castigo en ser expuesto en la picota, de donde el infeliz fanático salió casi sin vida (2).

Por este tiempo había adquirido el corazón de Jeffreys el acerado temple que exigen los tiranos en sus más viles instrumentos. Hasta aquí había mirado por su adelanto profesional en la magistratura de Londres, y, por tanto, habíase manifestado siempre *cabeza redonda*, y parecía experimentar mayor placer cuando explicaba á los sacerdotes católicos que iban á ser despedazados vivos y que habían de ver quemar sus propias entrañas, que cuando sólo se trataba de una simple sentencia de muerte. Pero así que hubo obtenido todo lo que la City podía darle, se

---

(1) *Christmass Sessions Paper* de 1678.

(2) *The Acts of the Witnesses of the Spirit*, parte v, cap. v. En esta obra, Lodowick, como acostumbraba, se venga del *Demonio ladrador*, como llama á Jeffreys, con una lluvia de maldiciones que el mismo Ernulfo hubiera envidiado. El proceso fué en enero de 1677.

apresuró á vender á la corte su frente de bronce y su venenosa lengua. Prestóle su ayuda Chiffinch, que estaba acostumbrado á servir de intermediario en infames contratos de todas clases. Había dirigido muchas intrigas amorosas y políticas, pero seguramente no prestó nunca á sus amos más escandaloso servicio que cuando introdujo á Jeffreys en Whitehall. Pronto encontró protector el renegado en el duro y vengativo Jacobo, pero siempre fué mirado con desprecio y disgusto por Carlos, cuyas faltas, si bien grandes, no tenían la menor afinidad con la crueldad y la insolencia. «*Ese hombre*—decía el Rey—*no tiene cultura, ni inteligencia, ni modales, y es más desvergonzado que diez tunantes callejeros*» (1). Sin embargo, pronto iba á haber tarea que no era para confiada á quien tuviese la menor veneración á las leyes ó fuese capaz de sentir el rubor de la vergüenza, y, gracias á esto, Jeffreys, á la edad en que un abogado se considera feliz si tiene á su cargo una buena causa, era presidente del Tribunal Supremo.

Sus enemigos no podían negarle algunas cualidades de gran juez, pues aunque su conocimiento de las leyes no iba más allá de lo que la práctica le había enseñado, poseía cierta habilidad que, á través del embrollo y laberínticos sofismas, le mostraba con toda claridad el verdadero punto de vista de la cuestión. Muy raras veces, sin embargo, se hallaba en pleno uso de tan preciosa facultad, pues aun en las causas civiles, su malévolo y despótico carácter desordenaba continuamente su juicio. Entrar en su Tribunal era entrar en la guarida de una fiera que nadie podía domar, y que lo mismo se irritaba con las cari-

---

(1) Puede verse esta frase en muchos libelos de la época. Tito Oates nunca se cansaba de citarla. Véase su Εἰκὼν Βασιλική.

cias que con los golpes. Frecuentemente descargaba sobre acusados y defensores, fiscales y escribanos, testigos y miembros del Jurado una lluvia de injurias mezcladas de maldiciones y juramentos. Sus miradas y su acento, que habían inspirado terror cuando no era más que un joven abogado, en lucha con las primeras prácticas, ahora que se hallaba á la cabeza del más formidable Tribunal del reino, hacían que hubiera muy pocos que no temblasen en su presencia. Era temible, aun sin haber bebido, por sus arrebatos de furia; pero en general el abuso de la bebida nublaba su razón y estimulaba sus malas pasiones. Pasaba generalmente las noches entregado á la embriaguez, y quien le hubiese visto haciendo del vino su delicia suprema, hubiérale supuesto hombre ordinario y de escasas luces, amante de bajas compañías y de brutales placeres, pero sociable y de buen humor. Rodeábanle constantemente en tales casos bufones escogidos en su mayor parte de entre los más viles, que aprendían las prácticas de justicia bajo su dirección, quienes, á fin de entretenerle, no vacilaban en recurrir á bromas de todo género, de las que era siempre víctima alguno de ellos. Jeffreys se mezclaba en su licenciosa conversación, entonaba con ellos báquicas canciones, y cuando ya el vino se le subía á la cabeza y le trastornaba los sentidos, los abrazaba y los besaba á impulsos de la extraña ternura que le producía la embriaguez. Pero aunque el vino parecía al principio ablandar su corazón, al cabo de algún tiempo era el efecto totalmente contrario. Llegaba con frecuencia tarde al Tribunal, después de haberse hecho esperar mucho tiempo, sin haber dormido más que á medias la borrachera, encendidas las mejillas, relucientes los ojos con el brillo de la locura. Cuando se hallaba en este estado, sus alegres compañeros de la

víspera tenían cuidado, si eran discretos, de no ponerse en su camino, pues el recuerdo de la familiaridad con que los había tratado hacía crecer su malicia y deseaba encontrar el menor motivo para llenarlos de insultos é injurias. Y no era la menos odiosa de sus aborrecibles peculiaridades el placer que tenía de avergonzar y mortificar en público precisamente á aquellos á quienes en sus arrebatos de insensata ternura había dado mayores muestras de cariño. Los servicios que el Gobierno esperaba de él fueron cumplidos no sólo sin violencia por su parte, sino con placer y entusiasmo. Fué su primera hazaña el asesinato judicial de Algernon Sidney. Y como lo que siguió se hallase en perfecta armonía con tal principio, muchos y muy respetables *tories* se lamentaban del descrédito que la barbarie y la falta de decoro de tan elevado funcionario introducían en la administración de justicia. Pero tales excesos, que á ellos les llenaban de horror, eran otros tantos méritos que aumentaban la estimación de Jacobo al magistrado. Así fué que éste, después de la muerte de Carlos, no sólo obtuvo un puesto en el Gabinete, sino que fué además hecho lord, honor que era señalada prueba del contento del Monarca, pues desde que en el siglo XIII fuera reformado el sistema judicial del reino, ningún presidente del Tribunal había sido lord del Parlamento.

Hallábase, pues, Guildford cohibido en todas sus funciones políticas y reducido sólo á obrar como cualquier otro juez. En el Consejo, Jeffreys le trataba con marcado desdén; y como la administración de justicia dependía en todo del Presidente, era cosa sabida que, para congraciarse con él, no había nada mejor que tratar al Lord Guardasellos con desprecio (1).

---

(1) Las principales fuentes, en lo relativo á Jeffreys, son las

## VIII.

### RECAUDACIÓN DEL IMPUESTO SIN ACTA DEL PARLAMENTO.

No habian transcurrido muchas horas desde que Jacobo era rey, cuando una disputa se originó entre los dos primeros magistrados. Los derechos de aduanas se habían votado para regir sólo durante la vida de Carlos, y no podían, por lo tanto, cobrarse legalmente por el nuevo Soberano. Y como si no se cobraban la Hacienda había de resentirse y eran necesarias algunas semanas para hacer las elecciones y poder reunir la Cámara de los Comunes, el curso regular del comercio se interrumpiría sin beneficio para el consumidor, y sólo en provecho de aquellos especuladores afortunados cuyas mercancías llegasen en el intervalo de la muerte del Rey y la reunión del nuevo Parlamento. Hallábase el Tesoro asediado por muchos comerciantes que tenían sus almacenes llenos de géneros que habían satisfecho los derechos de entrada, y que temían, no sin fundamento, arruinarse teniendo que venderlos á bajo precio. No desconocían los hombres imparciales que era éste uno de aquellos casos extraordinarios en que un Gobierno puede justi-

---

*Causas de Estado* (*State Trials*), y la *Vida de Lord Guildford* de North. Debo el conocer algunos detalles de menor importancia á las sátiras, en prosa y verso, de la época, tales como el *Tribunal sangriento* (Bloody Assizes), la *Vida y muerte de Lord Jorge Jeffreys*, el *Panegírico de Lord Jeffreys*, la *Carta al Lord Canciller* y la *Elegía de Jeffreys*. Véase también el *Diario*, de Evelyn, 5 de diciembre 1683 y 31 de Octubre 1685.

ficar la falta de estricto cumplimiento de la Constitución. Pero cuando es necesario apartarse del estricto cumplimiento de la ley, no debe naturalmente hacerse más que en cuanto la necesidad lo exige, y Guildford, que así lo sentía, emitió una opinión que le hace honor. Propuso que, en efecto, se cobrasen los derechos, pero que las sumas que provinicsen de esta recaudación se guardasen aparte en el Tesoro, hasta que el Parlamento se reuniese, pues si bien es cierto que al obrar de este modo faltaba el Rey á la letra de las leyes, mostraba al mismo tiempo estar conforme con su espíritu. Muy diferente fué la opinión de Jeffreys, quien desde luego aconsejó á Jacobo la promulgación de un edicto, declarando que era voluntad del Rey que los derechos se continuasen pagando como antes. Este consejo, que era muy del gusto del Monarca, fué aceptado, rechazándose la juiciosa proposición del lord Guardasellos, como digna sólo de un *whig*, ó, lo que aun era peor, de un *equilibrista*. Hízose en su consecuencia lo que el Presidente del Tribunal había aconsejado, y apareció el edicto. Algunos esperaban que la consecuencia de tan imprudente medida sería una violenta explosión de indignación pública; pero esta vez se engañaban. El espíritu de oposición aun no había renacido, y la Corte podía con toda seguridad aventurar medidas extraordinarias que cinco años antes hubieran promovido una rebelión. En la *City* de Londres, antes tan turbulenta, apenas se murmuró de la nueva disposición (1).

(1) *Gaceta de Londres*, feb. 12, 1684-5; North's, *Life of Guildford*, 254.

## IX.

### CONVOCACIÓN DEL PARLAMENTO.

El edicto que proclamaba que los derechos de aduanas seguirían cobrándose como antes, anunció también que en breve debía reunirse el Parlamento. No sin mucho recelar y después de largas vacilaciones, se había decidido Jacobo á convocar las Cámaras del Reino, á pesar de ser la ocasión propicia como ninguna para las elecciones generales. Nunca, desde el advenimiento de la casa de Estuardo, habían parecido tan favorablemente dispuestos para con la Corte los Cuerpos constituyentes; pero el temor que aquejaba al nuevo Soberano tenía muy distinto origen, y no puede mencionarse, aún después de tanto tiempo, sin indignación y vergüenza. El temor de Jacobo era incurrir, convocando el Parlamento, en el desagrado del Rey de Francia.



## X.

### RELACIONES DE JACOBO CON EL REY DE FRANCIA.

Poco importaba al Rey de Francia cuál de los dos partidos ingleses triunfase en las elecciones, pues desde la Restauración no había habido un solo Parlamento, cualquiera que fuera su política interior, que no

mirase con desconfianza el creciente poder de la casa de Borbón. Poco diferían en esto los *whigs* de los rudos *caballeros del campo* (1) que formaban la fuerza principal del partido *tory*. Luis XIV no había, por tanto, economizado dinero ni amenazas para evitar que Carlos convocase las Cámaras; y Jacobo, que desde el principio estaba iniciado en el secreto de la política exterior de su hermano, no había vacilado al subir al Trono de Inglaterra en convertirse también en vasallo y agente de Francia.

Rochester, Godolphin y Sunderland, que formaban el Consejo privado, sabían perfectamente que el Monarca difunto acostumbraba á recibir dinero de la Corte de Varsalles, y al consultarles Jacobo sobre la conveniencia de convocar las Cámaras, declararon que era ante todo importantísimo no indisponerse con Luis XIV, pero que las circunstancias eran tales, que no había lugar á duda en lo que á la reunión del Parlamento se refería; pues aunque parecía la nación estar dispuesta á llevarlo en paciencia, tenía ésta sus límites, y sobre todo hallábase tan firmemente arraigada en la conciencia de todos la idea de que el Rey no podía legalmente tomar dinero de sus súbditos sin el asentimiento de la Cámara de los Comunes, que aún cuando en circunstancias extraordinarias, hasta los mismos *whigs* pagarían durante algunas semanas impuestos no votados por las Cámaras, era sin embargo cierto, que ni los mismos *toríes* se pondrían de parte del Gobierno si tan irregular procedimiento hubiera de durar más de lo que las circunstancias especiales requerían. Era por tanto necesario que las Cámaras se reuniesen, y puesto que había de hacerse, cuanto más pronto mejor, pues aun la corta dilación

(1) Véase el *Apéndice*.

que se originaría comunicándolo á Versalles, podría producir irreparables daños; que el descontento y la sospecha pronto se esparcen entre la multitud. Sin contar con que Halifax se quejaría de que los principios fundamentales de la Constitución habían sido violados, y el lord Guardasellos, cobarde, y cobarde como un golilla que era, seguiría el mismo partido; y en fin, que lo que al presente podía hacerse como especial merced, tendría que ser luego impuesto por las circunstancias. Además, aquellos ministros á quienes más deseaba el Rey rebajar en la pública estimación, se harían populares á sus expensas, y el mal efecto que esto produciría en la nación podía influir seriamente en el resultado de las elecciones. Estos argumentos eran incontestables, y el Rey, que así lo conocía, notificó al país su intención de convocar el Parlamento. Pero lo que mayores temores le inspiraba, era el tenerse que disculpar del nefando crimen de haberse portado sin el debido respeto y cortesía con la Corte de Francia. Hizo llamar á Barillon, y en conferencia secreta pidió disculpa de haberse atrevido á dar tan importante paso sin la previa sanción de Luis. «*Haced presente á vuestro amo que no dude de mi gratitud y adhesión. Conozco que si él no me protege, nada puedo hacer; y no ignoro tampoco cuántas inquietudes se habría evitado mi hermano si se hubiera unido aun más estrechamente á la Francia. Por lo demás ya cuidaré yo de que las Cámaras no se ocupen de los asuntos, extranjeros; y si por acaso intentasen hacer algo que no convenga, yo haré que no se extralimiten. Explicad esto bien á mi buen hermano, y espero que no llevará á mal el que haya obrado sin consultarle; sí señor, tiene derecho á que se le consulte, y mi deseo no es otro que hacerlo así en todas las cosas; pero en el caso presente, la dilación, aunque sólo fuera de una semana, podría tener muy serias consecuencias.*»

Tan ignominiosas excusas fueron repetidas á la mañana siguiente por Rochester, que envalentonado por la buena acogida que encontraban en Barillon, llegó hasta pedirle dinero. «*Será muy bien empleado*, le dijo. *Vuestro amo no puede gastar mejor sus rentas. Hacedle notar bien la importancia de que no dependa el Rey de Inglaterra de su pueblo, sino solamente de la amistad de Francia*» (1).

Barillon se apresuró á comunicar á Luis XIV los deseos del Gobierno inglés; pero ya el Rey de Francia los había previsto de tal modo, que lo primero que hizo, no bien tuvo noticia de la muerte de Carlos, fué recoger todas las letras que había sobre Inglaterra por valor de cien mil libras francesas, suma que próximamente equivale á treinta y siete mil quinientas libras esterlinas. No era fácil reunir en un solo día en París letras por valor de la cantidad indicada, á pesar de lo cual en muy pocas horas se hizo la compra, y un correo salió para Londres (2). Tan pronto como Barillon recibió el dinero, voló á Whitehall á comunicar la buena nueva. Jacobo no se avergonzó de llorar ó hacer que lloraba de contento y gratitud. «*De nadie sino de vuestro Rey*, dijo, *se pueden esperar tan buenas, tan nobles acciones. Nunca se lo agradeceré bastante. Aseguradle que mi adhesión durará tanto como mi vida.*» Rochester, Sunderland y Godolphin vinieron uno tras otro á abrazar al Embajador, diciéndole al oído que había dado nueva vida á su real amo (3). Pero si Jacobo y sus tres consejeros estaban muy complaci-

(1) Lo principal, en cuanto se refiere á este asunto, es el despacho de Barillon de 9 (19) de febrero de 1685. Hállase en el apéndice á la *Historia* de Mr. Fox. Véase también la carta de Preston á Jacobo, de 18 de abril de 1685, en Dalrymple.

(2) Luis XIV á Barillon, febrero 10 (20), 1685.

(3) Barillon, febrero 16 (26), 1685.

dos de la rapidez que había desplegado Luis, no lo estaban en modo alguno del importe del donativo; y como, por otra parte, temían ofender con importunas peticiones, se contentaron con manifestar sus deseos. Declararon que no era su intención regatear con bienhechor tan generoso como el Rey de Francia, y que confiaban plenamente en su magnificencia, hallándose también dispuestos á tenerlo propicio, aun á costa del honor nacional. Era bien sabido de todos que uno de los fines principales de la política francesa era añadir á sus dominios las provincias belgas. Hallábase obligada Inglaterra, por un tratado concluído con España, cuando Danby era lord Tesorero, á oponerse á cualquier tentativa que hiciese la Francia para apoderarse de aquellas provincias. Los tres Ministros hicieron saber á Barillon que su amo no consideraba ya el tratado como obligatorio, pues decían: fuera hecho por Carlos y tal vez podría considerarse éste sujeto á su cumplimiento, pero su hermano no tenía nada que ver con él, y por tanto, el Rey cristianísimo podía, sin el menor temor de oposición por parte de Inglaterra, anexionar el Brabante y el Henault á su Imperio (1).

(1) Barillon, febrero 16 (26), 1685.

## XI.

### CHURCHILL ENVIADO DE EMBAJADOR Á FRANCIA. SU HISTORIA.

Resolvióse al mismo tiempo enviar una embajada extraordinaria á hacer presente á Luis XIV la gratitud y el cariño de Jacobo, eligiendo para esta misión á un hombre que hasta entonces no había ocupado puesto muy eminente, pero cuya fama, extrañamente mezclada de oprobio y gloria, llenó en época posterior todo el mundo civilizado.

Poco después de la Restauración, en los alegres y disolutos tiempos celebrados por la ingeniosa pluma de Hamilton, Jacobo, joven y amante de los placeres, habíase dejado vencer de los encantos de Arabella Churchill, dama de honor de su primera esposa. No era bella la joven dama, pero tampoco era delicado el gusto de Jacobo, y á esto debió el llegar bien pronto á ser su favorita. Era hija de un pobre caballero que frecuentaba mucho Whitehall y que se había puesto en ridículo con la publicación de un grueso in-folio, olvidado hace ya mucho tiempo, en alabanza de la Monarquía y de los Monarcas. Las necesidades de los Churchills eran apremiantes, ardiente su lealtad; así que, cuando supieron la seducción de su hermana, su único sentimiento parece haber sido la alegre sorpresa que les produjo el ver que una muchacha, cuya belleza no era en modo alguno extraordinaria, pudiese alcanzar tan espléndido triunfo.

La influencia que, gracias á su amante, tuvo desde

entonces Arabella, sirvió de mucho á sus parientes; mas ninguno de ellos fué tan afortunado como su hermano mayor Juan, hermoso mancebo, abanderado á la sazón de los guardias de á pie. Pronto ascendió, así en el ejército como en la Corte, y en muy poco tiempo logró distinguirse como hombre de moda y amante de los placeres. Era alto, de hermosas facciones, singularmente simpático, á lo cual añadía tal dignidad en su porte, que el más impertinente elegante no se hubiera aventurado á tomarse con él la menor libertad. Agregábase á tan raras prendas la inalterable serenidad de su carácter, que le permitía ser dueño de sí mismo, aun en las circunstancias más difíciles. Su educación había sido tan descuidada, que apenas sabía escribir las palabras más comunes del idioma; pero la agudeza y vigor de su entendimiento suplían ampliamente la falta de cultura. No era locuaz, pero cuando tenía que hablar en público, su natural elocuencia despertaba la envidia de experimentados retóricos. Su valor era singularmente frío é imperturbable, y durante muchos años de ansiedad y constante peligro no perdió nunca, aun en los momentos más difíciles, el perfecto uso de su admirable inteligencia.

Cuando sólo tenía veintitres años fué enviado con un regimiento á incorporarse al ejército francés, que hacía entonces la guerra en Holanda, donde su valor intrépido y sereno logró hacerse notable entre millares de bravos soldados. Sus excepcionales dotes militares le valieron el respeto de oficiales veteranos, y en una osasión fué elogiado al frente del ejército, recibiendo muy particulares muestras de estimación y confianza por parte de Turena, que se hallaba entonces en el apogeo de su gloria militar.

Desgraciadamente empañaba el brillo de tan bellas

cualidades la mezcla de defectos de la más baja naturaleza. Empezaron desde muy pronto á mostrarse en él las inclinaciones que peor sientan en un joven, pues no sólo era económico hasta en sus vicios, sino que imponía fuertes tributos á sus damas, enriquecidas con los despojos de amantes más liberales. Durante algún tiempo fué amante de la apasionada cuanto voluble Duquesa de Cleveland, y en una ocasión en que lo cogió el Rey con ella, tuvo que saltar por una ventana; arriesgada galantería que recompensó la dama con un presente de cinco mil libras esterlinas. Con esta suma, el prudente héroe compró en seguida una anualidad de quinientas libras, bien asegurada en muy buenas tierras (1). Ya entonces contenían los cajones secretos de su bufete montones de doradas piezas, que cincuenta años después, cuando era duque, príncipe del Imperio y el más rico vasallo de Europa, permanecían aún intactas (2).

Después de la terminación de la guerra entró al servicio del Duque de York, á quien acompañó á los Países Bajos y á Edimburgo, mereciendo por sus servicios ser nombrado lord de Escocia y jefe del único regimiento de dragones que había entonces en el

---

(1) Véase la nota de Dartmouth en Burnet, I, 264. *Cartas de lord Chesterfield*, nov. 18, 1748. Chesterfield es testigo de mayor excepción, porque la anualidad era precisamente una carga sobre las tierras de su abuelo Halifax. Creo que carece de fundamento el desdichado apéndice á esta historia que trae Pope.

«The gallant, too, to whom she paid it down.
Lived to refuse his mistress half a crown.»

(Y el galán á quien ella pagó espléndidamente, vivió para negarle un miserable escudo.)

(2) Pope en las *Anécdotas* de Spence.

ejército inglés (1). Su esposa había entrado al servicio de la Princesa de Dinamarca.

Fué, pues, enviado lord Churchill de embajador extraordinario á Versalles, con la misión de hacer presente al Monarca francés el profundo agradecimiento del Gobierno de Inglaterra por el dinero que tan generosamente se le había concedido. Habíase pensado al principio que al mismo tiempo pidiese á Luis XIV una suma mucho mayor; pero tras largas consideraciones habíase rechazado esta idea, por el temor de que acción tan poco delicada disgustase al bienhechor que tan señaladas muestras había dado de espontánea liberalidad. Redújose, pues, la misión de Churchill á dar gracias por lo pasado, sin aventurar nada acerca de lo porvenir (2).

Pero aunque Jacobo y sus Ministros protestaban que no querían parecer importunos, le indicaron de una manera bastante clara cuáles eran sus deseos y sus esperanzas. Tenían en el Embajador francés un intercesor hábil, celoso y tal vez interesado; y aunque Luis puso al principio algunas dificultades, hízolo quizá con el propósito de aumentar el valor del donativo. Y en efecto, al cabo de algunas semanas,

---

(1) Véase *Historical Records of the First or Royal Dragoons.* El nombramiento de Churchill para el mando de este regimiento fué ridiculizado por todos, mirándose generalmente como ejemplo de absurda parcialidad. En una sátira de aquel tiempo, que no recuerdo haber visto impresa, pero de la que se conserva una copia manuscrita en el Museo Británico, se hallan estos versos:

«Let's cut our meat with spoons:
The sense is as good
As that Churchill should
Be put to command the dragoons.»

(Cortemos la carne con cucharas, que tan propio es esto como hacer que Churchill vaya á mandar los dragones.)

(2) Barillon, feb. 16 (24), 1685.

Barillon recibió de Versalles un millón y quinientas libras francesas más, suma equivalente á unas ciento doce mil libras esterlinas, con el especial encargo de distribuirlas con precaución. Se le autorizaba á dar al Gobierno inglés treinta mil libras para comprar los miembros de la nueva Cámara de los Comunes; el resto debía quedar de reserva por si ocurría algo extraordinario, como la disolución de las Cámaras ó una insurrección (1).

Hase reconocido universalmente la torpeza de tales acuerdos, mas no parece haberse comprendido bien su verdadera índole, pues aunque la política exterior de los dos últimos Estuardos no ha encontrado entre nosotros, desde que se publicó la correspondencia de Barillon, un solo apologista, hay todavía un partido que trata de hallar excusa á su política interior. Los que tal hacen olvidan que entre la política interior y la exterior había necesaria é indisoluble conexión; pues si nada más que durante algunos meses hubiesen sostenido á su debida altura el honor nacional en el exterior, hubieran tenido que cambiar por completo todo el sistema de la administración interna. Es, pues, contradictorio elogiarlos por haberse negado á gobernar de conformidad con el Parlamento, y al mismo tiempo censurarles el haberse sometido á la voluntad de Luis XIV, pues que las circunstancias no dejaban más que una solución: ó depender de Luis XIV, ó del Parlamento.

No negaremos, sin embargo, que Jacobo hubiera seguido de mejor gana distinto camino; pero como no lo había, tuvo que convertirse en esclavo de Francia; aunque conviene notar que no sería exacto creerle contento de su posición, pues tenía ánimo suficien-

(1) Barillon, abril 6 (16); Luis XIV á Barillon, abril 14 (24).

te para indignarse á veces consigo mismo por estar sometido á tal esclavitud, que con impaciencia deseaba romper, á lo cual le incitaban sagazmente los agentes de las otras potencias.

## XII.

### RELACIONES DE LAS POTENCIAS CONTINENTALES CON INGLATERRA.

El advenimiento de Jacobo II al trono de Inglaterra había engendrado muchas esperanzas y dado origen á muchos temores entre los distintos Gobiernos del continente, y atendían á los principios de su administración los extranjeros casi con tan profundo interés como sus propios súbditos. Sólo una nación había que deseara ver eternizarse los disturbios que durante tres generaciones habían ocupado la atención del Gobierno inglés. Los demás Estados, ya fuesen monárquicos ó republicanos, protestantes ó católicos, deseaban que tales contiendas tuviesen feliz término.

No habían comprendido los hombres de Estado extranjeros la verdadera naturaleza de la larga contienda que siempre tuvieron que sostener los Estuardos con el Parlamento; pero, como fácilmente se concibe, a ninguno podían pasar inadvertidas las consecuencias de esta larga lucha en el equilibrio europeo. En circunstancias ordinarias es indudable que las cortes de Madrid y de Viena hubieran mirado con simpatía á un Príncipe en lucha con sus súbditos, y más aún siendo católico el Príncipe y herejes los

súbditos con quienes sostenía la lucha; pero en el caso presente había un sentimiento mucho más poderoso que tales simpatías y que por completo ocupaba la atención de los Gobiernos del continente. Habían llegado al colmo el temor y el odio que la grandeza, la soberbia y la arrogancia de Luis XIV les inspiraban. Para sus vecinos era igualmente objeto de duda qué era más peligroso, si estar en paz ó en guerra con él; pues en la paz no cesaban los despojos ni los ultrajes, y en vano habían corrido contra él los riesgos de la guerra. En tal estado de perplejidad, sus miradas se volvían con ansiedad creciente á Inglaterra. ¿Obraría según los principios de la Triple Alianza ó siguiendo los principios del tratado de Dover? De esto dependía la suerte de todos sus vecinos. Con la alianza de Inglaterra aun se podía hacer frente á Luis XIV; pero para que esta alianza fuera provechosa era preciso que la paz se restableciese en el interior; pues si bien es cierto que la Gran Bretaña había ocupado primer rango entre las naciones antes de que la lucha entre el Trono y el Parlamento comenzase, y que volvería á ocupar su antiguo puesto una vez terminada la batalla, mientras permaneciera indecisa hallábase condenada á la inacción y al vasallaje. Grande y poderosa había sido la nación británica bajo los Plantagenets y los Tudors, y su grandeza no se había eclipsado bajo los príncipes que reinaron después de la Revolución. Pero bajo los reyes de la casa de Estuardo vióse reducida á la insignificancia en los destinos de Europa. Había perdido una parte de su energía sin adquirir otra en su lugar. Aquella especie de fuerza que en el siglo XIV había bastado á humillar á Francia y á España, no existía; y aquella especie de fuerza que en el siglo XVIII humilló nuevamente á Francia y á España, aun no había podido manifestarse. No era

ya el Gobierno una monarquía limitada á la manera de las de la Edad Media, y aun no había llegado á ser una monarquía constitucional de los tiempos modernos. El Gobierno que á la sazón regía los destinos del país, con los vicios de dos sistemas distintos, no tenía la peculiar energía de ninguno de ellos; pues en vez de combinarse armónicamente los elementos de nuestra política, se contrarrestaban mutuamente y neutralizaban sus efectos. Todo era transición, conflicto y desorden. La idea que principalmente preocupaba al Soberano era atropellar el privilegio de las Cámaras; mientras éstas, á su vez, sólo pensaban en disminuir y poner cortapisas á la regia prerrogativa. Hallábase pronto el Monarca á aceptar ayuda de fuera, que le libraba de la mísera dependencia de una Cámara turbulenta; mientras el Parlamento, á su vez, se negaba á conceder al Rey los medios de mantener el honor nacional en el exterior, por temer, no sin fundamento, que sirvieran para establecer el despotismo en la nación. Pero el efecto de estos mutuos recelos era que nuestro país, con todos sus vastos recursos, era tan poco importante en la cristiandad como el Ducado de Saboya ó el Ducado de Lorena, y mucho menos seguramente que la pequeña Holanda.

Francia se hallaba hondamente interesada en prolongar tal estado de cosas (1); mientras que no era menor el interés de las otras naciones en que terminase de una vez para siempre.

---

(1) Podría trascribir la mitad de la correspondencia de Barillon en prueba de este aserto, mas sólo citaré un pasaje que muestra concisamente y con perfecta claridad la política del Gobierno francés en lo referente á Inglaterra: «On peut tenir pour une maxime indubitable que l'accord du Roy d'Angleterre avec son Parlement, en quelque maniere qu'il se fasse, n'est pas conforme aux intérets de V. M. Je me contente de penser cela sans m'en

## XIII.

### POLÍTICA DE LA CORTE DE ROMA.

En toda Europa era general el deseo de que Jacobo gobernase conforme á la ley y á la opinión pública, y hasta del Escorial llegaban cartas manifestando la vehemente esperanza de que el nuevo Rey de Inglaterra estaría en buenas relaciones con su Parlamento y con su pueblo (1). Del mismo Vaticano se le decía que moderase su celo por la fe católica, pues el Pontífice, que lo era á la sazón Benito Odescalchi, con el nombre de Inocencio XI, sentía, en su carácter de Soberano temporal, los mismos temores que los otros Príncipes al ver el engrandecimiento de Francia. Sin contar con que además tenía motivos especiales de enemistad con el Monarca francés. Era

---

ouvrir á personne, et je cache avec soin mes sentiments á cet égard.» *Barillon á Luis XIV*. Feb. 28 (marzo 10), 1687.—Comprendíase perfectamente en Viena que éste era el verdadero secreto de la política de Luis XIV respecto de nuestro país, y en tal sentido escribía el Emperador Leopoldo á Jacobo II en 30 de marzo (abril 9) de 1689. «Galli id unum agebant, ut, perpetuas inter Serenitatem vestram et ejusdem populos fovendo simultates, reliquæ chistianæ Europæ tanto securius insultarent.»

(1) «Que sea unido con su pueblo, y en toda buena inteligencia con el Pa.lamento.»—Despacho del Rey de España á D. Pedro Ronquillo, marzo 16, 1685. Hállase este despacho en el archivo de Simancas, que contiene gran copia de manuscritos relativos á Inglaterra. De los más importantes hizo sacar copia M. Guizot, á quien debo el haberlos podido consultar. Con verdadero placer aprovecho la ocasión de hacer pública esta prueba de amistad de tan grande hombre.

ciertamente una feliz circunstancia para la Iglesia protestante que en el momento en que subía al trono de Inglaterra el último Rey católico, se hallase la Iglesia atormentada por intestinas luchas y amenazada de un nuevo cisma. Habíase promovido entre el Rey de Francia y el Papa una querella, semejante á la que en el siglo XI había divido á los Emperadores de Alemania y á los Pontífices. Luis XIV, celoso hasta el fanatismo por las doctrinas de la Iglesia de Roma, pero intransigente en todo aquello que á su regia autoridad se refería, acusaba al Papa de entrometerse en los derechos seculares de la Corona de Francia; mientras que el Pontífice, á su vez, le acusaba de entronizarse en lo que sólo dependía del poder espiritual, privilegio de la Santa Sede. El Rey, que era altivo y resuelto, se encontraba con un espíritu varonil aun más determinado y resuelto que el suyo; pues Inocencio, que en sus relaciones privadas era el hombre de más blando y suave carácter, cuando hablaba oficialmente desde la Cátedra de San Pedro usaba el tono de Gregorio VII y de Sixto V. Hízose seria la disputa, y mientras los agentes del Rey eran excomulgados, los partidarios del Papa eran enviados al destierro. El Rey nombró Obispos á los campeones de su autoridad, y como el Papa les negase la sacra institución se posesionaron de los palacios y de las rentas episcopales, pero no pudieron ejercer las sagradas funciones de su ministerio; á pesar de lo cual, en el curso de la lucha hubo en Francia hasta treinta prelados que no podían confirmar ni ordenar (1).

---

(1) A pocos lectores ingleses podría interesar el conocer minuciosamente la historia de esta contienda. Puede verse en resumen en la *Vida de Bossuet*, del cardenal Bausset, y en el *Siglo de Luis XIV*, de Voltaire.

Si cualquier otro Príncipe reinante que no fuera Luis XIV se hubiera visto envuelto en tal contienda con el Vaticano, hubiera tenido de su parte á los Gobiernos protestantes; pero el temor y el resentimiento que á todos inspiraban la insolente ambición del Rey de Francia eran tales, que todo aquel que varonilmente resistiese á su poder podía contar con la pública simpatía; y hasta los luteranos y calvinistas, que siempre habían detestado á los Papas, no podían refrenar su deseo de verle ahora triunfar contra un tirano que aspiraba á la monarquía universal. No de otro modo en el presente siglo muchos que miraban á Pío VII como el Antecristo, veíanle con placer resistir y hacer frente al gigantesco poder de Napoleón.

El resentimiento que tenía Inocencio contra Francia le hacía considerar los asuntos de Inglaterra de una manera blanda y liberal. No cabe dudar cuánto le hubiera regocijado la vuelta del pueblo inglés á la fe católica; pero era él demasiado discreto para creer que una nación tan altiva y pertinaz pudiese volver á la Iglesia de Roma por el ejercicio violento y anticonstitucional de la regia autoridad. No era difícil prever que si Jacobo intentaba ayudar al progreso de su religión por medios ilegales é impopulares, la tentativa hubiera sido vana, pues el odio con que los heréticos isleños miraban la verdadera fe haríase más fuerte que nunca, y verían siempre asociadas de indisoluble modo la libertad civil y la religión protestante, el catolicismo y la tiranía. Haríase al mismo tiempo el Rey objeto de aversión y de recelo para su pueblo; Inglaterra continuaría siendo, como en tiempo de Jacobo I, Carlos I y Carlos II, potencia de tercera clase; mientras que Francia, sin que nadie se le opusiese, llevaría su dominación al otro lado de los Alpes y del Rhin. Por otra parte, era probable que si

Jacobo obraba con prudencia y moderación observando estrictamente las leyes y tratando de granjearse la confianza de su Parlamento, podría obtener para los católicos muchas y muy notables ventajas. Podría empezar por introducir benévolas reformas en la legislación penal, á las que seguirían bien pronto las de los estatutos que imponían incapacidad civil por causas religiosas. Unidos al mismo tiempo el Rey y la nación, podrían ponerse al frente de la coalición europea, oponiendo así una insuperable barrera á la desmesurada ambición de Luis XIV.

Contribuían á confirmar en su opinión á Inocencio los Ingleses de más nota que á la sazón residían en su corte, de los que era el más ilustre Felipe Howard, descendiente de una de las casas más nobles de Inglaterra, nieto de un Conde de Arundel y de un Duque de Lemnox. Por mucho tiempo había formado parte Felipe del Sacro Colegio, donde generalmente era conocido con el nombre de Cardenal de Inglaterra, y era primer consejero de la Santa Sede en todo lo relativo á su país natal. Habíale hecho salir desterrado de Inglaterra la persecución de los protestantes fanáticos, que había costado la vida á un miembro de su familia, el infortunado Stafford, víctima de su furor. Pero ni los resentimientos del Cardenal ni los de su casa habían exacerbado su mente, hasta hacer de él consejero apasionado, de tal modo, que todas las cartas que iban del Vaticano á Whitehall, recomendaban paciencia, moderación y respeto á las preocupaciones del pueblo inglés (1).

(1) Burnet, I, 661, y *Carta de Roma*; Dodd, *Historia de la Iglesia*, parte VIII, lib. I, art. 1.

## XIV.

### INCERTIDUMBRE DE JACOBO.

Dábanse, en tanto, en la mente de Jacobo, reñida batalla distintas y contrapuestas ideas. Sería injusto el suponer que tal estado de servidumbre era apropiado á su carácter, pues no sólo era amante de la autoridad y de los negocios, sino que además tenía alta idea de su dignidad personal. Ni puede asegurarse que careciese por completo de un sentimiento que tenía muchas afinidades con el amor patrio, lo cual hacía que le mortificase en extremo ver que su reino era contado por mucho menos en el mundo que otras muchas naciones inferiormente dotadas por la naturaleza. Por eso oía con entusiasmo á los Embajadores extranjeros cuando le excitaban á recobrar la dignidad de su rango, á ponerse á la cabeza de una gran confederación, á erigirse, en fin, en protector de tantas naciones ultrajadas, humillando el orgullo de aquella nación que había llegado á ser el terror del continente. Al oir tales exhortaciones, su corazón latía apresuradamente á impulsos de una emoción que nunca había conocido su indolente y afeminado hermano; pero bien pronto cedían tan nobles ideas ante un sentimiento mucho más poderoso. Una política exterior vigorosa necesariamente implicaba paz y completo acuerdo en el interior, pues no había medio de hacer frente al poder de Francia y al mismo tiempo sostener en el interior la lucha que exigía su afán de disminuir y acabar con las libertades del pue-

blo inglés. Nada grande podía emprender el Poder Ejecutivo sin contar con la ayuda de los Comunes, y para obtenerla era preciso obrar de conformidad con ellos.

## XV.

### POLÍTICA FLUCTUANTE DEL REY.

De este modo veía Jacobo que no era posible poseer á un tiempo las dos cosas que más deseaba. De éstas, miraba como secundaria el ser temido y respetado en el exterior, pues su primero y principal deseo era ser dueño absoluto y gobernar como tal, sin decidirse por eso ni resolverse á sacrificar uno de estos deseos á la realización del otro. De tal manera le dominaban estas ideas, que durante algún tiempo la irresolución que batallaba dentro de su pecho se manifestó en sus actos públicos, dando á su política extraña apariencia de indecisión y falsedad. Los que, sin darse cuenta de lo que pasaba en su interior, intentaban penetrar y explicar tan rara conducta, apenas podían concebir cómo el mismo hombre podía, en menos de una semana, ser tan orgulloso y tan humilde; y aun el mismo Luis XIV estaba perplejo ante tan inusitado y extraño cambio de un aliado que, en pocas horas, pasaba del más rendido homenaje á la desconfianza, y de la desconfianza á rendirle nuevamente vasallaje. Pero esto, que entonces apenas era dado á alguno vislumbrar, hoy, conociendo ya el conjunto de la conducta del Monarca, tiene fácil y clara explicación.

En el momento de su advenimiento no sabía si la

nación se sometería pacíficamente á su autoridad, pues los *exclusionistas*, poco ha tan poderosos, podían levantarse en armas contra él y ponerle en gran necesidad del dinero y de las tropas francesas. Aceptó, por tanto, durante algunos días el papel de adulador y mendigo. Se disculpó humildemente por atreverse á convocar las Cámaras sin el consentimiento del Gobierno francés. Insistió en que se le mandase un subsidio de Versalles, y derramó lágrimas de alegría cuando llegaron las letras de cambio francesas. Mandó una embajada especial, encargada de asegurar al Monarca francés su adhesión y gratitud; pero apenas había partido la embajada, un cambió radical se operó en sus sentimientos. Había sido proclamado en todas partes, sin el menor escándalo, sin un solo grito sedicioso; y las noticias que se recibían de todos los puntos de la isla anunciaban que sus súbditos estaban tranquilos y dispuestos á la obediencia. Con esto su espíritu cobró aliento, y la degradante relación que le unía á una potencia extranjera le pareció intolerable. Hízose orgulloso, altivo, pundonoroso y guerrero. Hablando de la dignidad de su corona y de la balanza del poder, hacía uso de lenguaje tan elevado, que toda la Corte esperaba una completa revolución en la política exterior del reino. Mandó á Churchill que enviase una relación minuciosa del ceremonial de Versalles, á fin de que los honores con que había sido recibida la embajada inglesa fueran los mismos que se tributasen en Whitehall al representante de Francia. Las noticias de este cambio se recibieron con gran placer en Madrid, en Viena y en el Haya (1). A Luis XIV le divertía la nueva actitud del Rey de

(1) *Consultas del Consejo de Estado*, de España, de 2 y 16 de abril de 1685, en el archivo de Simancas.

Inglaterra. «*Mi buen aliado*, decia, *habla fuerte, pero tiene tanto amor á mis doblones como su hermano.*» Muy pronto, sin embargo, las esperanzas que la nueva conducta de Jacobo inspiraban á las dos ramas de la casa de Austria le hizo mirar este asunto con más seriedad, y aun existe una notable carta en la que el Rey de Francia manifiesta sus vehementes sospechas de haber sido engañado y de que el mismo dinero que había enviado á Westminster fuese empleado en contra suya (1).

Ya por este tiempo había vuelto en sí la nación de la tristeza y ansiedad causadas por la muerte del bondadoso Carlos. Los *toríes* habían hecho repetidas protestas de adhesión á su nuevo amo, mientras que el odio de los *whigs* no osaba manifestarse; y aquella gran masa del pueblo que, sin ser realmente *tory* ó *whig*, se inclina ya á uno, ya á otro partido, continuaba del lado de los *toríes*, pues la reacción que había seguido á la disolución del Parlamento de Oxford no había cesado aún en sus efectos.



## XVI.

### CELEBRACIÓN PÚBLICA DEL CULTO CATÓLICO EN PALACIO.

No tardó el Rey en poner á prueba la lealtad de sus amigos protestantes. Mientras fué súbdito tenía costumbre de oir misa á puerta cerrada en un pequeño oratorio construído para su esposa. Pero actualmente

(1) Luis XIV á Barillon, mayo 22, 1685; Burnet, I, 623.

mandaba que las puertas se abriesen de par en par, á fin de que todo el que viniese á ofrecerle sus respetos pudiese presenciar la ceremonia. Cuando se alzaba la hostia reinaba gran confusión en la antecámara, y mientras los católicos se arrodillaban, los protestantes se apresuraban á salir. Pronto se erigió un nuevo púlpito en Palacio, donde durante la Cuaresma predicaban sacerdotes católicos, con gran descontento de los celosos partidarios de la Iglesia anglicana (1).

Pero muy pronto debía seguir una innovación aun más importante; pues como se acercase la semana de Pasión, el Rey determinó asistir á las ceremonias con la misma pompa que habían desplegado sus predecesores cuando asistían al culto de la religión del Estado. Dió parte de su intención á los tres miembros de su Consejo íntimo, requiriéndoles, al mismo tiempo, que le acompañasen. Sunderland, para quien todas las religiones eran lo mismo, consintió prontamente, y Godolphin, que en su calidad de chambelán de la Reina acostumbraba á darle la mano cuando iba á su oratorio, no sentía el menor escrúpulo de inclinarse oficialmente en el templo de Rimmon. Pero Rochester se hallaba en situación muy distinta. Su influencia en el país se debía principalmente á la opinión sustentada por los clérigos y por la *gentry tory* de que era celosísimo y sincero amigo de la Iglesia; de tal modo, que la general opinión de su ortodoxia había sido bastante á hacer olvidar faltas que, de otro modo, le hubieran hecho el hombre más impopular del Reino por su arrogancia sin límites, la extremada violencia de su carácter y sus maneras casi bruta-

(1) Clarke's, *Life of James the Second*, II, 5; Barillon, feb. 19, 1685; Evelyn's *Diary*, marzo 5, 1685.

les (1). Temía, pues, que si complacía al Monarca perdería mucho en la estimación de su partido; y así, después de un ligero altercado, obtuvo permiso para pasar fuera de la ciudad aquellos días. Todos los demás grandes dignatarios civiles recibieron orden de estar en sus respectivos puestos el domingo de Pascua; y después de un intervalo de ciento veintisiete años, se celebraron nuevamente en Westminster con regia magnificencia las ceremonias del culto católico. Los guardias ostentaban sus vistosos uniformes; los caballeros de la Jarretiera sus collares; el Duque de Somerset, que era el segundo noble del Reino, llevaba la espada real; un numeroso séquito de grandes lores acompañó al Rey hasta su asiento, pero se notó que Ormond y Halifax no pasaron de la antecámara. Algunos años antes, habían defendido valerosamente la causa de Jacobo, contra algunos de aquellos que ahora se mostraban más diligentes. Ormond no había tenido parte en la matanza de los católicos, y Halifax había sostenido animosamente la inocencia de Stafford. Mientras aquellos mismos que antes temblaban de furor á la sola idea de un rey papista, y que habían derramado sin piedad la inocente sangre de un noble católico, se esforzaban ahora por acercarse al altar de la Iglesia de Roma, bien podía el altivo y consecuente *equilibrista* satisfacer su solitario orgullo con tan impopular sobrenombre (2).

---

(1) «To those that ask boons
He swears by God's oons
And chides them, as if they came there to steal spoons.»
(*La mentable Lory*, balada, 1684.)

(A los que solicitaban de él algún servicio contestaba con un juramento, y se enfurecía con ellos como si hubieran ido á robarle cucharas.)

(2) Barillon, abril 20, 1685.

## XVII.

### CORONACIÓN DE JACOBO II.

En la semana que siguió á esta ceremonia, tuvo el Rey que hacer un sacrificio mucho más grande de sus preocupaciones religiosas que cuantos hasta ahora había exigido de sus súbditos protestantes. El 23 de abril, día de la festividad del santo patrono del Reino, fué el designado para la coronación. Hallábanse espléndidamente decorados la Abadía y los regios aposentos. La presencia de la Reina y de las damas daba á la solemnidad un encanto que se había echado de menos en la magnífica inauguración del último reinado; sin embargo, los que la recordaban, decían que se había cometido un gran olvido. Era antigua costumbre que, antes de la coronación, el Soberano, con todos sus heraldos, jueces, consejeros, lores y grandes dignatarios, fuese, en espléndida cabalgata, desde la Torre á Westminster. De estas cabalgatas, la última y más brillante era la que había recorrido las calles de la capital cuando aun estaba en todo su vigor el entusiasmo excitado por la Restauración. Cubrían la carrera arcos de triunfo, y en todos los principales barrios de la ciudad, en Cornhill, en Cheapside, en San Pablo, en Fleet Street y en toda la ribera, grandes tablados, á los lados de la calle, permitían á la multitud ver con toda comodidad el espectáculo. Toda la ciudad había podido contemplar la Monarquía en su más espléndida y solemne forma. Pero Jacobo pensaba de muy distinto modo;

pues como mandase hacer un presupuesto de lo que podía costar la procesión, al ver que ascendía casi á la mitad de lo que se proponía gastar en cubrir de joyas á su esposa, determinó ser espléndido cuando hubiera podido ser económico y escatimar y regatear donde la profusión hubiera sido excusable. Más de cien mil libras esterlinas se gastaron en el traje de la Reina, pero, en cambio, fué omitida la procesión de la Torre. Lo desacertado de esta medida fácilmente se comprende. Si la ostentación tiene alguna utilidad en la política, es solamente como medio de herir la imaginación de la multitud, siendo, por consiguiente, el colmo del absurdo privar al pueblo de un espectáculo que tiene por principal objeto impresionarlo y atraerlo: y Jacobo hubiera dado muestra de más discreta munificencia y mayor tacto político, si con la pompa acostumbrada hubiera atravesado la ciudad de Oriente á Occidente, aunque el traje de su esposa no luciera tantas perlas ni tantos diamantes. En mucho tiempo, sin embargo, fué seguido su ejemplo por sus sucesores, y grandes sumas, que bien empleadas hubieran proporcionado el mayor placer á una gran parte de la nación, se gastaban profusamente en un espectáculo de que sólo tres ó cuatro mil personas privilegiadas podían disfrutar. A la larga, volvió en parte á renacer la antigua costumbre, pues el día de la coronación de la Reina Victoria hubo una procesión, en la que, si bien se echó de menos la antigua esplendidez, pudo verse con qué interés y delicia la contemplaron medio millón de súbditos, proporcionándoles indudablemente mayor placer y excitando más entusiasmo que la lujosa y espléndida ceremonia á que sólo pudo asistir un círculo escogido dentro de la Abadía.

El Rey había ordenado á Sancroft que abreviase el

ritual, lo que públicamente se atribuía á que, siendo el día muy corto, apenas daba tiempo para todo lo que había que hacer. Pero quien examine los cambios y reformas de la ceremonia, notará que el objeto del Monarca era evitar lo que había más ofensivo á sus religiosos sentimientos de celoso católico. No se leyó el servicio de la Comunión, y se omitió la ceremonia de presentarle un ejemplar de la Biblia inglesa, ricamente encuadernado, exhortándole á estimar más que todos los tesoros terrenales el mismo libro que le habían enseñado á mirar como manchado con falsas doctrinas; pero lo que aun quedó, después de todos estos recortes, hubiera bastado á inspirar escrúpulos en la mente de todo aquel que con sinceridad mirase la Iglesia anglicana como sociedad de herejes en cuyo gremio no había salvación posible. Hizo el Rey su ofrenda ante el altar y pareció unir sus votos á los de los Obispos cuando entonaban las peticiones de la Letanía, recibiendo de aquellos falsos profetas la sagrada unción, símbolo de la divina influencia, y con rostro contrito se arrodilló cuando invocaban al Espíritu Santo, para que descendiese sobre su espíritu, aquellos mismos que, á su juicio, eran sus peores y más empedernidos enemigos. Tales son las contradicciones de la naturaleza humana, que este hombre, que á impulsos del fanático celo que su religión le inspiraba sacrificó tres reinos, no vaciló en cometer casi una apostasía, antes que privarse del infantil placer de verse investido de los ornamentos, símbolo del poder real (1).

---

(1) Dedúcese del despacho de Adda de 22 de enero de 1686, y de lo que respecto á esto dice el P. d'Orleáns (*Histoire des Révolutions d'Angleterre*, lib. XI), que la conducta del Rey no tenía disculpa á los ojos de los buenos católicos.

Estaba encargado del sermón Francisco Turner, Obispo de Ely, que era uno de aquellos escritores que aun afectaba el desusado estilo del Arzobispo Williams y del Obispo Andrews, de modo que el sermón estaba erizado de extravagantes conceptos que setenta años antes hubieran sido admirados, pero que en aquella sazón sólo servían á excitar el enojo y el aburrimiento de una generación acostumbrada á la más pura elocuencia de Sprat, de South y de Tillotson. El rey Salomón era Jacobo, Adonijah era Monmouth, Joa era un conspirador llamado Rye House, Shymey un *whig* libelista, y Abiatar un honrado anciano llamado Cabaliers. Una frase del libro de las Crónicas le sirvió para indicar que el Rey estaba por encima del Parlamento, y con otra probó que él solo debía tener el mando del ejército, haciendo sólo, al fin del discurso, una ligera y tímida alusión á la situación nueva y embarazosa de la Iglesia anglicana con un Soberano católico, para lo cual recordó á sus oyentes que el emperador Constancio Cloro, aunque gentil, había siempre honrado á los cristianos que permanecían fieles á su religión, tratando, al contrario, con desprecio á los que pretendían por medio de la apostasía conquistar su favor. Terminado el servicio religioso en la Abadía, hubo banquete oficial en la Gran Sala; después del banquete, vistosos fuegos artificiales, y después de los fuegos, muchos y muy malos versos (1).

(1) *London Gazette*; *Gazette de France*; Clarke's, *Life of James the Second*, II, 10; *History of the Coronation of King James the Second and Queen Mary*, por Francisco Sandford, heraldo de Lancaster, folio, 1687; Evelyn's. *Diary*, mayo 21, 1685; *Despachos de los Embajadores holandeses*, abril, 10, 1685; Burnet, I, 628. Eachard, III, 734; *Sermón pronunciado ante SS. MM. el rey Jacobo II y la reina María en el acto de su coronación, en la Abadía de West-*

## XVIII.

### ENTUSIASMO DE LOS TORÍES.

Puede fijarse este momento como aquel en que el entusiasmo del partido *tory* llegó á su más alto grado. Desde el advenimiento del nuevo Rey habían abundado las manifestaciones en que declaraban la profunda veneración que sentían, así por la persona como por la dignidad del Soberano, y los sangrientos ataques en que se desencadenaban contra los vencidos *whigs*. Los magistrados de Middlesex daban gracias á Dios por haber confundido los designios de los regicidas y exclusionistas, que no contentos con haber asesinado á un Monarca inocente, querían destruir hasta los cimientos de la Monarquía. La ciudad de Gloucester execraba á los sangrientos villanos que habían intentado privar al Rey de su legítima herencía; la burguesía de Wiyan aseguraba defender al Soberano contra todos los que, como Aquitofel, conspirasen, ó fueran rebeldes como Absalom, y el gran Jurado de Suffolk esperaba que el Parlamento proscribiría á todos los exclusionistas. Muchas corporaciones se comprometían á no volver á enviar á la Cámara de los Comunes á ninguno de los que habían votado en contra de la sucesión de Jacobo, y

*minster*, por Lord Francisco, Obispo de Ely, gran limosnero. He visto una descripción de la ceremonia, de autor italiano, publicada en Módena, notable principalmente por el ingenio con que trata de ocultar su autor el hecho de que los salmos se cantaban en inglés y los Obispos eran herejes.

hasta la misma capital se había mostrado obsequiosa como nunca, rivalizando en servilismo comerciantes y legistas. El Tribunal y la Chancillería enviaron al Monarca fervientes protestas de sumisión y adhesión, al mismo tiempo que todas las grandes sociedades comerciales, la Compañía de la India Oriental, la de Africa, la de Turquía, la Moscovita, la de la Bahía de Hudson, la de comerciantes de Maryland, la de Jamaica, y, en fin, la de los *Aventureros*. Todas declaraban que con gran placer habían cumplido el Real edicto que les obligaba á seguir pagando los derechos de aduanas como en el último reinado. Bristol, la segunda ciudad de la Isla, hízose eco de la voz de Londres; pero en ningún sitio era mayor el espíritu de lealtad que en las dos grandes Universidades, pues mientras Oxford declaraba que nunca se apartaría de aquellos principios religiosos que la obligaban á obedecer al Monarca sin restricción ni limitación de ningún género, Cambridge condenaba en severos términos la violencia y la traición de aquellos hombres turbulentos que habían intentado maliciosamente apartar el curso de la sucesión de su antiguo cauce (1). Manifestaciones de esta clase llenaron, durante mucho tiempo todos los números de la *Gaceta de Londres;* pero los *tories* no limitaban á esto la demostración de su celo, á lo que les ofrecía ancho campo la convocación del nuevo Parlamento, que como ya por entonces se hubiera publicado, hallábase el país agitado por el tumulto de las elecciones generales.

---

(1) Véase la *Gaceta de Londres* de los meses de febrero, marzo y abril, 1685.

## XIX.

### LAS ELECCIONES.

Nunca se habían verificado las elecciones en circunstancias más favorables para la Corte, pues muchísimos á quienes la conjuración católica había arrojado entre los *whigs*, la conjuración posterior de Rye House había vuelto al lado de los *tories*. En las provincias, podía contar el Gobierno con una inmensa mayoría de todos los caballeros, desde trescientas libras esterlinas de renta en adelante; y en cuanto al clero, podía decirse que estaba unánimemente de parte del Gobierno. Aquellos distritos que habían sido el principal apoyo y defensa de los *whigs* fueran privados últimamente de sus cartas por sentencia legal, ó habían previsto la sentencia haciendo voluntaria renuncia. Reconstituídos ahora por el Gobierno, no cabía dudar de su devoción á la Corona.

En aquellas ciudades que no inspiraban completa confianza, habíase encargado la defensa de la libertad á los nobles (squires) (1) de las cercanías, y aun en algunas pequeñas regiones del Oeste se había llegado al extremo de que formasen, en gran parte, los Cuerpos constituyentes capitanes y alféreces de la Guardia Real. Los encargados de verificar la elección (returning officers) hallábanse, naturalmente, interesados en la defensa de la Corte, y en todos los

---

(1) Véase el *Apéndice*.—(N. del T.)

condados formaban el lord Lieutenant y sus adherentes un comité poderoso, vigilante y activo para conquistar ó intimidar á los partidarios de la libertad. Al mismo tiempo, desde millares de púlpitos se amonestaba solemnemente al pueblo á que votase en contra del candidato *wigh*, pues de su conducta, en esta parte, habían de dar cuenta á Aquel que consagró el respeto al poder constituído, condenando la rebelión como pecado no menos nefando que la hechicería. No se contentaba el partido vencedor con usar discretamente de todas estas ventajas, sino que abusaba de ellas de un modo tan vergonzoso, que muchos hombres graves y discretos que habían acudido al sostenimiento de la monarquía cuando el peligro arreciaba, y que en manera alguna eran partidarios de la república ni del cisma, estaban asombrados, viendo en tan desdichado principio el anuncio y la aproximación de infelices días (1).

Los *whigs*, entretanto, á pesar de sufrir el justo castigo de sus errores y de verse por todas partes vencidos, desalentados y sin orden, no quisieron rendirse sin probar antes sus fuerzas, ni entregarse sin pelear. Eran aún bastante numerosos entre los industriales y artesanos de las ciudades, y entre el paisanaje y la gente acomodada del campo, y aun en algu-

---

(1) Fácil sería llenar un tomo con lo que los historiadores *whigs* y los libelistas han escrito sobre este punto particular. Sólo citaré un testimonio, que tiene doble importancia por ser de un partidario de la Iglesia anglicana perteneciente al partido *tory*. «Las elecciones, dice Evelyn, se llevaron á cabo, según opinión general, de una manera indecorosa en la mayor parte de los distritos. ¡Haga Dios que las consecuencias no sean tan terribles como algunos creen!» (10 de mayo, 1685). Algunos días después escribía: «La verdad es que había muchos miembros del nuevo Parlamento, cuya elección y vuelta á la Cámara eran universalmente condenadas.» (22 de mayo.)

nos distritos, como en el Dorsetshire ó en el Somersetshire, por ejemplo, formaban la gran mayoría de la población. En los distritos últimamente reorganizados nada podía hacerse; pero donde contaban con alguna probabilidad de éxito, luchaban desesperadamente. En el Bedfordshire, que había sido representado últimamente por el virtuoso cuanto infortunado Russell, vencieron en la votación que se hacía levantando las manos (1), pero fueron derrotados en el escrutinio por lista (2).

En Essex tuvieron trece votos contra diez y ocho (3), y en el Northamptonshire fué tan violenta la actitud que tomó el pueblo en su hostilidad al candidato de la Corte, que fué preciso mandar que un cuerpo de tropas guarneciese la plaza del mercado con las armas cargadas y dispuesto á cualquier contingencia (4). Pero es aún mucho más notable la historia de la lucha en el condado de Buckingham. El candidato *whig*, Tomás Wharton, hijo de lord Felipe Wharton, era igualmente notable por su habilidad y su audacia, y estaba destinado, andando el tiempo, á desempeñar importante papel, aunque no siempre digno, en la política, por espacio de varios reinados.

Había formado parte de los que en la Cámara de los Comunes se obstinaran en llevar el bill de exclusión ante el tribunal de los lores, por lo cual la Corte tenía gran interés en que por buenos ó malos medios

---

(1) *The show of hands*. Véase el *Apéndice*.—(N. del T.)

(2) De una *carta de noticias* que se conserva en la biblioteca del Instituto Real. Citters hace mención de lo poderoso que era el partido *whig* en el Bedfordshire.

(3) Bramston's, *Memoirs*.

(4) *Reflexiones sobre una protesta y manifestación de todos los buenos protestantes de estos Reinos*, 1689; *Diálogo entre dos amigos*, 1689.

fuese derrotado. El Chief Justice, Jeffreys, vino en persona al Buckinghamshire, á fin de ayudar al candidato *tory*, que era un caballero llamado Hacket. Al efecto se inventó una estratagema cuyo éxito se consideraba casi seguro. Díjose que la elección se verificaría en Ailisbury; y Wharton, cuya habilidad en todas las artes de la elección no tenía rival, trazó sus planes considerando cierta la noticia. Pero cuando ya tenía todo preparado, avisó el Sheriff inesperadamente que se había trasladado el sitio de la elección á Newport Pagnell. Corrieron allá Wharton y sus amigos, y se encontraron con que Hacket, que estaba en el secreto, había tomado todas las posadas y alojamientos, obligando así á los *whigs* á atar sus caballos á los cercados y á dormir al raso en las praderas que rodean á la ciudad. Y no fué de las menores dificultades con que tuvieron que luchar el procurarse víveres para tan gran número de hombres y bestias, si bien Wharton, que no reparaba en dinero cuando su ambición ó su espíritu de partido estaban de por medio, gastó en solo un día mil quinientas libras esterlinas, inmenso despilfarro para aquellos tiempos. Llegado el momento de la elección, pareció ser que la injusticia animó y dió nuevos bríos á los valerosos *yeomen* de Bucks, que no habían olvidado que eran hijos de los constituyentes de Juan Hampden; de modo que no sólo Wharton obtuvo el primer lugar en la lista, sino que aun pudo disponer de algunos votos en favor de un candidato de opiniones moderadas, derrotando por completo al de Jeffreys (1).

En Cheshire, la contienda duró seis días, y los *whigs* pudieron oponer mil setecientos votos á los dos mil que tuvieron los *tories*. El pueblo había tomado con

(1) *Memoirs of the Life of Thomas Marquess of Wharton*, 1715.

tal vehemencia la parte de los *whigs*, que se levantó al grito de *¡abajo los Obispos!*, insultando al clero en las calles de Chester, y después de maltratar á un caballero *tory*, rompió las ventanas y apaleó á los constables. Tuvo que venir la tropa á calmar el tumulto, y permaneció sobre las armas á fin de proteger las fiestas con que los vencedores celebraban el triunfo. Al terminar la elección, la artillería del castillo disparó cinco cañonazos para anunciar el triunfo de la Iglesia y la Corona á toda la comarca; lanzáronse alegremente á vuelo las campanas, y los recién elegidos fueron en procesión á City Cross, acompañados de una banda de música y seguidos de numeroso cortejo de caballeros y nobles que cantaban la oda recientemente compuesta por Durfey, que empieza: «Gloria al gran César», y que aunque detestable, como todos los escritos de Burfey, era en aquel tiempo casi tan popular como lo fué algunos años después Lillibullero (1). Cuando la procesión llegó á la *Cruz*, formáronse las milicias, y habiendo encendido una hoguera, fué quemado con toda solemnidad el bill de exclusión, al mismo tiempo que algunos de los circunstantes brindaban á la salud del rey Jacobo en medio de estrepitosas aclamaciones. Al día siguiente por la mañana, que era domingo, las tropas cubrían las calles que conducían á la Catedral, y los dos diputados del Condado (2), seguidos con gran pompa del clero y de los magistrados de la ciudad, asistían al sermón que pronunciaba el Deán, probablemente por cubrir las apariencias.

(1) Véase el núm. 67 del *Guardián*, muestra notabilísima de la manera especial de Addison. Sería difícil encontrar en cualquier otro escritor ejemplo tan admirable de benevolencia delicadamente impregnada de desprecio.

(2) *Knights of the shire.*—Véase el tomo I, pág. 54, nota.—(N. del T.)

siendo después del sermón festejados por el Mayor (1). En Northumberland, el triunfo de sir Juan Fenwick, cortesano cuyo nombre obtuvo, andando el tiempo, triste celebridad, fué acompañado de circunstancias tales que excitaron interés aun en Londres, y que no parecieron indignas de mención en los despachos de los Ministros extranjeros. En Newcastle se encendieron grandes hogueras de carbón, y mientras las campanas tocaban alegremente, una copia del bill de exclusión y una caja negra parecida á la que, según la tradición popular, contenía el contrato de matrimonio de Carlos II con Lucía Walters, se quemaban públicamente en medio de las más entusiastas aclamaciones (2).

El resultado general de las elecciones fué, pues, superior á cuanto el más entusiasta cortesano pudiera desear, y Jacobo vió con delicia que no tenía que gastar un maravedí en comprar votos, pues que, según él decía, á excepción de unos cuarenta miembros, componíase la Cámara de los Comunes de los mismos que él hubiera nombrado (3). De la importancia de este triunfo puede juzgarse atendiendo á que la ley le autorizaba á gobernar con las mismas Cámaras hasta el fin de su reinado.

Seguro ya de la ayuda del Parlamento, pudo entregarse con tranquilidad al placer de la venganza. No era de natural generoso, y mientras fuera súbdito había recibido indignas ofensas que harían disculpable, aun en ánimo más generoso, el vivo resentimiento que espera con ansia ocasión de venganza. Algunos hombres particularmente, con bajeza y crueldad sin

(1) *The Observator* de 4 de abril, 1685.
(2) *Despachos de los embajadores holandeses*, abril 16 (20), 1685.
(3) Burnet, I, 626.

ejemplo habían atentado contra su honor y su vida. Eran éstos los testigos falsos de la conjuración; y bien puede disculparse el aborrecimiento que les tenía, pues aun hoy, después de tanto tiempo, la sola mención de sus nombres excita el disgusto y el horror de todas las sectas y partidos.

Algunos de estos infelices estaban ya fuera del alcance de la justicia humana. Bedlow había muerto, empedernido en el crimen, sin dar muestras de arrepentimiento ni de vergüenza (1). Dugdale le había seguido á la tumba, extraviada la razón, según decían, por los tormentos de una conciencia intranquila, implorando con tristes gemidos de los que rodeaban su lecho que apartasen de su vista la vengativa sombra de lord Stafford (2). Carstairs también había muerto en medio del horror y de la desesperación, y al exhalar el último aliento, dijo á sus criados que le arrojasen en un lodazal como á un perro, pues no era digno de dormir el último sueño en sepultura cristiana (3). Pero aun vivían Oates y Dangerfield para satisfacer la venganza del severo Príncipe á quien habían ofendido.

---

(1) *A faithful account of the Sickness, Death and Burial of Captain Bedlow*, 1680. *Narrative of lord Chief Justice North.*

(2) Smith's, *Intrigues of the Popish Plot*, 1685.

(3) Burnet, I, 439.

## XX.

### PROCESO DE OATES.

Poco tiempo antes de subir al trono, había Jacobo entablado querella ante los tribunales civiles contra Oates por palabras injuriosas, y el Jurado le había condenado á pagar, como indemnización, la enorme suma de cien mil libras esterlinas (1); y como no pudiese pagar, fuera reducido á prisión por deudor, sin esperanza de perdón. Dos nuevos *bills*, acusándole de perjurio, pronunció contra él el gran Jurado de Middlesex algunas semanas antes de la muerte de Carlos, y poco después de terminadas las elecciones debía verificarse la vista de la causa.

No tenía Oates ni un solo amigo, ni en la aristocracia ni en la clase media, pues todos los *whigs* inteligentes estaban íntimamente convencidos de que si su narración tenía algún fundamento de verdad, sobre esto habia inventado una novela. No faltaban, sin embargo, muchos fanáticos que seguían aún mirándole como bienhechor de la patria; y como no ignoraban que, si llegaba á quedar convicto de lo que se le acusaba, su sentencia sería en extremo severa, incesantemente trabajaban para proporcionarle la fuga. Aunque hasta entonces sólo estaba preso en calidad de deudor, habíasele puesto entre hierros, de orden del tribunal del *Banco del Rey*, y aun así, no estuvo en mucho el que se fugase. El mastín que guardaba la

---

(1) Véase el proceso en la *Collection of State Trials*.

puerta de su prisión apareció envenenado, y la misma noche que precedió al día en que fué sentenciado lograron sus amigos introducir un lío de cuerdas en su calabozo.

El día que fué llevado ante la barra, llenaba la gran sala de Westminster una inmensa multitud, entre la que se veían muchos católicos á quienes el deseo de presenciar la desgracia y humillación de su perseguidor hiciera acudir á aquel sitio (1). Algunos años antes, su breve cuello, sus desiguales piernas de estevado, su frente baja y aplastada como la de un perro, y la desmesurada y revuelta barba, habíanse hecho familiares á cuantos frecuentaban los tribunales de justicia. Era entonces el ídolo de la nación, y donde quiera que se presentaba descubríanse respetuosamente todas las cabezas, y en su mano tenía las vidas y haciendas de los principales magnates del reino. ¡Cuánto habían cambiado los tiempos desde entonces! Los mismos que antes le aclamaban como libertador de la patria, se estremecían ahora á la vista de aquellas horribles facciones, donde parecía haber sido escrita la maldad por mano del mismo Dios (2).

Habíase probado, sin dejar la menor sombra de duda, que el reo, mediante falso testimonio, había asesinado deliberadamente á algunas personas exentas de toda culpa; así que los miembros más eminentes del Parlamento, que en otro tiempo le habían recompensado y aplaudido, y á quienes acudió para que declarasen en su favor, no sólo se negaron á hacerlo, sino que algunos de los que él había citado, se ausen-

---

(1) Evelyn's, *Diary*, mayo 7, 1685.

(2) Aun se conservan algunos retratos de Oates. La descripción más notable de su persona puede verse en North, *Examen*, 225: Dryden, *Absalom and Achitophel*, y en un manuscrito titulado *A Hue and Cry after T. O.*

taron de la ciudad, evitando así todo lo que pudiera tender á vindicarle; y aun hubo uno, el Conde de Huntingdon, que le reprendió duramente por haber engañado las Cámaras, haciéndolas contribuir al derramamiento de sangre inocente. Los jueces le cubrieron de improperios y le insultaron, mostrándose con él muy violentos y descompuestos, lo que mal se aviene con la grave compostura que siempre debe distinguir á los magistrados. No dió muestras el reo de temor ni vergüenza, cuando de todas partes, de la mesa del tribunal, del banco de los testigos y del público descargó sobre él la tormenta de invectivas; antes la arrostró con la insolente audacia que da la desesperación. Estaba convicto de ambas acusaciones, y aunque moralmente su crimen era un asesinato con las más agravantes circunstancias, la ley lo declaraba sólo reo de mala fe; pero el tribunal, que deseaba hacer su castigo más severo que el de los felones ó traidores, no se contentaba con condenarlo á muerte, sino á morir en medio de los más atroces tormentos. Se le sentenció á ser despojado de sus hábitos clericales; expuesto luégo en la picota en el patio de Palacio, recorriendo después la Gran Sala de Westminster con una inscripción infamante en la frente; á ser puesto otra vez en la picota frente á la Bolsa, azotado desde Aldgate hasta Newgate, y después de un intervalo de dos días, azotado nuevamente desde Newgate hasta Tyburn. Si, contra toda probabilidad, sobrevivía á tan horrible castigo, quedaba condenado á prisión perpetua, sacándole de la cárcel cinco veces al año, para ser expuesto en la picota en diferentes partes de la capital (1).

---

(1) Puede verse el proceso con toda minuciosidad en la *Colección de causas de Estado.*

Tan rigorosa sentencia fué ejecutada al pie de la letra. El día en que se le puso en la picota en el patio de Palacio, fué el infeliz Oates apedreado sin piedad por la multitud, y aun corrió peligro de ser hecho pedazos (1); pero en la *City* sus partidarios acudieron en gran número, y promoviendo un tumulto, echaron abajo la picota, mas no lograron, por más que hicieron, rescatar á su favorito (2). Creíase que escaparía á la horrible suerte que le aguardaba, poniendo fin á sus días con un veneno, y para evitarlo se inspeccionaba cuidadosamente todo lo que comía y bebía. La mañana siguiente, fué sacado de la cárcel para sufrir la primera flagelación. Desde muy temprano, una inmensa multitud llenaba las calles que van desde Aldgate á Old Bailey. El verdugo se apoyaba con tan inusitada ferocidad en el látigo, que mostraba bien claramente haber recibido órdenes especiales; y en efecto, bien pronto corrió la sangre á chorro por las espaldas del reo. Durante algún tiempo sufrió con rara entereza; mas cediendo al fin la tenaz fortaleza que antes le sostenía, empezó á exhalar tan lamentables gritos, que helaban de terror á cuantos los oían. Por varias veces perdió el sentido, mas no por eso dejó el látigo de descender sobre sus espaldas, y cuando al fin le desataron, parecía haber sufrido cuanto puede resistir el cuerpo humano sin que el hálito de vida le abandone. Pidieron á Jacobo que le perdonase la segunda flagelación; su respuesta fué breve y clara: «*Mientras le quede un soplo de vida, habrá de ejecutarse la sentencia.*» Tratóse entonces de conseguir la intercesión de la Reina; pero ella, con indigna

(1) *Gazette de France*, mayo 29 (junio 9), 1685.

(2) Despacho de los Embajadores holandeses, mayo 19 (29) de 1685.

crueldad, se negó á pronunciar una sola palabra en favor del infeliz reo. Después de un intervalo de solas cuarenta y ocho horas, Oates fué sacado nuevamente de su calabozo, y como no pudiese tenerse en pie, fué llevado en una rastra hasta Tyburn. Parecía haber perdido por completo la sensibilidad, y los *tories* refieren que se había vuelto idiota á efecto de la excesiva cantidad de bebidas fuertes que había tomado. Una persona que contó los azotes el segundo día, dice que fueron mil setecientos, y aunque el malvado escapó con vida, quedó en tal estado, que sus ignorantes y fanáticos admiradores calificaron su cura de milagrosa, y la citaban como prueba de su inocencia. Las puertas de la prisión se cerraron nuevamente tras él, y durante algunos meses permaneció cargado de grillos en el más oscuro calabozo de Newgate. Díjose, que en su encierro la melancolía se había apoderado de él y que pasaba días enteros exhalando tristes gemidos, cruzados los brazos sobre el pecho y con el sombrero echado sobre los ojos. No era solamente en Inglaterra donde estos acontecimientos excitaban gran interés. Millones de católicos que no conocían absolutamente nuestras instituciones, ni sabían nada de nuestros partidos, habían oído decir que una bárbara persecución contra los que profesaban la verdadera fe se había desencadenado en nuestra isla, y que Tito Oates había sido el principal asesino. Grande fué, pues, en lejanas comarcas la alegría cuando se supo que la justicia divina le había alcanzado, y por toda Europa circulaban grabados que le representaban ante la picota, ó en el momento de ser azotado; y en muchas lenguas le compusieron epigramas, en que los poetas se burlaban del título de doctor que él decía haber recibido de la Universidad de Salamanca, haciendo notar que ya que el rubor no podía asomar



á su frente, justo era que se mostrase en las espaldas (1).

Por más horribles que fueran los sufrimientos de Oates, no igualaban á sus crímenes. La antigua ley inglesa, que á la sazón había caído en desuso, consideraba como asesino al testigo falso que por medio del perjurio causaba la muerte. Y esto era sabio y justo, pues tal testigo es, en verdad, el peor de todos los asesinos (2). Al crimen de derramar sangre inocente, añade la violación del más solemne compromiso que un hombre puede tener con sus semejantes, y de hacer instrumentos de horrible venganza y de desconfianza general aquellas instituciones que debe el pueblo mirar con confianza y respeto. El dolor producido por un asesinato ordinario no puede compararse con la impresión que causa la muerte cuando son sus agentes los tribunales de justicia. La mera

(1) Evelyn's, *Diary*, mayo 122, 685; Eachard, III, 741; Burnet, I, 637; *Observator*, mayo 27, 1685; Oates's Εἰκών, 89; Εἰκὼν Βροτολοιγοῦ, 1697; *Commons Journals* de mayo, junio y julio de 1689; *Tom Brown's Advice to Dr. Oates*. Pueden verse algunos detalles interesantes en un *in-plano* impreso por A. Brooks, Charing Cross, 1685. He visto también algunos folletos publicados en Francia y en Italia con la historia del proceso y de la ejecución. En Milán se publicó un grabado que representaba á Tito Oates en la picota, con la siguiente curiosísima inscripción: «Questo é il naturale ritratto di Tito Otez, o vero Oatz, inglese, posto in berlina, uno de principali professori della religione protestante, acerrimo persecutore de Cattolici, e gran spergiuro.» He visto también un grabado holandés, [representando el castigo, con algunos versos latinos, de que son breve muestra los siguientes:

«At doctor fictus non fictos pertulit ictus,
A tortore datos haud molli in corpore gratos
Disceret ut vere scelera ob commissa rubere.»

El anagrama de su nombre «Testis Ovat,» se ve en muchos grabados publicados en diferentes países.

(2) Blackstone's, *Commentaries*, capítulo del *Homicidio*.

extinción de la vida es parte muy pequeña de lo que hace horrible una ejecución. La larga agonía mental del reo, la vergüenza y el oprobio de todos sus parientes, la mancha que cae sobre su familia hasta la tercera y cuarta generación, son cosas mucho más terribles que la misma muerte. En general, puede asegurarse que el padre de una numerosa familia, antes quisiera verse privado de todos sus hijos por enfermedad ó por cualquier otro accidente, que perder uno solo á manos del verdugo. El que asesina con falso testimonio pertenece, por lo tanto, á la más horrible especie de asesinos, y Oates había cometido muchos asesinatos de esta clase. Sin embargo, al sentenciarle á ser despojado de sus hábitos eclesiásticos y aprisionado por toda la vida, parecen haber extralimitado los jueces los poderes que la ley les concedía. Podían, sin duda, condenarle á ser azotado, cuya pena no estaba limitada en la ley, ni indicado siquiera el número de los azotes; pero el espíritu de la ley claramente decía que por mala fe no debía ser más severo el castigo que en los más atroces casos de felonía. Ahora bien: el peor de todos los felones sólo podía ser ahorcado, y los jueces habían sentenciado á Oates á ser azotado hasta morir. Que la ley era deficiente no era bastante excusa, pues las leyes deficientes deben corregirse por la magistratura y no ser nunca extralimitadas por los tribunales; y menos que nunca cuando se extralimitan para imponer la tortura y condenar á muerte. Ni es tampoco bastante excusa que Oates fuese un malvado, pues los criminales son casi siempre los primeros en sufrir la severidad de la ley, que sirve después de precedente para castigar á los inocentes. Y así sucedió en este caso. El azotar despiadadamente, llegó á ser pronto castigo ordinario para faltas políticas de índole no muy grave. Bas-

taba hablar mal del Gobierno para ser sentenciado á pena tan desproporcionada, que se prefería ser procesado por faltas graves y enviado á presidio. Felizmente la revolución detuvo bien pronto el progreso de tan gran mal, por medio de aquel artículo del bill de derechos que condena todo castigo cruel é inusitado.

## XXI.

### PROCESO DE DANGERFIELD.

El crimen de Dangerfield no había llevado á la muerte, como el de Oates, á muchas víctimas inocentes, porque cuando Dangerfield tomara como oficio el ser testigo, ya la conjuración había terminado, y los jurados se habían hecho incrédulos (1). Fué sentenciado, no por perjurio, sino por la más leve falta de libelista. Durante la agitación causada por el bill de exclusión, había publicado una novela, en la que se hacían imputaciones falsas y odiosas contra Carlos II y contra Jacobo. Por esta publicación veíase ahora, después de cinco años, súbitamente llevado

(1) Según Roger North, los jueces decidieron que Dangerfield, por estar convicto de perjurio, no fuese admitido como testigo en lo relativo á la conjuración. Pero este es uno de tantos ejemplos de la inexactitud de North. Parece de la relación del proceso de lord Castelmaine, en junio de 1680, que después de un gran altercado entre los del Consejo y de repetidas consultas á los jueces de Westminster, se decidió admitir, bajo juramento, la declaración de Dangerfield; pero el Jurado, obrando en esto acertadamente, se negó á darle crédito.

ante el Consejo privado, reducido á prisión, procesado, convicto y sentenciado á ser azotado desde Aldgate hasta Newgate, y desde Newgate hasta Tyburn. El desdichado, en el curso del proceso había hecho alarde de gran desvergüenza; pero cuando oyó la sentencia, la angustia y la desesperación se apoderaron de su espíritu; túvose ya por muerto, y hasta eligió el texto que había de servir para su sermón fúnebre. Sus presentimientos eran ciertos. No fué azotado con tanta crueldad como Oates, pero tampoco tenía la férrea constitución, así de alma como de cuerpo, de aquél. Después de la ejecución, Dangerfield fué colocado en un coche de alquiler y conducido nuevamente á la prisión; pero al pasar por la esquina de Hatton Garden, un caballero *tory*, de Gray's Inn, llamado Francisco, detuvo el carruaje y le gritó con brutal complacencia: «*¡Hola, amigo, parece que nos hemos calentado esta mañana!*» El ensangrentado preso, fuera de sí por el insulto, le contestó con una maldición. Francisco le hirió en el rostro con un bastón, lastimándole un ojo, lo cual agravó el estado de Dangerfield en términos que fué conducido moribundo á Newgate. Tan infame ultraje había excitado la indignación de los circunstantes, que cogieron á Francisco, y en poco estuvo que lo hicieran pedazos. El aspecto del cuerpo de Dangerfield, horriblemente lacerado por el látigo, inclinaba á muchos á creer que su muerte fuera producida en parte, si no del todo, por los latigazos que había recibido. El Gobierno, sin embargo, y el Chief Justice creyeron conveniente echar toda la culpa á Francisco, que aunque parece haber sido reo, cuando más, de lesiones graves, fué sentenciado y ejecutado como asesino. Su discurso antes de morir es uno de los monumentos más curiosos de la época. El salvaje espíritu de partido que le había lle-

vado á la prisión, no le abandonó ni en sus últimos instantes. Mezclábanse extrañamente sus alardes de lealtad y los insultos que prodigaba á los *whigs*, con las últimas oraciones encomendando su alma á la divina clemencia. Habíase dicho, sin fundamento, que su mujer tenía amores con Dangerfield, que era muy buen mozo y tenía fama por sus aventuras galantes. El golpe fatal, decían, se lo había dado en un arrebato de celos. El marido, algunos momentos antes de morir, con diligencia entre ridícula y patética, volvió por la honradez de su esposa. Era una mujer muy virtuosa, según dijo él; corría por sus venas sangre leal, y si se hubiera sentido inclinada á faltar á los deberes conyugales, hubiera elegido, á lo menos, un *tory* partidario de la iglesia anglicana (1).

(1) No se conserva la relación del proceso de Dangerfield, pero he visto una sucinta noticia en un *in-plano* de la época. En la *Collection of State Trials* puede verse un resumen de la acusación contra Francisco y de su discurso momentos antes de morir. Véase Eachard, III, 741. En la relación de Burnet hay más errores que palabras. Véase también North's, *Examen*, 256; el extracto de la vida de Dangerfield en las *Bloody Assizes*; el *Observador*, julio 29, 1685, y el poema titulado «Dangerfield's Ghost to Jeffreys.» (La sombra de Dangerfield ante Jeffreys.) En el raro volumen que contiene las *Succint Genealogies*, por Roberto Halstead, lord Peterborough dice que Dangerfield, á quien había tratado algo, era un joven de aspecto agradable, muy serio, y cuya conversación parecía indicar que se hallaba dotado de no vulgar inteligencia.

## XXII.

### PROCESO DE BAXTER.

Por este mismo tiempo, un acusado que tenía muy poca semejanza con Oates ó con Dangerfield, apareció en el tribunal del *Banco del Rey*. Ningún jefe eminente de partido ha atravesado muchos años de discordias civiles y religiosas con más inocencia que Ricardo Baxter. Pertenecía á la sección más blanda y templada de los Puritanos. Cuando estalló la guerra civil era todavía muy joven, y creyendo que la razón estaba de parte de las Cámaras, no tuvo el menor escrúpulo en hacerse capellán de un regimiento del ejército parlamentario; pero su clara y algo escéptica inteligencia, y el gran sentimiento de justicia que le animaba, le libraron de todos los excesos que eran tan frecuentes en los que le rodeaban. Oponíase siempre, y trataba de contrarrestar la fanática violencia de la soldadesca. Condenó el procedimiento del Tribunal Supremo de Justicia, y en los días de la República llegó á manifestar en muchas ocasiones, y una de ellas en presencia del mismo Crómwell, amor y reverencia á las antiguas instituciones del país. Mientras la familia real estuvo en el destierro, Baxter pasaba su vida principalmente en Kidderminster, en el asiduo cumplimiento de sus deberes de párroco. Concurrió con entusiasmo á la Restauración, y sinceramente deseaba unir las dos opuestas sectas de episcopales y presbiterianos, pues con amplitud de criterio, rara en su tiempo, consideraba las cuestiones

de política eclesiástica como de poca cuenta, comparadas con los grandes principios del cristianismo; y nunca, aun en la época en que los Prelados se habían hecho más odiosos al Gobierno, había unido su voz á los perseguidores de los Obispos. La tentativa para reconciliar las opuestas facciones no dió resultado, y Baxter, compartiendo la suerte de sus amigos proscritos, rehusó la mitra de Hereford: abandonó la parroquia de Kidderminster, y se entregó casi por completo al estudio. Sus obras teológicas, aunque demasiado moderadas para agradar á los fanáticos de cualquier partido, gozaban de gran reputación. Los celosos defensores de la Iglesia le llamaban el *Cabeza redonda*, y muchos disidentes le acusaban de erastianismo y arminianismo. Pero la integridad de su corazón, la pureza de sus costumbres, el vigor de su inteligencia y extensión de sus conocimientos, eran proclamados y reconocidos por los más honrados y discretos de todos los partidos. Sus opiniones políticas, á pesar de la persecución que él y sus hermanos habían sufrido, continuaban siendo moderadas, y era amigo de aquel pequeño partido que igualmente odiaban *whigs* y *tories*. Decía él que no podía maldecir á los *equilibristas* cuando recordaba quién era el que había bendecido á los pacificadores (1).

En un comentario al Nuevo Testamento, habíase quejado con alguna acritud de las persecuciones que sufrían los disidentes. Mirábase entonces como un gran crimen contra la Iglesia y el Estado que aquellos hombres que por no usar el libro de oraciones (Prayer Book) habían sido arrojados de sus casas, privados de la hacienda y encerrados en un calabozo,

---

(1) Véase el prefacio de Baxter al *Judgment of the Nature of True Religion*, 1684, de sir Mateo Hale.

se atrevieran siquiera á murmurar. Roger Lestrange, campeón del Gobierno y oráculo del clero, dió la señal de ataque en el *Observador*. Hízose una informacion, y Baxter pidió algún tiempo para preparar su defensa. El mismo día en que Oates era atado á la picota en el patio de Palacio, el ilustre jefe de los Puritanos, agobiado bajo el peso de la edad y de las enfermedades, se presentaba en Westminster Hall á hacer su petición. Jeffreys prorrumpió en un arrebato de ira: «*Ni un minuto para salvar su vida. Lo mismo me entiendo yo con los santos, que con los pecadores. Ahí está Oates á un lado de la picota; si Baxter estuviera al otro, se habrían juntado los dos mayores bribones del reino.*»

Llegado el día en que había de verse la causa en el Ayuntamiento, una multitud compuesta de los que amaban y respetaban á Baxter, llenaba la sala. A su lado se colocó el doctor William Bates, eminente teólogo que pertenecía al partido de los Disidentes. Habíanse encargado de la defensa del acusado dos abogados *whigs* de gran fama, Pollexfen y Wallop. Apenas había empezado Pollexfen su defensa, fué interrumpido bruscamente por el Chief Justice, que dijo: «*Pollexfen, os conozco bien, y no tengáis cuidado, que no me olvidaré de vos. Sois protector del partido. Este es un viejo tuno, un infame cismático, un miserable hipócrita. Odia la liturgia, y lo único que le gusta es el cantar sin libro de oraciones;*» y su señoría, volviendo los ojos al cielo, juntas las manos en ademán de súplica, empezó á cantar gangosamente, imitando lo que él creía la manera de orar de Baxter: «*Señor, nosotros somos tu pueblo, tu solo pueblo, tu pueblo querido.*» Y como Pollexfen recordase al Tribunal que el Monarca anterior había ofrecido á Baxter una mitra: «*¿Y qué mosca le picó á ese estúpido,* exclamó Jeffreys, *para no aceptarla?*» Su furia rayó entonces en locura. Llamó perro á

Baxter, y juró que no sería más que estricta justicia el hacerle azotar por todas las calles de la *City*.

Wallop quiso interponerse, pero no le fué mejor que á su *leader*. «*Siempre andáis metido en todas estas causas tan poco decorosas, Mr. Wallop*, dijo el juez. *Caballeros que arrastran larga toga, deben avergonzarse de defender á tan miserables facciosos.*» Y como el abogado intentase aún inútilmente hacerse oir: «*Si no sabéis vuestro deber*, le dijo Jeffreys, *yo os lo enseñaré.*»

Wallop se sentó, y el mismo Baxter quiso hablar; pero el Chief Justice ahogó toda réplica en un torrente de invectivas y groseros insultos, mezclados con alguna que otra frase del *Hudibras*. «*¡Oh milord!* decía el viejo magistrado, *mucho me han criticado los disidentes por hablar con respeto de los Obispos. Y á fe que no me parece mal Baxter defendiendo á los Obispos*, exclamó; *pues bien sé yo lo que significa Obispos entre vosotros. Bribones como vos, Obispos de Kidderminster, miserables facciosos presbiterianos.*» Y como aun Baxter intentase hablar, le interrumpió Jeffreys, gritando: «*Ricardo, Ricardo, ¿acaso imaginas que hemos de permitir que envenenes nuestro Tribunal? Ricardo, eres un viejo tunante. Has escrito tantos libros como bastarían á cargar un carro; y cada libro está lleno del espíritu de sedición como un huevo de alimento. ¡Por la gracia de Dios, que has de correr por mi cuenta! Veo aquí muchísimos de vuestra hermandad aguardando con ansia hasta ver lo que acontecerá á su poderoso jefe. Y allí*, continuó fijando su salvaje mirada en Baxter, *allí está sentado junto á tí un doctor del partido. ¡Mas por Dios Omnipotente, que os he de aplastar á todos!*»

Baxter tuvo que callarse. Uno de los abogados encargados de la defensa quiso entonces hacer el último esfuerzo, demostrando que las palabras objeto de la acusación no tenían el sentido que se les había atribuído en el proceso. Con tal propósito, empezó á

leer el texto; pero Jeffreys le interrumpió bruscamente diciendo: «*¿Queréis convertir el Tribunal en un círculo de facciosos?*» Y como entonces se oyese llorar á algunos de los que rodeaban á Baxter, añadió con desdén: «*¡Despreciables becerros!*»

Esperaban para declarar, como testigos, personas respetables, entre las que se veían algunos clérigos de la Iglesia anglicana; pero el Chief Justice no quiso oir nada. «*¿Cree acaso vuestra señoría,* dijo Baxter, *que hay algún Jurado capaz de declarar convicto á un hombre á quien se juzga de este modo?—No os inquietéis, Mr. Baxter,* dijo Jeffreys, *no os inquietéis por eso.*» Jeffreys tenía razón. Los *sheriffs* eran meros instrumentos del Gobierno, y los miembros del Jurado, elegidos por ellos entre los más celosos *tories*, no hicieron más que conferenciar un momento y dar su veredicto de culpabilidad. «*Milord,* dijo Baxter en el momento de salir del Tribunal, *hubo aquí un Chief Justice que me hubiera tratado de muy distinto modo.*» Al decir esto, aludía á su sabio y virtuoso amigo sir Mateo Hale. «*No hay hombre honrado en toda Inglaterra,* le contestó Jeffreys, *que no te tenga por un tunante*» (1).

La sentencia fué, para aquellos tiempos, muy blanda. No se sabe con certeza lo que pasó en la conferencia que celebraron los jueces. Entre los disidentes se creía, lo cual es muy probable, que el Chief Justice fué derrotado por sus tres colegas. Díjose que él proponía que Baxter fuese azotado en las calles de Londres, atado á la carreta del verdugo. La mayoría creyó

---

(1) Véase el *Observador* de 25 de febrero, 1685. La información en la *Collectión of State Trials*, la relación de lo que pasó en el tribunal, por Calamy en la *Vida de Baxter*, cap. XIV, y los curiosos extractos de los manuscritos de Baxter en la *Vida* por Orme, publicada en 1830.

que un teólogo eminente, á quien veinticinco años antes se había ofrecido una mitra y que había entrado ya en los setenta años, sería suficientemente castigado, por algunas palabras duras contra el Gobierno, con una multa y encarcelamiento (1).

## XXIII.

### REUNIÓN DEL PARLAMENTO DE ESCOCIA.

La manera que tuvo de tratar á Baxter un juez que era miembro del Gabinete y favorito del Soberano, indicaba bien claramente las intenciones que abrigaba el Gobierno, á la sazón, respecto de los protestantes disidentes. Pero ya aquellas intenciones se habían manifestado de una manera más elocuente y terrible. Habíase reunido el Parlamento de Escocia. Jacobo había apresurado, de intento, la reunión de la Cámara, posponiendo la apertura de las Cámaras inglesas, en la esperanza de que el ejemplo dado por Edimburgo produciría muy buen efecto en Westminster. Mostrábase tan obsequioso con las Cámaras de su Reino septentrional, como Luis XIV con aquellas provincias á las que permitía aún jugar á algunos de los antiguos empleos de Bretaña y Borgoña. Ninguno que no fuese partidario de los Obispos podía sentarse en el Parlamento escocés, ni siquiera votar á ninguno de sus miembros; y en Escocia un *episcopal* era siempre *tory*. De una asamblea así constituída

(1) Manuscrito de Baxter citado por Orme.

poca oposición había que temer á los regios deseos. Mas no limitaban á esto sólo su servilismo, pues ninguna ley podía pasar si antes no había sido sancionada por un consejo de cortesanos.

Concedíase inmediatamente todo lo que pedía el Gobierno, si bien desde el punto de vista financiero no fué de gran importancia la liberalidad de las Cámaras escocesas. Dieron, sin embargo, cuanto sus escasos medios permitían. Concedieron á perpetuidad á la Corona los derechos de aduana que fueran ya concedidos al Monarca anterior, y que, en su tiempo, habían sido estimados en cuarenta mil libras esterlinas al año. Aumentaron también la renta anual de Jacobo, para mientras viviese, en doscientas diez y seis mil libras escocesas, ó sean diez y ocho mil esterlinas. El total de la suma que concedieron anualmente era de unas sesenta mil libras, poco más de lo que entraba en el Tesoro inglés cada quince días (1). No pudiendo dar mucho dinero, acudieron los Estados á suplir esta falta con protestas de lealtad y bárbaras leyes. El Rey, en una carta que se leyó en la sesión inaugural de la Cámara, les excitaba, en vehemente lenguaje, á la provisión de nuevas leyes penales contra los refractarios presbiterianos, lamentando que los negocios no le permitieran proponer en persona y desde el trono tales leyes. Sus órdenes fueron obedecidas. Una ley redactada antes por los Ministros de la Corona, y que excede en atroz barbarie á todas las de aquel pobre país en este infelicísimo período, fué aprobada en seguida. En ella se establecía, en pocas pero enfáticas palabras, que todo el que predicase en cualquier reunión bajo techado, ó

(1) Act Parl. Car. II, marzo 29, 1661; Jac. VII, abril 28, 1685 y mayo 13, 1685.

asistiese como predicador ó como oyente á cualquier reunión al aire libre, fuese castigado con la muerte y confiscación de sus bienes (1).

## XXIV.

### JACOBO II Y LOS PURITANOS.

Esta ley, aprobada á instancias del Rey por una asamblea devota á su voluntad, merece especial mención, porque con frecuencia ha sido presentado Jacobo, por escritores ignorantes, como un Príncipe cruel é irreflexivo en la elección de los medios, pero deseoso de conseguir uno de los más nobles fines á que un gobernante puede aspirar, esto es, el establecimiento de la más completa libertad religiosa. Ni puede tampoco negarse que algunos episodios de su vida, separados del conjunto y mirados superficialmente, parecen favorables á esta manera de considerar su carácter.

La persecución á que, cuando súbdito, había estado sujeto durante muchos años, había producido en él su acostumbrado efecto, y su inteligencia, aunque estrecha y limitada, había aprovechado tan severa disciplina. Mientras se vió excluído de la Corte, del Almirantazgo y del Consejo, y corrió peligro de ser también excluído del Trono, sólo porque no podía dudar de la transustanciación y de la autoridad de la Sede de Roma, hizo tan rápidos progresos en las doctrinas de la tolerancia, que se dejó atrás á Milton y á

(1) Act Parl. Jac. VII, mayo 8, 1685; *Observator* de 20 de junio de 1685. Lestrange evidentemente deseaba ver el precedente establecido en Inglaterra.

Locke. ¿Qué podía haber más injusto, decía él con frecuencia, que castigar las especulaciones con las penas reservadas á los actos? ¿Qué más impolítico que rechazar los servicios de buenos soldados, marineros, abogados, diplomáticos y hacendistas, sólo porque tenían distintas opiniones acerca del número de los sacramentos ó de la pluripresencia de los santos? Por rutina había aprendido los lugares comunes, que todas las sectas repiten, con tanta facilidad, cuando se hallan en la opresión, y que tan fácilmente olvidan cuando se encuentran en situación de cumplirlas. Y es lo cierto que tan bien representaba su papel, que los que llegaban á oirle acerca de este asunto, le atribuían mucho más talento y más fácil palabra de la que en realidad poseía. Sus protestas llegaron á alucinar á algunas personas caritativas, y tal vez le alucinaron á él mismo; pero su celo por los derechos de la conciencia terminó al mismo tiempo que la dominación del partido *whig*. Cuando la fortuna cambió, cuando ya no tuvo que temer que los otros le persiguiesen; cuando en su mano estuvo perseguir á los otros, sus verdaderas inclinaciones empezaron á mostrarse. Odiaba las sectas puritanas en todos sentidos, teológico y político, hereditario y personal. Mirábalos como enemigos del cielo, como enemigos de toda autoridad legítima en la Iglesia y el Estado; como enemigos de sus abuelos, de sus padres, de su hermano, y como enemigos suyos. Él, que tanto se había quejado de las leyes contra los papistas, declaró entonces que no podía concebir cómo había hombres cuya impudencia llegase hasta proponer la abolición de las leyes contra los puritanos (1). Él, cuyo tema favo-

---

(1) Son sus propias palabras, referidas por él mismo. Clarke's, *Life of James the Second*, I, 656. Orig. Mem.

rito había sido la injusticia de exigir ninguna clase de juramento á los funcionarios civiles, estableció en Escocia, cuando estuvo allí de Virrey, el juramento más severo que se había conocido en el reino (1). Él, que tan justa indignación manifestara cuando los sacerdotes de su fe eran ahorcados y descuartizados, se divertía oyendo los gemidos de los *covenantarios* y viendo las contracciones producidas por el dolor, cuando destrozaban sus miembros en el tormento (2). Así las cosas, llegó á ser Rey, é inmediatamente pidió y obtuvo de las obsequiosas Cámaras de Escocia, como la más segura prenda de lealtad, la ley más sanguinaria quo jamás se haya promulgado en nuestras islas contra los protestantes disidentes (Nonconformists).

## XXV.

### PERSECUCIÓN DE LOS COVENANTARIOS ESCOCESES.

Hallábase en perfecta armonía con esta ley todo el espíritu de su administración. La feroz persecución que había devastado la Escocia, mientras la gobernó como Virrey, se encendió más que nunca desde el día en que llegara á ser Soberano. Los Condados donde eran más numerosos los *covenantarios* fueron entregados á la licencia de la soldadesca. Formaba parte

---

(1) Act Parl. Car. II, agosto 31, 1681.

(2) Burnet, I, 583; Wodrow, III, v. 2. Desgraciadamente no se conservan las *Actas del Consejo privado de Escocia* durante todo el tiempo que duró la administración del Duque de York.

del ejército una milicia compuesta de los más violentos y desenfrenados entre los que á sí mismos se daban el nombre de *episcopales* ó partidarios de los Obispos. Entre las bandas que oprimían y asolaban aquella infeliz comarca, distinguíanse los dragones de Jacobo Graham de Claverhouse. Decíase que estos malvados acostumbraban, en sus orgías, á hacer juego de los tormentos del infierno, y á llamarse entre sí por los nombres de los diablos y de las almas condenadas (1). Era jefe de este *infierno* terrenal un soldado de notable valor y pericia, pero rapaz y profano, de carácter violento y de corazón endurecido, cuyo nombre, do quiera que la raza escocesa se ha establecido en la haz de la tierra, se menciona con particular odio y aborrecimiento. Sería tarea interminable el referir todos los crímenes que hicieron de este hombre y otros como él el espanto de los campesinos de las tierras bajas del Oeste (Western Lowlands), cuyo dolor llegó á veces hasta la locura. Bastarán algunos ejemplos que tomaremos de la historia de solos quince días, los mismos en que el Parlamento escocés, á instancias de Jacobo, promulgaba una nueva ley contra los disidentes, ley cuya severidad no tenía precedente en nuestra historia.

Juan Brown, pobre mandadero del Lancarshire, era llamado, por su singular piedad, el mandadero cristiano. Muchos años después, cuando Escocia disfrutaba de la paz, prosperidad y libertad religiosa, los ancianos que recordaban estos infelices días contaban que era hombre versado en las cosas divinas, de vida irreprensible y natural tan humilde, que los tiranos no hallaban nada que reprender en él, como no fuese su alejamiento del público trato de los *episco-*

(1) Wodrow, III, IX. 6.

*pales.* El 1.° de mayo estaba cortando hierba, cuando fué cogido por los dragones de Claverhouse, examinado rápidamente, convicto de disidencia y sentenciado á muerte. Dícese que aun entre los soldados no era fácil encontrar ejecutor, porque la esposa del pobre hombre estaba presente teniendo de la mano á un pequeñuelo, y fácilmente se veía que muy pronto iba á dar otro á luz; y aun aquellos salvajes de corazón endurecido que se llamaban uno á otro Belcebú y Apolión, retrocedían ante la gran maldad de dar muerte á su esposo á la vista de ella. El prisionero, entre tanto, con el pensamiento levantado á regiones más altas por la proximidad de la vida eterna, oraba en voz alta con el fervor de un hombre inspirado, hasta que Claverhouse, en un rapto de furor, hizo fuego sobre él y lo mató. Refirieron testigos fidedignos que la viuda exclamó en medio de su angustia: «*Bien, señor, bien; día llegará en que habréis de dar cuenta de este hecho.*» Á lo que contestó el asesino: «*De lo que he hecho respondo á cualquier hombre; y en cuanto á Dios, en mi mano está el hacerlo.*» Sin embargo, se murmuraba que aun en su empedernida conciencia y en su corazón de diamante, los postrimeros ayes de la víctima dejaron impresión indeleble (1).

El 5 de mayo, dos artesanos, Pedro Gillias y Juan Bryce, eran juzgados en Ayshire por un tribunal militar, compuesto de quince soldados. Todavía se con-

(1) Wodrow, III, IX, 6. El editor de la edición de Burnet de Oxford, trata de excusar el hecho, alegando que Claverhouse tenía entonces á su cargo el interceptar toda comunicación entre Argyle y Monmouth, y suponiendo que pudo haberse descubierto que Juan Brown servía de correo entre los dos campos rebeldes. Desgraciadamente para esta hipótesis, cuando mataron á Juan Brown en 1.° de mayo, así Argyle como Monmouth estaban en Holanda, y aun no había estallado la rebelión en ninguna parte de nuestra isla.

serva el proceso. Se acusaba á los prisioneros, no de ningún acto de rebelión, sino de seguir las perniciosas doctrinas que habían impelido á otros á rebelarse, y que sólo esperaban oportunidad para ponerlas en práctica. El procedimiento fué sumario. En algunas horas los dos culpables fueron declarados convictos, ahorcados y arrojados juntos á un foso debajo de la cárcel (1).

El 11 de mayo fué señalado por más de un gran crimen. Algunos calvinistas fanáticos habían deducido de la doctrina de la reprobación la consecuencia de que orar por cualquier persona que estuviese predestinada á la perdición era un acto de rebeldía contra los eternos decretos del Sér Supremo. Tres pobres labradores, profundamente imbuídos en doctrina tan poco caritativa, fueron detenidos por un oficial en las cercanías de Glasgow, y como se les ordenase orar por el Rey Jacobo VII, se negaron á hacerlo, excepto en el caso de que fuera uno de los elegidos. Hízose adelantar una fila de mosqueteros; los prisioneros se arrodillaron, les vendaron los ojos, y una hora después de haber sido arrestados, su sangre era pasto de la voracidad de los perros (2).

Al mismo tiempo que se llevaba esto á cabo en Clydesdale, perpetrábase en Erksdale un crimen no menos horrible. Uno de los *covenantarios* proscritos, agobiado por la enfermedad, había hallado abrigo en casa de una respetable viuda, y allí había muerto. El cadáver fué descubierto por el Laird de Westerhall, tiranuelo que, en tiempo del *Covenant*, había mostrado gran celo por la Iglesia presbiteriana, y que cuando la restauración había comprado el favor del Gobierno

(1) Wodrow, III, IX, 6.
(2) Wodrow, III, IX, 6.

por la apostasía, sintiendo desde entonces hacia el partido que abandonara el implacable odio del apóstata. Este hombre, pues, echó abajo la casa de la pobre mujer; se llevó cuanto encontró dentro, y dejándola á ella y á sus pequeñuelos en mitad del campo, llevó consigo á su hijo Andrés, que era todavía mancebo, haciéndole comparecer ante Claverhouse, que á la sazón recorría aquella parte del país. Claverhouse habíase hecho entonces extraordinariamente blando, y algunos creían que no era el mismo desde que diez días antes diera muerte al mandadero cristiano. Pero Westerhall deseaba ardientemente dar señalada prueba de su lealtad, y consiguió, al fin, de Claverhouse el consentimiento que deseaba. Cargáronse los fusiles y se ordenó al joven que se cubriese la cara con la gorra. Negóse á ello, y permaneció contemplando á sus asesinos con la Biblia en la mano. «*Puedo miraros al rostro,* dijo; *no he hecho nada de que tenga que avergonzarme. Pero ¿cómo estaréis vosotros el día en que seáis juzgados por lo que está escrito en este libro?*» Diciendo esto, cayó muerto, y fué enterrado en un pantano (1).

Aquel mismo día dos mujeres, Margarita Machachlan y Margarita Wilson, anciana viuda la primera, doncella la otra de diez y ocho años, sufrían la muerte por su religión en Wigtonshire. Se les ofreció la vida si consentían en abjurar la causa de los *covenantarios* insurgentes y abrazar el partido de los Obispos. Negáronse á ello, y se las sentenció á morir ahogadas. Fueron conducidas á un sitio que el Solway cubre con sus aguas dos veces al día, y las ataron á unas estacas que habían fijado en la arena en mitad de la corriente. La anciana fué colocada más cerca de la marea creciente, en la esperanza de que al ver su agonía,

(1) Ib. *Cloud of Witnesses.*

el terror obligase á la joven á someterse. El espectáculo fué horroroso, pero el valor de la joven era sustentado por un entusiasmo de que apenas hay memoria en los anales del martirologio. Vió cómo las aguas se iban acercando poco á poco, sin dar el menor signo de alarma. Oró y cantó versículos de los Salmos hasta que las aguas cubrieron su voz. Cuando ya la muerte se acercaba, perdió el conocimiento; mas fué, por merced cruel, desatada y vuelta á la vida. Al volver en sí, sus piadosos amigos y vecinos le suplicaban que cediese. «*Querida Margarita, dí tan sólo, Dios salve el Rey.*» La pobre niña, fiel á su severa doctrina, balbució: «*Que Dios le salve, si tal es su voluntad.*» Sus amigos rodearon al oficial, repitiendo: «*Ya lo ha dicho, señor; ya veis cómo lo ha dicho.—¿Está dispuesta á abjurar?* preguntó.—*¡Nunca!* exclamó ella. *Yo soy de Cristo, dejadme ir.*» Y las aguas, por última vez, se cerraron sobre su cuerpo (1).




Así gobernaba la Escocia aquel príncipe á quien algunos ignorantes han presentado como amigo de la libertad religiosa, cuya desgracia había sido ser demasiado sabio y demasiado bueno para la edad en que viviera. Y aun le parecían excesivamente blan-

---

(1) Wodrow, III, IX, 6. El epitafio de Margarita Wilson en el atrio de la iglesia de Wigton, que copio á continuación, se ha impreso en el Apéndice á la *Cloud of Witnesses*:

«Murdered for owning Christ supreme
Head of his Church, and no more crime,
But her not owning Prelacy
And not abjuring Presbitery
Within the sea, tied to a stake
She suffered for Christ Jesus' sake.»

(Fué asesinada por declarar que Cristo es cabeza suprema de su Iglesia, y no por otro crimen que negarse á reconocer á los prelados y á abjurar el presbiterianismo. En el mar, atada á una estaca, sufrió por amor de Jesucristo.)

das las leyes que le autorizaban á gobernar de aquel modo. Mientras los oficiales cometían los asesinatos que acabamos de relatar, hacía él repetidas instancias para que el Parlamento de Escocia promulgase una nueva ley, en cuya comparación eran benignas todas las anteriores. En Inglaterra su autoridad, aunque grande, hallábase limitada por antiguas y nobles leyes, que hasta los mismos *toríes* no le hubieran visto infringir con paciencia. No podía aquí llevar á los disidentes ante tribunales militares, ó disfrutar en el Consejo el placer de verlos en el tormento. No podía aquí mandar ahogar pobres doncellas por negarse á abjurar, ó fusilar infelices campesinos por poner en duda si él era uno de los elegidos. Sin embargo, continuaba persiguiendo en Inglaterra á los puritanos hasta donde su poder le permitía, hasta que los acontecimientos, que muy pronto habremos de referir, le indujeron á formar el designio de unir en una coalición á puritanos y papistas, á fin de humillar y despojar la Iglesia anglicana.

## XXVI.

### INTENCIONES DE JACOBO RESPECTO DE LOS CUÁKEROS.

Había una secta de protestantes disidentes que el Rey, aun en este primer período de su reinado, miraba con cierto cariño: la *Sociedad de Amigos*. Su parcialidad por aquella fraternidad singular no puede atribuirse á simpatía religiosa, porque de todos los que reconocen la divina misión de Jesucristo, los que más difieren entre sí, son los católicos y los cuákeros. Podrá

parecer paradógico el decir que esta misma circunstancia constituía entre ambos un lazo de unión, y sin embargo, así acontecía entonces, porque se desviaban tanto, en opuestas direcciones, de lo que la gran mayoría de la nación tenía por verdadero, que aun los más liberales consideraban generalmente ambas creencias como resultado de la más amplia tolerancia. Y así las dos sectas extremas, precisamente por serlo, tenían un interés común, distinto del de las sectas intermedias. Además, los cuákeros no habían hecho nunca á Jacobo ni á su familia la más leve ofensa; ni habían tenido vida, como comunidad, hasta que la guerra entre su padre y el Parlamento Largo tocaba á su término. Algunos Gobiernos revolucionarios los habían perseguido cruelmente, y desde la Restauración, á pesar de habérseles tratado siempre mal, se sometieron sin resistencia á la autoridad real. Porque, aunque fundándose en premisas que los teólogos anglicanos miraban como heterodoxas, unos y otros habían llegado á la misma conclusión, esto es, que ningún exceso de tiranía, por parte del Príncipe, puede justificar la resistencia activa de los súbditos. Ningún libelo contra el Gobierno se ha atribuído á los cuákeros, ni se les ha encontrado nunca implicados en ninguna conspiración (1). No se habian unido al clamor general cuando el *bill* de exclusión, y solemnemente habían condenado la conjuración de Rye-House como infernal designio y obra del demonio (2). Cierto que los *Amigos* tomaban entonces muy pequeña parte en las contiendas civiles, porque no estaban, como ahora, reunidos en grandes ciudades,

---

(1) Véase la carta á Carlos II, que precede á la *Apología* de Barclay.

(2) Sewel, *Historia de los cuákeros*, lib. x.

sino que, en general, se dedicaban á la agricultura de la que poco á poco se han ido apartando á causa de las vejaciones á que su extraño escrúpulo sobre el pago del impuesto daba lugar. Vivían, por lo tanto, completamente alejados de la escena de las luchas políticas, y además, aun en el retiro del hogar, evitaban en principio toda conversación política, porque tales conversaciones eran, en su opinión, poco favorables á la paz del espíritu, y tendían á alterar la austera gravedad de su conducta. En las reuniones anuales, que entonces celebraban, se amonestaba repetidamente á los hermanos que no hablasen de los asuntos del Estado (1), y aun recuerdan personas que actualmente viven, haber oído á aquellos graves ancianos que sistemáticamente mantenían los hábitos de la generación anterior, reprobar tan mundanas pláticas (2). Natural era que Jacobo distinguiese esta raza inofensiva de aquellas orgullosas y turbulentas sectas que consideraban la resistencia á la tiranía como un deber cristiano; que en Alemania, en Francia y en Holanda habían hecho la guerra á príncipes legítimos, y que por espacio de cuatro generaciones habían mostrado particular enemiga á la casa de los Estuardos.

Sucedía, además, que podían hacerse grandes concesiones á los católicos y á los cuákeros, sin mitigar los sufrimientos de las sectas puritanas. Una ley, en vigor á la sazón, imponía severas penas á todo el que se negase á jurar, siempre que se le exigiese, la supremacía del Rey como jefe de la Iglesia. Esta ley no afectaba á los presbiterianos, á los independientes, ó á los baptistas, porque todos igualmente se halla-

(1) *Actas de las reuniones anuales*, 1689, 1690.
(2) Clarkson, sobre los cuákeros, *Costumbres especiales*, cap. V.

ban dispuestos á poner á Dios por testigo de que renunciaban á todo trato espiritual con prelados ó soberanos extranjeros. Pero los católicos no podrían jurar que el Papa no tenía jurisdicción en Inglarerra, y los cuákeros no jurarían ni una cosa ni otra. Por otra parte, ni á los romanos ni á los cuákeros afectaba la ley de las *Cinco millas* (Five Mile Act), que de todas las leyes contenidas en los Estatutos, era tal vez la más enojosa para los puritanos disidentes (1).

## XXVII

### GUILLERMO PENN.

Tenían los cuákeros en la corte un poderoso y entusiasta abogado. Aunque como clase frecuentaban poco el mundo y huían de la política como ocupación peligrosa á sus intereses espirituales, uno de ellos, que se distinguía entre todos por su fortuna y su rango, frecuentaba el trato de los más altos círculos, y

(1) Después de escrito este pasaje, encontré en el Museo británico un manuscrito (Harl. MS., 7506), titulado: *An account of the seizures, sequestrations, great Spoil and Havock made upon the Estates of the several Protestant Dissenters, called Quakers, upon Prosecutión of old Statutes made against Papist and Popish Recusants.* (Relación de los robos, secuestraciones, grandes despojos y atropellos cometidos en las haciendas de los protestantes disidentes llamados cuákeros, de conformidad con lo que los antiguos Estatutos previenen contra los papistas y los que no reconocen al Rey como suprema autoridad religiosa.) El manuscrito tiene las iniciales de Jacobo, y es probable que haya llegado á manos de lord Oxford por el coronel Graham, confidente del Rey. Esta circunstancia me confirma aún más en la interpretación que he dado en el texto, á la conducta de Jacobo respecto de los cuákeros.

tenía constantemente abiertas las puertas de la cámara real. Era éste el célebre Guillermo Penn. Su padre había desempeñado mandos importantes en la armada; había sido comisario del Almirantazgo y miembro del Parlamento; recibió la orden de caballería, y aun se le hizo entrever la esperanza de ser hecho lord. El hijo había sido educado en los principios liberales, dedicándole á la profesión de las armas; pero, joven aun, había disgustado á sus amigos y malogrado sus planes, uniéndose á los que entonces se consideraban generalmente como una gavilla de fanáticos herejes. Algunas veces fuera ya enviado á la Torre y otras á Newgate, y había sido procesado en Old Bailey por predicar en contra de la ley. Mas después de algún tiempo se había reconciliado con su familia, y había logrado granjearse tan poderosa protección, que mientras sus correligionanos llenaban las cárceles de Inglaterra, á él se le permitió, durante muchos años, profesar sus doctrinas sin que nadie la molestase. Hacia el fin del reinado anterior consiguió, en pago de una antigua deuda que tenía con él la Corona, la concesión de una región inmensa en Norte-América, poblada entonces únicamente por indios cazadores, y á donde él invitó á sus perseguidos amigos á establecerse. Hallábase esta colonia todavía en la infancia cuando Jacobo subió al trono.

Entre Jacobo y Penn había reinado mucho tiempo la más cordial amistad, y así, al subir Jacobo al trono, el cuákero se convirtió en cortesano y llegó á ser casi favorito. Todos los días era llamado por el Rey á su gabinete, y algunas veces tenía largas audiencias, mientras que los grandes aguardaban en las antecámaras. Decíase que su influencia era mucho más eficaz para favorecer ó perjudicar que la de muchos nobles que ocupaban altos puestos. Pronto se vió rodeado

de aduladores y pretendientes. Su casa de Kensington por las mañanas, á la hora de levantarse, se veía concurrida por más de doscientas personas. Cara le salió, sin embargo, esta aparente prosperidad. Su propia secta empezó á mirarle con frialdad y á admitir sus servicios con repugnancia. Acusábasele en alta voz de papista y aun de jesuita. Algunos afirmaban que se había educado en Saint Omer, y otros que había recibido las órdenes en Roma. Cierto que tales calumnias sólo podían hallar crédito entre la multitud ignorante; pero con ellas se mezclaban acusaciones mucho más fundadas (1).

Decir toda la verdad, en lo relativo á Penn, es tarea que requiere algún valor, por ser éste un personaje más bien mítico que histórico. Naciones rivales y sectas hostiles han convenido en canonizarlo. Inglaterra se enorgullece con su nombre. Una gran república, allende el Atlántico, le mira con la misma reverencia que los Atenienses sentían por Teseo y los Romanos por Quirino. La respetable sociedad de que fué miembro le honra como apóstol. Hombres piadosos de distintas creencias le consideran generalmente como brillante modelo de virtud cristiana, al mismo tiempo que admiradores de muy distinta índole se han hecho eco de sus alabanzas. Los filósofos franceses del siglo XVIII le perdonaron lo que ellos miraban

---

(1) Las visitas de Penn á Whitehall y sus recepciones al levantarse en Kensington, han sido descritas con gran vivacidad, aunque en muy mal latín, por Gerardo Croese. *Sumebat*, dice, *rex sæpe secretum, non horarium, vero horarum plurium, in quo de variis rebus cum Penno serio sermonem conferebat, et interim differebat audire præcipuorum nobilium ordinem, qui hoc interim spatio in procœtone, in proximo, regem conventum præsto erant*. De la multitud de pretendientes que acudian á casa de Penn, dice Croese: *Vidi quandoque de hoc genere hominum non minus biscentum*.—Historia cuaqueriana, lib. II. 1695.

como supersticiosas fantasías, en gracia á su desprecio por los clérigos y á su benevolencia cosmopolita, que imparcialmente se extendía á todas las razas y á todas las creencias. Y de este modo su nombre vino á ser, en todos los países civilizados, sinónimo de probidad y filantropía.

Ni es del todo inmerecida tan alta reputación. Guillermo Penn era, sin duda, hombre de eminentes virtudes. Tenía alta idea de sus deberes religiosos, y ferviente deseo de contribuir á la felicidad del género humano. En uno ó dos puntos de gran importancia era su opinión más acertada que la que generalmente corría entre hombres de gran entendimiento; y como dueño y legislador de una provincia, que por hallarse deshabitada, cuando vino á su poder, ofrecía ancho campo para experimentos morales, tuvo la rara fortuna de llevar sus teorías á la práctica sin ningún conflicto y sin el más leve choque con las instituciones existentes. Siempre será mencionado con honra como fundador de una colonia que, en sus relaciones con un pueblo salvaje, no abusó nunca de la fuerza que debía á la civilización, y como legislador, que en una época de persecución hizo de la libertad religiosa la piedra angular de su política. Pero sus escritos y su vida ofrecen abundantes pruebas de que no era hombre de gran entendimiento. No tenía habilidad para conocer á las gentes. Su confianza en personas menos virtuosas que él le hizo incurrir en grandes errores y le acarreó muchos infortunios. Su entusiasmo por un gran principio le impulsó algunas veces á violar otros principios no menos grandes, que debía mirar como sagrados. Ni era su rectitud á toda prueba contra las tentaciones á que se veía expuesto en aquella sociedad espléndida y culta, pero profundamente corrompida, en que ahora vivía.

La Corte toda era un hervidero de intrigas galantes y ambiciosas. El tráfico de honores, empleos y mercedes era incesante. Natural era que á un hombre á quien diariamente se veía en Palacio y de quien se sabía que era siempre admitido á la presencia del Rey, se le importunase con frecuencia, á fin de que hiciera de su ascendiente un uso que la rígida moral condena. La integridad de Penn habíase mantenido firme contra la violencia y la persecución. Pero ahora, teniendo que luchar con reales sonrisas y femeniles artificios, con la elocuencia insinuante y la delicada adulación de veteranos diplomáticos, y cortesanos, su resolución empezó á ceder. Frases y títulos contra los que muchas veces había protestado, se escapaban en ocasiones de sus labios y de su pluma. Poco importaría si su falta se redujese á tales complacencias con los usos del mundo. Por desgracia, no puede ocultarse que tuvo gran parte en algunas relaciones condenadas, no sólo por el severo código de la sociedad á que pertenecía, sino por el común sentir de todos los hombres honrados. Más adelante protestó de que sus manos se hallaban puras de toda ilícita ganancia, y de que nunca había recibido la menor gratificación de aquellos á quienes sirviera, aunque hubiera podido fácilmente, mientras duró su influencia en la Corte, haber ganado ciento veinte mil libras (1). A esta aserción debe concederse entero crédito. Pero hay recompensas para la vanidad como para la codicia, y es imposible negar que Penn fué seducido y tomó parte en algunos injustificables tratos cuyo provecho disfrutaron otros.

(1) Veinte mil en mi bolsillo, y cien mil en mi provincia.—*Carta de Penn á Popple.*

## XXVIII.

### BENEVOLENCIA DEL GOBIERNO PARA CON LOS CATÓLICOS Y LOS CUÁKEROS.

El primer uso que hizo Guillermo Penn de su influencia es digno de todo elogio. Pintó con vivos colores los sufrimientos de los cuákeros al nuevo Rey, que vió con placer la posibilidad de hacer gala de indulgencia con tan tranquilos sectarios, lo mismo que con los católicos, sin mostrar igual favor á las otras sectas que á la sazón perseguía. Hízose una lista de prisioneros á quienes se había procesado por negarse á jurar, ó por no ir á la iglesia, y de cuya lealtad se presentaron certificados al Gobierno. Se les declaró exentos de todo cargo, y se dió orden de que mientras el Rey no manifestase su opinión en este asunto, no se siguiera con nadie igual procedimiento. De esta manera, como unos mil quinientos cuákeros y mayor número aún de católicos recobraron la libertad (1).

(1) Estas órdenes firmadas por Sunderland pueden verse en la *Hitoria* de Sewel. Llevan la fecha de 18 de abril de 1685. El estilo es oscuro é intrincado, pero creo haber presentado en el texto su verdadera significación. No he podido hallar pruebas de que ninguno que no fuese católico ó cuákero recobrase la libertad en virtud de estas órdenes. Véase Neal, *Historia de los Puritanos*, tomo II, cap. II. Gerardo Croese, lib. II. Croese calcula en mil cuatrocientos sesenta el número de cuákeros que recobraron la libertad.

Era, por fin, llegado el tiempo en que debía reunirse el Parlamento inglés. Los miembros de la Cámara de los Comunes habían acudido á la capital en tan gran número, que se dudaba mucho de que todos pudieran acomodarse en la sala que les estaba destinada. Los días que precedieron inmediatamente á la apertura de las sesiones se pasaron en hablar de los asuntos públicos, ya unos con otros ó con los agentes del Gobierno. El partido leal celebró una gran reunión en la hostería de la Fuente, en la Ribera, (the Strand) y Roger Lestrange, que recientemente había sido nombrado caballero por el Rey, y era diputado por la ciudad de Winchester, fué uno de los que dirigieron todas estas conferencias (1).

Pronto se vió que una gran parte de los diputados tenía miras que no estaban de todo en todo conformes con las de la Corte. Los caballeros *tories* de provincias, casi sin excepción, deseaban mantener la ley del *Test* y la del *Habeas Corpus*; y después hablaban de votar el impuesto, sólo por determinado número de años. Pero todos se hallaban igualmente dispuestos á adoptar severas leyes contra los *whigs*, y hubieran visto con alegría que se declarase á todos los partidarios del *bill* de exclusión incapacitados para el desempeño de los empleos públicos. Por otra parte, el Rey deseaba obtener del Parlamento una renta vitalicia, la admisión de los católicos en los empleos y la derogación del *Habeas Corpus*. A estas tres cosas aspiraba principalmente, y no se hallaba en modo alguno dispuesto á aceptar en su lugar una ley penal contra los exclusionistas. Además de que tal ley le hubiera desagradado seguramente, porque una parte de los exclusio-

(1) Barillon, mayo 28 (junio 7); *Observator*, mayo 27, 1685; Sir Juan Reresby's, *Memoirs*.

nistas tenía con él gran favor, aquella fracción que representaba Sunderland y que se había unido á los *whigs* en los días de la conjuración, sólo porque los *whigs* tenían el mando y que había cambiado con el cambio de fortuna. Con fundamento miraba Jacobo á estos renegados como los más útiles instrumentos de que pudiera echar mano. No era, sin duda, de los animosos caballeros que le habían sido fieles en la adversidad de quien podía esperar en los días prósperos obediencia abyecta y sin escrúpulos. Los hombres que impulsados, no de celo por la libertad ó la religión, sino tan sólo de egoísta codicia y temor, habian ayudado á oprimirle cuando se veía débil, eran los mismos que, movidos de igual codicia é idéntico temor, le ayudarían á oprimir á su pueblo ahora que era fuerte (1). Por otra parte, Jacobo, aunque vengativo, no lo era con preferencia á toda otra pasión, y ni un solo ejemplo puede mencionarse en que mostrara compasión generosa hacia los que le habían hecho la guerra honrada y públicamente. Pero con frecuencia perdonaba, y aun daba recompensas, á los que inducidos de algún vil motivo le habían hecho daño, porque aquella misma bajeza que los señalaba como instrumentos propios de la tiranía era tan preciosa á sus ojos, que la miraba con indulgencia aun cuando se emplease en contra suya.

Por varios conductos se comunicó á los *tories* de la Cámara popular cuáles eran los deseos del Monarca. Fácilmente se logró persuadir á la mayoría de que abandonase todo proyecto de ley penal contra los

(1) Luis XIV escribió á Barillon acerca de estos exclusionistas lo siguiente: «L'intéret qu'ils auront á effacer cette tache par des services considérables les portera, selon toutes les aparences, á le servir plus utilement que ne pourroient faire ceux qui ont toujours été les plus attachés á sa personne.» Mayo 15 (25), 1685.

exclusionistas, y de que consintiese en conceder á S. M. la renta vitalicia. Pero en cuanto á las leyes del *Test* y del *Habeas Corpus*, no obtuvieron los emisarios de la Corte tan satisfactorio resultado (1).

## XXIX.

### REÚNESE EL PARLAMENTO INGLÉS.

El día 19 de mayo se verificó la apertura del Parlamento. Ofrecían los bancos de la Cámara popular singular aspecto. Aquel gran partido que había dominado en las tres últimas legislaturas, veíase ahora reducido á tan lastimosa minoría, que apenas si formaban sus miembros la décimaquinta parte de la Cámara. De los quinientos trece caballeros y burgueses, sólo ciento treinta y cinco se habían sentado antes en aquellos bancos. Es evidente que una asamblea compuesta en su mayoría de gente tan ignorante é inexperta, debía ser, en muchos é interesantes conceptos, muy inferior á la importancia de nuestros Parlamentos (2).

Fueron nombrados por el Rey, *managers* (3) de la Cámara de los Comunes, dos lores escoceses. Uno de ellos, Carlos Middleton, Conde de Middleton, después de haber desempeñado un alto empleo en Edimburgo, poco después de la muerte de Carlos II, había entrado á formar parte del Consejo privado de Inglaterra,

(1) Barillon, mayo 4 (14), 1685; sir John Reresby's, *Memoirs*.
(2) Burnet, I, 626; Evelyn's, *Diary*, mayo 22, 1685.
(3) Véase el Apéndice.—N. del T.

siendo nombrado secretario de Estado. El otro era Ricardo Graham, Vizconde de Preston, que durante mucho tiempo había sido enviado extraordinario en Versalles.

## XXX.

### TREVOR ELEGIDO PRESIDENTE (SPEAKER).—CARÁCTER DE SEYMOUR.

Lo primero que hicieron los Comunes fué elegir Speaker. ¿Quién sería el elegido? Tal era la cuestión que se debatía en el Gabinete. Guildford había recomendado á sir Tomás Meres, que, como él, formaba en el partido de los *equilibristas*. Jeffreys, que nunca perdía oportunidad de llevar la contraria al lord Canciller, hizo grandes elogios de sir Juan Trevor.

Habíase educado Trevor entre la curia y el garito, y de aquí que trajera á la vida política sentimientos y principios que se resentían de este doble origen. De este modo había llegado á ser parásito del *Chief Justice*, cuyo estilo, recargado de invectivas é insultos, podía imitar, y no sin éxito, siempre que la ocasión se ofrecía. El paniaguado de Jeffreys fué, como era de esperar, preferido por Jacobo, propuesto por Middleton y elegido sin oposición (1).

Hasta aquí todo iba bien; pero un adversario de no común valía acechaba ocasión oportuna de presentarse. Era éste Eduardo Seymour, de Berry Pomeroi Castle, diputado por la ciudad de Exeter. Seymour,

(1) Roger North's, *Life of Guildford*, 218; Bramston's, *Memoirs*.

por su nacimiento, hallábase al nivel de los más nobles súbditos de Europa. Descendía en línea recta de aquel Duque de Somerset que había sido cuñado de Enrique VIII y protector de Inglaterra. Según condición expresa, al crear el ducado, el hijo mayor había sido pospuesto al más joven, y de éste descendían los Duques de Somerset. Del hijo mayor descendía la familia que habitaba en Berry Pomeroi. Grande era la fortuna de Seymour, y poderosa su influencia en el Occidente de Inglaterra. Y no tenía sólo la importancia que dan el rango y la fortuna. Era uno de los más hábiles polemistas y hombres políticos del reino. Habíase sentado por espacio de muchos años en la Cámara de los Comunes y había estudiado su régimen y costumbres, dándose cuenta plenamente de su índole especial. En el reinado anterior había sido elegido *Speaker* en circunstancias que hacían especialmente honrosa tal distinción. Por espacio de varias generaciones sólo á legistas se había confiado la presidencia, y él fué el primer *caballero del campo* á quien su especial habilidad y notables dotes habían permitido romper con tan larga tradición. Posteriormente había desempeñado un alto empleo político y había formado parte del Gabinete. Mas su altivo y poco acomodaticio carácter había disgustado de tal modo, que se había visto obligado á retirarse. Era *tory* y partidario de la Iglesia anglicana: habíase opuesto con todas sus fuerzas al *bill* de exclusión; los *whigs*, en su época de prosperidad, le habían perseguido, y gracias á esto podía aventurarse á usar un lenguaje que á cualquier otro sospechoso de republicanismo, hubiera bastado á enviarlo á la Torre. Por mucho tiempo había estado á la cabeza de una poderosa fracción del Parlamento, conocida con el nombre de *Alianza Occidental* (Western Alliance), de la que formaban parte

muchos caballeros de Devonshire, Somersetshire y Cornualles (1).

En cualquier Parlamento un diputado que á los conocimientos, elocuencia y hábito de los negocios, reune la opulencia y un nombre ilustre, merece la más alta consideración. Pero en una Cámara de la que son excluídos muchos de los más eminentes oradores y tácticos parlamentarios de la época y que se compone principalmente de personas que nunca han oído un debate, la influencia de tal hombre debía ser formidable. Cierto que faltaba á Eduardo Seymour el peso que da la influencia moral, pues era licencioso, profano, corrompido, demasiado orgulloso para ser cortés, si bien no lo bastante para no dejarse contaminar con ilícitas ganancias. Pero era aliado tan útil y tan formidable enemigo, que con frecuencia se veía cortejado aun por aquellos que más le detestaban (2).

Hallábase á la sazón resentido con el Gobierno. Las reformas introducidas en los distritos electorales del Oeste habían debilitado en algunos puntos su influencia; la elevación de Trevor á la presidencia habíale herido en su orgullo, y deseando vengarse, aprovechó la primera oportunidad.

---

(1) North's, *Life of Guildford*; *News from Westminster*.

(2) Burnet, I, 382. *Rawdon Papers*; lord Conway to sir George Rawdon, Dec. 28, 1677.

## XXXI.

### VOTACIÓN DEL IMPUESTO.

El 22 de mayo, los miembros de la Cámara de los Comunes fueron citados á la barra de la de los Lores; y el Rey, sentado en el trono, pronunció un discurso dirigido á ambas Cámaras. Declaró su resolución de mantener el gobierno establecido en la Iglesia y el Estado, pero debilitó el efecto de esta declaración, haciendo una extraordinaria advertencia á los miembros de la Cámara popular. Dijo que temía que pudieran inclinarse á negarle dinero de tiempo en tiempo, en la esperanza de que de esta manera le obligarían á convocarlos con frecuencia. Pero les advertía que no debían obrar de tal modo, y que si deseaban reunirse á menudo, tendrían que portarse lealmente con él. Y puesto que era evidente que sin dinero no había medio de sostener el gobierno, claramente manifestaban sus palabras que si no le daban todo el dinero que deseaba, lo tomaría. ¡Cosa extraña! Esta arenga fué recibida en medio de entusiastas aclamaciones por parte de los caballeros *tories* allí presentes. Tales aclamaciones eran entonces usuales, y aun ha sido después, durante muchos años, grave y decorosa costumbre del Parlamento oir con respetuoso silencio las frases, fuesen ó no agradables, pronunciadas desde el trono (1).

---

(1) *London Gazette;* mayo 25, 1685; Evelyn's, *Diary*, mayo 22, 1685.

Era entonces costumbre que después de exponer el Rey concisamente las razones que le habían movido á convocar el Parlamento, el lord Canciller expusiese con más amplitud á ambas Cámaras el estado de los asuntos públicos. Guildford, siguiendo en esto el ejemplo de sus predecesores Clarendon, Bridgeman, Shaftesbury y Nottingham, había preparado un elaborado discurso, pero con gran despecho vió que sus servicios no eran necesarios (1).

Tan pronto como los diputados volvieron á su Cámara, se propuso que se *constituyera en comité* (2), á fin de establecer la pensión que había de asignarse al Monarca.

Entonces se levantó Seymour. Gracias á los retratos que de él nos quedan, podemos representárnosle en aquel momento, con su aspecto altivo, propio del jefe de la disoluta *gentry;* los artificiales bucles cayendo en elegante profusión en torno de sus hombros; y en el labio y en la mirada una doble expresión de voluptuosidad y desdén. No era su deseo, decía el altivo caballero, que el Parlamento retirase á la Corona los medios de atender al sostenimiento del Gobierno. Pero ¿era aquello en realidad un Parlamento? ¿Acaso no había en aquellos bancos muchos diputados que, como todo el mundo sabía, no tenían derecho á sentarse allí, muchos cuyas elecciones manchara la corrupción, muchos á quienes contra su voluntad y sólo movidos del temor habían votado sus electores, y muchos también elegidos por corporaciones que no tenían existencia legal? ¿No se habían reconstituído las comisiones de los distritos á despecho de lo que las Cartas reales, de inmemorable

(1) North's, *Life of Guildford*, 256.
(2) Véase el Apéndice.—(N. del T.)

antigüedad previenen? ¿No habían sido en todas partes los oficiales encargados de verificar la elección agentes de la Corte á quienes ningún género de escrúpulos contenía? Viendo, pues, que el mismo principio de representación fuera atacado sistemáticamente, no le era posible calificar á aquella multitud de personas que veía á su alrededor con el honroso nombre de Cámara de los Comunes. Y sin embargo, nunca como entonces había requerido el estado de los negocios que el Parlamento tuviese alta representación. Grandes peligros amenazaban la constitución civil y eclesiástica del Reino. Hasta al vulgo era notorio, y era cosa que no exigía prueba, que la ley del *Test*, antemural de la religión, y la ley del *Habeas Corpus*, antemural de la libertad, estaban amenazadas de muerte. *Antes de proceder á legislar sobre cuestiones del momento, veamos si realmente constituímos una legislatura. Sea nuestro primer acto averiguar de qué modo se han dirigido las elecciones, y cuidemos de que esta información sea imparcial, porque si la nación llegase á ver que no hay medio, por las vías pacíficas, de obtener reparación, tal vez, antes de mucho, tengamos que sufrir el peso de esa misma justicia que ahora nos negamos á hacer.* Concluyó proponiendo que antes de que se hiciera ninguna concesión, la Cámara tomase en consideración las protestas que contra algunas elecciones se presentasen, y que á ningún diputado cuya elección fuese controvertible se le permitiese votar.

No se oyó el más leve rumor; ni un solo diputado se aventuró á apoyar la proposición. Cierto que gran parte de lo que había dicho Seymour ningún otro lo hubiera podido decir impunemente. De tal modo cayó la proposición en el vacío, que ni siquiera el *Diario* de la Cámara la mencionó; pero había producido gran efecto. Barillon informó á su amo de que muchos que

no se habían atrevido á aplaudir tan notable discurso lo habían aprobado en su interior; que era universal asunto de conversación en todo Londres, y que la impresión que hiciera en el público parecía ser duradera (1).

Constituyóse inmediatamente la Cámara en comité, y votaron al Rey la misma pensión vitalicia que había disfrutado su hermano (2).

## XXXII.

### ACUERDOS DE LA CÁMARA POPULAR EN LA CUESTIÓN RELIGIOSA.

Los celosos partidarios de la Iglesia anglicana, que formaban la mayoría de la Cámara, parece haber sido de opinión que la prontitud que habían mostrado en acudir á los deseos de Jacobo, en lo relativo á la pensión, les daba derecho á esperar alguna concesión de su parte. Decían que, ya que tanto habían hecho por contentarle, algo debía hacer él por contentar á la Nación. Púsose, por tanto, á discusión en la Cámara la cuestión religiosa á fin de ver cuáles eran los mejores medios de atender á la seguridad de la Iglesia establecida. En aquella discusión dos resoluciones se adoptaron unánimemente. En la primera manifesta-

(1) Burnet I, 639; Evelyn's, *Diary*, mayo 22, 1685; Barillon, mayo 23 (junio 2) y mayo 25 (junio 4), 1685. El silencio del *Diario* hizo dudar á Mr. Fox, pero se explica por la circunstancia de no haber sido apoyada la proposición de Seymour.

(2) *Journals*, mayo 22; Stat. Jacob. II, I, 1.

ban su ardiente adhesión á la Iglesia anglicana; y la segunda recordaba al Rey el cumplimiento de las leyes penales contra todos los que no formaban parte de aquella Iglesia (1).

Los *whigs* hubieran deseado indudablemente que hubiese tolerancia para los protestantes disidentes, y que sólo se persiguiese á los católicos. Pero los *whigs* eran una pequeña y desalentada minoría. Guardábanse, por tanto, en cuanto era posible, de hacerse notar; no pronunciaban su nombre de partido; se abstenían de emitir sus peculiares opiniones ante un auditorio hostil, y apoyaban con todas sus fuerzas toda proposición que tendiese á destruir la armonía que aun reinaba entre el Parlamento y la Corte.

Grande fué la cólera del Monarca cuando se tuvo noticia en Whitehall de la conducta seguida por la Cámara en la cuestión religiosa. Ni en justicia podemos censurarle por su enojo con los *tories*. Si estaban dispuestos á exigir el riguroso cumplimiento de las leyes penales, claro es que debían de haber apoyado el *bill* de exclusión. Pues colocar un papista en el trono y en seguida insistir en que persiguiese de muerte á los maestros de aquella fe, en la cual solamente, según sus principios, podía hallarse la salvación, era realmente monstruoso. Al mitigar con una blanda administración la severidad de las sangrientas leyes de Isabel, el Rey no violaba ningún principio constitucional. No hacía más que ejercer un poder que siempre había pertenecido á la Corona. Y lo que aun es más, sólo hacía lo que después fué practicado por una sucesión de soberanos, celosos todos de la doctrina de la reforma, por Guillermo, por Ana y por los príncipes de Brunswick. Si hubiera consen-




(1) *Journals*, mayo 26, 27. Sir J. Reresby's, *Memoirs*.

tido que los sacerdotes católicos, cuyas vidas le era dado salvar sin infringir ninguna ley, fuesen ahorcados, ahogados y descuartizados, nada más que por cumplir lo que él mismo consideraba como su primer deber, se hubiera atraído el odio y el desprecio aun de aquellos á cuyas preocupaciones había hecho tan vergonzosa concesión; mientras que si por el contrario se contentaba con conceder á los miembros de su propia Iglesia práctica tolerancia por el amplio ejercicio de su indiscutible prerrogativa, la posteridad le aplaudiría unánimemente.

Los diputados, probablemente, cayeron en la cuenta de que lo que habían hecho era absurdo, y se inquietaron en extremo al saber que el Rey, á quien miraban con supersticiosa reverencia, estaba muy irritado. Se apresuraron, por tanto, á reparar su falta, y la Cámara unánimemente rechazó en sesión la decisión que unánimemente habían adoptado al constituirse en *comité*, aprobando una proposición en la que manifestaban su completa confianza en la promesa de S. M., de proteger aquella religión que les era más cara que la misma vida (1).

## XXXIII.

### VOTACIÓN DE NUEVOS IMPUESTOS.

Tres días después informaba el Rey á la Cámara de que su hermano había dejado algunas deudas, y que los recursos de la armada y del ejército esta-

(1) *Commons' Journals*, mayo 27, 1685.

ban casi exhaustos. Pronto se resolvió la adopción de nuevos impuestos, y la persona á quien se encargó la tarea de hallar modo y manera de hacerlo, fué sir Dudley North, hermano menor del lord Canciller.

## XXXIV.

### SIR DUDLEY NORTH.

Era Dudley North uno de los hombres más hábiles de su tiempo. Muy joven aún, había sido enviado á Levante, donde se dedicó, por mucho tiempo, al comercio. Cualquiera otro, en su situación, hubiera descuidado el cultivo de sus facultades, porque en Smirna y en Constantinopla había pocos libros y muy pocos compañeros inteligentes. Pero estaba dotado el joven factor de uno de esos entendimientos vigorosos que se manifiestan independientemente de toda ayuda externa. En su soledad meditaba profundamente en la filosofía del tráfico, y llegó gradualmente á imaginar una teoría completa y admirable la misma, en sustancia, que cien años después era formulada por Adán Smith. Después de un destierro de muchos años, Dudley North volvió á Inglaterra con una gran fortuna, y se dedicó á los negocios en la *City* de Londres dedicándose especialmente á negociar con Turquía. Su profundo conocimiento, tanto especulativo como práctico, de los asuntos comerciales, y la perspicacia y viveza con que manifestaba sus opiniones, hicieron que llegase pronto su nombre á noticia de los hombres de Estado. El Gobierno halló en él al mismo tiempo que un ilustrado consejero, un esclavo incondi-

cional, porque deslustraban sus raras dotes intelectuales bajos principios y corazón insensible. Cuando la reacción *tory* estaba en todo su apogeo, había consentido en ser nombrado Sheriff con el solo propósito de ayudar á la venganza de la Corte. En el Jurado nunca había dejado de pronunciar el veredicto de criminalidad; y un día de carnicería judicial, carros cargados de brazos y piernas de *whigs* descuartizados eran conducidos, con gran disgusto de su esposa, á su hermosa casa de la calle de Basinghall. Sus servicios habían sido recompensados con la Orden de Caballería, con una toga de aldermán (1), y con el empleo de comisario de Aduanas. Fuera elegido diputado por Banbury, y aunque nuevo en la Cámara, era la persona en quien más confiaba el lord Tesorero para la dirección de los asuntos financieros. (2).

Aunque los diputados estaban todos de acuerdo en hacer una nueva concesión á la Corona, no lo estaban en modo alguno en cuanto á las fuentes de donde había de sacarse esta concesión. Determinóse en seguida que parte de la suma se obtuviese mediante un impuesto adicional sobre el vino y el vinagre por término de ocho años; pero algo más que esto se necesitaba. Varios planes absurdos fueron propuestos. Muchos *caballeros del campo* estaban dispuestos á hacer pesar un tributo oneroso sobre todos los edificios que se construyeran en la capital. Tal impuesto creían ellos que serviría para oponerse al engrandecimiento de una ciudad que por mucho tiempo fuera mirada con envidia y aversión por la aristocracia rural. El plan de Dudley North era que se aumentasen, por tér-

---

(1) Véase el Apendice al último tomo.—N. del T.

(2) Roger North's, *Life of sir Dudley North; Life of lord Guildfort*, 166; M' Culloch's, *Literature of Political Economy*.

mino de ocho años, los derechos de entrada que ya pesaban sobre el azúcar y el tabaco. Esta proposición dió lugar á grandes reclamaciones. Los que comerciaban con las colonias, los comerciantes de especias, de azúcar y de tabaco asediaban á peticiones la Cámara y las oficinas públicas. El pueblo de Bristol, que mantenía gran tráfico con Virginia y Jamaica, envió una diputación que fue oída en la barra de la Cámara de los Comunes. Por un momento Rochester llegó á vacilar, pero el pronto ingenio de North y su perfecto conocimiento del comercio, prevalecieron, así en el Tesoro como en el Parlamento, contra toda opinión. Los diputados viejos estaban asombrados al ver que un hombre que apenas llevaba en la Cámara quince días y que había pasado la mayor parte de su vida en países extraños, asumiese con confianza y desempeñase con habilidad todas las funciones de un canciller del Tesoro (1).

Su plan fué adoptado, y gracias á esto se halló la Corona en posesión de una renta de un millón novecientas mil libras, sólo de Inglaterra; cantidad más que suficiente para atender á los gastos del Gobierno en tiempo de paz (2).

(1) *Life of Dudley North*, 176; Lonsdale's, *Memoirs*; Van Citters junio 12 (22), 1685.

(2) *Commons' Journals*, marzo 1, 1689.

## XXXV.

### LA CAMARA DE LOS LORES.

Entre tanto habían discutido los lores algunas cuestiones importantes. El partido *tory* había sido siempre muy poderoso entre los Pares, y contaba ahora, además de todo el banco de los Obispos, con el refuerzo de los nuevos lores creados durante los cuatro años trascurridos desde la última disolución. Entre los nuevos barones, eran los más notables el lord Tesorero Rochester, el lord Canciller Guildford, el lord Chief Justice Jeffreys, el lord Godolphín y el lord Churchill, que después de su vuelta de Versalles fuera creado barón de Inglaterra. El primer acto de los Pares fué tomar en consideración el caso de cuatro miembros de su Cámara que habían sido acusados de traición *(impeachment)* (1) en el último reinado, pero que no fueron procesados, y que después de una larga prisión fueran puestos en libertad, bajo fianza, por el *Tribunal del Banco del Rey*. Tres de estos nobles eran católicos, y el cuarto era un protestante de gran nota é influencia, el Conde de Danby. Desde que á su caída del poder fuera acusado de traidor por la Cámara de los Comunes, cuatro Parlamentos se habían disuelto sin que se le absolviera ni se le condenara. En 1679, los lores habían examinado, con motivo de su situación, si el *impeachment* terminaba ó

---

(1) Véase el Apéndice.—N. del T.

no con la disolución del Parlamento. Después de largo debate y detenido examen de los antecedentes, habían resuelto que el *impeachment* quedaba en pie. Pero ahora fué revocada aquella resolución, y aunque algunos nobles *whigs* protestaron contra este paso, no consiguieron nada. Los miembros de la Cámara popular aceptaron silenciosamente la decisión de la Cámara alta. Danby se sentó nuevamente entre los Pares, y llegó á ser miembro activo y poderoso del partido *tory* (1).

La cuestión constitucional, acerca de la que en el breve espacio de seis años pronunciaron los lores dos decisiones diametralmente opuestas, durmió durante más de un siglo, hasta que al fin la hizo renacer la disolución del Parlamento durante el largo proceso de Warren Hastings. Fué necesario entonces determinar si la regla establecida en 1679 ó la contraria adoptada en 1685 había de quedar como ley del país. Debatióse la cuestión largamente en ambas Cámaras, y las eminencias del foro y del Parlamento, en una época que contó tantas y tan notables, emplearon las fuerzas de su inteligencia en dilucidar la cuestión. Los abogados no estaban desigualmente divididos. Thurlow, Kengon, Scott y Erskine sostenían que la disolución terminaba los efectos del *impeachment*. La doctrina contraria era sustentada por Mansfield, Camden, Loughborough y Grant. Pero entre aquellos hombres de Estado, que fundaban sus argumentos no en precedentes y técnicas analogías, sino en hondos y arraigados principios constitucionales, no había gran diferencia de opinión. Pitt y Grenville, del mismo modo que Burke y Fox, sostenían que el *impeachment* quedaba pendiente. Ambas Cáma-

(1) *Lords' Journals*, marzo 18, 19, 1679, mayo 22, 1685.

ras, por gran mayoría de votos, dejando á un lado la decisión de 1685, declararon que la de 1679 estaba conforme con las leyes del Parlamento.

## XXXVI.

### BILL DE REHABILITACIÓN DE STAFFORD.

Entre los crímenes nacionales cometidos bajo la impresión del pánico excitado por las ficciones de Oates, fuera el más señalado el asesinato judicial de Stafford. La sentencia de aquel infeliz noble era ahora mirada como injusta por todas las personas imparciales. El principal testigo que había motivado su persecución estaba convicto de una serie de horribles perjurios. Era, pues, el deber de la legislatura, atendiendo á estas circunstancias, hacer justicia á la memoria de una víctima inocente, y borrar aquella mancha inmerecida de un nombre por largo tiempo ilustre en nuestros anales. Aprobóse en la Cámara alta un *bill* revocando la acusación de traidor que pesaba sobre el nombre de Stafford, á pesar de los murmullos con que algunos Pares se negaban á declarar que habían derramado sangre inocente. En la Cámara de los Comunes el *bill* se leyó dos veces sin oposición, y se nombró una comisión encargada de emitir dictamen. Pero el día señalado para aquel objeto llegó la noticia de que una formidable rebelión había estallado en el Occidente de Inglaterra. En su consecuencia, fué necesario posponer muchos asuntos importantes, y la satisfacción debida á la memoria de Stafford se difirió, á lo que entonces se creía, sólo por algún tiempo. Pero

el desdichado gobierno de Jacobo en pocos meses cambió por completo el rumbo de la opinión pública. Por espacio de muchas generaciones no se hallaron los católicos en estado de pedir reparación á la injusticia, y se consideraban felices si se les permitía vivir sin molestia en la oscuridad y el silencio. Por fin, en el reinado de Jorge IV, más de ciento cuarenta años después del día en que la sangre de Stafford corría en Tower Hill, cumplióse la tardía expiación. Una ley anulando la acusación de traidor y volviendo á la ofendida familia su antigua dignidad, fué presentada en el Parlamento por los Ministros de la Corona, recibida con entusiasmo por los hombres políticos de todos los partidos, y aprobada sin que una sola voz se levantara en contra (1).

Es ahora necesario que trace el origen y progresos de aquella rebelión que tan súbitamente interrumpió las deliberaciones de ambas Cámaras.

---

(1) Stat. 5. Geo. IV, c. XLVI.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

# APÉNDICE DEL TRADUCTOR.

*Common Serjeant*, pág. 228.—Dase este nombre al primer abogado del Tribunal que, bajo la dependencia del Supremo, ó sea del *Tribunal del Banco del Rey (Court of the King's Bench)*, entiende en las cuestiones puramente civiles ó de derecho común, por lo que lleva el nombre especial de Tribunal de derecho común *(Court of common law)*. Según la *Magna Carta*, debe residir en Westminster, y no tiene jurisdicción criminal; pero en cambio es el Tribunal de más importancia en todas las cuestiones civiles, y su jurisdición, en cuanto se refiere á hechos probados, es de carácter exclusivo. A este tribunal compete también la apelación de las decisiones de los abogados que tienen á su cargo la revisión de las listas electorales para el Parlamento *(Revising barristers)* (1).

*Recorder*, pág. 228.—Nombre del Presidente del tribunal de archivos *(Court of record)*. Las actas y deci-

---

(1) Fischel, *Exposición histórico-crítica del origen, progresos y estado actual de las leyes y de las instituciones inglesas*, tomo I, 374.

siones de este Tribunal se transcriben fielmente en pergamino y se depositan en los archivos públicos, sirviendo como precedente y estableciendo jurisprudencia en todas las cuestiones que tratan.

*Country gentlemen*, pág. 236.—*Esquires*, pág. 264.—La frecuente mención que en toda la obra, por su índole especial, hace el autor de títulos y dignidades que no siempre tienen equivalencia exacta en nuestra lengua, y que radicalmente difieren en cuanto á la manera de obtenerlas, nos obliga á tratar con alguna extensión de la condición de las personas en Inglaterra, evitando de este modo el interrumpir constantemente al lector con repetidas notas, que concluirían, á causa de su excesiva frecuencia, por aburrir más bien que ilustrar, no obstante el buen deseo que las dictase.

En Inglaterra no hay, propiamente hablando, nobleza. La *nobility* no constituye una clase, sino una dignidad. Independientemente del puesto que todo Par inglés tiene derecho á ocupar en la Alta Cámara, la calidad de Lord le concede derecho de ser juzgado por esta Cámara en los casos de traición ó felonía (1). Así resulta de aquel principio de la *Magna Carta* que establece (2) que todo inglés acusado de traición ó felonía debe ser juzgado por un tribunal cuyos miembros sean sus iguales; y como las mujeres siguen siempre la condición del marido, las damas nobles, ó *ladíes*, tienen derecho al mismo beneficio. Los Pares escoceses gozan de los mismos privilegios, formen ó no parte de la Cámara Alta, y lo mismo sucede con los Lores de Irlanda, á no ser que representen algún distrito electoral en la Cámara de los Comunes, en

(1) Grabb, 357.
(2) Capítulo XXIX.

cuyo caso pierden sus privilegios y son considerados como plebeyos ó *commoners*.

Los Obispos no se consideran como *nobility*, y en todos los delitos son juzgados por los Tribunales ordinarios. Otro de los privilegios de la nobleza es no poder ser reducidos á prisión por deudas, lo cual se funda en considerarles como Consejeros permanentes de la Corona, si bien no puede alegarse la misma razón para hacer extensivo, como en efecto lo es, este privilegio á las *ladíes*. Toda ofensa contra un Lord ó una Lady se califica de *scandalum magnatum* (1).

El primogénito de un Par, á menos que no forme parte de la Cámara Alta en vida de su padre, lo que generalmente acontece con los hijos de los Duques, Marqueses y Condes, pero que no ha sucedido más que dos veces con hijos de simples Barones (2), se considera como plebeyo, ó *commoner*, y no tiene, en derecho, más privilegios que cualquier otro súbdito inglés. Así, todo el que no forma parte de la Cámara de los Lores, es *commoner*, dándose en general este nombre á todos los que tienen derecho á tomar parte en las elecciones de los miembros de la Cámara popular.

Entre los *commoners* ocupa lugar distinguido la *gentry*, que, como la nobleza, no constituye una casta, pero que, en unión de aquélla, forma la aristocracia política que gobierna la nación inglesa. La *gentry*, como tal, nunca ha tenido privilegios, y desde la Edad media ha contribuído á sobrellevar las cargas del Estado. El poder de la nobleza, como el de la *gentry*, se funda principalmente en la propiedad te-

---

(1) Bowyer, 453.

(2) Russell, *Constitución Inglesa*, cap. I.

rritorial y en la superioridad que da siempre una educación esmerada. Los grandes propietarios, que viven casi siempre de sus rentas, sin atender por sí mismos al cultivo del campo, los sabios, los jurisconsultos, los comerciantes, los oficiales y los eclesiásticos componen la *gentry*, entre la cual se recluta la nobleza. «El título de *gentleman*, dice Th. Smith (1), se adquiere con gran facilidad en Inglaterra. Todo el que ha estudiado las leyes del reino, asiste á la Universidad ó se dedica al cultivo de las ciencias, de las letras y de las artes, ó ejerce una profesión liberal; todo el que no vive del trabajo de sus manos, sino que tiene el porte que conviene á un *gentleman* y atiende al cumplimiento de los deberes que su posición social le impone, recibe el tratamiento de *master*, y es considerado como *gentleman*.» No de otro modo se entendía ya á principios del siglo XVII. «Es muy difícil, dice Selden (2), definir lo que en rigor constituye el *gentleman*.» La diferencia entre el *gentleman* y el que no puede reclamar tal calificación, es, pues, social y política, así como económica por su naturaleza. La expresión *he is not gentleman*, no es caballero, envuelve toda una excomunión social, y así hay un proverbio inglés que dice: «El Rey puede hacer nobles, pero no caballeros.»

Descendiendo por orden de rangos, se encuentran entre la *gentry* distintas jerarquías. Figuran en primer término los caballeros de la Jarretiera; luégo los simples caballeros, que, como entre nosotros, después de recibir la orden de caballería en el campo de batalla, formaban entre los *gentleman*. Esto ha caído en desuso desde mediados del siglo pasado, á causa de no hacer

(1) *Angliæ descriptio*, lib. I, cap. XX.
(2) *Table talk*, 60.

ya la guerra en persona ningún Rey de Inglaterra. Vienen después los Barones, que datan del tiempo de Jacobo I, quien hallándose necesitado de dinero para reducir la provincia de Ulster, creó en 1611 esta dignidad. De aquí que todos los *Baronnets* tengan en su escudo la mano ensangrentada que figura en las armas de aquella provincia (1). La dignidad de Barón se trasmite hereditariamente, y el número de *Baronnets* en 1860 ascendía á ochocientos sesenta (2). El título de caballero, que es la más antigua de todas las distinciones nobiliarias, á pesar del descrédito en que cayó en tiempo de Carlos I, sigue concediéndose con bastante frecuencia como distinción personal, pero no hereditaria.

La mayor parte de la *gentry* se compone de *esquires* y *gentleman*. Se adquiere el título de *esquire* ya por la dignidad de un empleo ó como descendiente de un Par ó de un caballero. Pero ya no se confiere especialmente el título de *esquire*, dándose por escrito á todo *gentleman*, lo cual se expresa haciéndo seguir su nombre de la abreviatura Esq. Tomás Smith declara que los *esquires* ó escuderos no forman clase aparte, recibiendo en la mayor parte de los casos este título en razón del cargo que desempeñan (3). Coke dice también que todo *esquire* es *gentleman* (4), y en general, se hace formar parte de esta clase á todos los hijos de los Pares, á los grandes propietarios y á los abogados (5). La observación minuciosa del orden de rangos en las diferentes clases de la *nobility* y de la *gentry*, no tiene importancia más que en la corte y

---

(1) Blackstone, I, 404.

(2) Erskine May, *Constitutional History of England*, I, 269.

(3) *Angliæ descriptio*, lib. I, cap. XIX.

(4) *Institutes*, II, 668.

(5) Nota 20 de Christian á Blackstone, I, 20.



en las grandes solemnidades. Se cuentan entre la nobleza y la *gentry* unas doscientas cincuenta mil familias, que son las que en rigor constituyen el pueblo inglés, en el sentido político de la palabra, el *populus romanus* de los antiguos jurisconsultos, pues que, en efecto, estas doscientas cincuenta mil familias dominan en todas partes, en el Parlamento como en los Ministerios; lo mismo en la administración de los Condados que en los tribunales de justicia, en la Iglesia y en el ejército.

Después de la *gentry* vienen, con los comerciantes al por menor y los artesanos, los *yeomen* ó propietarios de una tierra cuyo producto neto anualmente no debe ser menor de cuarenta chelines.

*The show of hands*, pág. 266. —Las elecciones de miembros del Parlamento se verifican del modo siguiente: el día fijado para la elección, los candidatos, acompañados de sus respectivos comités, se presentan en los tablados *(hustlings)* construídos al aire libre, donde se halla instalada la mesa. Preside la elección el *Sheriff* ó uno de sus delegados, designándose con el nombre de inspector ó encargado de presidir la votación á todos los Presidentes de las mesas electorales *(returning officers)*. Acto continuo se procede á la votación, que podríamos llamar por aclamación, y que consiste, al presentarse un candidato, en que aquellos de los circunstantes, sin exceptuar las mujeres, que quieren elegirlo levanten las manos, bastando esto solo sin más requisito ni ceremonia para la votación, á que por la manera especial de llevarse á cabo se dió el nombre de *the show of hands*, el levantar las manos. Esta elección es válida en el caso de que no se haga ninguna objeción por los otros candidatos, pidiendo que se haga constar con exactitud el número de votos, pues entonces es preciso proceder

á la votación por lista *(poll)*, á que sólo son admitidos los que reunen las condiciones que la ley exige en los electores, y cuyos nombres figuran en la lista que tiene el presidente de la mesa. Como fácilmente se comprende, siempre hay que acudir á la votación por lista *(poll)*, pues sería preciso, para que esto no sucediese, que no hubiera absolutamente lucha; es decir, que fuera uno solo el candidato, lo cual nunca acontece. Actualmente la votación por lista no dura más que un día, desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde. Los Presidentes de las mesas electorales dan cuenta del resultado de las elecciones al Secretario de la Corona, y los nombres de los elegidos se publican en la *Gaceta de Londres* (1).

*Managers*, pág. 307.—Dase este nombre en la Cámara de los Comunes á los encargados de representar la Cámara en las conferencias que se celebren con motivo de la adopción de un *bill* con los representantes de los Lores, que llevan también el mismo nombre. También á los *managers* compete presentar en la barra de la Cámara Alta las acusaciones de alta traición, en cuyo caso asumen el carácter de procuradores de los Comunes, indicando á los Lores cuáles son los testigos cuya declaración se juzga necesaria, y formando, en unión de los *managers* de la Alta Cámara, el tribunal que ha de juzgar al acusado (2).

*La Cámara se constituyó en Comité*, pág. 312.—Dícese que la Cámara se constituye en Comité, ó lo que es lo mismo, se da el nombre de Comité ó Comisión de toda la Cámara *(Committee of the whole House)* cuando se tiene que examinar algún proyecto ó proposición referente

---

(1) Fischel, *Op. cit.*, tomo II; Stephen, *Commentaries on the Laws of England*, tom. II.

(2) Fischel, *op. cit.* II, 360.—May, *Parl. pract.*, 346.

al comercio, á la hacienda ó á la religión. Hay dos Comisiones permanentes para los asuntos de hacienda: la Comisión de subsidios *(Committee of supply)* y la de arbitrios *(Committee of ways and means)*. Constituyen ambas Comisiones ó Comités todos los miembros de la Cámara, y cada una tiene desde 1669 su presidente particular. La Comisión de subsidios determina los gastos necesarios en los distintos ramos del presupuesto, así en lo que se refiere á la Corona como al ejército, la armada y la administración del Estado, mientras que la de arbitrios indica los medios de atender á estos gastos, fija los impuestos y señala la aplicación de los fondos disponibles (1). Un Comité de toda la Cámara es la misma Cámara, presidida, ó por el de la Comisión de arbitrios ó por el de la de subsidios, en vez de serlo por el *Speaker*. Para que la Cámara se constituya en Comité, lo cual se verifica en cualquiera de los casos citados, el *Speaker*, que siempre preside las sesiones, propone «que la Cámara se constituya inmediatamente ó en un día determinado en Comité.» Cuando se indica el día, el Comité queda señalado como orden del día para la fecha indicada, y al llegar ésta, uno de los secretarios anuncia á la Cámara que debe constituirse en Comité, el *Speaker* pregunta si puede dejar la presidencia, y no oponiéndose ningún diputado, abandona el sillón, quítase la maza, que mientras la Cámara está en sesión se ve siempre sobre la mesa, y se coloca debajo, pasando á ocupar el puesto del *Speaker* el presidente de la Comisión de arbitrios, ó en su defecto el de la de subsidios. Si surgiese alguna diferencia respecto á quién ha de presidir el Comité, la Cámara, en sesión, debe decidir entre los pretendientes, para lo cual ocupa nueva-

---

(1) Fischel, *op. cit.*, tom. II, 304.

mente el *Speaker* la presidencia, vuelve á ser puesta la maza sobre la mesa, y la Cámara queda constituída en sesión.

Una vez decidido quién ha de ser el presidente del Comité, abandona el *Speaker* de nuevo su asiento, y el Comité empieza sus deliberaciones. La principal diferencia entre el Comité y la sesión consiste en que mientras la Cámara está constituída en Comité, la discusión adquiere carácter familiar, permitiéndose á los diputados hablar tantas veces como juzguen oportuno, á fin de ilustrar á la Cámara en la cuestión de que se trata. De este modo, no teniendo que cuidar de que lo que digan sea bello, sino útil y claro, pueden tomar parte en la discusión todos los que tengan conocimiento especial del asunto, considerándose generalmente que cuando la Cámara se constituye en Comité, lo hace no para resolver, sino para estudiar lo que más tarde quede acordado en las sesiones públicas que preside el *Speaker*. A principios del siglo XVII era tal la libertad que reinaba en los Comités de la Cámara, que se podía hablar de pie ó sentado, cubierto ó descubierto, como más agradase al diputado. En 1601, estando la Cámara constituída en Comité, sir Walter Raleigh fué interrumpido por E. Hobby, que dijo: «No podemos oiros; hablad más alto; debierais hablar de pie, para que así la Cámara pudiera oiros mejor.» A lo que Raleigh contestó que estando en Comité podía hablar de pie ó sentado; pero el secretario Cecil, que habló después, dijo al levantarse, que por denotar más respeto á la Cámara prefería hablar de pie, lo cual desde entonces quedó como regla (1). Por lo demás, hasta 1854 el régimen interno de la Cámara popular sólo se fundaba en la tradición

(1) *Erskine May.—Parliamentary Practice*, 369.

no escrita. «Los usos y privilegios de la Cámara de los Comunes, decía en 1704 el juez Gould, son arcanos que guarda en sus registros y en sus archivos» (1).

Actualmente hay un reglamento fijo *(Standing orders)*, que no debe confundirse con las reglas especiales establecidas tan sólo para el tiempo que dure la sesión *(Session orders)*. Antes, y aun en tiempo de Jacobo II, las sesiones de la Cámara de los Comunes se abrían á las ocho de la mañana; actualmente esto no se verifica más que los miércoles: los demás días, la sesión empieza á las cinco de la tarde en la alta Cámara, y á las cuatro menos cuarto en la popular. Cuando la importancia de los asuntos lo exige, suelen prolongarse las sesiones hasta el amanecer, como sucedía con bastante frecuencia cuando la guerra de emancipación de los Estados Unidos, y es por demás famosa aquella sesión de 1764 cuando se discutían las garantías generales, en que el debate duró diez y siete horas. En ambas Cámaras empiezan siempre las sesiones por la oración, que dice un eclesiástico, y si hay suficiente número de diputados se pasa á la orden del día. En la Cámara de los Comunes, lo mismo para entrar en sesión que para constituirse en Comité, se exige cuando menos la presencia de cuarenta diputados. Una vez abierta la sesión, el Secretario (*Clerk*) (2) procede á la lectura de la orden del día, que inmediatamente se pone á discusión. Cuando un diputado quiere proponer la adopción de un *bill*, debe anunciarlo oportunamente, para lo cual hay un

---

(1) *Debates del Parlamento*, IV, 244.

(2) El Secretario de la Cámara (Clerk of the House) no es, como entre nosotros, un Diputado elegido por sus compañeros para desempeñar transitoriamente aquel cargo, sino un empleado vitalicio, cuyo nombramiento corresponde á la Corona.

libro donde debe inscribirse la proposición *(order book)* para ser leída en su día. No se sigue orden riguroso para la discusión de las proposiciones inscritas en el libro, si bien lo general es que sean siempre preferidas las ministeriales. Toda proposición que no es apoyada resulta completamente nula, en términos de no mencionarse siquiera en el *Diario* de la Cámara, como aconteció con la de Seymour antes de la votación del impuesto, de que ya se ha hecho detenida mención en el cap. IV. Pero si el *bill* fuese apoyado, se procede á segunda lectura, lo cual se hace repetidas veces y siempre en distintos sitios de la Cámara, bajo la dirección del *Speaker*, á fin de que todos los diputados puedan oirlo bien. Si el *bill* en cuestión fuese de interés general, se discute inmediatamente por toda la Cámara; y si aun así requiriese particular y detenido examen, se propone desde luego que la Cámara se constituya en Comité acto continuo ó en un día determinado, lo cual se verifica del modo que al principio de la presente nota queda apuntado. Mas si fuese de índole especial, se procede desde luego al nombramiento de una Comisión ó Comité, á que se da el nombre de Comité escogido *(Select committee)*, cuyos miembros suele designar el *Speaker*, la cual en su día emite informe ante la Cámara acerca del *bill* en cuestión, que inmediatamente se lee con las enmiendas introducidas por la Comisión. Una vez discutido y adoptadas ó rechazadas las enmiendas, se hace imprimir tal como haya resultado de la discusión, y entonces el *Speaker* lo lee por tercera vez á la Cámara, pregunta si pasa el *bill*, y si la respuesta es afirmativa, pasa inmediatamente para su sanción á la de los Lores, nombrando para esto la Cámara popular uno de sus miembros, que, con el *bill* magníficamente impreso por el impresor de la Reina, se presenta en



la alta Cámara y solicita su asentimiento. Al llegar á la barra de los Lores, el *Speaker* de la alta Cámara abandona su asiento y recibe de manos del diputado, á quien acompaña una comisión, el *bill* para cuya sanción se solicita la concurrencia de los Lores. Si en la discusión que se sigue entre los Pares fuese rechazado el *bill*, no se vuelve á hablar más del asunto, quedando la cosa en tal estado y pasando la cuestión *sub silentio* para evitar disputas en que seguramente nada ganaría el decoro del Parlamento. Mas si, por el contrario, fuese aprobado, si no en totalidad, con algunas enmiendas, vuelve de nuevo á la Cámara popular, y si no se conformasen los diputados con las enmiendas de los Lores, trátase la cuestión en conferencia que celebran dos Comisiones, una de los Lores y otra de los Comunes, en representación de sus respectivas Cámaras. Si aun así no viniesen á un arreglo, se desecha la proposición. Pero cuando ambas Cámaras están conformes en la aprobación de un *bill*, queda depositado en la de los Lores, aguardando la regia sanción, que puede darse de dos maneras: ó en persona, presentándose el Soberano en la Cámara de los Lores, á cuya barra se cita previamente á los diputados; ó por cartas credenciales selladas con el gran sello y firmadas de su puño y letra, á que se da lectura en presencia de ambas Cámaras reunidas en la de los Lores.

La sanción real convierte un *bill* en acta ó ley, de modo que puede, en rigor, decirse que la proposición ó proyecto de ley es el *bill*, que después de aprobado por ambas Cámaras y sancionado por el Soberano, pasa á formar parte de las leyes del país. Antes era más frecuente la presencia del Monarca en el Parlamento; pero desde el tiempo de Jorge III, sólo cuando se trata de prorrogar la clausura de las Cámaras ó de

algún *bill* de subsidios en favor de la Corona, se presenta la Reina al final de la sesión en la Cámara alta, en cuya barra, como se ha dicho, comparecen los diputados. Procédese entonces á la lectura de los *bills* aprobados por ambas Cámaras, y el Secretario del Parlamento da cuenta de la regia aprobación en la antigua lengua de los Normandos, diciendo, si se trata de un *bill* de interés general: «*le Roy (ou la Reine) le veult;*» y si el *bill* es de interés privado: «*soit fait comme il est desiré.*» Antes el Soberano rechazaba el *bill* propuesto con la fórmula famosa *le roy s'avisera*, que corresponde exactamente á la usada por los antiguos tribunales de justicia cuando aplazaban, por no haber examinado debidamente la cuestión, el dictar sentencia valiéndose de las mismas palabras: *curia advisari vult*. Pero esto ha caído por completo en desuso, por suponerse que el Rey no tiene otra opinión que la de los Ministros, que á su vez cuentan con la confianza del Parlamento.

Cuando se trata de un *bill* de subsidios en favor de la Corona, el *Speaker* de la Cámara de los Comunes es quien lo presenta al Monarca, que manifiesta su asentimiento, diciendo: »*Le roy remercie leurs loyals subjects, accepte leur benevolence, et ainsi le veult.*» Finalmente, cuando en virtud de su regia prerrogativa concede el Soberano el perdón para lo cual presenta á las Cámaras un *bill* de amnistía, el Secretario del Parlamento dice, en señal de aprobación: «*Les prélats, seigneurs et commons en ce present Parliament assemblés, au nom de tous vous autres subjects, remercient très-humblement Votre Majesté, et prient à Dieu vous donner en santé, bone vie et longue*» (1).

---

(1) De Lolme, *Constitution of England*; Erskine May, *Parl. pract.*; Fischel, *Exposicion hist. crit. de las leyes y de las instituciones ingl.*, II; Stephen, *Commentaries on the laws of England*, II.

En tiempo de la República, Cromwell abolió de las fórmulas parlamentarias el uso del francés; pero cuando la Restauración, volvió la antigua usanza; y aunque desde entonces se ha intentado ya varias veces suprimirlo por completo, no se ha conseguido más que en lo relativo á los Tribunales de Justicia, continuando en vigor en el Parlamento, aun en nuestros días, el uso del francés normando, en las relaciones de las Cámaras con la Corona.

*Impeachment*, pág. 320.—El *impeachment* es una acusación solemne pronunciada por los Comunes ante la Cámara de los Lores, que se considera entonces como alto tribunal de justicia. Según lord Somers, se ha establecido como prenda de la seguridad del reino y como sostén de sus libertades y derechos. La minoría de la Cámara de los Lores declaraba, en 1689, que el *impeachment* tendía principalmente á hacer responsables de sus actos á aquellos que por su situación elevada no pudieran ser llevados ante los tribunales ordinarios (1). Burke llamaba esta forma de procedimiento el cimiento general de la Constitución, sin el que Inglaterra no existiría. «Si el derecho de *impeachment*, el más grande y único privilegio de los Comunes, se viese amenazado, todos los verdaderos hijos de Albión temblarían á la idea de una tentativa contra la Constitución» (2). Las causas que principalmente pueden motivar el *impeachment* son la mala administración de los negocios públicos, la violación de los derechos constitucionales, malversación de fondos y cualesquiera otros crímenes y delitos análogos contra el Estado. Pero en tiempo de los Estuardos hízose arma política del *impeachment* para acusar pú-

(1) *Debates parlamentarios*, II, 466.
(2) *Craftsman*, III, 289.

blicamente á los Ministros, como se vió en 1626, cuando la caída de Buckingham. Más tarde, en 1678, en el proceso de Danby se estableció que los Ministros no sólo eran responsables de la legalidad de sus disposiciones, sino también de la honradez, justicia y utilidad de su aplicación. Lord Brougham ha definido la responsabilidad judicial y política de los Consejeros de la Corona, declarando que los Ministros son responsables no sólo de la legalidad, sino también de la oportunidad y sabiduría de sus disposiciones, pues que no basta desplegar el mayor celo y diligencia en el desempeño de sus cargos si carecen de la capacidad necesaria para llenarlos debidamente. Sin embargo, la responsabilidad de los Ministros, en el sentido constitucional moderno, no existe en Inglaterra, porque la ley no reconoce en los Ministros más que Consejeros de la Corona, sin establecer particularmente que tengan á su cargo un ramo especial de la administración, lo cual implica que el *impeachment* no se limita á la acusación de los Ministros solamente, sino que puede también ser acusado en esta forma cualquier alto funcionario, como sucedió en el famoso proceso de Warren Hastings, ó con los lores escoceses en 1715, ó con los cuatro lores Balmerino, Cromartie, Kilmarnok y Lovat (1). No establece la ley si los *commoners* pueden ser juzgados como reos de alta traición por la Cámara de los Lores, pues, según establece la *Magna Carta* (2), todo inglés debe ser juzgado por sus iguales. Varios ejemplos podrían citarse en que la Alta Cámara se negó á intervenir en causas de alta traición por ser el acusado plebeyo, objetando que sería ir contra las leyes del reino que un tribu-

---

(1) Mahon, III, 335.

(2) Nec super eum *ibimus* nisi legale judicium parium suorum.

nal de Pares juzgase á un acusado de distinta condición. Así sucedió en tiempo de Carlos II, cuando Fitzharries, acusado de alta traición, fué llevado ante los tribunales ordinarios por negarse la Alta Cámara á juzgarle en su tribunal. Sin embargo, cuando la acusación de Adam Blair y otros cuatro *commoners* en 1689, los Lores se declararon competentes para juzgarlos, á pesar de ser plebeyos, y el célebre Warren Hastings, siendo también *commoner*, fué juzgado por felonía por la Alta Cámara, quedando, á lo que parece, establecido desde entonces que un plebeyo puede ser juzgado por los Lores en los dos casos de felonía ó traición.

El *impeachment* debe partir siempre de la Cámara de los Comunes, donde el diputado que formula la acusación expone á la Cámara las causas que en su opinión deben motivar el *impeachment*, y, ó se nombra una comisión, ó desde luego se declara que hay fundamento para llevar adelante la acusación, según que los delitos denunciados á la Cámara exijan ó no examen más detenido. Cuando se aprueba el *impeachment*, el mismo diputado que ha propuesto la acusación, acompañado de algunos colegas, se presenta en la barra de la alta Cámara, y en nombre de la de los Comunes y de todo el pueblo inglés formula la acusación de felonía, alta traición ó cualquiera otra de las causas que, en derecho, pueden motivar el *impeachment*. Modernamente ha desaparecido esta forma de acusación; y aunque en las leyes subsiste todavía, es una de tantas disposiciones que las constantes reformas del régimen parlamentario y la distinta significación que en nuestro tiempo se da á los Ministerios responsables, ha convertido en letra muerta. Sir Roberto Peel decía ya que los tiempos del *impeachment* habían terminado, y en 1848 Anstey intentó, sin resultado, re-

poner en vigor la antigua manera de acusar á los altos funcionarios (1).

La razón de que ya en nuestros tiempos haya caído por completo en desuso el *impeachment*, figurando sólo en el derecho escrito como una de tantas atribuciones del Parlamento, consiste, como fácilmente se comprende, en no ser ya hoy necesario, y lo que es más aún, en hallarse casi en contradicción con la creciente libertad del pueblo inglés, de que es clara muestra el poder siempre mayor del Parlamento, único soberano de la nación británica.

Pero cuando el principal objeto del Parlamento era limitar y acortar el poder real, disminuir la omnímoda influencia del trono, que todo lo invadía y sujetaba á su arbitrio; cuando los tribunales eran meros instrumentos del poder, sin vida propia, ni independencia, ni libertad de criterio; sin ese profundo y sacrosanto respeto que la alta idea de la justicia equitativa é igual para todos inspira á sus representantes; cuando al abrigo del poder real podían cometerse impunemente todo linaje de atropellos sin temor á la ley, ni á los tribunales, ni á la opinión, que si entonces existía, no había alcanzado, ni siquiera soñaba con que llegaría á alcanzar el formidable poder que tiene en nuestros tiempos; entonces el *impeachment* era, sin duda, una de las más importantes y valiosas conquistas de los *commoners* sobre sus señores, digna, en un todo, del pueblo que había de enseñar el primero á toda Europa cuán grande y digna de respeto es aquella nación que, antes que de sus conquistas, que son inmensas y mayores que las de los más afortunados guerreros; antes que de su comercio, sin rival en el mundo, ni aun en la historia; antes que de

(1) May, *Parliamentary practice*, 646; Fischel, II, 354.

su próspero y floreciente estado, se enorgullece de sus libertades, del alto concepto de su personalidad que tienen todos sus hijos, y de ser ella, y solo ella, su propia legisladora, única dueña y soberana de sus destinos. Por eso decía con gran fundamento sir Roberto Peel: «*Los días del impeachment han pasado ya*» (1), sin que por eso haya perdido ni se haya menoscabado en lo más mínimo, antes sea indicio de notable progreso de la libertad y el poder del Parlamento. Hoy los Ministros tienen responsabilidad directa é inmediata ante la Cámara, sin que sea necesario acudir á la solemne acusación del *impeachment* ni temer que otra influencia más poderosa que el Parlamento se interponga entre la ley y el acusado. Los altos funcionarios contra quienes en otro tiempo nada podían los tribunales ordinarios, comparecen hoy como cualquier otro súbdito inglés ante el tribunal competente, sin temor de que la corrupción tuerza la vara de la justicia, ni el miedo haga inclinar la balanza en favor del delincuente. La desaparición, pues, del *impeachment* en nuestros días envuelve un progreso notable y al mismo tiempo es cumplido elogio de la administración de justicia en el Reino Unido, que siempre va paralelamente con el desarrollo de las libertades públicas.

En cuanto al procedimiento, hay leves diferencias según que el acusado sea *lord* ó *commoner*. Pero en ambos casos, una vez formulada la acusación en la barra de la alta Cámara, el presunto reo es reducido á prisión; si es Par, de orden de los los Lores; y si es plebeyo, del sargento de armas de la Cámara de los Comunes. Para dirigir el proceso y sostener la acusación, á manera de procuradores in-

(1) *The days of impeachment are gone.*

vestidos de plenos poderes, nombran los Comunes, á propuesta generalmente del *Speaker*, los *managers*, entre los cuales figuran casi siempre los autores de la proposición, como más enterados de los pormenores del asunto. Lo mismo que en cualquier otra causa, se permite á acusadores y acusados exponer todo género de pruebas en apoyo de lo que dicen, citar aquellos testimonios que juzguen oportuno, y que los Lores se encargan de hacer comparecer, y, en fin, hacer cuanto crean conducente á dar más evidencia y fundamento á sus asertos. Una vez instruído el proceso, la vista de la causa se verifica en Westminster-Hall, es decir, en el Palacio de Justicia convenientemente preparado al efecto, y adonde el día señalado concurren los Lores, que toman asiento en el banco de los jueces, y la Cámara popular en pleno que asiste en calidad de *Comité de toda la Cámara* para concurrir con los *managers* en la certificación de los cargos que son materia del *impeachment*. Dase lectura al *bill* de acusación, y antes de pasar al examen minucioso de cada uno de los cargos que pesan sobre el acusado se procede á consultar si, en efecto, hay ó no lugar al *impeachment*. La votación de éste, como de todos los demás artículos de la acusación, se efectúa preguntando el Presidente á cada uno de los Lores si cree que el acusado es ó no culpable *(guilty or not guilty)*. Para emitir su opinión los Pares se levantan, y poniendo la mano sobre el pecho dicen, según los casos: «Culpable (ó inocente), por mi honor» *Guilty, (or not guilty) upon my honour*, dando siempre el Presidente su voto al final, y enterando inmediatamente al reo del resultado de la votación. Si de ésta se dedujese que en concepto de la mayoría no había delito, queda desde luego anulado el *impeachment*; mas si, por el contrario, la mayoría reconociese culpabilidad en el acu

sado, el mismo Tribunal de los Lores, continuando en sus funciones de alto Tribunal de Justicia, procede, á instancia siempre de los Comunes, al examen y calificación de cada uno de los cargos que constituyen el *impeachment.*

Los Lores, pues, no pueden sentenciar sino á instancias de la Cámara popular, lo cual vale tanto como decir que ésta tiene en sus manos el perdón del acusado; pues aun cuando resulten ciertos todos los delitos que hayan motivado el proceso, mientras los Comunes no soliciten del Tribunal que se dicte sentencia, éste por sí solo no puede hacerlo. El primer *impeachment* data de 1376, en el reinado de Eduardo III. Hasta entonces los Lores formaban también una especie de alto Tribunal de Justicia, que entendía en todas las causas de alta traición ó felonía, fuesen Lores ó plebeyos los acusados. La diferencia entre el procedimiento anterior y el que desde entonces quedó establecido, consiste en que antes los Lores se reunían y formaban Tribunal de propia autoridad, mientras que en lo sucesivo quedó como ley del país que, en todos los delitos contra el Estado, la acusación partiese de la Cámara popular, perteneciendo á ella exclusivamente el ejercer tan importante derecho. En tiempo de Ricardo II, en 1386, la Cámara de los Comunes condenó por *impeachment* al canciller de La Pole. En los cuatro reinados siguientes hicieron uso con bastante frecuencia los Comunes del privilegio que les concedía el *impeachment;* pero volvió nuevamente á caer en desuso durante los reinados de Eduardo IV, Enrique VII, Enrique VIII, Eduardo VI, María é Isabel; lo cual tiene su explicación en la preferencia que los Príncipes de la casa de Tudor habían dado á los *bills* de *attainder*, cuando deseaban servirse del Parlamento como de arma poderosa

para exterminar alguno de aquellos soberbios Barones que tantas veces tuvieron en su mano la corona de que parecían disponer á su arbitrio (1). En tiempo de Jacobo I, renació la práctica del *impeachment*, de que hicieron uso con gran energía los Comunes, sirviéndose de esta forma de acusación como de la más valiosa muestra del poder popular. Desde 1620, en que sir Giles Mompesson y lord Bacon fueron acusados por medio del *impeachment*, hasta la revolución de 1688, se cuentan unos cuarenta casos, entre Lores y plebeyos, llevados por los Comunes ante la alta Cámara. En los reinados de Guillermo III, de la reina Ana y de Jorge I, llegaron á quince; y en tiempo de Jorge II, no hubo más *impeachment* que el de lord Lovat en 1746, acusado de alta traición.

Ultimamente, á partir de esta fecha, no se encuentran ya más que dos casos, ambos igualmente memorables por las especiales circunstancias que concurrían en cada uno de los acusados. Fué el primero la acusación de Warren Hastings en 1788, llevado ante el Tribunal de los Lores á instancias de Sheridan, Burke y los principales oradores de la Cámara popular. El discurso que en apoyo de su proposición de *impeachment* pronunció Sheridan será siempre una de las páginas más gloriosas de la historia del Parlamento inglés. Era aquella la época de oro de la Cámara de los Comunes, y nunca, desde los tiempos de la oratoria clásica, había llegado la elocuencia á mayor altura, ni se habían arrojado más valerosos campeones á la noble liza de la palabra. Allí estaban el gran Pitt, en cuya frente reverdecían los laureles de su padre, del famoso lord Chatham, cuya gloria ha-

---

(1) Hallam, *Constitutional History*, I, 357; D. Hume, *History of England*; May, *Parliamentary practice*, 53.

bía de eclipsar el joven Ministro; allí estaban también el entusiasta y arrebatado Fox, el inspirado Burke, y, entre otros muchos con cuyos nombres honra sus páginas la historia del Parlamento británico, el célebre Sheridan, acusador de Warren Hastings, cuyos crímenes y atropellos presentó á los ojos de la Cámara, animado del vivísimo fuego de la elocuencia, con tal calor y energía, que al terminar su discurso, que había durado cinco horas y media, dijo Pitt que antes de proceder á la votación era preciso dejar pasar algún tiempo para poder salir del círculo del encantador, ejemplo sin precedente en los anales de la tribuna. Después del proceso de Warren Hastings, en nuestro siglo se verificó el último *impeachment* contra lord Melville, acusado, en 1805, de concusión *(malversation in his office)*. (1)

(1) May, *Parl. pract.*; Hallam, *Const. hist.*; Fischel, *Const. ingl*

# ÍNDICE.

CAPÍTULO III.

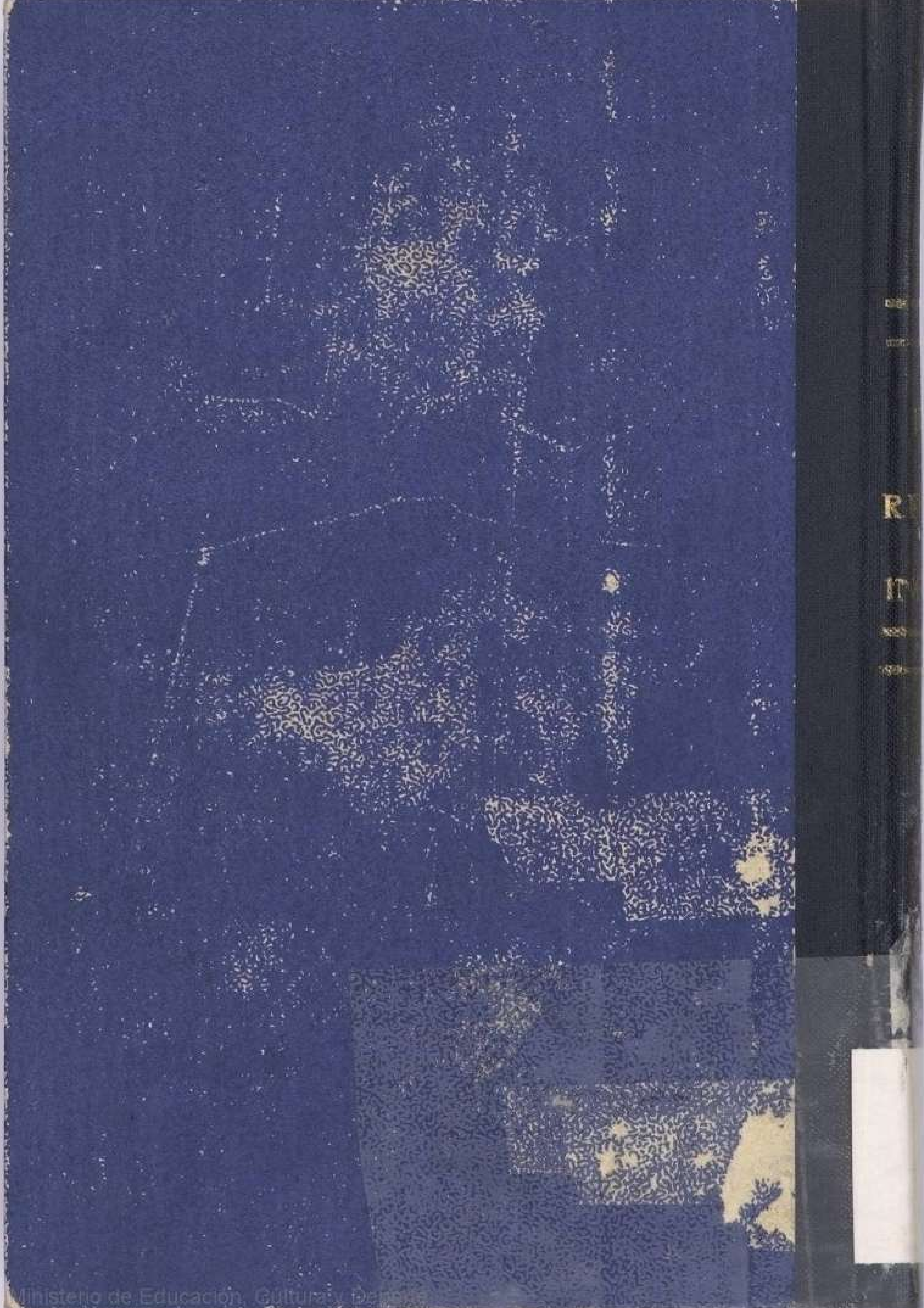
**Estado de Inglaterra en 1685.**

Págs.

## CAPÍTULO CUARTO.

### Advenimiento de Jacobo II.—(1685).





Lord
Macaulay

HISTORIA
de la
EVOLUCIÓ
DE
NGLATERRA